

AINA CASTILLO

MUÑECAS

*y Grilletes*

3 NOVELAS DE ROMANCE Y ERÓTICA BDSM  
CON CHICAS FUERTES



---

# MUÑECAS Y GRILLETES

---

*3 Novelas de Romance y Erótica BDSM con Chicas  
Fuertes*



Por **Aina Castillo**

© Aina Castillo, 2019.

*Todos los derechos reservados.*

Publicado en España por Aina Castillo.

Primera Edición.

*Dedicado a Carol y Amy*

Mi regalo **GRATIS** por tu interés;

--> **[Haz click aquí](#)** <--

## **La Bestia Cazada**

Romance Prohibido, Erótica y Acción con el Chico Malo Motero



~~2,99€~~

***Gratis***

--> **[www.extasiseditorial.com/amazon](http://www.extasiseditorial.com/amazon)** <--

*para suscribirte a mi boletín informativo  
y conseguir libros el día de su lanzamiento*

**GRATIS**

# Índice

**Esclava Encadenada** — *Sumisa Secuestrada y Vendida al Amo Millonario*

**La Muñeca de Metal** — *Sumisa Obediente Enamorada del Motero*

**Z\*rra Insaciable** — *Sumisión Doble para la Esclava de Dos Amos*

**Bonus** — *Preview de “La Mujer Trofeo”*

# Esclava Encadenada

## *Sumisa Secuestrada y Vendida al Amo Millonario*

### I

Todas las mujeres lo veían al pasar. Todas lo miraban con rostro deseoso, con ganas de que él las escogiera. Él, sin embargo, caminó entre ellas porque desde siempre estuvo acostumbrado a la atención... Además, lo adoraba.

Estaba acompañado por unos cuantos tíos pero ninguno le llegaba a los talones. Él resaltaba entre todos por su altura y su cuerpo robusto y musculoso. Si aquello lo llamaba la atención lo suficiente, lo harían el par de ojos de color azul claro, la nariz recta, el mentó cuadrado y los labios ligeramente gruesos. El cabello rubio perfectamente cortado y el rostro afeitado, era el toque para que lo vieran como una especie de dios y él así se sentía.

-Sentémonos aquí. Hay muchas chicas esta noche, eh.

-Sí, esto va estar estupendo, tío.

Él no decía palabra, más bien sonreía porque el bar en donde estaba era uno de sus lugares favoritos. Luego de tomarse una copa, comenzó a hablar y a ser el centro de atención. El hombre resultó ser divertido, de paso.

Mientras hablaba, era imposible no sentirse atraído a ese magnetismo que desprendía su cuerpo. Hablaba y sonreía al mismo tiempo, exhibía la belleza de sus dientes blancos y cuidados, gesticulaba con sus manos fuertes y blancas, y el tono de voz era suficientemente alto para que todos lo escucharan. Sí. Sin duda le encantaba la atención.

Entre las carcajadas que produjo, entre la luz tenue y el murmullo que se mitigaba en el espacio de la terraza, él miró a una mujer increíblemente sensual. Alta, morena, de vestido negro corto que mostraban un par de piernas largas y torneadas. Su piel, además, reflejaba la luz de la luna como si fuera una fina seda.

La miró desde la distancia. Al principio lo hizo con un poco de desdén para atraparla y, cuando surtió efecto, concentró sus ojos en ella como lo hace un cazador con su presa. Meneó el vaso de vidrio y tomó un sorbo del

Bourbon para hacerle entender que no faltaría demasiado en hacerla suya esa noche.

La chica se levantó de repente y caminó hacia la barra. Él aprovechó el momento y se reunió junto a ella para decirle un par de palabras encantadoras. La hizo reír y listo, ya había caído en sus redes.

Después de una corta presentación, los dos se fueron en el Lamborghini de él. Rojo y brillante, descapotable para mostrar aún más que tenía el poder y el dinero para comprar un modelo así, pisó el acelerador y fueron a un hotel. Eso sí, no cualquiera.

Ella batía el cabello por el viento. Tampoco paraba de sonreír. En el primer instante se dio cuenta que estaba junto a un hombre adinerado así que estaba segura que la pasaría bien. Y si tendría suerte, quizás las cosas no se limitarían a una sola noche.

Sin embargo, no pasaba lo mismo para él. Sí. Le gustaba el sexo, mucho, pero no era muy asiduo a las relaciones estables. Prefería más bien la libertad de la informalidad. Un buen polvo y adiós, no más complicaciones.

Mientras estaban cerca, ella comenzó a acariciar la entrepierna de él. Gracias al juego de sus manos y dedos, no tardó demasiado para que se excitara un poco más.

Al llegar, aparcaron al frente de un lujoso hotel. La entrada estaba adornada por una gran fuente hecha de mármol negro y luces blancas que la hacían ver más imponente. Detrás, una serie de puerta corredizas que daban la bienvenida o despedían a quienes se hospedaran allí.

Apagó el coche, entregó las llaves a un bedel y se apresuró en abrirle la puerta a ella. Le hizo un guiño y la llevó hasta el lobby en donde saludaron amablemente a una chica que les dio la bienvenida. Una rápida transacción después, ambos se dirigieron a uno de los elevadores.

Estando allí, él aprovechó para tomarla de la cintura y apretarla contra sí. Ella inmediatamente sintió el bulto de él entre sus nalgas. Cuando las cosas se calentaron un poco más, las puertas se abrieron finalmente para dejarlos salir. Caminaron como un par chiquillos traviesos entre besuqueos y caricias.

Él pasó la tarjeta de la habitación y entraron a una suite exclusiva. Muebles modernos, cama enorme, mini bar y un ventanal que daba vista a las áreas verdes del hotel. El inmenso campo de golf y las canchas de tenis, se veían diminutas desde esa altura.

Ella estaba impresionada pero quería retornar a los brazos de ese hombre tan alto, tan fuerte, tan guapo. Dio unos pasos hacia él y prácticamente le fue

encima, acariciándolo con ese deseo que quedó pendiente desde los elevadores.

Las manos de él fueron lo suficientemente ágiles para quitarle el vestido en un dos por tres. La dejó desnuda y ansiosa de más. Así que la colocó sobre la cama, acariciándola, chupando y lamiendo esos enormes senos. Hundió su cabeza en ellos y justo en ese momento su verga estaba a punto de romper el pantalón.

Se apresuró entonces en quitarse la ropa y sentir la piel desnuda de ella contra la suya. Ella jadeó un poco antes de tenerlo adentro. Se debió principalmente a que estaba impresionada por lo buen dotado que era y por ese cuerpo de muerte que tenía. Musculoso, lleno de fibra.

Al disfrutar de ese rostro de sorpresa, él introdujo la verga dentro de ella, haciéndola gemir inmediatamente. Ella enterró las uñas en su piel y aun así no fue suficiente para soportar las embestidas que él le dio a ella. Embestidas que la llevaron al borde de la locura.

Estando así, sintiendo el calor y la humedad de su coño, no pudo evitar colocar una mano sobre su cuello y apretarlo un poco. Aunque sabía que no estaba en una sesión, no pudo evitar controlar por completo su ser como Dominante. De vez en cuando se lo permitía y sobre todo cuando se trataba de relaciones casuales. Era una manera de mantener el equilibrio consigo mismo.

Después de un rato, escuchó que su compañera se corrió con él adentro. Sonrió con picardía y aprovechó para embestir aún con más fuerza hasta que le tocó su turno. Así pues, sacó su pene, se masturbó un poco y los chorros de semen le cayeron justo sobre esos pechos grandes y hermosos. Ella no paró de sonreír y de acariciarse, restregándose los fluidos calientes sobre su piel. Una sensación increíblemente satisfactoria.

Lo cierto es que después de esa vez, tuvieron varios polvos esa noche. El último, ella se corrió con un grito tan intenso que él pensó que todo el mundo la escucharía. Al final, dejó su cuerpo cansado en la cama, agotada y atontada. Ese momento, él aprovechó la oportunidad para levantarse e ir al baño.

Se miró en el espejo y abrió las llaves de agua para refrescarse un poco la cara. Estaba cansado y también tenía ganas de irse a casa, así que terminó de lavarse las manos y se asomó en la habitación para decirle a su compañera. Sin embargo, la encontró dormida, plácidamente dormida, como si el mundo no importara.

Dio un respingo y se preparó para salir. Comenzó a vestirse y al terminar, ella seguía durmiendo. Pensó en dejarle una nota pero pensó que aquello la



molestaría más.

Al final, Marcos dejó la tarjeta sobre la mesa de noche y salió sin más.

## II

-El pronóstico es alentador porque detectamos la enfermedad en las primeras fases. Sin embargo, debemos apresurarnos para tener la situación bajo control.

El médico decía aquellas palabras que de repente perdieron sentido para Elena. Ella, sentada junto a su padre, trató de mantener toda la entereza posible pero fue más duro de lo que pensó. La idea de someter a su madre a una serie de viajes sin fin al hospital, le descompuso por completo.

-Queremos internarla esta noche. Está un poco débil y francamente me gustaría tenerla en observación.

Elena comenzó a hacer cálculos en su mente. Números iban y venían velozmente. No sabía cómo financiaría aquello hasta que se ocurrió vender un anillo de oro que le había regalado su abuela. Se estremeció un poco al pensar que debía sacrificar una prenda familiar aunque sería por su madre. Valía más que la pena.

-¿Deberá quedarse aquí por mucho tiempo?

-No, sólo un par de días. Sólo quiero que se sienta tranquila y relajada. Es un esfuerzo que todos tendrán que hacer para que ella pueda luchar contra la enfermedad.

Enseguida miró a su padre quien tenía la expresión ausente. Gracias a él, los tres estaban ahogados en deudas. El vicio del juego los dejó al borde de la quiebra de no haber sido por ella.

-Perfecto. Gracias, doctor.

Se levantó de repente, extendió su mano y salió de consultorio para encontrarse con su madre.

-¿Ahora qué hacemos? No se me ocurre de dónde podemos sacar el dinero.

-Tengo una reserva. No te preocupes.

-Ay, hija. Qué horrible tener que arrastrarte en una situación como ella.

Aunque él dejó de apostar hacía meses atrás, quizás por un milagro, todavía quedaron las secuelas de sus acciones. Incluso ella tuvo que dejar la universidad a medio terminar así como sus proyectos personales porque no podía con demasiados gastos. Dejó sus sueños a medio terminar y tuvo que esclavizarse a tres trabajos para llevar pan a la mesa. Estaba cansada, muy cansada.

Por fin entraron a la habitación en donde estaba su madre. Lucía débil pero tenía la mirada despierta.

-Ya sé todo. El médico me contó lo que está pasando.

-¿Cómo te sientes?

-Tengo un poco de hambre pero es normal. Siempre tengo hambre.

Ella rió por el comentario. Se sintió aliviada de que ella conservara todavía el sentido del humor.

-¿Por cuánto tiempo tengo que quedarme aquí?

-Un par de noches, dijo el doctor. Así que debo ir a casa a buscar unas cosas tuyas y traértelas después.

-¿Podrías traerme un poco de ese pudín de chocolate que me diste la otra vez? Es que me gustó muchísimo y me encantaría comerlo.

-Claro que sí, no lo dudes.

Elena se levantó de la cama y dejó a sus padres solos. Salió prácticamente corriendo del hospital para tomar el autobús que ya estaba en la parada. Tenía que apresurarse a pagar.

Fue a una casa de empeño a pocas calles de su casa. Se sintió un poco mal al dejar atrás aquello que tanto quería preservar. Era una herencia para ella y quizás para los hijos que tendría. Ahora iría destinado a pagar unas deudas que la tenían ahogada.

Recibió la paca de dinero, fue al banco e hizo un depósito para que pagar parte del tratamiento de su madre. Sabía que aquello no sería suficiente y que el tiempo se le agotaba. No sabía qué hacer.

Al terminar allí, fue a casa de sus padres para tomar algunos efectos de su madre. Un par de pijamas, pantufla, el libro de Anne Rice que estaba leyendo y cuatro envases de pudín de chocolate que compró en el camino. Metió todo en un bolso pequeño. De repente, sintió los pies increíblemente pesados y no pudo seguir más. Así que se sentó sobre la cama y se sintió terriblemente abatida.

Todo el esfuerzo que hizo para contener las lágrimas se fueron por el caño y comenzó a llorar profusamente. Fue tanto que mojó considerablemente la camiseta que tenía puesta y dudó un momento si era prudente regresar tan pronto. El dolor era casi insoportable y dudaba seriamente si podía continuar con todo lo que estaba sucediendo.

Fue al baño, se lavó la cara y trató de arreglarse el cabello que ya estaba bastante despeinado para ese momento. Se miró y observó sus ojos azules oscuros con falta de brillo producto de la tristeza que sentía. Agachó la cabeza

y deseó desaparecer con todas sus fuerzas.

En camino al hospital, pensó en lo que podía hacer. La cabeza le daba vueltas y ya no encontraba ninguna alternativa. Estaba cansada de tener que pensar y repensar. Deseaba el día en que pudiera relajarse plenamente y dejar los problemas a un lado.

Permaneció un momento en el silencio hasta que hizo de tripas corazón. Se levantó y se preparó para salir. Deseaba tanto un milagro.

A pesar de los problemas y las turbulencias, Elena era una chica que había ganado la capacidad de resolver problemas conforme pasaran. Gracias a ello, se convirtió en una persona muy resuelta e independiente. También desarrolló una inteligencia que cualquier podría envidiar.

Las dotes de Elena no sólo se quedaban hasta allí, desde que nació sus padres se sorprendieron por esos grandes ojos azules oscuros que parecían un par de zafiros. Eso, más la piel morena y el largo y espeso cabello negro, la hacían ver como todo un ser sobrenatural.

Era imposible no mirarla al pasar. Su nariz larga y un poco ancha más los labios gruesos, eran los toques que la hacían ver más exótica todavía. Aunque hubiera podido tener cualquier hombre a sus pies, ella realmente estaba concentrada en estudiar y trabajar.

Esto por supuesto significaba que el tema sexual era un ítem inexplorado. No tenía idea del tema aunque no podía ocultar los deseos de su cuerpo. Su primer beso, por ejemplo, le hizo darse cuenta que tenía fijación oral a tal punto que podría excitarse rápidamente con los besos. Quiso saber más, quiso explorar más de sí misma pero no podía, los problemas terminaban por abrumarle los pensamientos.

Se subió al autobús que la llevaba al hospital. Mientras miraba por la ventana, escuchó una fuerte conversación de un par de chicas.

-Sí, tía, dicen que es una especie de mercado de esclavos pero todo esto, como te digo, legal. Nadie está por obligación o algo así. Pero bueno, eso es lo que dicen por ahí.

-Creo que lo que dices son gilipolleces, tía. Eso son cuentos tontos.

-Que te digo que es verdad. No tendría por qué mentirte. Una amiga fue para allá, que le gusta esas cosas, y me dijo que bien intenso, eh. Te encadenan tal y como si fueras un esclavo, y hacen pujas por ti hasta que te venden. Quien te compra puede hacer contigo lo que quieras.

-Suenan muy arriesgado eso, ¿no?

-Ni tanto. Cada quien pone las condiciones de lo que busca y de lo que no.

Todo está organizado. Estoy que me animo para ir.

Justo cuando quería escuchar cómo participar, las chicas se bajaron en una parada antes que ella. Elena se quedó con la duda de que si realmente era posible hacer algo así, algo tan arriesgado.

Sin embargo, pensó en el dinero. Una suma importante a cambio de algo aparentemente tan sencillo, no sonaba nada mal. Estaba tan sumergida en los pensamientos que casi estuvo a punto de perder la parada. Se espabiló y bajó rápidamente hasta que se topó con la entrada del hospital.

Caminó unos largos y solitarios pasillos hasta que dio con el ala donde se encontraba su madre. Ella dormía junto a su padre, por lo que hizo todo el esfuerzo de no despertarlos. Se sentó en una silla cerca de la cama y respiró profundamente, ansiaba llegar a su piso y relajarse un rato.

Estuvo allí un par de horas. Luego de una conversación tranquila ambientada por la entrega de un par de pudines, Elena se despidió de su madre y dejó a su padre encargado de cuidarla toda la noche.

Salió de nuevo con la idea viva en la cabeza. No paraba de imaginarse viéndose a sí misma en un escenario tan fuerte como ilustraron las chicas. Sin embargo, iría a casa para despejarse de todas las dudas.

Dos autobuses después, Elena se bajó en una parada desierta a pocos metros del edificio en donde vivía. El lugar era limpio pero de aspecto viejo. Aunque no podía jactarse del flamante sitio en donde vivía, al menos se le inflaba el pecho en decir que lo había alquilado por sus propios medios.

El edificio todo de ladrillos rojos, contaba con una pequeña entrada conformada por una puerta de madera verde. Sacó las llaves, escuchó el clic y entró sin mayores dificultades. Subió unas estrechas escaleras hasta llegar a la puerta de su piso. Sólo tres por pasillo. Cualquiera pensaría que se trataba de un lugar grande pero no era así, lo cierto es que las viviendas las hacen cada vez más pequeña.

El piso tipo estudio, sin embargo, tenía una gran ventaja además de ser un espacio propio. Tenía un ventanal que daba hacia la plaza más cercana, así que era muy agradable encontrar la luz del sol entrar por las mañanas. Era uno de los pocos placeres que se permitía.

Dejó las llaves en una pequeña mesa y fue hacia la estrecha cocina para prepararse algo de comer. Más bien lo hizo por costumbre que por sentir la necesidad de llevarse un plato de comida a la boca.

Un sándwich y una cerveza fue todo lo que le pareció apetecible así que aprovechó para acomodarse en la sala, encender la laptop y comenzar a

investigar sobre aquella conversación que llegó a escuchar en el autobús. Así pues que se concentró en comer y en teclear el respecto.

Primero se detuvo para pensar cómo comenzaría la investigación. Incluso llegó a preguntarse por qué se estaba tomando tantas molestias para ello. Sin embargo, su instinto le gritaba que debía seguir adelante, que debía probar y olvidarse de todo lo demás.

Aunque dudaba seriamente de que aquello fuera la respuesta a sus problemas, a Elena le pareció buen punto de partida los foros de sexo. Asumió que estaría relacionado al tema según lo que recordó de la conversación.

La búsqueda, sin embargo, se extendió más de lo que pensó. Había poca información y sentía que tenía ganas de lanzar todo por la borda. No obstante, se percató que en varias ocasiones se repetía la misma palabra: BDSM.

Al principio la ignoró pero después pensó que aquello debía ser una especie de indicio. Así que buscó en Wikipedia para tener más información y halló que aquellas siglas hablaban sobre el sadismo, masoquismo, fetichismo, sumisión, dominación y un montón de conceptos más.

Se impresionó aún más cuando exploró sobre el tema con un poco más de profundidad. Encontró imágenes, comentarios y blogs sobre las experiencias de los Dominantes y sumisos. Detalló el nivel de entrega de estos y el compromiso que adquirirían para con la relación. Incluso también se topó con malas experiencias pero sintió que era conveniente leer al respecto para tener una mejor idea de lo que podría encontrar.

A medida que estaba sumergida en las implicaciones de esas palabras, sintió una enorme curiosidad de experimentar la sumisión. Las emociones relatadas en los blogs de chicas sumisas, encontró un nivel de placer y plenitud que pensó no existían. En ese momento, sintió que se abrió la caja de pandora de sus emociones y sentimientos sobre el sexo.

Se echó para atrás para estirarse un poco. Mientras, cerró los ojos para imaginarse cómo sería sentir el roce de las cadenas en su cuerpo, el encontrarse desnuda ante la mirada de quien era su dueño, el experimentar el dolor y el placer al mismo tiempo. Se percató, además, que se había perdido de ese mundo, que había perdido la parte de su juventud luchando contra la corriente. Pero trató de consolarse a sí misma con la idea de aún estaba a tiempo.

Volvió a retomar la vista en la pantalla. Supuso que la conexión a esa compraventa de esclavos y demás tenía que ver con aquello del BDSM. Así pues que volvió a punto de inicio para buscar lo que tenía en mente.

Después de un largo rato, después de batallar con el sueño y el cansancio, Elena dio con una palabra que le indicó que iba por buen camino: La Puja. La encontró en un foro de esclavos y esclavas en el cual intercambiaban consejos e información actualizada.

Uno de ellos habló puntualmente de sentirse nervioso por participar en tal evento.

-Esto es.

Siguió indagando hasta que se topó con un grupo privado en Facebook. Solicitó ingresar y cruzó los dedos para que aceptaran la solicitud. En menos de cinco minutos, recibió la notificación de que había entrado. Nunca pensó que se toparía con un mundo tan oscuro pero al mismo tiempo atrayente.

*“La Puja es un evento en donde hombres y mujeres participan por libre albedrío. Como grupo, estamos en contra de prácticas violentas que pongan en peligro el bienestar físico y mental de los participantes. Es por ello, que quien no respete las reglas aquí explicadas, serán sancionados con la denuncia y expulsión”.*

El texto, mucho más largo, contemplaba normas muy claras sobre la participación. De hecho, hizo énfasis varias veces en acotar que todas las relaciones eran consensuadas y que, tanto esclavos como Amos, debían colocar los límites y preferencias antes de participar. Elena incluso pudo ver fotografías y relatos sobre las pujas anteriores. Tuvo una idea más clara al respecto.

Sin embargo, el punto álgido sucedió cuando miró una cifra que le hizo brillar los ojos: 10 mil dólares por una esclava. Se quedó impresionada, básicamente por la suma de dinero y por lo mucho que podría ayudar a su familia. Tendría suficiente para pagar las deudas y hasta podría pagar parte del tratamiento de su madre. Esos números en la pantalla fue lo que le incitó a dar el próximo paso. Se postularía para La Puja.

Tomó lo último que quedaba de cerveza como si estuviera buscando un poco de fuerzas extras para hacer lo que tenía pensado. Abrió una pestaña para comenzar a escribir un largo mensaje al administrador para que le permitiera participar. Dejó en claro que era una novata y que no sabía del tema, sin embargo, estaría ansiosa de participar porque de alguna manera el BDSM era lo que estaba buscando para darle a su vida un vuelco diferente.

Le dio a enviar y volvió a volcar sus esperanzas ante esa respuesta que tanto estaba esperando. Vio la hora y notó que era demasiado tarde, de seguro no recibiría una respuesta inmediata.

Bajó la tapa de la laptop, recogió la botella y los restos de migas de pan y fue hacia su habitación la cual no estaba muy lejos de allí. Se quitó la ropa rápidamente y se echó sobre la cama. De repente, todo el cansancio, la rabia, el agotamiento mental y la desesperación, fueron suficientes para que no dejara pensar en ese largo mensaje que envió. Así que se dedicó a cerrar los ojos, se forzó a descansar para dormir un poco. Le hacía demasiada falta.



### III

-¡Ja, ja, ja, ja! GANÉ.

La carcajada de Marcos le hizo sentir que tenía una racha excelente. Estaba eufórico y esa noche en el casino iba mejor que nunca.

Retiró las fichas y las cambió. Recibió unos 200 mil dólares. Mucho más de lo que esperaba y más aún después de haber pasado tanto tiempo sin jugar. Junto a él, una rubia despampanante, no dejaba de mirarlo como si fuera un dios. Estaba encantada de verlo con ese porte hombre seguro y sensual que resultaba siempre en una imagen arrolladora.

Marcos la sostenía en la cintura y de vez en cuando le besaba. Sí. Ciertamente era una mujer hermosa.

Tan popular con las mujeres como siempre, Marcos era un imán que atraía modelos, actrices famosas y chicas elegantes de la alta sociedad. Si quisiera, podía escoger con estar con una persona diferente todos los días.

Aunque la idea le resultaba atractiva, Marcos trataba de tomarse las cosas con calma y más cuando estaba cerca de los 37 años. Pero claro, era muy difícil desprenderse de esa vida divertida, de clubes, de discos, de bares, de fiestas, mujeres, tragos y demás. Él era siempre el alma de las fiestas.

La vida ajetreada se le presentó desde muy joven y sobre todo al provenir de una familia poderosa y adinerada. Tenía todo lo que quisiera y más pero él se convenció de que tenía que hacer su propio dinero para no depender de nadie.

Estudió Comercio al mismo tiempo que trabajaba en una cadena de comida rápida. Salía de las clases corriendo para no perder su sustento y fue allí cuando aprendió lo importante de cada centavo. Comenzó a familiarizarse con el ahorro y la inversión, e incluso compró su propio coche. Un modelo viejo y destartado, además.

El orgullo de haberlo logrado por sí mismo, le llevó a seguir estudiando y preparándose. Poco a poco, también acumuló dinero que le sirvió para hacer su primera empresa. Gracias a su éxito, se convirtió en las próximas promesas del mundo de los negocios y hasta le valió aparecer en la portada de revistas y periódicos. Por supuesto, eso también se debió a que era increíblemente atractivo.

La fama y el dinero trajeron consigo también el acceso a círculos exclusivos en donde se encontraban empresarios de altos niveles. Se acostumbró rápidamente al lujo y a las comodidades. Tenía sentido para

alguien que había hecho demasiados esfuerzos para alcanzar sus objetivos por mérito propio.

Mientras disfrutaba del éxito, Marcos también descubrió un hecho muy importante para él. Era un tipo que le gustaba tener el control. Bueno, decir que le gustaba es quedarse un poco corto a decir verdad.

Encontraba placentero que sus órdenes se hicieran sin chistar y que con sólo unas cuantas palabras, tuviera el poder de cambiar lo que quisiera. Cuando estableció su primera compañía, se percató de ello y pudo lidiar con ese sentimiento por un tiempo. Sin embargo, aquella sensación que se le caló en los huesos y supo que tenía que probarlo en otro ámbito... Pero, ¿cuál?

La cabeza no le dejó de dar vueltas hasta que encontró una respuesta. Leyó las características generales de un Dominante y casi saltó de la silla al sentirse identificado casi por completo. Estaba feliz por una parte porque había dado con aquello que no sabía pero por otro lado pensó en cómo podría ser capaz de expresar eso en el mundo real.

Por suerte, no faltó demasiado para descubrirlo. Conoció a una chica en una página de solteros y adeptos al BDSM. Ella, desde su experiencia como sumisa, le instruyó tanto como pudo. Para ella fue una experiencia interesante porque exploró aún más sus dotes y para él fue un redescubrimiento en el sexo.

En cada sesión, iba mejorando sus habilidades poco a poco. Se volvió controlador a tal punto en que le gustaba que le pidieran permiso para llegar al orgasmo y hasta que le rogaran por sexo. Supo también que le gustaba causar dolor y que le agradaba la idea de hacer suspensiones por lo que tomó intensivos de cuerdas y amarres. Estaba tan entusiasmado que además aprendió carpintería. Esas habilidades le servirían para armar muebles para las sesiones con su sumisa.

Todo iba de viento en popa hasta que ella le dijo que se mudaría a otro país. En ese momento, se dio cuenta que lo de ellos no se limitaba solamente a lo sexual. Marcos tenía sentimientos por ella, aunque nunca se los confesó.

Le ayudó a preparar sus cosas, a vender algunos bienes y hasta la acompañó al aeropuerto. Ella lo abrazó diciéndole que era un gran amigo y se fue dejándole el corazón destrozado. Tiempo después sabría que esa apuesta de ella se debió a que había conocido a un hombre.

Desilusionado, Marcos decidió que no se daría mala vida por las relaciones. Prefirió ser todo un mujeriego y salir de juerga cuando le fuera posible. Eso sí, siempre cuidando de sus bienes y de sus lujos.

Por otro lado, el BDSM se convirtió en la arena en donde podía desplegar

todos sus gustos y excentricidades. Dejó de conocer sumisas esporádicas a formar parte de una sociedad que le permitió resguardar su identidad. Es decir, podía ser el Dominante que quisiera sin tener que preocuparse que alguien lo delatara. Aun así, comprendió que no estaba demás andar con cuidado.

Esto también le permitió algo más, aparte de sesiones cortas. Conoció las perversiones de otros y trató de entenderlas a cabalidad. Algunas cosas no eran lo suyo pero se sintió cómodo al saber que todo el mundo respetaba las inclinaciones de los otros. De hecho, una vez conoció un chico que no le importaba el tema de la sumisión ni la dominación, incluso el sexo podía pasar a un segundo plano.

Lo que realmente le gustaba era ver a la compañera sexual de turno usando pañales o mojando la ropa interior voluntariamente. Para Marcos esta inclinación le pareció extraña pero bien la supo respetar. Es un mundo que se presta para muchas cosas.

Con el paso del tiempo, fue testigo de una serie de eventos en donde se convocaba a cualquiera que pudiera identificarse entre las siglas BDSM. Las fiestas y/o reuniones, buscaban reunir a tantas personas posibles con el fin de brindarles un espacio en donde se expresaran libremente.

Allí conoció las exhibiciones estilo pony play, desfiles de trajes para littles y brats, y hasta muestras de máscaras y látigos hechos de manera artesanal. Lo más curioso, además, era que se trataban de personas con profesiones y oficios de todo tipo... Y todos cabían en el mismo lugar.

Aunque ya se había acostumbrado a ver cualquier cantidad de personas y manifestaciones, había algo que le producía un enorme morbo aunque no se había atrevido a participar: La Puja.

Aquella práctica tenía ya bastante tiempo de establecida e inicialmente sólo era para un pequeño grupo, entre Amos y esclavos (tanto hombres como mujeres). Los miembros definían un momento del año para realizar el evento. Optaban por reunirse en una casa de cualquiera de los Dominantes y quienes se prestaban a ser “vendidos”, irían con escasas indumentarias para que los compradores vieran mejor la mercancía.

Entre las reglas de La Puja, tanto esclavos como Amos, dejarían por escrito sus límites y preferencias las cuales serían leídas detenidamente por cada participante. Esto ayudaría a dejar en claro los términos de la asociación y así evitar situaciones conflictivas o incómodas.

Por varios años se manejó con absoluta discreción pero después se optó

por extender la invitación la totalidad de miembros BDSM de la ciudad. Así ellos permitirían conocer un aspecto diferente.

La primera vez de Marcos resultó impactante para él. Le invitó un amigo y colega del mundo de negocios.

-Fliparás cuando veas cómo se mueve esto, tío. Es la ostia.

Dijo su amigo sonriendo casi rayando en lo fanático. Los dos fueron a una amplia casa de dos pisos en una de las zonas más exclusivas de la ciudad. En los alrededores se encontraban coches de lujo. Marcos interpretó aquello como una clara señal de que allí se encontraba la crema y nata de la sociedad.

Entraron y se encontraron con un ambiente de luz tenue, con olor a tabaco y whiskey. Los compradores estaban sentados y organizados en varias hileras de sillas frente a la enorme chimenea. Allí estaba dispuesto un espacio para que los esclavos y sumisos posaran ante los presentes.

El amigo de Marcos se sentó en una silla reservada para él en una de las primeras filas.

-Venga, hombre.

Él dudó un poco pero se colocó junto a él. Así pues que comenzó a admirar todo con cuidado. El decorado barroco y antiguo, un par de lámparas altas de estilo Art Decó apostadas a los lados de la chimenea.

Las alfombras de color bordó que servían para delimitar el espacio. Incluso hasta notó los decorados de flores que también otorgaban un olor dulce al ambiente. Era como si estuviera en un ambiente surrealista, demasiado para asimilarlo de una vez.

Miró a su alrededor y miró a hombres canosos, adinerados, mujeres con escotes pronunciados y faldas cortas. Individuos con rostros severos y apacibles, con carteles numerados en sus manos, esperando la ocasión para usarlos.

De repente, un hombre alto, de cabello negro corto y vestido con traje cerrado, se colocó en el medio de ese espacio, dirigiéndose al público.

-Buenas noches, estimados invitados. Esta noche tenemos un repertorio selecto tomando en cuenta sus gustos y preferencias. Hemos escogido a un grupo que sabemos será de su agrado. Les repito las reglas: sin agresión, sin violencia. Los Amos y Amas podrán levantarse de su asiento para revisar su compra luego de efectuarla.

>>La señorita Apple, que está allá, se encargará de cobrar la inversión. Así que les pedimos orden en todo momento. Los esclavos y esclavas usarán máscaras para la protección de su identidad. Solicitud que el grupo pidió días

antes del evento. Confiamos que han leído las condiciones de cada uno de los participantes. Sin más nada que agregar, y si no tenemos más preguntas al respecto. Bienvenidos a La Puja.

El ambiente se volvió más sereno y hasta tenso. Marcos, aunque no iba en plan de compra, estaba ansioso. Se preguntó si sería lo mismo para los esclavos.

El anfitrión presentó a una chica. Mientras hablaba, ella salió con una máscara que le tapaba los ojos, con cadenas en el cuello, muñecas y tobillo. Nada más. Estaba completamente desnuda.

Ella era de piel clara, cabello castaño y ojos verdes por lo que pudo observar. Pechos grandes, caderas pequeñas y largas piernas. Marcos prestó atención en cómo sería la puja. Al poco tiempo de presentarse, miró una serie de carteles que bajaban y subían sin parar, incluyendo la de su amigo.

-50 mil dólares es la última oferta. 50 mil a la una, 50 mil a las dos, ¡VENDIDA! Felicitaciones al caballero de la primera fila. Por favor, no olviden el número de la mercancía y pagar a la señorita Apple.

-¿Qué te parece?

-Es... Es increíble.

-Y esto está tranquilo. He ido a varias pujas y está repleto de gente, tío. Te sorprenderías.

-¿Tienes pensado llevarte a alguien a casa esta noche?

-No lo sé. Esta chica es como me gustan pero ya veremos cómo nos va en la noche.

-Oye, tengo curiosidad por algo. ¿Cómo es el proceso de compra?

-Tú y el dinero son cosas inseparables, ¿no?

-Venga, quiero saber.

-A ver, el comprador ofrece equis cantidad de dinero que recibirá el esclavo en cuestión. Ellos se quedan con el 15% de la transacción. Y todos felices.

-Así que todo es por la plata...

-En parte sí y no. Estamos hablando de cada quien sabe el valor de lo que comprará. Aquí hay sumisos experimentados y dispuestos a darte todo el placer que quieras, Marcos. El dinero lo vale. Eso lo tienes que saber mejor que nadie. Así que no está recibir algo de dinero pero también tendrás placer. Todos salen ganando... Además, es sumamente adictivo. Que te lo digo.

Marcos estaba incrédulo, aunque tuviera una opinión de alguien que sabía del tema. Permaneció sentado allí durante parte de la noche hasta que su amigo

pudo comprar la compañía de una chica negra de afro.

-Me voy, tío. Esta noche me divertiré a lo grande.

-No lo dudo.

Lo miró irse y de inmediato sacó su móvil para pedir un Uber. Mientras esperaba, siguió prestándole atención a la dinámica de la situación a la que estaba. Los esclavos miraban directamente al suelo, tenía una actitud sumisa en todo momento. Algunos que lograban comprar, se levantaban de sus sillas y apartaban sus adquisiciones para revisarles el cuerpo.

Tocaban las piernas, las cinturas, espaldas y hasta el cabello. Marcos se sintió contrariado ya que aquello era una especie de invasión al espacio personal pero después recordó que se trataba de algo que ya había sido hablado. No había ofensas porque eso estaba en los acuerdos de La Puja.

Minutos después, tomó sus cosas y salió de la casa. Caminó unas cuantas calles abajo donde ya estaba el chófer del Uber. Se subió, dijo un rápido saludo y se fue a casa con la cabeza hecha un revoltijo.

La Puja había sido ese apartado en su vida que le provocaba probar y no estaba muy seguro de hacerlo. Quizás se lo permitiría. ¿No sería además un buen regalo de cumpleaños?

La chica que estaba junto a él, esa rubia explosiva, demandaba su atención a cada rato. Pidió un trago para ella y se alejó cuando miró un mensaje de su amigo comprador.

*“Este fin de semana es La Puja y cae perfecto para tu cumpleaños. ¿Qué tal si lo hacemos divertido. Déjate se gilipollecas y decídetes. De verdad que no te arrepentirás. ¿Qué dices? VENGA.*

El mensaje lo hizo sonreír. Cada vez le seducía la idea de hacerlo. Miró hacia al frente y miró a la mujer que le enseñó lo provocativo del escote.

... La Puja lucía como la mejor forma de celebrar su cumpleaños.

## IV

Elena permaneció parte de toda la mañana sumida en la angustia. Mientras estaba en el café, sirviendo mesas, esperaba la respuesta del mensaje que envió la noche anterior.

Tuvo que disimular que estaba de buen humor mientras caía en cuenta que esa posibilidad de resolver sus problemas financieros se hacía cada vez más remota.

Bebió varias tazas de café y no se atrevió a probar bocado alguno. Estaba con los nervios de punta.

-Eh, Elena, es tu hora de almuerzo.

-Vale, gracias.

Se fue a la parte posterior de la cocina para sentarse en una pequeña mesa de metal que estaba cerca del lavaplatos. Se sirvió un pequeño plato de ensalada y pan porque la verdad no tenía ganas de comer y aquello era lo más sencillo para digerir. Se sirvió un vaso de agua, y se llevó las manos a la cara. Quiso desplomarse pero escuchó el móvil. Lo tomó entre sus manos y el pecho se le comenzó a acelerar.

Efectivamente se trataba de la respuesta que tanto estaba esperando. Cruzó los dedos y ansió recibir buenas noticias. Ahí mismo comenzó a leer:

*“Hemos recibido tu mensaje y hemos decido que formarás parte del grupo de esclavos y sumisos que participarán en la próxima puja. Es importante que nos coloques tus datos, número de banco, gustos y límites. Mientras más franca, mejor, ya que esto también lo leerán los Amos para que sepan las condiciones del trato. Puedes confiar plenamente que la información será confidencial y bien cuidada. Quedamos atentos”.*

Elena sonrió como nunca, incluso comenzó a llorar en ese micro espacio. Trató de contenerse para que la gente no la viera. Por primera vez en mucho tiempo comenzó a ver luz al final del túnel.

Devoró el plato que tenía frente a ella y se apresuró en escribir tan rápido como pudiera. Pensó en las múltiples posibilidades y las colocó todas. Al final, cuando casi se halló satisfecha, pensó en un último detalle: su virginidad.

Estaba asustada pero también se percató que era necesario ser sincera al respecto. Colocó aquello en lo último y dejó el móvil sobre la mesa. Esperó un poco más y recibió una respuesta casi al instante.

*“Te informamos que eso incidirá en el precio en subasta. Es decir, es*

*posible que sea mayor al momento de señalar esta característica. Sin embargo, es algo que dependerá en el momento de hacer la puja. De todas maneras, quedamos agradecidos por la información ya que lo importante es que te sientas segura de expresar tus dudas y comentarios. Quedamos atentos por si tienes más que compartir”.*

Elena se sintió segura de haber hecho esa confesión sin sentir ningún tipo de rechazo al respecto. Terminó de colocar las especificaciones y cerró el trato. La Puja sería el sábado a las 10:00 p.m. Una de las condiciones sería presentarse desnuda con la posibilidad de usar una máscara. Luego de saber estos detalles, también se encargaron de decirle que recibiría el dinero a su cuenta y que ellos recibirían una comisión del 15%. Elena no lo pensó demasiado. Necesitaba el dinero con urgencia.

Terminó la hora de almuerzo con una amplia sonrisa al mismo tiempo que sentía una especie de nervio en su interior. Quería que las cosas salieran bien para ella y para su familia.

-Estas son tus propinas. Tuviste un muy buen día, Elena. Si sigues así, de seguro termines como gerente.

El jefe de meseros le entregó un sobre con una buena cantidad de dinero.

-Gracias, sería una oportunidad que me gustaría tener.

Tomó el sobre y lo metió en el bolso. Con las mismas, fue al hospital para pagar un poco más dinero para que no discontinuaran el tratamiento. Fue a la habitación de su madre y la encontró dormida.

-Ella está respondiendo bien. Le aplicaron la quimio en la tarde y terminó cansada. Es una mujer muy fuerte. –Le dijo la enfermera.

-Sí. Ella es así. Gracias por estar atenta y por cuidarla.

-No se preocupe.

La mujer la dejó sola con su madre. Elena tomó una silla y la arrimó lentamente, haciendo lo posible para no despertar a su madre. Se sentó junto a ella y comenzó a hablarle despacio.

-Encontré una oportunidad de trabajo. Estoy muy contenta por eso. – Suspiró-. Espero poder darte el mejor tratamiento posible y también ayudar a papá con las deudas. Las cosas saldrán bien, mamá. Ya verás.

Permaneció con ella unos instantes hasta que el cansancio la convenció de irse a casa. Como estaba segura de que la cuidarían, se fue con un poco de tranquilidad en el corazón.

En el regreso, se imaginó a sí misma en La Puja. Se imaginó con las cadenas y estando desnuda. Horas antes, le pidió al Administrador que le



permitieran usar una máscara. Además, también recibió indicaciones sobre cómo debía actuar: mantener la mirada gacha lo más posible y permanecer tranquila.

*“Debes recordar que debes adoptar una postura sumisa. Cuando estés en la puja, dejas de ser tú para convertirte en una esclava. Le pertenecerás a alguien y serás de esa persona por un tiempo”.*

Tuvo la tentación de retirarse, de pensar en otra cosa, sin embargo ya todo estaba planificado. Además, la tentación de probar un mundo completamente diferente y desafiante también la atraía. Era la oportunidad perfecta que quería aprovechar, deseaba salir de su zona de confort y de enfrentarse a otros retos.

Tendría que esperar tres días para La Puja. Elena tenía que presentimiento de que las cosas cambiarían por completo... No tenía la más remota idea de que así sería.

## IV

Marcos se miró en el espejo mientras terminaba de arreglarse. Un traje azul marino de rayas blancas muy finas, camisa blanca y una corbata roja con estampado de bacterias. Zapatos negros muy lustrados, pañuelo haciendo juego. El cabello tan bien peinado como siempre y el rostro rasurado.

37 años no es una cifra que se dice muy fácilmente. Por un lado, no se sentía viejo aunque tenía el presentimiento que mucha gente lo vería así, sobre todo los millenials. Se rió un poco y terminó de acicalarse.

Después de mucho pensarlo, se decantó por La Puja. Pidió una invitación y la recibió de manera muy formal. Una tarjeta de papel de hilo color marfil con su nombre corto escrito en dorado. Recibió la correspondencia en casa para evitar tener que dar explicaciones en el trabajo y así delimitar lo que era personal de la oficina.

A diferencia de otros años, ya no iría a una disco o a un bar, ya no estaría rodeado de mujeres y de tragos. Esta vez quiso probar algo diferente y una puja de sumisas no sonaba para nada mal. Quería saber qué tan cierto era que se podía disfrutar algo así, el tener a disposición a alguien dispuesto a cumplir sus fantasías.

Revisó su cartera y se aseguró que tenía todas las tarjetas disponibles para usar. Visa, MaterCard, AmericanExpress. Todas las quisiera y más, porque bueno, le gustaba también ostentar del poder adquisitivo que tenía.

Tomó las llaves del Lamborghini y el móvil, un flamante iPhone X que acaba de comprar. Antes de salir, se roció un poco de su perfume favorito. Se regaló unos segundos más de vanidad y salió a por La Puja.

Miró de nuevo la invitación para recordar la dirección del evento. Introdujo las instrucciones en el GPS del coche para que lo guiara en el camino. Tomó el volante con ambas manos y apretó el acelerador, dando la marcha a esa impresionante máquina.

Después de unos veinte minutos, Marcos llegó al lugar. De nuevo, una gran casa en medio de los elegantes suburbios de la ciudad. Una zona exclusiva. Aparcó a unos cuantos metros de la entrada, salió y se frotó las manos. Estaba ansioso por lo que estaba por suceder.

El presentimiento de que pasaría una velada interesante, se volvió cada vez más intenso cuando entró a la casa. A diferencia de la primera vez, esta tenía una vibra diferente. Tenía una decoración minimalista, limpiar y con mobiliario moderno. Además, había unos jardines en donde pudo ver que allí

estaban concentrándose los asistentes. Arregló su traje y bajó la larga escalinata.

Pasó por una amplia sala que estaba acomodada como la primera puja que había asistido. Una hilera de sillas frente a un espacio vacío en donde se presentarían los esclavos. Por suerte, ya estaba familiarizado con la situación.

Logró llegar al jardín principal y vio un crisol de personajes. Por supuesto, todos tenían en común esa vestimenta de marca que daba entender que eran personas de dinero y poder... Como él.

Un mozo a medio vestir, le ofreció una bandeja con una serie de cócteles. Marcos asumió que se trataría de algún sumiso que se prestó para la ocasión.

De repente, se presentó esa figura larga y espigada. El mismo hombre blanco pálido, vestido de negro.

-Buenas noches, estimadas damas y caballeros. En pocos minutos comenzaremos La Puja. Les recuerdo algunas normas. Todos los pagos serán procesados por la señorita Apple que está por allá. Así que, el momento cuando suceda, les pedimos orden, por favor. Por otro lado, cada uno sabe cuáles son las condiciones de los esclavos.

>>Por ende, es importante que escojan sabiamente. Podrán tocar la mercancía luego de haber realizado el pago, aunque nos hemos asegurados que todos los participantes cumplen con lo mínimo requerido. Cabe destacar, que algunos del grupo prefirieron usar máscaras para ocultar su identidad aunque garantizamos la confidencialidad de todos los presentes. No duden en acercarse para manifestar cualquier duda o comentario. Estamos para servirles. Si no hay nada más que agregar, por favor, pasemos a la sala.

A ese punto, Marcos estaba verdaderamente entusiasmado. El corazón le latió con fuerza ante la posibilidad de obtener una esclava. Se colocó en uno de los primeros puestos, tomando el cartel con su número y una pequeña lista con los números posibles según la información facilitada. Le llamó la atención la número 7. Una chica en la veintena que era virgen. Sintió una especie de morbo por lo cual estaba ansioso por probar lo que era estar con una.

Comenzó la presentación en poco tiempo, las luces se volvieron un poco más tenues y salió un chico completamente desnudo con un bozal. La Puja había comenzado.

Marcos se mostró interesado en uno que otro prospecto pero nada le llamó la atención. Sin embargo, se entusiasmó un poco cuando escuchó que anunciaron la número 7.

-Damas y caballeros, continuamos con la número 7. Una esclava particular

ya que se trata de una joven completamente nueva en el BDSM, por lo que su Amo o Ama, podrá moldearla según su gusto. De piel morena, cabello negro largo y unos peculiares ojos azul oscuro, esta dama nos recuerda una belleza exótica.

Marcos se quedó impresionado por ella. Las cadenas en el cuello, muñecas y tobillos, la hacían lucir como esa imagen de esclava perfecta. Sólo tenía un vestido corto de color blanco opaco que acentuaba la hermosura de sus caderas anchas y de sus pechos. Piernas gruesas y lustrosas así como el resto de su piel.

El cabello se veía espeso y abundante. De labios gruesos, ojos grandes que se quedaban un poco ocultos tras una máscara del mismo color de la diminuta prenda. Era evidente que estaba nerviosa ya que lo pudo notar en su lenguaje corporal.

Recordó en ese mismo momento, recordó que era ella quien era virgen así que de inmediato comenzó a pujar.

-50 mil.

-Muy bien, empezamos con 50, damas y caballeros. ¿Quién da más?

Los carteles empezaron a desplegarse por los aires. Marcos era uno de ellos que estaba empeñado en quedarse con la chica, sin embargo, estaba volviéndose una puja bastante apretada.

-El señor del fondo ofrece 300 mil, ¿quién da más?

Para sus adentros, Elena no pudo creer en la suerte que tenía. 50 mil dólares era demasiado, incluso pensó que no pasaría de los 500 pero ahí estaba. Viendo cómo pujaban por ella. Sin embargo, deseaba quedarse con ese tío de traje y corbata que estaba sentado a pocos metros de ella.

Tenía las piernas cruzadas, el mentón cuadrado y los ojos azules más claros que jamás había visto. El color rubio de su pelo perfectamente peinado, así como la blancura de su piel con tonos rosáceos en las mejillas. Los labios ligeramente gruesos que dejaban entrever unos dientes blancos y rectos.

Tan elegante, tan impecable, no paraba de mirarlo por más que lo evitara. Sintió un magnetismo muy grande hacia él y deseaba fervientemente ser de él.

-700 mil. –Dijo Marcos con tono grave.

La sala quedó en silencio ante semejante cifra, incluso el anfitrión quedó perplejo cuando escuchó esa cantidad de dinero.

-Bien, el caballero ofrece 700 mil. ¿Quién da más? ¿Quién da más? – Silencio absoluto- 700 a la una, 700 a las dos... VENDIDA.

Chocó el martillo de madera contra la superficie del atril dando fin a la

puja. Marcos miró concentrado a la chica y ella se fue a otro lado para proceder a encontrarse con él.

La llevaron a una habitación en donde le quitaron las cadenas y le entregaron sus ropas: un vestido negro y un par de sandalias altas.

-Te llamarán para avisarte que la transacción estará completa. Recuerda, si no se cumplen cualquiera de los apartados establecidos, el Amo puede reclamar el dinero en su totalidad. ¿Entendido?

-Sí.

-Bien. Respira profundo y buena suerte.

Salió a la sala y miró hacia todas partes hasta que se encontró con él quien estaba recibiendo una tarjeta.

-Es todo, señor. Muchas gracias.

Elena lo miró más impresionada aún. Era un tipo guapo, guapísimo. Con una presencia aplastante. No sabía muy bien si tenía que ver con su altura o con su contextura, pero sí tuvo bastante claro que la mezcla de todo hacía una combinación impresionante. Trató de acomodarse el cabello y de alisarse el vestido. Dio unos cuantos pasos hasta encontrarse con él.

-Hola... Soy la número 7.

-Hola, número 7. Me llamo Marcos. ¿Qué te parece si vamos al jardín y nos tomamos algo?

-Sí, seguro.

Marcos terminó de hacer un par de cosas y guió a Elena hacia el jardín principal. Allí se encontraron con varios Amos ya con sus esclavos, hablando, conversando. Se sentaron entonces en una pequeña mesa cerca de la piscina. Él llamó el mozo y tomaron un par de copas de vino.

-Salud.

-Salud.

Ambos bebieron un sorbo aunque ella lo hizo más porque estaba nerviosa.

-¿Cómo te llamas?

-Elena.

-Bien, Elena. Leí que eres nueva en esto. ¿Qué tan nueva? ¿Sabes qué es el BDSM?

-Sí. Estuve investigando al respecto pero no he tenido oportunidad de experimentar el proceso que conlleva, así que soy toda una novata.

-Vale, ya veo. Entonces, ¿no te da miedo todo esto?

La pregunta tenía sentido. Una chica como esa no estaba muy consciente de todas las situaciones que estaba por enfrentar. Por otro lado, Elena no podía

decir la verdadera razón por la que estaba allí y menos por la cantidad de dinero que había recibido. Podría ayudar a sus padres y a sí misma, así que debía mantener el norte.

-Quería experimentar algo nuevo, lanzarme al ruedo con todo, sin importar lo que representara. Así que estoy aquí para vivir nuevas experiencias.

-Vale. Entonces quedará de mi parte darte toda la información y guía posible. Aunque, cambiando de tema, tengo entendido que eres virgen. ¿Te incomoda hablar al respecto?

-Realmente no. Es como cualquier otra cosa, la verdad.

-Bien, me alegra. Puedo entender que sea un poco difícil hablar al respecto. Ahora cuéntame, ¿por qué no has tenido experiencias previas? ¿Existe alguna razón en particular?

Por un momento, estuvo tentada en decirle que todo se debió a la falta de tiempo y energía debido a sus problemas familiares. Así que trató de darle una razón más o menos creíble.

-Bien, sí he tenido oportunidades pero digamos que siempre hubo algo que me frenó por completo. Incluso a veces sentía que mi cuerpo no iba a avanzar y simplemente no podía. Sé que suena absurdo pero es así.

-Para nada, cada quien tiene sus razones. Así que no te preocupes.

Ella sonrió ante la comprensión de él.

-Verás, Elena, hoy es mi cumpleaños y como habrás visto, lo estoy celebrando de una manera muy diferente. Por lo general estaría en una fiesta pero esto sin duda se lleva todo los créditos de una noche interesante. –Le dijo mirándola a los ojos- Eres una chica hermosa pero no dudo que habrás escuchado esto infinidad de veces, así que ¿qué tal si nos vamos de aquí y vamos a un sitio más íntimo?

Elena comprendió que ahora debía valer el precio tan alto que habían pagado por ella. Así que asintió y se mostró dócil ante estas palabras galantes. Aunque, no obstante, estaba halagada que un tipo como ese, le dijera eso.

Se levantaron y se dirigieron a la puerta principal, escabulléndose de la puja que todavía continuaba. Por un lado, Elena estaba aliviada de que las cosas habían pasado, o al menos una parte de ellas. Se acercaron al Lamborghini rojo y ella exclamó sorpresa al verlo. Por supuesto, Marcos tomó esto como un masaje a su ego.

Tras abrirle la puerta, los dos se subieron y se encaminaron a un bar. Si bien Marcos quería celebrar su cumpleaños a lo grande, sabía que debía andar con cuidado, especialmente por ella. Por más aventurera que se sintiera,

seguía siendo una novata.

Era la primera vez en mucho tiempo que Elena se había olvidado de los problemas. Pasaba por las elegantes calles, con las manos afuera y con el pelo ondeándole con el viento. Tenía una sonrisa en el rostro mientras tenía los ojos cerrados.

Se adentraron a una zona bohemia de la ciudad. Las calles repletas de restaurantes y bistrós, de panaderías artesanales y hasta salas de arte. La vida que tenía a esa hora de la noche era impresionante, la gente iba y venía sin problemas. Caminando y hablando.

Elena perdió parte de su niñez y juventud y estar allí le hacía sentir que estaba cerca de recuperar todo eso y más.

-Este es un bar con cerveza artesanal. Es deliciosa. Ah, también tienen buenas tapas. Sinceramente es uno de mis lugares favoritos.

Le vio sonreír y se sintió como si el mundo se le moviera debajo de sus pies.

Aparcaron uno metros más adelante del lugar y caminaron hacia un lugar hermoso y bien cuidado. La fachada era de color azul muy vivo, con letras ornamentadas en plateado. Además, había un gran ventanal que permitía ver lo que había adentro: un grupo de mesas en un espacio blanco y amplio en donde los comensales podían moverse sin problema. La verdad es que tenía más aspecto de café que de bar, sin embargo, Elena estaba deslumbrada por encontrarse con un mundo lleno de posibilidades.

El lugar, tal como lo había visto desde afuera, era amplio y de aspecto moderno. Del techo colgaban largos cables negros de donde colgaban bombillos de gran tamaño. Sin embargo, la luz era tenue lo que le daba un ambiente acogedor. Elena estaba aliviada de que estuviera bien arreglada para la ocasión.

Se sentaron en una mesa un poco apartada del tumulto. Marcos estuvo caballeroso y amable en todo momento. No parecía un tipo demasiado frío, más bien era lo contrario. No obstante, Elena se recordó a sí misma que no debía adelantarse a los acontecimientos, ya que con el paso del tiempo, la gente comienza a mostrarse tal cual es.

Marcos, por otro lado, estaba un poco ansioso. Por un lado ansiaba probar la piel de esa chica tan hermosa. Se percató que ella llamó la atención de la gente desde el momento en que entró al lugar. Esa tez iluminada y hermosa, los ojos, el cabello, ese andar sensual. No era para menos.

Ciertamente se sentía como un hombre poderoso e imbatible. Le gustaba

rodearse de mujeres hermosas. Pero Elena tenía algo diferente, algo que no terminaba de descifrar.

Tomó la carta y miró los tragos y cócteles.

-A ver, ¿se te apetece algo?

-¿Qué te parece esa cerveza artesanal de la que me hablaste?

-Excelente. Tomemos algo refrescante. A pesar que es de noche, hace un poco de calor, ¿no crees? –Le guiñó el ojo y ella sintió cómo la sangre se le fue directo a las mejillas.

Después de ordenar, esperaron por las cervezas y por unos pimientos rellenos. Marcos se acercó un poco a ella para comenzar un poco el ambiente de intimidad. Elena comenzó a sentirse nerviosa, por lo cual se enderezó un poco y pensó que era un buen momento para preguntarle algunas cosas.

-Marcos, ¿desde hace cuánto eres Dominante?

Él, sin moverse un poco, miró hacia la derecha como empezando a recordar.

-Mmm. La verdad es que no recuerdo exactamente. Diez años, un poco más o un poco menos. No tengo una fecha exacta. Pero sí, ha sido bastante tiempo. Vaya, creo que nunca lo había visto de esa manera.

-¿Qué ha sido lo mejor que has aprendido?

-Varias cosas. Con el paso del tiempo aprendes muchas cosas de ti mismo. Entiendes cuáles son los límites y lo que verdaderamente te gusta. Además, entiendes también el proceso por el que pasa la sumisa, al menos en mi caso. Te vuelves más observador y detallista. Son características que todos debemos tener como Dominantes. Es importantísimo.

Luego de llegar el par de cervezas y de tomar unos cuantos sorbos, las preguntas de Elena continuaron.

-¿Por qué es importante el observar?

-Bien, es muy sencillo perderse en las sensaciones. Sin embargo, tienes que aprender a observar a la otra parte. Si algo le gusta o molesta, puedes continuar o no. Hay quienes que no expresan de inmediato sus emociones por lo que tienes que hacer un esfuerzo extra. Además, -Dijo acercándose- ser Dominante va mucho más allá de azotar y follar, es una responsabilidad y es algo que no todo el mundo asume como adulto.

Ella estaba impresionada por la forma en cómo decía aquellas palabras. Se volvió serio y severo. Aun así, no perdió esa chispa vivaz que tenía cuando se expresaba.

-Estar en este mundo por tanto tiempo te permite también saber quién



asume el compromiso de verdad. Hay gente que sólo busca pretender y eso es muy peligroso porque lo pueden usar contra ti. Si te soy sincero, un tío como yo tiene mucho que perder. Tengo empresas y negocios, hay gente que depende de mí.

>>Cualquier rumor de algo, podría destruirme por completo. Es por ello que es un círculo cerrado en donde impera el respeto por la identidad del otro. Cada persona que forma parte de este grupo, está consciente que arriesga muchísimo de su vida normal y deposita la confianza de que su identidad será protegida por otros. Cualquiera que se atreva a desafiar las reglas, tendrá que asumir las consecuencias.

Elena comenzaba a comprender cada vez más y mejor en el mundo en el que estaba formando parte. Aunque lo había leído, aunque lo había investigado. Era muy diferente escucharlo de primera mano de un hombre que tenía más que suficiente experiencia.

-Siento que estoy hablando demasiado de mí. No quiero aburrirte con detalles tontos.

-Para nada, estoy muy interesada porque es vital que entienda todo esto.

-Tienes razón. Esa era otra clave del BDSM, la comunicación. El decir lo que quieres, lo que buscas, lo que deseas y tus límites con franqueza y transparencia, es un fundamental para la relación. De lo contrario, todo se volverá cuesta arriba. Antes de hacer La Puja, nos entregaron información de todos ustedes. Con esto, evitamos problemas y malos ratos.

Siguieron bebiendo y hablando. Elena estaba comprendiendo el BDSM y cada vez sentía que estaba preparándose mejor para quedar embebida en ese mundo. Por otro lado, Marcos estaba ansioso por probar su regalo de cumpleaños, así que apretó el paso. Quería que las conversaciones dejaran de ser diplomáticas y muy serias.

-¿Cómo te sientes? –Dijo colocándose frente a ella. Muy junto a ella.

-Nerviosa... -Exclamó Elena con sinceridad.

-No haré nada que no quieras. Eso te lo aseguro.

Sin embargo ella quería todo. Por alguna razón, ansiaba quedar entre sus brazos, por probar sus labios, esos mismos que parecían llamarla sin parar. Los ojos azules claros que se le clavaban en su mirada. El porte y la masculinidad que exudaba. Tenía tantos modos y tantos gestos que la hacían pensar que ella debía caer en la tentación sin pensarlo demasiado. Elena no quiso escaparse más, incluso olvidó el dinero, las deudas de su padre, la enfermedad de su madre. Ahora ese momento era sólo para ella.

Marcos le tomó parte de la mejilla y la acarició suavemente.

-No muerdo... A menos que eso te guste.

Ella no pudo evitar sonreír y justo en ese momento, él la besó. Primero lo hizo suavemente y con lentitud. Marcos pudo sentir lo nerviosa que Elena estaba. Así que la abordó con su cuerpo para que ella sintiera su calor y su deseo.

Poco a poco, se volvió más apasionado e intenso. Elena estaba entregándose a él sin resistencia. Estaba embebida por el aroma de su cuerpo y cabello, por la suavidad de su traje y de la piel de su rostro. Aunque quiso explorar más en su boca, Marcos se detuvo porque estaba seguro que en cualquier momento terminaría por quitarle la ropa como un salvaje y hacerla suya sobre esa mesa de madera.

-Déjame pagar y nos vamos a mi casa, ¿te parece?

Ella, en medio de la emoción y la agitación, apenas pudo asentir.

Se levantó para pagar la cuenta y también para tomar tiempo para relajarse. Estaba seguro que de seguir besándola, terminaría de tener una erección. Marcos, acostumbrado a tener siempre el control, se sorprendió de estar en una situación así, como si ella tuviera una especie de poder sobre él.

-¿Nos vamos?

Ella asintió y volvieron salir. El cielo de esa noche estaba completamente despejado y fresco, como si tuviera las condiciones ideales para disfrutar al máximo. Ella respiró hondo y se subió al flamante coche que parecía flotar por el asfalto.

Paralelamente, Marcos estaba ansioso por descubrir las maravillas del cuerpo de Elena. Tanto el vestido de La Puja como el que estaba usando en esos momentos, le sirvieron para tener una idea más o menos clara de sus curvas. No obstante, también pensó que debía ser delicado con ella. Una persona con nula experiencia en BDSM y además virgen. No podía ser tratada como las demás.

Se adentraron en otra zona exclusiva de la ciudad. Elena no paraba de mirar a su alrededor porque se percató que pasó muchos años de su vida en una burbuja de calamidades. Estando con él, se percató que había perdido demasiado tiempo en problemas y que no se dio la oportunidad de disfrutar las cosas como debía y quería.

Llegaron a una urbanización cerrada. Marcos pasó una tarjeta magnética por un lector en la entrada de la misma. Esto era con la finalidad de garantizar privacidad y seguridad a quienes vivían allí. De inmediato pasaron por una

serie de casas y mansiones de lujo, con arquitecturas modernas y de líneas simples.

Los garajes estaban repletos de coches de lujo y el césped de los jardines y entradas, era lustroso, como si fuera hecho de seda. Las aceras e incluso el asfalto parecían nuevos. Esa imagen de elegancia le resultó un poco chocante a Elena quien vivía casi en el extremo opuesto. Recordó las calles y los alrededores de donde vivía.

El caos del tráfico, los llantos de los bebés a todas horas, el ruido incesante. Ahora que estaba allí, encontró todo tan tranquilo y en silencio que casi deseó que pudiera estar allí por tiempo indefinido.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando llegaron a la entrada de la casa. Pasaron por una reja negra que se abrió automáticamente y arribaron en pocos minutos.

Era una casa de dos pisos con paredes de concreto y vidrio. Unas pocas luces iluminaban el camino de gravilla hacia la puerta. En los alrededores, ese mismo césped limpiamente cortado, pequeños arbustos y un gran árbol en uno de los laterales de la casa, el cual le daba un aire más bien nostálgico al lugar. Elena imaginó que debía tratarse de un lugar hermoso por las tardes y las mañanas.

Él se acercó a la puerta y la abrió en pocos minutos. Al dejarla pasar con la misma galantería de siempre, se encontró con un hogar precioso. Lo primero que vio fueron unas escaleras negras que conducían al piso de arriba y las cuales tenían paneles de vidrio a los lados. Más hacia adelante, se encontró con una amplia sala que también contaba con un ventanal en el fondo.

Gracias a ello, independientemente si era de día o de noche, el lugar siempre estaría iluminado. Las paredes estaban decoradas con arte abstracto y el techo contaba con largas lámparas similares al del bar que visitaron. Los muebles, en su mayoría, eran de colores oscuros lo que daban ese toque masculino.

El suelo de parqué resplandecía. Elena también se encontró maravillada con una especie de biblioteca que, además de albergar libros, también se encontraban adornos de varios países. Aviones y modelos de coches en miniatura eran los más comunes.

La cocina era abierta y con artefactos modernos, todos de color cromo. Sin embargo le llamó la atención un ventilador de aspecto retro.

-Es muy lindo.

-Era de mi abuela. Solía jugar con él cuando era niño, ni sé por qué.

Cuando murió, me lo dejó y lo tengo aquí conmigo. Es una forma de recordarla.

-Pues, va bastante bien con el resto.

-Ja, ja, ja. ¿Te parece? Creo que tienes razón.

No todos los días tenía la oportunidad de encontrarse en un sitio así, entonces trató de recordarlo todo diciéndose a sí misma que así vivía el resto de la gente.

Elena dio unos pasos hacia el ventanal y se quedó admirando la tranquilidad de allí. Justo después, sintió las manos de Marcos sobre su cintura y su rostro hundido en el cabello de ella. Sintió la forma en cómo percibió el olor de ella, sintió la firmeza de sus manos en la cintura, el calor de su piel contra la de ella. Sintió que no faltaba demasiado para dejarse vencer.

Poco a poco comenzó a perder el miedo. Pensó que estaba cerca de algo pero que no sabía qué. Aunque tenía ganas de racionalizar las cosas, no podía hacerlo porque su cerebro estaba concentrado en otra cosa. Lo mismo que su cuerpo. Cerró los ojos y se concentró más en los que estaba experimentando en ese momento.

De repente, sintió cómo él la giró para encontrarse con ella de frente. Se miraron mutuamente por un rato. Marcos subió las manos para acariciar el rostro ansioso de Elena.

-¿Te sientes bien?

-Sí, sólo un poco nerviosa.

-Si quieres dejamos esto para después. Recuerda que no se hará nada que no quieras. Es una regla fundamental que tienes que tener presente. ¿Vale?

-Vale... Pero sí. Sí quiero continuar. Permíteme hacerlo.

Él, inmediatamente, adoptó una actitud más fuerte y dominante. La tomó para sí con determinación y la besó de nuevo. Esta vez, sin tanta dulzura de por medio. Sus manos tomaron su cuello y nuca, apretando suavemente. Su boca se abrió más dejando que las lenguas se tocaran entre sí. Marcos chupaba y lamía con desesperación. Al hacerlo de manera tan intensa, se pudo dar cuenta de lo ansiosa que estaba por estar con él.

Mientras seguían besándose, Elena pudo percibir el calor y el endurecimiento de la entrepierna de él. Pensó inmediatamente en lamer su glándula, en morderlo, en tenerlo entre sus labios. Deseaba llegar a ese punto.

Marcos le tomó por el brazo y se dirigieron hacia las escaleras negras. Subieron poco a poco, con él como guía. Ella se impresionó aún más al

encontrarse con un completo piso para él. Los ventanales, que llegaban hasta el techo, también permitían que la luz entrara en ese piso.

Al volver la mirada a la habitación como tal, vio una amplia cama, más ventanales, un amplio clóset que iba de derecha a izquierda, una baño que, por lo que pudo ver, era bastante amplio, muebles de madera, un televisor pantalla plana y una consola de videojuegos con un par de controles encima. Era como la habitación de un niño pero más grande.

Finalmente llegaron y continuaron con lo que dejaron pendiente en la sala. La ansiedad de Marcos hizo que sus manos comenzaran a desvestir a Elena lentamente. En cada paso, se aseguró que ella se sintiera cómoda de lo que estaba pasando. Por dentro, además, estaba agradecido con su amigo por haberle insistido a ir a La Puja. Había obtenido un regalo más que increíble.

El vestido cayó al suelo y por fin dejaron desnudo ese cuerpo, sólo para él. Efectivamente sus caderas anchas lucían divinas y muy provocativas, los pechos de tamaño mediano con esos pezones pequeños pero duros y erectos. Las piernas gruesas y el cabello que caía sobre los hombros como una cascada de ébano. Los ojos grandes y azules de ella, tenían una mirada de temor pero también de excitación. Marcos fijó la vista hasta su coño que lo logró ver como el deseo que por fin estaba por manifestarse.

Antes de abalanzarse sobre ella, se aseguró de quitarse el saco así como la corbata. Quería sentirse un poco más cómodo. Desabotonó un par de botones y arremangó las mangas para tener un poco más de movilidad. Cuando sostuvo la corbata en una de sus manos, la dejó allí. Tendría un uso para ella después.

Dejándola sobre la cama, Marcos avanzó para besar de nuevo a Elena. Ella le tomó por los anchos hombros y lo miró fijamente. De nuevo sintió el calor de la lengua de él que se entremezclaba con la suya, devolviéndole esa sensación de perdición que tenía junto a Marcos. Era como si perdiera la capacidad de dominarse.

Él poco a poco, la llevó sobre la cama hasta que la dejó tendida sobre ella. Su enorme cuerpo quedó sobre el suyo hasta que los labios de Marcos comenzaron a descender. Pasó por su cuello, por las clavículas, los pechos. Sus manos los apretaron y sus dientes se dedicaron a morder un poco, sólo un poco. Esto fue suficiente para que ella no parara de exclamar gemidos cada vez más fuertes.

Siguió bajando hasta que se encontró con la ligera protuberancia del hueso de la cadera. Sacó su lengua para lamer la piel y también para hacerla que se excitara aún más. La miró y la encontró con los ojos cerrados, con la boca

entreabierta y con las manos sobre el cabello de él, acariciándolo. Continuó entonces con esa ruta de placer hasta que llegó al coño.

Respiró suavemente sobre la piel y enseguida ella se estremeció. Marcos sonrió con malicia y lo volvió hacer. Cuando se encontró satisfecho, colocó sus manos sobre esa lustrosa piel morena y enterró su cabeza para llevar su boca esos carnosos labios vaginales.

El primer contacto de su lengua con la carne de su nueva esclava, le aceleró el pecho como nada en el mundo. La besó y la lamió con hasta que la escuchó gemir fuerte. Se quedó allí, chupándola hasta que se concentró en su clítoris.

Una especie de corriente eléctrica recorrió su cuerpo desde la planta de los pies hasta la punta de la cabeza. Echó su cabeza hacia atrás y sus manos tomaron las sábanas con fuerza como para tener algo que la conectara a la realidad. Ansiaba demasiado que esa sensación no terminara, que miraba sin parar si Marcos seguía comiéndosela.

Producto de la excitación, también comenzó a reír. Esa risa se volvía intensa cada vez que la lengua de él se adentraba en el ella, follándola. Luego de unos minutos así, él tomó uno de sus dedos y lo metió con cuidado, procurando que seguía chupándola. Quería saber si era posible excitarla más de lo que ya estaba.

Elena pensó que algo dentro de ella iba a explotar. Ninguna de las sensaciones que tuvo a lo largo de su vida se le pareció a semejante cosa. Era como si fuera algo que no tuviera nombre. O más era difícil de explicar. Sí. Era eso.

Siguió así, perdiéndose en esa nube de sensaciones, perdida en la boca de él, en las caricias que le hacía en las piernas, en los apretones que le daba, incluso en sus gemidos. Llegó a sentirse tan bien que podía morir en ese momento y hacerlo sin problemas. Siendo feliz. Feliz y plena.

Ella entendió el sentido de la vida en las lamidas de un hombre como ese, en un hombre que sabía cómo tocar y como besar. No podía estar en mejores manos... Literalmente.

Marcos sintió la estrechez de su coño por lo cual siguió masturbándola poco a poco. Primero fue un dedo y después lo hizo con dos. Escuchó un poco sus alaridos y lo hizo suavemente como para no hacerle daño.

Después de un rato, se incorporó para acomodarse mejor. Mientras se quitaba el resto de la ropa, con cierta dificultad debido a la excitación, miró a Elena tendida sobre la cama como una Venus. Se apresuró entonces en

quedarse desnudo hasta que por fin lo logró.

Elena, en medio de su excitación, miró con detalle el cuerpo de Marcos. La espalda ancha, los hombros fuertes, la fuerza de sus brazos y el musculado de sus piernas. Sin embargo se impresionó aún más cuando vio su pene. Una verga gruesa y venosa, con un glande rosáceo, largo y completamente erecto. Estaba tan duro que prácticamente estaba en un ángulo de 90° en comparación con su cuerpo.

Ella no pudo evitar sentir un poco de miedo, pensó en el dolor que podría sentir y casi estuvo a punto de renunciar. Sin embargo, pensó que había llegado demasiado lejos como para dejarse vencer tan fácilmente, además, estaba muy excitada. Como si ese estado casi la llevara a un trance.

Fue entonces cuando sintió que él se acercó a ella lentamente, como si conociera la profundidad de sus pensamientos.

-No te preocupes. No te haré daño.

La besó suavemente mientras acomodaba sus piernas y brazos sobre la cama. Luego de encontrarse satisfecho por cómo estaba, tomó su gran pene con una de sus manos y comenzó y se tocó un poco. Ella lo miraba fijamente a los ojos hasta que sintió la presión en su coño.

Apenas experimentó el dolor, llevó sus manos a los brazos fuertes de él. Gimió con cada vez más fuerza a la vez que él la penetraba. Marcos procuró en hacerlo suave, en ser delicado y respetando las sensaciones que ella estaba experimentando. Cada vez que iba más dentro de ella, miró las mejillas de ella encendidas. Ese rubor hermoso e intenso la hacía ver más bella que nunca. Sus grandes ojos azules lo miraban mientras jadeaba de dolor y placer.

La cadera de Marcos hizo un movimiento rápido, embistiéndola con fuerza. Esto con el fin de meterlo por completo y quedarse allí por un rato. Ella gimió por el dolor y aprovechó para llenarla de besos y caricias.

-¿Estás bien?

-Sí... Por favor. Por favor, sigue.

Logró decir estas palabras como pudo. Así pues que Marcos decidió que se quedaría allí un rato más para que ella se acostumbrara a las sensaciones. Siguió abrazándola con el calor de su cuerpo hasta que retomó el movimiento de la primera vez. Se echó un poco para atrás y volvió hacia adentro. Oscilaba de adentro y afuera, de manera constante, uniforme, sensual.

Elena dejó de sentir esa presión y dolor para experimentar un placer indescriptible. La verga de Marco se sentía deliciosa, increíble. Mordió sus labios con fuerza en la misma medida en la que él la follaba como el macho

Dominante que era.

Marcos no pudo evitar llevar una de sus manos a su pelo para jalarlo, su boca fue a uno de sus pechos para morder de nuevo el pezón. Elena gemía sin parar. Su cuerpo no estaba allí, estaba en otro lugar. En una nube de placer, en una galaxia de excitación, fuera de este mundo. Mucho más allá.

Él notó que se sentía cada vez más excitado por lo que se soltó un poco más, así que comenzó a embestir con más fuerza y contundencia. Incluso dejó escapar unos cuantos gemidos al sentir la estrechez del glorioso coño de Elena. Esa misma que pareció abrasar su pene por completo.

Después de un rato de cuidados, los dos lograron sincronizarse en un movimiento de placer. Gemían y se miraban como si quisieran hablar pero sabiendo que no había palabras para ello. Marcos estaba en el éxtasis, con el deseo más arraigado de hacer que esa mujer fuera solamente suya.

Recordó entonces la corbata que había dejado no muy lejos de allí, poco a poco, sacó su pene aunque ella le miró con cierta recriminación. No lo quería afuera, más bien deseaba que él le diera más duro y fuerte.

-Espera un momento. –Le respondió como si justamente supiera lo que estaba pensando.

Se reunió con ella segundos después con la corbata roja de estampado de bacterias. Elena se quedó pensativa pero en ese punto confió plenamente en él. No podía hacer lo contrario.

Acercándose a ella, le pidió que juntara las muñecas.

-Te las ataré. ¿Estás bien con eso?

-Sí, por supuesto.

-Bien, colócalas sobre tu cabeza.

Ella inmediatamente sintió cómo él la ató en poco tiempo. Lo cierto es que el amarre no se sintió demasiado agresivo así que estaba tranquila. Por otro lado, le agradó la idea de estar atada. Bien, ahora seguía el próximo paso.

Marcos volvió a subirse sobre la cama y a retomar el sexo con ella. Atada y esa posición, le daba mucho campo para jugar. Mientras una de sus manos estaba enredada en esas hebras de cabello espeso, la otra procuraba tomarla por el cuello o por tomarle los senos. De verdad que le gustaba hacerlo porque los sentía tan bien al tacto que era imposible no hacerlo.

Cambiaron después de posición, a una de las favoritas de él. La colocó de lado y vio el perfil de ese cuerpo perfecto. Sus portentosas nalgas, los pechos, las caderas anchas y lo fino de su cintura. La piel que la envolvía, la forma incluso en cómo el cabello caía sobre su cama. Sí, ella era fuera de este



mundo. Era una especie de milagro.

Levantó una de sus piernas, apoyándola a su vez sobre uno de sus hombros. Fue un poco más hacia adelante y volvió a meter su pene en ella. De inmediato le encantó experimentar ese calor y lo cerrado de ese coño. No sabía cómo describir lo que le hizo sentir pero sin duda no se arrepintió por optar por un coño virgen y menos en el día de su cumpleaños. Fue, sin duda, la mejor manera de celebrar.

A diferencia de la primera embestida, él estaba casi follándola como un salvaje. Siempre reservando un poco las maneras para no hacerle daño, sin embargo, se dio cuenta que ella pareció llevársela bien con el dolor y el placer. Con la conjugación de dos elementos que a primera vista parecían antagónicos.

Llevó uno de sus dedos hasta el clítoris de ella para masajearlo al mismo tiempo que la follaba. Quería ver –y saber- cuáles serían las reacciones de ella. Inmediatamente, Elena se retorció un poco más, incluso pensó que suplicaba por misericordia pero era claro que él no sería ese tipo de Dominante. Ella debía entender que su deber era darle el máximo placer posible.

Sonrió al verla desesperada, al verla rogando, al verla agitada y sonrojada. Continuó masturbándola hasta que por fin sintió que las carnes de ella se tensaban. Quería decir que estaba cerca de que tuviera un orgasmo.

Así pues que Elena se aferró a las tiras sueltas de la corbata, las apretó con fuerza y cerró los ojos ante ese algo que no sabía que era pero cuya sensación se volvió más y más fuerte. Gimió más y más ante los estímulos que recibía.

La verga de él y el dedo afincado en su clítoris. De repente, todo se volvió oscuro para ella mientras que sintió que su cuerpo se agitó violentamente hasta que se dejó vencer sobre la cama. Una especie de fuerza inexplicable le arrastró a un abismo de oscuridad deliciosa y placentera.

Abrió los ojos con las últimas fuerzas que le quedaban y miró a Marcos que sacaba su pene dentro de ella. Observó cómo se masturbó sobre su cuerpo para finalmente verlo correrse sobre ella. Unos fuertes chorros de semen cayeron sobre la piel de su costado, por sus pechos y piernas, incluso. Unas cuantas gotas terminaron en el pelo, luciendo como pequeñas perlas en ese mar negro.

Ella le sonrió y los dos terminaron de darse un beso entre la agitación de un par de fuertes orgasmos.

## V

Se quedaron uno junto al otro por un rato. Elena dormitaba mientras que Marcos se escabullía de entre las sábanas para ir a la cocina y así tomarse un trago. Generalmente le molestaba estar acompañado después del sexo por la costumbre de desechar a sus compañeras pero, extrañamente, no le pasó lo mismo con ella. Quizás se debió a que era una especie de regalo de cumpleaños que no quería desperdiciar.

Tomó un par de pantalones de pijama y fue al baño a refrescarse la cara. Al encender la luz, no pudo evitar encontrarse con su reflejo. Estaba sonrojado y seguía un poco agitado. Por primera vez en mucho tiempo, se sintió tan vigoroso y enérgico. Estaba hasta de buen humor.

El gran espejo también le dio la oportunidad de verla desde esa distancia. Tan bella, tan calma, como si fuera la tranquilidad misma. Apagó la luz y bajó las escaleras para servirse un poco de Bourbon. Al llegar, se fijó en el reloj de la encima de la nevera y se dio cuenta que era un poco más de las 3 de la mañana. Suspiró porque quería decir que tendría que trabajar en unas horas pero no le importó demasiado porque ciertamente pasó un cumpleaños fuera de serie.

Se sentó en una de las sillas cerca de la encimera y se concentró en el sabor amaderado del licor. Era agradable al paladar... Como lo eran los fluidos de Elena sobre su boca. Mientras pensaba en ella, estaba dispuesto a aprovechar cada centavo que dispuso para comprarla. Haría lo que tenía que hacer para degustar ese premio mayor.

Tomó unos cuantos sorbos más y se levantó para acostarse. Al menos tendría que obligarse a dormir.

Elena escuchó el sonido de los pájaros y se despertó lentamente. Al terminar de abrir los ojos, miró a su lado y ahí estaba él, observándola. Sintió de repente un poco de pena, pero trató de incorporarse con naturalidad.

-H-hola.

-Buenos días. ¿Cómo dormiste?

-Pues muy bien. Me parece que caí como un bloque.

-Así fue.

Hubo una especie de silencio incómodo hasta que ella presintió que algo estaba por suceder. Marcos tenía esa mirada de niño pícaro. Él se acercó a ella para besarla suavemente y sintió sus manos de nuevo en su cuerpo. Esa sensación de volver a perderse en él, era cada vez más intensa.

Las manos de Marcos buscaron las de ella desesperadamente. Elena no entendió muy bien hasta que se dio cuenta que el deseo de él era que lo masturbara. Al principio se sintió intimidada pero decidió en que confiaría en sus instintos y en la pasión de la carne para hacerlo.

Sus pequeñas manos se posaron sobre su verga y comenzaron a masajearlo con suavidad. Ella observó el glande que se volvía cada vez más húmedo y todo más y más duro.

Siguió tocándolo con fuerza hasta que se levantó del todo y lo miró a los ojos.

-¿Puedo chupártelo?

-Eso es lo que harás.

Ella le sonrió cómplice de sus deseos y siguió masturbándolo hasta que se inclinó un poco más hasta chuparle el glande. Se sintió suave y terso entre sus labios. Siguió lamiendo hasta que comenzó a introducirse poco a poco en la boca. Lo hacía despacio, dándose su tiempo especialmente porque se trataba de una verga enorme.

A la vez que chupaba, también lo masturbaba. De a ratos, cuando la excitación se lo permitía, Marcos le quitaba el cabello de la cara para verla mejor al hacerlo. Al mismo tiempo, acariciaba el cuello y la espalda. Sus dedos tocaban su espina y esa piel tan suave que tanto le gustaba.

Elena logró casi introducirse todo por completo, lo cual fue un logro porque no pensó que fuera capaz de hacerlo. Así pues que continuó chupando, incluso haciendo unas cuantas arcadas hasta que vio salir los pequeños hilos de saliva envolver el pene de él.

Intercalaba el placer que le daba con la boca con su mano y lo miraba. Estaba privado de la excitación así que tomó esto como un impulso para ir más rápido y más intenso. Dejó su mano a un lado y se concentró sólo en chuparlo. Su cabeza iba en un movimiento ascendente y descendente. Rápido y suave, lento y duro. Continuó así hasta que percibió que él se acomodó mejor sobre la cama y para dejarse vencer por el orgasmo.

Los muslos de él se agitaron violentamente al mismo tiempo que su mano tomó el cabello de ella con fuerza. La sostuvo así por un rato hasta que finalmente se corrió en su boca. Los gemidos de él se entremezclaron con los de ella, quien recibió sus líquidos calientes entre sus labios. Elena no tuvo la necesidad de nada más que de comer todo aquello. Lamió los restos de él ante la mirada sorprendida de su nuevo Amo.

Al terminar se echó para atrás, limpiándose los últimos restos que

quedaron en la comisura de sus labios. Se veía tan radiante, que Marcos no pudo evitar ir hacia ella y darle un beso.

-Tengo que ducharme.

Se bajó de la cama en un cambio sorprendente de actitud. Elena lo vio escurrirse hasta el baño y ella se quedó sola. Aprovechó para vestirse, buscar un poco de dinero en su monedero y tratar de ir a casa. Escuchó enseguida el agua cuando leyó un mensaje de su padre preguntando por ella. Recordó que no le había dicho nada y que ya tenía varias horas sin que supieran de ella.

Se acercó sigilosamente al baño para no molestarlo.

-Ehm, Marcos, tengo que irme. Se me presentó una emergencia. ¿Es fácil tomar taxis desde aquí?

Aunque él era un tío que no le preocupaba demasiado el destino de sus compañeras sexuales, pensó que sería demasiado rudo dejarla batallar sola después de una noche intensa.

-Espérame y te llevo a donde quieras. Prometo no tardarme. Eh, si quieres ve a la cocina y come algo. Siéntete cómoda.

Aunque hubiera preferido irse, lo cierto era que las tripas estaban sonándole con fuerza. Así que bajó las escaleras para prepararse algo sencillo. Al estar en la cocina, le respondió a su padre que estaba bien y que en poco tiempo iría al hospital. Incluso pensó en no presentarse más a la cafetería porque ya tenía parte de su vida resuelta y tendría tiempo para pensar que podría hacer después.

Abrió el refrigerador con cuidado y se encontró cualquier cantidad de alimentos. Desde frutas y vegetales frescos hasta vinos y cervezas importados. Todo tipo de quesos, untables y hasta agua gasificada. Sintió un poco de intimidación, así que tomó un sencillo pan de molde y un poco de jamón y queso, un recipiente de jugo de naranja que se veía lo menos costoso de allí y comenzó a hacerse un sándwich. Aprovechó en prepararle a él también.

Se sentó entonces y antes de llevarse un bocado, respiró profundo. Estaba cansada y lamentó por un momento tener que retornar a esa rutina odiosa. Pero bueno, así era el deber. O al menos eso era lo que creía.

Terminó de comer, mirando el ventanal que tenía en frente. Estaba maravillada con estar en un lugar con una vista así. Hacía sentir que todo era posible. De inmediato, sintió que él bajó las escaleras. Lo encontró tan sensual y apuesto como siempre.

-¿Y bien? ¿Qué tal me veo?

Dio una vuelta para que lo viera. Mientras lo hizo, no paraba de sonreír,

como si aquello fuera una broma inocente.

Elena, por dentro, pensaba que era el tío más guapo del mundo y que aquello era como llevarla a la tentación.

-Pues, muy muy bien.

-Excelente. Hoy tengo una junta importante así que tengo que verme bien.

-Te hice esto. –Le acercó el plato.

-Ah, querida, muchas gracias pero estoy corto de tiempo. ¿Nos vamos?

-Vale.

Elena se sintió un poco incómoda pero no tuvo oportunidad de pensar en ello porque en menos de lo que esperaba, ya se encontraba en el coche camino a su casa. Un trayecto con pocas palabras le hizo pensar que debía dejar de idealizar al hombre. Todo se debió a una transacción y ya. No debía pensar más en el asunto.

-Sí. Aquí es.

-¿Segura? Puedo dejarte más adelante.

-Oh no. Estás corto de tiempo, ¿recuerdas? Muchas gracias.

Elena se bajó y le dejó a él una especie de extraña sensación. La chica pudiera ser tímida pero era claro que también era sarcástica. Aunque no dijo nada al instante, le pareció gracioso el comentario. Ya después tendría oportunidad de cobrarla.

Llegó al piso muerta del cansancio, de hecho, se echó sobre el sofá y se quedó allí un rato. Deseaba permanecer en el silencio un poco más.

Se quitó entonces los zapatos, bebió un poco de agua y fue hacia su habitación para aprovechar que estaba allí y tomar una ducha. Necesitaba más tiempo a solas. Se desnudó lentamente y se metió en el pequeño baño. Abrió las llaves y mientras miraba el agua correr, se recordó a sí misma que ya no era virgen. Increíblemente no había pensado en ello con detenimiento.

Entró a la ducha y se dejó envolver por el chorro tibio. Se sintió tan relajada que casi apostó que se quedaría allí durmiendo.

Mientras disfrutaba de esos momentos de placer, Elena recordó en todas las sensaciones que experimentó con él. En el dolor inicial que poco a poco se transformó en algo más poderoso y placentero. En el calor de su piel con la de ella, en la forma en cómo la tomaba y dominaba. También se sonrojó un poco cuando recordó los besos y las suaves caricias que sintió cuando la penetró por primera vez. Se aseguró de que ella se sintiera bien en cada momento.

Se preguntó además en lo que sintió después, en la oscuridad repentina, en la explosión que se concentró en el centro de su cuerpo y que se dispersó al

resto de sus miembros como átomos de placer. Se preguntó si aquello era correcto aunque no sintió que fuera lo contrario.

Salió de la ducha y mientras se secaba, los recuerdos volvieron a su mente. Cada imagen sobre el cuerpo de él, también le resultaba excitante. El tamaño de esa gran verga, lo venoso que era, la textura de su cuerpo y lo magistral de los movimientos de su lengua. Esa manera de follarla, de besarla, de esas grandes manos que la tocaban como quería. Su coño comenzó a palpar por lo que tuvo que concentrarse en otra cosa.

Fue a la habitación para prepararse. Sacó un par de jeans, una camiseta, un jersey tejido y unos tenis. Mientras se vestía, miró las marcas que tenía en su cuerpo. Esos apretones en las piernas que seguían recordándolo a él.

Se espabiló y fue directamente al hospital. Allí, aprovechó para pagar el tratamiento de su madre por completo y luego fue hacia su habitación el ánimo de que por fin las cosas se estaban arreglando. Sin embargo, para ella, Marcos estaba tornándose un poco diferente a ese hombre distante que conoció en un principio.

Como de costumbre, Marcos estaba en alguna junta. Corría de un lado para el otro sin tener siquiera tiempo para relajarse. Entretanto, recordó el comentario que ella le dijo antes de bajarse del coche. Un acto de rebeldía adorable de una chiquilla que aún no probaba las verdaderas mieles del castigo y la humillación.

Pasó parte del día firmando papeles y entregado a informes de contabilidad y marketing. Sus ojos estaban cansado de ver números y con la obligación de pensar el mejor movimiento a tomar.

Después de unas cuantas horas, Marcos se sentó en la silla de la oficina y llevó un par de dedos hacia el nacimiento del puente de la nariz, apretándolo, como un gesto para liberar el estrés.

En ese momento, pensó en la suerte que tenía de haber pasado una buena noche. Pensó también en Elena, en la forma en que casi le hizo un desplante producto de su conducta habitual. Se regañó un poco por mantener esa actitud de patán con una chica que había entregado su virginidad a un desconocido.

Por otro lado, no pensó que fuera tan delicioso todo aquello que vivieron los dos. Comenzó a extrañar la suavidad de esa piel así como el brillo que tenía cuando le reflejaba alguna luz. El calor de su cuerpo y ese cabello que parecía hecho en el cielo. El contraste de su piel con el azul de sus ojos y, por supuesto, esa risa involuntaria que salía de su cuerpo producto de la excitación. Elena se le había calado más de lo que pensó.

Se echó para atrás y buscó el móvil en su saco. Buscó el contacto de ella y en seguida le escribió.

-¿Qué haces?

Dejó el aparato cerca y esperó ansioso. Sintió que los minutos pasaban como largas horas hasta que recibió una respuesta.

-Haciendo unas cosas en casa.

Se quedó pensando. Como ansiaba estar con ella pero no podía hacerlo de inmediato, pensó que sería divertido hacer un juego para ella.

-Una de las cosas más importantes de la relación Amo/sumisa, en todas sus variantes, es la dinámica. La sumisión y la dominación forman son dos caras de una misma moneda. Son elementos que se complementan, que van de la mano y que trabajan entre sí. Esto es algo que debes entender a cabalidad. Como tu Dominante temporal, tienes la responsabilidad de ceder tus deseos y fantasías a mí porque tu función, de ahora en adelante, será complacerme sin importar lo que suceda.

Envió el mensaje y esperó un rato más. Pudo haberle dicho el mensaje por completo pero quiso entretenerse más con ella. Como una especie de juego de gato y el ratón.

-¿Qué debo hacer?

Con una sonrisa amplia llena de satisfacción, se limitó a responder:

-Muy bien, muy bien. Ya estás entiendo los términos. Deseo verte, deseo poseerte pero no lo puedo hacer ahora, así que quiero que me muestres cómo te tocas para mí, cómo te excita la idea de tenerme de nuevo entre tus piernas porque créeme, sé que así es.

Elena leyó los mensajes desde la cocina de su piso. Mientras sacaba cuentas de los gastos por venir y del alivio que le daba poder cancelarlos todos, se encontró con esos mensajes que ponían a prueba su obediencia. La cual era un término nuevo que tenía que agregar a su rutina de todos los días. Ahora las cosas habían cambiado drásticamente.

Se levantó entonces y fue hacia la habitación para acostarse sobre la cama y así sentirse cómoda. Mientras lo hacía, trató de recordar lo cómo debía actuar, sin embargo, recordó que las cosas del deseo, no se manejaban así.

Le funcionó aquello de dejarse llevar por su instinto carnal y así lo haría de nuevo. A continuación, su mente comenzó a recrear los recuerdos de la noche pasada. Experimentó cada sensación como si él estuviera junto a ella, como si estuviera a punto de poseerla de nuevo.

Se quitó la ropa lentamente y se dispuso a subirse a la cama. Se acomodó

como pudo y dejó el móvil cerca y dispuesto en una posición para poder grabar lo que estaba a punto de suceder.

Presionó el botón play y en seguida inició la función. El móvil quedó justo entre sus piernas, por lo cual, a medida que se acomodaba, su coño quedó expuesto en la pantalla en todo su esplendor. Llevó sus manos hacia los labios vaginales y se dio cuenta que ya estaba más húmeda de lo que pensaba. Respiró profundo y se recordó a sí misma lo que tenía que hacer. Se preocupó más por sentir y así fue que lo hizo.

Los movimientos de su mano fueron suaves y de manera circular. A medida que lo hacía, recordaba también la forma en que estuvo con él, recordó el olor de su cuerpo y el sabor de su verga dentro de su boca. Aquella inspiración le permitió mojarse aún más por lo que no tuvo problema en acariciarse como quería.

Después de un rato, se concentró en su clítoris. Quiso sentir ese pequeño botó rosado pálido y en ese momento, sintió la misma corriente eléctrica recorriendo su cuerpo. Se impresionó por las sensaciones que le proporcionó tocarse allí. Retorció los dedos de los pies y las piernas.

Continuó tocándose y en ese momento sintió que casi vívidamente que era Marcos quien la chupaba y tocaba. Esos dedos gruesos adentrándose en ella, esa manera de masturbarla y de hacerle conocer lo que verdaderamente era el placer. Era impresionante y delicioso.

Apretó más los párpados, el pecho estaba más acelerado así como su respiración. Su corazón parecía que estaba a punto de estallar. Sus gemidos y quejidos se hicieron cada vez más fuertes hasta que por fin esa misma bola de fuego del centro de su cuerpo la sintió cada vez más grande hasta estallar.

Exclamó un largo grito y sintió justo allí que algo salió de su cuerpo. Algo líquido. Al principio no le preocupó demasiado porque todo se tornó oscuro y lo último que recordó ver fue esa sonrisa de él que emergía de esas sombras.

Tras unos segundos, abrió los ojos y se incorporó tan rápido como pudo para ver el móvil. La pantalla de este estaba mojado y pensó que ese orgasmo que tuvo era una locura. Se apresuró en secarlo y en ver el video para editarlo. Recortó unas cuantas partes y se lo envió a él.

Al terminar, se echó sobre la cama y cerró los ojos debido al cansancio del momento. Cuando finalmente regresó a la realidad, comenzó a reírse como una niña. Le entregó su virginidad y su primera masturbación al mismo hombre en menos de un día. Toda aquello era una locura.

Marcos esperó ansiosamente la orden de Elena. Mientras lo hacía, se



entretuvo con unas cuantas cotizaciones y contratos. De repente, escuchó el móvil que indicaba un mensaje entrante. Se frotó las manos y sonrió como un niño emocionado.

Abrió la conversación y la primera imagen que se abrió era los labios de ellas abiertos por completo. Comenzó a acelerarse cuando por fin reprodujo el video. Se veía a una Elena tranquila pero sonrojada.

Poco después, se fijó en la manera en cómo se tocaba, en cómo acariciaba esos labios gruesos y el clítoris de manera firme insistente. Paralelo a ello, también escuchó los gemidos de ella. Al principio suaves y después más fuertes. Casi pudo sentir lo acelerado de su pecho.

Tras unos minutos más, vio los dedos de ella adentrándose entre sus carnes para que se mojara aún más. Notó como torció los dedos de los pies y sus anchas piernas al momento de darse más y más placer.

Se mantuvo en extremo concentrado hasta que por fin observó lo que estaba ansiosamente esperando. Ella teniendo el orgasmo.

Se tocó con más fuerza hasta que expulsó los líquidos de su coño, los mismos que el probó, los mismos que terminaron empapando la pantalla del móvil. Después de unos segundos, vio las manos de ella sujetando el móvil y cortando el video.

Marcos se echó para atrás en la silla. Se sintió impactado pero también muy excitado. Una chica así, con esa actitud tan dulce y calma, resultó ser una muy buena sumisa. Quizás era algo que ya tenía en su cuerpo y el tener la oportunidad de estar con un Dominante como él, le permitió aflorar todas esas maravillosas cualidades.

Así pues que dejó el aparato sobre la mesa de madera y sintió de inmediato el bulto de su pene presionándole los pantalones. Estaba desesperado por follarla, por hacer que se sentara sobre su cara para comerla por completo.

Por un rato no supo qué hacer, estaba inquieto. ¿Era buena idea salir de la oficina y llevarla a casa para castigarla? Y si era así, ¿qué pensarían los demás? Lo que antes no le daba menor importancia, ahora se tomaba la molestia de analizarlo detenidamente.

No, no. Nada de apresurarse. Mejor era dejar las cosas como estaban. Él inició el juego y así lo tenía que continuar. La dejaría pensando porque ya él, se encargaría de planificar lo que pasaría después. En vista del comportamiento de ella, se aventuraría a tomar un próximo paso. El de hacer una sesión.

## VI

-No me pases ninguna llamada. Los mensajes lo puedes dejar sobre mi escritorio.

-Sí, señor.

Esperó un punto de la tarde para regresar a casa. Marcos caminó por el pasillo de la oficina para ir hacia los elevadores. Pensaba en las cosas que podría prepararle a Elena. Mientras daba sus pasos, recordó que disponía de una habitación para jugar como le gustaba.

Lo cierto es que no tuvo oportunidad de aprovecharla porque sus últimas relaciones se limitaron exclusivamente a unas cuantas salidas o a una noche de sexo en cualquier hotel. Sin embargo, se tomó la tarea de crear un espacio para ser el Dominante que quería ser sin preocuparse de los ruidos y ni de las cosas que haría allí. Algo suyo, muy suyo.

Apretó el botón de planta baja, y elevador descendió suavemente. Se peinó un poco el cabello y siguió pensando en la cruz de San Andrés que tenía y en las cuerdas que tenía por allí. Pensó en amarrarle las muñecas y los tobillos, dejarla inmovilizada y convertirla en su juguete personal hasta saciarse.

En ese momento, se le ocurrió una idea brillante. Una idea que hizo que se le iluminara el rostro. Recordó un par de cadenas que tenía guardadas en un compartimiento de madera que tenía en dicha habitación. Las mismas las encontró por casualidad mientras caminaba por una ciudad por negocios.

Se paseaba por unas calles de tiendas de antigüedades y se topó con una que vendía accesorios BDMS. Al entrar, le pareció curioso que gran parte de los objetos que se encontraban allí, tenían un aspecto antiguo o eran viejos. La dueña le explicó que se trataban de reliquias encontradas y acondicionadas para usarlas en sesiones.

-Todas son aptas y seguras, señor. Han pasado por pruebas que confirman que cualquiera pueda usarlas.

Entre todas las cosas que observó, lo que le llamó la atención fueron esas cadenas. Los grilletes estaban dispuestos para el cuello y muñecas, y, como la encontró pesadas, supuso que eso obligaría a su sumisa a adoptar otra postura que la forzaría agachar la cabeza.

El metal era suave, liso y brillante. Lucían como nuevas, así que no lo pensó dos veces y se las llevó consigo. Al salir, ya estaba ansioso por usarlas con prontitud.

Salió del edificio con paso seguro. Prácticamente tenía un itinerario de

cosas que le haría a Elena. Aunque no podría ser más exigente con ella, al menos le haría probar un par de cosas nuevas que de seguro la sacarían de su zona de confort.

Después de enfrentarse a un tráfico infernal, Marcos comenzó a preparar la logística para la sesión. Llenó unas botellas de agua, llevó un par de toallas y subió a la habitación.

Cuando encendió la luz, sintió cómo se le infló el pecho de orgullo. El lugar no era tan grande como su propia habitación pero tenía espacio suficiente para unos cuantos muebles. A diferencia de otros lugares en la casa, sólo había una pequeña ventana cerca del techo de tamaño rectangular. Esto tenía la intención de crear un ambiente más intimidante en la sesión a la vez que le daba información a él sobre las condiciones del exterior.

La cama estaba en el medio y era del mismo tamaño que tenía en su habitación. No quería escatimar en comodidades. Cerca de esta, se encontraba un par de muebles a los lados de madera en forma de cubo. En cada una, se encontraban una serie de objetos como mordazas de tela, vendajes, esposas y hasta cuerdas. Marcos se dedicó de lleno a crear un mobiliario que le permitiera acceder cómodamente a lo que necesitara.

Sobre una colocó las toallas y las botellas de agua. En ese momento dio un vistazo a esa cruz de San Andrés también de madera oscura. Se levantó y se colocó frente a ella para mirarla y tocarla. Sus dedos rozaron por la superficie. Admiró los amarres en cada extremo de las tablas así como lo hizo con los detalles. Estaba orgulloso de sí mismo, orgulloso de haber construido una pieza como esa.

Miró hacia otro lado y vio lo que tenía a medio terminar. Una especie de "C" cuadrada. Faltaba lijarla y barnizarla para usarla debidamente. También estaba emocionado por hacerlo. Cuando se echó para atrás admiró su obra maestra. Ciertamente tenía mucho que terminar pero también había logrado un gran avance en poco tiempo.

Salió y entró a su habitación para cambiarse. Se colocó una camiseta blanca, un par de jeans oscuros y unos Converse rojos. Sin duda, el aspecto más informal que había adoptado en mucho tiempo. Sin embargo, sabía que tenía que usar ropa cómoda para lo que estaba a punto de experimentar.

Justo cuando iba a salir, recordó las cadenas que había comprado y estaba esperando por usar. Por supuesto que no podía dejarlas olvidadas. Se acercó al clóset y las tomó de una gaveta escondida. Volvió a sentirlas pesadas y suaves.

-Perfecto. –Se dijo a sí mismo.

Entró a esa habitación cruda y dejó las cadenas sobre las sábanas blancas. Apagó la luz y bajó para encender el coche. Buscaría a Elena. Reclamaría lo suyo.

Después de pasar unas cuantas horas en el hospital, Elena se encontró un poco más aliviada por su madre. La vio mejor y aceptando el tratamiento mejor de lo que había pronosticado los doctores. Por otro lado, pagó la totalidad de las deudas de su padre.

Al final, resultó ser más de lo que él le había dicho por lo que tomó todas las fuerzas de su cuerpo para explotar en frente de su madre. Contaba con el dinero para pagar y eso era más que suficiente.

Mientras estaba allí, mientras hablaba con ella dibujándole una cotidianeidad que ya no existía porque dejó de trabajar, Elena no podía dejar de pensar en Marcos. Seguía recordando el momento en que la hizo suya y, a pesar que todo formaba parte de un arreglo que sólo involucraba sexo y BDSM, ella comenzó a experimentar una serie de sentimientos que le hicieron dudar de continuar.

Dentro de todo, era un tío caballeroso y galante. A pesar de que él vivía entre lujos, no la hacía sentir incómoda o fuera de lugar. Adoraba tener su cuerpo contra el suyo, sentir su piel, mirarlo a los ojos y quedar intimidada por su presencia. Pensó que quizás eso se debía a la dinámica que tenía como Amo y sumisa. Al menos de manera implícita.

Se subió al autobús con cierta satisfacción en su vida. Parte de sus problemas estaban resueltos aunque tenía la inquietud de saber qué dirección tomaría. Mientras pensaba, escuchó el móvil. Se olvidó por completo del aparato durante casi todo el día.

-Voy a pasar a por ti. ¿En dónde estás?

-En el autobús de regreso a casa. Puedo bajarme en la próxima y me buscas allí. Es más sencillo.

-Vale. Pásame la dirección para ir.

Respondió y esperó un poco después.

-Estaré allí en 10. Espérame.

-Vale.

Se miró a sí misma y notó que no se arregló en lo más mínimo. Sin embargo no se molestó demasiado por ello. Su mente estaba en otra parte así que le restó importancia.

Presionó el botón de la parada y se bajó. Se encontró en una zona

residencial un poco solitaria así que se sentó a esperar un rato. Al poco tiempo, vio las luces del Lamborghini y las manos blancas de él que logró ver por el parabrisas.

Quiso caminar hacia él pero quedó prendada con el modo en el que él bajó del coche. Estaba vestido más informal que de costumbre pero se veía tan guapo... Incluso más. Cerró la puerta con una mano y se dirigió hacia ella. Cada paso que daba, hacía crujir las hojas debajo de sus pies, el viento movía un poco los pliegues de la camiseta y sus manos, las cuales metió a los bolsillos, lo hacían ver como un James Dean moderno.

-Hola.

Esa sola palabra, tan ínfima, tan pequeña le fue suficiente para sentir que sus piernas flaqueaban. Tuvo que apoyarse de uno de los postes de luz que tenía cerca de ella porque pensó que realmente se caería a sus pies.

La sonrisa de Marcos se volvió tan brillante como la luna. Más a medida que se acercaba a ella.

-¿Tienes mucho tiempo esperando? Discúlpame, leí mal la dirección y terminé en otro lado. Me apresuré tanto como pude.

-Vale, está bien. No esperé demasiado.

Ella le sonrió y él le devolvió el gesto.

-¿Lista para irnos?

-Sí.

Le extendió la mano y fue la primera vez que experimentó un calor y una fuerza tan particulares. Antes, cuando tonteaba con los chicos de la calle, pretendiendo que alguno de ellos era su príncipe azul, les tomaba de la mano para sentirse como en las películas, como en esos romances tan perfectos que tanto le gustaba ver.

Sin embargo, no hubo piel que le estremeciera tanto como la de él. El roce de esos dedos perfectos y el calor que le transmitió en esos pocos segundos antes de abrirle la puerta, le hicieron sentir como si el mundo era un lugar maravilloso.

Como siempre, le abrió la puerta y la ayudó a subir. Él luego se reunió con ella y antes de encender el coche, le miró.

-Hoy tengo algo preparado para ti. Te recordará que eres mía. Ya verás.

Ella no pareció comprender de inmediato esas palabras pero asintió. Marcos giró la llave y se encaminaron hacia su casa.

Al llegar, retomaron la rutina de la primera vez. Por alguna razón, Elena sintió que aquello se volvería más común según lo que presentía. Esperó un

rato y entró según lo que él le indicó.

Apenas cerró la puerta, Marcos se quedó apoyado en ella y la miró. Elena se giró y se quedó a la expectativa de lo que pasaría después. No tenía idea de lo que estaba maquinando.

-Elena, para algunos Dominantes en lenguaje es una pieza importante para la dinámica que tiene con su sumisa. Algunos son más informales al respecto, no les molesta que los tuteen o se refieran a ellos por su nombre. Pero eso no pasa conmigo, verás, me gusta la sensación de tener el poder y el control en todo momento.

>>Y lo digo literalmente. Hasta en las palabras. –Comenzó a acercarse a ella con paso lento- Lo que quiero decir, Elena, es que desde ahora en adelante, cuando estamos así, cuando tu cuerpo y tu mente te digan que estamos en una sesión, me dirás “Señor”. Quiero que entiendas que, como perteneces, tienes que comprender el lugar que te corresponde y ese consiste en obedecerme, en darme placer. –Fue hasta hablarle al oído, gracias al susurro ella sintió el calor de su aliento invadiéndole el cuello- Si te digo salta, tú, a lo sumo, puedes responder, ¿Qué tal alto? ¿Entendiste?

-Sí, Señor.

-Muy bien. Nunca he dudado de tu capacidad de obediencia. ¿Sabes? Supe que sería así desde que te vi en La Puja. Mi instinto dijo que eras la respuesta que estaba buscando. El cambio que quería dar. Llegaste en día de mi cumpleaños como si fuera una señal y así lo voy a tomar. ¿Entendido?

-Sí, Señor.

-Bien, Elena. Retomando el asunto del lenguaje. De mi parte, me referiré a ti como me venga en gana. Puede ser por tu nombre, por un apodo, por zorra o ramera. ¿Estás de acuerdo?

-Sí, Señor.

-Este es el momento para que pongas objeción en lo que quieras. Así que, aprovecha.

-No tengo nada que objetar. –Dijo ella mirándolo con cierto aire de desafío- Confío en ti plenamente. Cualquier cosa que ordenes o pidas, la haré sin dudar.

-¿Tienes idea de lo que se necesita? ¿Del nivel de compromiso que debes tener contigo misma y con tu Señor? ¿De la responsabilidad que tienes y esa misma que le depositas a quien está contigo? ¿Sabes todo lo que implica?

-Completamente.

No hubo duda en la forma en cómo hablaba ni en la manera en cómo se lo

dijo. Elena estaba plenamente convencida de lo que estaba haciendo y nadie le haría pensar lo contrario. Estaba segura porque todas las preguntas lo llevaron a él. ¿Por qué perder el tiempo cuando sabes lo que realmente quieres desde un principio?

-Bien, aprovecharé para decirte que lo estás a punto de ver y experimentar es algo que quizás llegaste a leer en alguna parte. Pero te digo, es muy diferente cuando tienes que vivirlo en carne propia. Pero confío en ti, confío en cómo me respondes, así que se hará lo que quieras. Por cierto, estoy en la obligación de darte una información importante. En el BDSM manejamos lo que se llama la palabra de seguridad.

>>Es esa misma que te ayudará advertir a tu Dominante o a parar la sesión. Está basado en los colores del semáforo. Se sobreentiende que verde es que no hay problemas. Pero si dices amarillo, es una advertencia para mí de que ese no es el camino a seguir.

>>Rojo es cuando es extremo y ya no lo puedes tolerar. Elena, es importante que toleres algo. Cualquier cosa que sientas que te moleste o incomode, debes manifestarlo Sin importar qué. Lo primordial es tu bienestar. ¿Entendido?

-Sí, Señor.

Aunque esa pregunta no se la dijo en ánimo de Dominante, le alegró saber que ella estaba en modo de sumisa y que, por ende, continuaría con la situación.

-Bien. Aclarado el punto, sígueme. Conocerás nuestro nuevo lugar para jugar.

Él subió las escaleras y ella lo siguió detrás. Estaba nerviosa pero al mismo tiempo tranquila porque estaba con él. No podría salir nada mal.

Pasaron por la habitación de él y siguieron de largo. Sintió como si el corazón le fuera saltar y fue allí cuando él encendió la luz de una habitación. Blanca aunque un poco más pequeña, con una cama en el medio del espacio, un par de muebles de madera oscura, un cuarto de baño a un costado, una ventana rectangular cerca del techo que dejaba entrar la luz de la luna.

Él la dejó explorando y ella siguió mirando hasta que se topó con algo que le llamó la atención. Una estructura en forma de equis también de madera, con amarres en todos los extremos. Su curiosidad le hizo pasar la mano sobre la superficie y buscarlo a él con los ojos.

-Es una cruz de San Andrés. Los usos son, pues, interesantes.

Ella volvió a fijar la mirada hacia la estructura, mirándola con

fascinación. Mientras estaba allí, sintió las manos de él sobre su cintura. Percibió el aliento de su boca sobre la nuca y el cuello.

-Lo probaremos esta noche. Recuerda lo que te dije sobre la palabra de seguridad.

-Sí, Señor.

La giró para tenerla de frente. Cuando lo hizo, llevó sus manos hacia el rostro y Elena sintió que todo lo que había visto y vivido en el día quedó completamente olvidado. Ese momento era de él y de ella. Estuvo lista para quedar inmersa en los deseos de él, por más perversos que fueran.

Marcos la besó con fuerza desde el principio. Sus manos dejaron su rostro y se dedicaron a pasear por el cuerpo de ella por completo. Apretando cada parte de ella, cada espacio de carne con fuerza porque estaba deseoso de ella. Demasiado. Era una fuerza que lo consumía por dentro, una especie de fuego que abrasaba su cuerpo.

No se hizo esperar y procedió a quitarle la ropa con rapidez. Cada prenda cayó al suelo bajo la urgencia de un hombre que estaba hambriento de una mujer, hambriento de hacerle sentir un sinfín de sensaciones.

El cuerpo de Elena quedó desnudo frente a sí y Marcos sintió de repente que no sabía muy bien qué hacer. A pesar que pasó la tarde planificando y maquinando, el tenerla allí, desnuda, hermosa y ansiosa, le descolocó un poco. No obstante, ese lapsus mental que tuvo se le quitó cuando miró sobre la cama. Observó el brillo de las cadenas bajo el bombillo del techo. Las tomó y se las enseñó.

-Una de las cosas más hermosas que recuerdo cuando te vi fue el tenerte al frente, encadenada y con la mirada gacha. Bien, esto me servirá para revivir el momento y también para que sepas que yo soy tu dueño.

-Sí, Señor.

Respondió ella al mismo tiempo que comenzó a sentir el frío del metal sobre su cuerpo. Al cerrar los ojos, recreó el momento en que se las pusieron en La Puja. El tiempo que se tomaron en encadenarla y en hacerla lucir como la joya de la corona de ese evento. Recordó el miedo y el nerviosismo, ese mismo que pareció repetirse en ese instante ya que no faltaba demasiado para entregarse a ese hombre.

La cadena tenía tres grilletes. Uno para el cuello y dos más para las muñecas. La cadena principal cruzaba el pecho de Elena para ramificarse en dos extremos más. Así pues, ella quedaba limitada de movimiento con este sistema. Por si fuera poco, la cadena que iba en el medio era más corta, por lo



que le obligaba a agachar la cabeza y mantener los brazos más o menos sostenidos. Era una forma de mantenerla consciente de sus movimientos. Al terminar, supo que aquello actuaría como una especie de tortura porque no podría tocarlo como quisiera.

Marcos se encontró satisfecho así que se echó para atrás y sonrió para él y para ella también.

-Arrodíllate.

Ordenó él y la miró hacerlo con cierta dificultad. Tuvo un impulso de ayudarla pero no lo hizo. Su esclava, su sumisa, tendría que entender que así eran las cosas y tenía que vivir con eso. Así que esperó a que terminara por colocarse hasta que lo logró. Se veía más provocativa de lo que pensaba. La cabeza gacha la obligaba a fijar la mirada en el suelo.

La mano de él rozó su suave mentón e hizo que lo mirara. Con la otra que le quedaba libre, la usó para bajarse el cierre del pantalón. Poco a poco, sacó su verga que ya estaba dura como una roca. Comenzó a masturbarse un poco mientras todavía acariciaba su cara.

-Mírame.

Ella hizo un esfuerzo al hacerlo y cuando lo logró, halló increíblemente excitante el mirar tan de cerca cómo se tocaba para ella. Mientras estaba allí, incluso cayeron en su cara algunas cuantas gotas de líquido pre-seminal. Esas gotas que llegaron a sus labios, aprovechó para lamerlos y saborearlos.

Marcos dejó de masturbarse para dejarla que se inclinara y comenzara a chuparlo. Abrió la boca como la buena sumisa que era y dejó esa gran verga dentro de su boca. De inmediato su lengua comenzó a lamer cada trozo de carne y piel. Marcos, por su parte, todavía sostenía su pene con sus manos para obligarla a tragar tanto como pudiera. A ese punto, vio unas cuantas arcadas y pero siguió a pesar de ello. Quiso saber hasta dónde era capaz de llegar.

Ella trató de meterse todo en la boca y, cuando lo logró, esbozó una media sonrisa que él comprendió inmediatamente. Así que comenzó a hacer un movimiento de adentro hacia afuera, de manera constante y armoniosa.

La mano de su Amo se colocó en el espeso cabello y los sostuvo con fuerza para hacer hincapié que él era quien tomaba el control.

A pesar que el peso de la cadena la obligaba a tener una postura de sumisión, la excitación fue más fuerte, se irguió tanto como pudo para chupárselo como quería. Deseaba que él disfrutara de sus labios y lengua tanto como fuera posible.

Ella siguió chupándolo con cada vez más fuerza y velocidad. Los hilos de saliva, esos mismos que se encontraron en la comisura de los labios, ahora descendían por el mentó para caer sobre los pechos de ella que se meneaban constantemente debido al movimiento que hacía.

Sus pezones oscuros, pequeños y erectos, lucían exquisitos, deliciosos. Tanto que Marcos se distrajo porque sólo quería llevárselos a la boca.

Entonces cambió de parecer. Jaló la cadena central e hizo que se parara bruscamente. Ella como pudo, logró colocarse de pie.

-Ahora vamos a la segunda fase.

Lo cierto es que ese cambio de planes correspondió a algo muy particular. Se debió a que él estaba excitándose más de lo previsto y quería correrse en la cara de ella. Si eso pasaba, sentiría que no lograría su objetivo principal que era hacerla sufrir como quisiera.

Poco a poco le quitó las cadenas y la llevó hasta la cruz de San Andrés. A ese punto estaba tan emocionado como un niño con juguete nuevo. La colocó de frente y le ayudó a subir posicionarse sobre unos tablones de madera en los extremos inferiores de la cruz. Estando allí, se encargó de atarle los tobillos. Hizo lo mismo con las muñecas. Aunque era su primera vez, él le pareció que ella estaba tomando la situación con bastante naturalidad.

Le respiró el cuello, rozó sus labios en el mismo sitio. Sus manos se pasearon desde sus caderas hasta los pechos. Apretó los pezones al mismo tiempo que Elena gemía de placer. Ella, además, percibió que su coño estaba tan mojado y caliente que Marcos ponía un par de dedos allí, se quemaría al instante. Ella estaba echa fuego.

Como si hubiera predicho lo que iba a suceder después, Marcos siguió en la misma posición con la diferencia que llevó sus dedos hasta sus coño. Efectivamente estaba caliente, delicioso.

-Qué rica que estás, eh.

Ella sólo alcanzó a sonreírle.

Así pues que comenzó a masturbarla. Esta vez fue directo al grano. Procuró comenzar con el clítoris y en seguida sintió cómo el cuerpo de ella se estremeció por completo. El movimiento circular de sus dedos, le producían deliciosos espasmos. Los cuales eran limitados gracias a los amarres que tenía en sus muñecas y tobillos.

Los gemidos de Elena los sintió cerca, muy cerca, incluso hasta que pensó que era posible escuchar su corazón. Se juntó un poco más y más fuerte le tocó. Ella estaba en una especie de trance.

De repente, comenzó a darle palmaditas entre el clítoris y los labios vaginales. Unas cuantas lágrimas de placer recorrieron sus mejillas debido a lo excitaba que estaba. Comenzó a reír, el frenesí del momento estaba tomando el control de su cuerpo.

-Bien, suficiente por ahora.

Volvió a detenerse y Elena sintió que la obligaban a desprenderse de esas deliciosas sensaciones. Así pues que esperó un rato y aprovechó para respirar profundo y relajarse. Lo necesitaba.

Marcos quiso tomar un pequeño látigo para azotarla por lo que también fue una oportunidad para él para calmarse y terminar de desnudarse. El sudor estaba marcándose en la camiseta y haciendo que sus pantalones se pegaran más a sus piernas.

Dejó la ropa en el suelo y fue hacia uno de los lados de la cama. Buscó por un momento y encontró el pequeño fuste que estaba buscando. Tocó el cuero de la punta y se encontró satisfecho con la elasticidad que tenía.

Se incorporó hacia ella quien lo miraba curiosa. Tanteó la punta en su palma y hasta de alzar la mano, la tomó por el cuello para besarla. Sintió su lengua y jugó un rato con ella. La chupó y la lamió tanto como le dio la gana. Mordió sus labios y con una de sus manos le apretó los pezones. Volvió a echarse para atrás, se colocó de lado e hizo un rápido movimiento en donde dejó caer el fuste entre las piernas de ella.

Un largo quejido hizo eco en la habitación. La marca del fuste entre ese par de muslos gruesos le hicieron casi babear, así que continuó azotándola, haciéndola sufrir como quería hacer en un principio.

Lo hizo en sus piernas, cercas de sus rodillas, parte de las caderas y torso. Incluso lo hizo con más delicadeza cerca de los pechos. Como estaba ansioso por saber cómo ser verían esas marcas que no pudo evitar hacerlas.

De repente, se encontró agotado, el dolor en la muñeca se manifestó de manera aguda así que esperó un poco para recuperar el aliento. Su sumisa, por otro lado, estaba tan enrojecida y agitada que se tomó unos cuantos minutos para que pudiera sentirse tranquila.

-¿Estás bien?

-Sí, Señor... -Lo miró y trató de sonreír.

-¿Estás segura?

-Sí. Segura, Señor.

-Eres una buena chica, ¿sabías?

-Gracias, Señor.

A pesar del cansancio que pensó que tendría, ella se mantenía todavía en el papel. Sin duda era una sumisa nata.

Después de esperar unos cuantos minutos, Marcos tomó un poco de agua y volvió a reunirse con ella. Le pasó una toalla húmeda para refrescarle y aprovechó para besarla. Lo hacía con una dulzura que no reconoció ser capaz. Después de pasar tantos años privado de gestos sinceros de cariño y cuidado, se sintió un poco extraño.

Descendió poco a poco hasta llegar a la entrepierna. Sacó su lengua para chuparla como si no hubiera un mañana. Sus labios apretaron los de ella, sus dientes mordieron su clítoris pero sólo un poco, lo suficiente para que sintiera que ella se estremecía sin parar. Sonrió y continuó dándole unos cuantos mordiscos más. Luego, chupó con más fuerza haciéndola gritar.

Se mantuvo un largo rato en ese maravilloso lugar. Miró como el clítoris rosado se tornó de un rojo intenso gracias a sus lamidas. Quiso quedarse allí prácticamente por siempre. No habría un lugar mejor.

Sin embargo quería continuar. Hasta el momento, Elena estaba embebida en la sesión, sintiendo todo tipo de sensaciones y caminando justo al borde del orgasmo. Aprendió a mantener la cabeza gacha y aceptar las órdenes en entera sumisión. Nada mal para una novata.

Por otro lado, Elena, más allá de la excitación que sentía, no pudo seguir negando sus sentimientos. Marcos le producía un nesequé. Le emocionaba estar a su lado, quería estar con ella y además estaba eufórica por formar parte de tu vida hasta ese momento. Ella quería más y más de él, incluso se le hizo imposible pensar que hubiera una manera en que se cansaría. No habría forma.

Los besos de Marcos se sentían como si él tomara sus manos y le acariciara el alma. Sus abrazos y caricias le llenaban de una emoción descontrolada. Quería gritar lo que sentía pero sabía que sería contraproducente para su relación... Aunque no sabía bien cómo él se lo tomaría.

Volvió a concentrarse cuando sintió que él le quitaba los amarres de la cruz de San Andrés. Ella sintió alivio porque el hormigueo que comenzó a experimentar estando allí tanto tiempo, le preocupó un poco.

Marcos, como buen Dominante que era, se ocupó por acariciarla y verificar que todo estaba bien. Elena recordó la conversación que tuvieron en donde él le puntualizó lo importante del poder de la observación. Sin duda, era un hombre que sabía muy bien lo que hacía.

Así pues terminó por bajarla de allí y por llevarla a la cama. Ella se sintió

mucho más cómoda en esa superficie tan suave y delicada. Sin embargo, no tardó demasiado tiempo para que él fuera sobre su cuerpo.

Estuvo sobre ella y procuró elevar sus piernas, cruzó los tobillos y colocó los pies sobre su pecho. La intención de esa posición era permitir que el coño se cerrase aún más, procurando más placer para los dos.

Rozó sus dedos un poco sobre ese coño divino y metió su pene lentamente. Los gemidos de Elena se hicieron cada vez más fuertes a medida que lo introducía. Al final, al quedar completamente dentro de ella, la cadera de Marcos realizó una serie de movimientos de adentro hacia afuera, para hacer gemir mucho más duro.

Sus manos se apoyaron de sus muslos para tener más impulso, al lograrlo, pudo ir más rápido, por lo que ella tomó las sábanas que estaban a su alrededor para sostenerse tanto como pudiera. Cerró los ojos y se concentró en sentir esa verga tan deliciosa dentro de ella.

Grande y venosa, el pene de Marcos se le introdujo entre sus carnes sin miramientos y sin miedos. Por otro lado, él al sentir la estrechez del coño más lo apretado que estaba por la posición, no paraba de exclamar palabras incomprensibles. Su boca entreabierta apenas le daba para regular la respiración y los gemidos. Sus fuertes brazos, apoyados en la piel de ella, le ayudaban a darse cuenta que todo lo que estaba viviendo era real.

Para no correrse demasiado pronto, Marcos comenzó a detallar las heridas producidas por el fuste que usó mientras ella estuvo en la cruz de San Andrés. En algunas partes, la piel estaba enrojecida y en otras, rota. Unas micro gotas de sangre salían del resto pero eso no pareció molestarle a ella. Ella estaba junto a él, en esa mezcla de sensaciones que estaban experimentando los dos en ese momento.

Siguió dentro de ella hasta que cambiaron de posición. Sus manos la tomaron la cintura y la voltearon con demasiada facilidad. Incluso Elena no tuvo tiempo para sorprenderse del estrepitoso cambio.

La colocó en cuatro y pudo ver esas portentosas nalgas que se le exhibían frente a él. Tomó las dos con ambas manos y las apretó con fuerza. Tanto que le hizo chillar del placer. Como ya estaba allí, tampoco pudo evitar darle unas cuantas nalgadas. Fuertes, por supuesto, porque para él, esa era la única manera de hacerlo.

Siguió nalgueándola hasta que se le cansó la mano, después, se acomodó en la cama para prepararse y follarla desde atrás. Abrió sus nalgas con ambas manos y metió su pene con fuerza. La consideración y la dulzura quedaron

atrás, Marcos dejó libre al Dominante rudo que le gustaba las cosas fuertes.

Las embestidas de él dentro el coño de Elena, se sentían deliciosas. Se abrió paso entre sus carnes de una manera que hacía que ella rogara porque no parara. Adoraba tenerlo adentro.

Se sostuvo con más fuerza en sus caderas para seguir embistiendo hasta llegar al punto en que él sintió que ya no podía más. Entonces comenzó a quejarse y ella también, comenzó a sentir que ya no tenía demasiada fuerza por lo que apretó un poco más el paso hasta que sintió que no podría más.

Sacó la verga de ella, tomó su mano y comenzó masturbarse hasta que por fin salieron los chorros de semen que cayeron sobre su espalda. Marcos, se impresionó al darse cuenta que se trató de un orgasmo fuerte y muy intenso, tanto que, cuando terminó, cuando sacó hasta la última gota, cayó sobre ella como si fuera un plomo pesado.

Al mismo tiempo, Elena también se corrió justo cuando él desparramó su semen sobre la espalda. Sus gritos se confundieron con los de él, entrelazándose y uniéndose entre sí.

Permanecieron un largo rato hasta que Marcos encontró la fuerza para levantarse, tomó una de las toallas que estaban en uno de los muebles al lado de la cama y procedió a limpiarla y luego él. Además, le acercó la botella de agua para que se refrescara. Estaba sedienta.

Dio unos cuantos tumbos hasta que se levantó y fue al baño. Encendió la luz y cerró un poco la puerta para tener un momento de privacidad. Abrió la llave de agua fría y se lavó la cara para espabilarse. Se miró en el espejo y se dio cuenta que estaba todavía sonrojado y agitado. No era para menos. Un orgasmo con esa potencia no era un juego de niños.

Por otro lado, hubo algo que le llamó la atención. Bueno, en realidad dos cosas. En primer lugar, la forma en cómo ella lo miró desde el principio. Esa dulzura, esa ternura en sus pupilas. No lo supo identificar inmediatamente pero sí presintió que quizás estaban naciendo otros sentimientos. Por otro lado, estaba él.

El mujeriego, amante de la atención y la adoración, el que no pensaba en más nada sino en divertirse, en beber y las fiestas, ahora se encontraba en una situación muy diferente. Se sentía muy bien con ella, mucho, a decir verdad, por lo tanto seguía sin entender por qué estaba tan descolocado.

Era una locura sentirse así cuando tenían menos de una semana de conocerse. ¿Por qué le pasaba todo eso? ¿Qué quería decir? Estaba cansándose de la situación. Así que salió apresurado y antes de decir palabra,

la encontró dormida en la cama.

Sus pies tuvieron el impulso de reunirse con ella, de acostarse y de acariciarla. Pero su mente seguía negándose a eso, así que salió sigilosamente, no sin antes tomar el par de jeans que tenía puestos hacía rato. Procedió ponérselos en el pasillo y bajó las escaleras para tomar un trago en la cocina. Era un ritual que ya se estaba haciendo frecuente en esos últimos días.

Se sirvió el Bourbon de siempre y se sentó en una de las sillas que daban frente al ventanal de la sala. Se quedó mirando un rato el cielo y el verdor del jardín. Miró como si no hubiera nada más interesante allí. La preocupación le invadió el cuerpo y quiso pensar que eran tonterías.

Sin embargo sus pensamientos seguían atormentándolo. Le persiguieron tanto hasta que tuvo que admitir que ella le estaba produciendo algo que más que simple morbo. No supo exactamente cuándo empezó pero sí no pudo negar que era algo que de verdad estaba sucediendo.

Una sensación de miedo embargó su cuerpo haciéndolo beber de inmediato el trago para servirse el otro. Elena estaba allí, dentro de su mente y cuerpo, invadiéndolo vertiginosamente.

... Ahora no sabía qué hacer.

## VII

El extremo silencio y quietud, terminaron por despertar a Elena quien estaba abrazada a la cama. Después de restregarse los ojos, miró a su alrededor y se dio cuenta que estaba en la habitación de Marcos. No en aquella en donde tuvieron su sesión.

Como estaba de buen humor, se giró para encontrarse con él pero no lo encontró. Supuso que estaría tomándose una ducha, por lo que bajó de la cama y lo buscó sin encontrar nada más que silencio.

Extrañada y un poco alarmada, comenzó a vestirse y luego bajó a la cocina. Lo mismo, silencio absoluto. Un hilo frío invadió su cuerpo y de repente se fijó en un pequeño trozo de papel. Se trató de una nota de él.

*“Tuve que salir corriendo, literalmente. Espero que estés bien. Te dejo el número de un Uber de confianza que sé que te llevará a donde quieras. No te preocupes por el dinero que lo pago yo. Nos vemos pronto”.*

Elena estaba un poco impresionada por la frialdad de la nota. La tomó entre sus manos, la miró detenidamente y se fijó que no había nada más. Tuvo la sensación de que las cosas estaban diferentes por lo que quiso irse de allí lo más rápido posible.

Tomó su bolso y dejó la nota en donde la encontró. No tuvo ganas de usar ese favor porque no quería que él lo tomara como un abuso de su parte. Mientras menos le debiera, mejor.

Salió con cuidado por una de las puertas laterales y caminó hasta encontrarse con el camino principal. Mientras lo hacía, se preguntó sin parar lo que había sucedido. La noche anterior todo había marchado bien, sin inconvenientes ahora Marcos estaba más extraño que de costumbre. Era algo que no comprendió.

De inmediato se encontró con la parada de autobús y se sentó a esperar la unidad. Nunca en su vida deseó tanto ir a casa.

Al llegar, subió por las estrechas escaleras hasta acercarse a la puerta de su piso. Abrió la puerta y dio unos cuantos pasos más para quedarse en el silencio del lugar. Le escribió a sus padres, se aseguró que todo estaba bajo control así que aprovechó el poco ánimo que sentía para tomar una ducha.

Poco a poco, cada paso que dio, le hizo sentir como si estuviera derrotada. Esa sensación de pesadez en los pies, el apretar los dientes y ese esfuerzo en vano de soportar las lágrimas le indicaron que ella estaba enamorándose de él.

La sola revelación le cayó como un plomo por dentro. Trató de huir de



esos pensamientos pero fue inútil. Era más y más doloroso.

Al meterse en la ducha, al sentir el agua tibia recorriendo su cuerpo, trató de hacer un retrospectiva de cuándo había sido el momento en todo cambió para ella. Sí, fue esa vez que él terminó por quitarle la virginidad al mismo tiempo que la llenaba de besos y caricias. Nunca en su vida se sintió así de querida, así de cuidada por lo que las cosas se volvieron más profundas para ella.

Se sintió como una niña estúpida pero, ¿qué más iba a hacer? En las cosas del corazón no se mandan y no estaba dispuesta a sentirse arrepentida por ello. Él era un hombre y ella una mujer, ese tipo de situaciones suelen suceder.

Sin embargo, todavía no le quedó claro el por qué se alejó de ella de esa manera. Si, él le dejó en claro que era un hombre solicitado por las mujeres con poco interés en las relaciones pero no comprendió ese cambio tan repentino. Otro dolor agudo dentro de su corazón.

Estaba un poco perdida porque no sabía muy bien qué hacer. Quiso preguntarle a alguien, quiso que le dieran la respuesta correcta pero no hay para situaciones así. No existe.

Salió del baño con las lágrimas en los ojos y con las ganas de decirle lo que sentía pero no podía. Lo alejaría más. Sin embargo, tampoco era justo para ella. Tenía que ser sincera, tenía que informarle porque de lo contrario, las cosas irían de mal en peor.

Se colocó un camisón viejo y se echó sobre la cama. El mundo le dio vueltas sin parar. Quería que alguien le diera más respuestas.

Marcos estaba sentado como siempre en la silla de su oficina, revisando la pila de papeles que tenía frente así. La huida que hizo la tarde anterior, fue suficiente como para que acumulara trabajo. Le pareció impresionante que sólo en cuestión de horas fuera capaz de encontrarse con semejante panorama.

Por otro lado, halló consuelo en ello porque así mantendría la cabeza ocupada. O al menos así pensó.

Durante todo el día, sólo pensaba en ella. Cualquier cosa la recordaba y ya comenzaba a sentirse mal al respecto. Frotó sus ojos y siguió concentrado en los papeles. Una chiquilla no le arruinaría el día.

... Sin embargo todo resultó lo contrario a lo que quería. No sólo pensaba en ella sino también la imaginaba y la recordaba. Las sensaciones que le produjo, los sonidos que hacía cuando la lamía o castigaba, el color de las heridas, la sangre que brotó por los azotes, el resplandor de sus ojos azules que le miraban a los suyos con desafío y deseo. Por si fuera poco, su lengua

recordó su dulce sabor, el dulce néctar de ese coño que lo volvía loco. Era una adicción que había calado en su cuerpo y no encontraba manera de recuperarse de ella.

Aunque moría por verla, no se permitió por puro orgullo. Le pareció absurdo sentirse así por alguien que llegó a su vida tan de sorpresa. Le pareció amargo encontrarse así como era uno de los solteros más cotizados del momento, una de las promesas del mundo empresarial. Marcos podría tener el mundo en sus manos si quisiera pero la verdad que estaba a los pies de una chica con un pasado misterioso que no terminaba de comprender.

Los días transcurrieron y Marcos se negaba a dar señales de vida. Elena, tampoco lo hizo también por cuestiones de orgullo. Si bien era una chica dulce y sensible, tampoco se dejaría arrastrar por la situación. Tendría que tener control de sí misma tanto como pudiera.

Durante ese tiempo, a su madre le dieron de alta. La reacción tan positiva al tratamiento y gracias a los cuidados que recibió estando en el hospital, hicieron que su salud se fortaleciera.

-Puedes llevarla a casa y sólo tendrían que venir por la quimio. Ah, también te quería decir que hemos bajado las dosis. De verdad que este es un caso extraordinario.

La noticia casi la hizo saltar de su silla. Apenas recibió la noticia, tomó a su madre en brazos con la ayuda de su padre, y fueron a casa de ellos en donde por fin sintió que las cosas estaban saliendo como debían. Si no hubiera sido por La Puja, quizás no estaría así pero tampoco quería darle vueltas al asunto porque también representaba tener que pensar en él y eso de por sí era doloroso.

Por otro lado, su padre logró obtener un trabajo como supervisor en una construcción lo que lo mantuvo ocupado de las apuestas. Asimismo, se tomó muy en serio las reuniones de Ludómanos Anónimos en donde encontraba fuerzas para no recaer.

Elena, en vista de que ya no tenía que vivir en una angustia constante, se sintió más extraña de lo normal. Esa sensación de se presentaba una mala noticia tras otra, quedó en el pasado y su cuerpo y mente comenzaron a sentirse liberados de todo aquello. Era experimentar un nuevo renacer.

Entonces aprovechó el dinero que tenía ahorrado y lo tomó para ver clases de cocina. De un tiempo para aquí, descubrió que lo suyo eran las ollas y el fuego por lo que se preparó para un curso intensivo.

Le fue tan bien, que incluso ganó una beca para estudiar en uno de los

restaurantes más elegantes del interior del país. Allí aprendería cocina francesa y bases de la china. Incluso comenzó a fantasear con la idea de tener su propio restaurante, aunque sabía que le faltaba camino por recorrer.

En vista de eso, se ausentó por un tiempo de la ciudad. Al tomar sus maletas y enrumbarse al aeropuerto, tuvo la leve esperanza de verlo al final del pasillo. De verlo y de escucharle decir que la esperaba. Pero no, esa ilusión se disipó cuando no lo vio. De nuevo sintió ese dolor agudo en el corazón.

El tiempo también afectó a Marcos. De ser un hombre alegre y encantador, se volvió taciturno y poco conversador. Su vida se limitó de ir de la casa al trabajo, y del trabajo a la casa. Los días de estar en discos y bares, pasándola bien, fueron cosas del pasado.

Él no reconoció el tipo de persona que se había convertido. Era como si una parte de sí mismo la había perdido.

Un día, después de regresar a casa tras un largo día de trabajo, Marcos fue a su habitación directamente para tomar un baño. Antes de llegar, vio la luz de sol que se apagaba en la habitación contigua, en aquella que había destinado para tener sus juegos como Dominante.

Al entrar allí, casi sintió el olor de Elena en el lugar. Se adentró un poco más y se sintió terriblemente estúpido. De repente, cuando sintió que no pudo resistir más, casi se tropezó con ese mueble en forma de “C” que no lograba terminar. Por alguna extraña razón, se quitó el sacó, se arremangó las mangas y se quitó la corbata. Le pareció idóneo terminar lo que tenía que terminar.

Bajó por las escaleras y fue hacia el garaje. Encendió la luz y se encontró con un área en donde cualquier hombre pudiera ser feliz. Una serie de herramientas que colgaban del techo para hacer lo que quisiera, sierras, lijas, martillos, madera, metal. Incluso una soldadora. Todo eso tenía sentido si eras Dominante y si te gustaba diseñar tu propio mobiliario.

Desplegó una mesa de madera y subió el mueble con toda su fuerza. Se secó el sudor debido al esfuerzo y buscó una de las lijas para comenzar a trabajar. Posicionó el mueble y acomodó su cuerpo para comenzar a lijar poco a poco.

Algunas tajadas de fina madera cayeron sobre el suelo mientras él trabajaba sin parar. Cuando se encontró satisfecho, lijó los bordes para hacerlos más suaves al tacto. Sacudió el resto del aserrín y buscó en un mueble que estaba detrás de él, un bote de barniz oscuro y una brocha.

Allí estaba Marcos, haciendo trabajos de carpintería a altas horas de la

noche. Al termina con el último borde, la “C” finalmente estaba lista. Pensó que después de secar, podría colocar un amarre en uno de los extremos y un consolador en el otro. Le pareció buena idea hasta que recordó que quería usarlo con ella. Y que, además, quería probar un montón de cosas más con ella.

Una gota de sudor que recorrió la frente, le hizo pensar que no podía huir más de ella. Tenía que verla, tenía que buscarla.

Dejó esas cosas allí y subió rápidamente su saco para escribirle. No tenía valor de llamarla por teléfono. De nuevo se sintió como un chaval tonto.

-Sé que ha pasado demasiado tiempo. Sé que no nos dijimos más pero no puedo darle largas a esto. No puedo más. ¿En dónde estás?

Dejó el móvil cerca con la esperanza de una rápida respuesta. Sintió que no soportaría más hasta que, casi media hora después, Elena respondió:

-Fuera de la ciudad. Sí. Nos dejamos y nos la alejamos. Pero lo cierto es que las cosas se volvieron incómodas. No entendí lo que pasó. Lo que te pasó.

Como Marcos estaba ansioso, como no quería esperar más, le llamó y hablaron por un largo rato. Después de un par de silencios incómodos, Elena tampoco se pudo resistir demasiado a esa voz que tanto le gustaba. Le dijo en dónde se encontraba pero que el fin de semana iría a la ciudad a visitar a su familia. Quedaron que se verían para ese momento.

Después de colgar, Marcos pensó que esperar no sería la mejor decisión, así que se apresuró en hacer un par de cosas. En sincerarse y proponerle que se convirtiera en su sumisa y en comprar un pasaje para ir hacia donde estaba. Le llegaría de sorpresa.

A la mañana siguiente, después de dar instrucciones explícitas a su secretaria de que estaría fuera unos días y que no quería que nadie, absolutamente nadie, lo molestara, tomó una pequeña maleta y un cuerpo cargado de nervios para ir hacia la provincia que le dijo Elena.

Mientras estuvo sentado en el avión, comenzó a burlarse de sí mismo.

-El tío más poderoso, el tío con más mujeres alrededor que un gigoló, ahora vuelta para verse con una chavala que le tiene los sesos de cabeza. Increíble. Bien, para todo hay una primera vez.

No pudo evitar cerrar ese pensamiento con una sonrisa amplia. Estaba seguro que él también estaba adentrándose en una de las experiencias más increíbles de su vida.

Al llegar al aeropuerto y al esperar por su maleta, sintió la caja que tenía en su saco. Antes de irse, compró un collar de cuero que le regalaría a ella

como un acto de sinceridad ante todo lo que había sucedido. Aunque era una apuesta grande, deseaba que ella le dijera que sí. Lo ansiaba como a nada en este mundo.

Apenas tomó la maleta, fue corriendo hacia las afueras para pedir un taxi. Fue a un hotel, se registró y apenas tuvo aliento para continuar con el lugar en donde ella trabajaba ahora como chef principal.

Se topó con un enorme hotel. Un emblema de lujo, pero no vio más detalles porque ansiaba verla. Después de preguntar en dónde se encontraba a unas cuantas personas. La encontró dando órdenes en la cocina. Tenía el cabello recogido, los ojos brillantes y las mejillas encendidas por el calor. Estaba más hermosa que nunca.

El portazo advirtió su presencia y ella también logró verlo. Se miraron mutuamente por un rato hasta que ella le dijo unas cuantas palabras a la persona que tenía a su lado, se quitó el mandil y fue hacia él.

De nuevo se encontró con esa chica que tanto le gustaba. Tan bella y vivaz.

-No pude esperar hasta el fin de semana. Lo siento.

-Ven.

Lo llevó a un sitio despejado en donde pudieran hablar solos.

Aunque había pasado el tiempo, aunque ella tenía un poco de confusión y dolor, no pudo evitar sentirse feliz al verlo. Fue como si su corazón hubiera dado un salto. Marcos, apenas supo que estaban a solas, se apresuró en decir:

-Soy un tarado, un estúpido porque sentí miedo de lo que estaba sintiendo. Me acostumbé a ser siempre el galán que no sabía cómo manejar estos sentimientos. Sí, tardé demasiado y sé que es muy descarado de mi parte pedirte tiempo valioso sabiendo que estás tan ocupada.

>>Pero mira, te he traído esto –Dijo sacando la caja en donde estaba el collar- No quiero que nos pase otra vez. –Miró hacia el suelo- Ahora me siento como un niño, pero no puedo evitarlo. Es algo que no puedo ni quiero obviar más. Quiero que seas mía, en todos los sentidos.

Marcos tenía la mirada encendida y Elena no supo qué decir durante unos segundos. Lo cierto es que estaba tan sorprendida que apenas pudo pestañear. Aunque tenía razones suficientes para rechazarlo, no pudo. Al final si fue a buscarla, al final se sinceró como ella lo hizo consigo misma, al final comprendió lo que estaba pasando entre los dos.

Lo miró a los ojos y le acarició el mentón.

-Siempre lo he sido, tonto. Siempre.

Marcos sonrió y procedió a colocarle el cuello a esa mujer que le puso el

mundo de cabeza. Se acercó a ella para darle un beso e internamente agradeció que Elena fuera el mejor regalo que hubiera recibido en su vida.

# La Muñeca de Metal

## *Sumisa Obediente Enamorada del Motero*

### I

La situación se volvió insostenible. La decisión de irse se tomó cuando compraron un trozo de carne que les costó más de esa quincena. Quedaron endeudados y con la desesperación a flor de piel.

-Nos iremos.

-¿Pero cómo?

-Como sea.

Tomaron una pequeña maleta en donde guardaron los objetos más preciados. Un álbum de fotos, una prenda de oro –lo único que quedó de valor- y ropa. Entre fresca y abrigada. Usar una sola para guardar la vida de tres personas, era demasiado.

Salieron al amanecer en dirección a la costa. Allí estaban saliendo lanchas y balsas a las islas cercanas. Si lograban llegar, podrían comenzar una mejor vida. Para los dos. Para Amy.

En el camino, mientras la luna se negaba todavía a ocultarse, la madre sostenía el cuerpo muy delgado y frágil de Amy. Aun así, tenía esa expresión de calma, de tranquilidad. Le acarició el cabello y tarareó alguna canción de cuna para que siguiera durmiendo. Lo que tenían por delante, era muy duro.

Lograron llegar aún de madrugada. El padre de Amy extendió la maleta a uno de los balseros mientras que su madre la despertó suavemente para que entraran al micro espacio. Fueron los primeros en llegar.

Tenían miedo, mucho miedo. En las noticias de un par de días antes, informaron que una balsa, exactamente como esa, naufragó antes de llegar a las costas de una de las islas. De los 40 que estaban allí, sólo sobrevivieron 10. Los cuales, además, estaban muy mal heridos.

Trataron de despejarse de esos sentimientos para abrazarse de la esperanza tanto como pudieran. Pero el mal augurio seguía allí, calado en los huesos, calado en la mente.

Esperaron cerca de una hora hasta que los dejaron en el mar. La pequeña Amy no paraba de mirar los rostros de los extraños que estaban junto a ella,

con esa misma expresión de pánico que de sus padres. De vez en cuando, su madre le acariciaba la frente con amor para que se quedara tranquila.

-Todo está bien.

Pasaron los días y las noches. El sol, el hambre, el frío y el calor estaban caldeando los ánimos. Unos cuantos se peleaban entre sí, mientras que la familia procuraba estar junta para no quedar involucrada en esos problemas. Sin embargo, todo se alteró cuando el balseiro perdió el rumbo original. No tenía idea de dónde se encontraban.

Comenzaron a pelearse entre sí. Intercambiaron puños, patadas y blasfemias.

-Ni se te ocurra involucrarte. Quédate con nosotras.

-Lo están matando.

-¡Quédate con nosotras!

De repente, el cielo se tornó muy gris. Las nubes negras acompañaron los ánimos grotescos de esa improvisada nave. Las gotas de lluvia no tardaron en caer.

-Por favor, no vayas, no nos dejes solas.

-Tengo que ayudarlo.

Se apartó de ellas para socorrer al pobre hombre que estaba allí. Recibió un puñetazo y sintió un chorro caliente cayendo por uno de sus ojos. Estaba sangrando.

Amy, que sólo era una niña, miró todo aquello como si estuviera en cámara lenta. Los gritos de su madre, los empujones de los extraños, la lluvia violenta, el viento que los bamboleaba de un lado para el otro. La oscuridad, el miedo, la incertidumbre.

Mirando todo esto, con sus grandes ojos cafés, pensaba que era un sueño, más bien una pesadilla. Alzó sus brazos para alcanzar a su madre quien estaba tratando de proteger a su esposo. En un movimiento brusco, la balsa perdió el control y se volteó hasta chocar con unos peñascos.

Después de los gritos y de los quejidos, de los golpes y de las súplicas, no quedó más que el silencio.



## II

-Ojalá tengamos buena pesca hoy. La cosa ha estado floja, eh.

-A ver con qué nos encontramos.

Un par de pescadores se acercaron a una orilla en la mañana. Colocaron una pequeña cava entre la arena y las piedras para preparar las redes y salir hacia el mar. Era como un día cualquiera.

De repente, escuchan un ruido extraño. Se miraron entre sí y pensaron que era ideas suyas. Continuaron con su labor hasta que el ruido continuó y pareció hacerse más y más fuerte. Avanzaron para tratar de dar con la fuente y encontraron una hermosa niña cubierta de sangre y piedras. Uno de ellos corrió hacia ella para rescatarla de donde estaba. Notó que tenía un par de heridas en las piernas porque un cangrejo comenzó a picarla.

La criatura no paró de llorar. Uno de los hombres sintió que el corazón se le partió a mil pedazos. Caminaron hacia el pueblo y la dejaron en la estación de la policía. Horas después, descubrieron que se trató de un viaje en balsa que salió mal. No encontraron a más supervivientes, sólo la niña.

-Es un milagro. –Dijo uno de ellos.

Los cuerpos los encontraron en el transcurso de la semana así como algunas pertenencias. Los investigadores hallaron una pequeña maleta con ropa y, entre ella, un álbum de fotos. La niña perdió a su familia de la peor manera posible.

Supieron que nadie la reclamaría, en parte porque no contaban con identificación alguna de ella; así que la trasladaron a un orfanato en la ciudad. Amy no decía palabra, no hablaba con nadie. El shock de un momento tan horrible le absorbió toda la energía de su cuerpo dejándola como un zombi.

Recibieron a la niña y trataron de darle las mejores atenciones posibles. Gracias a la alimentación, sus mejillas opacas y flacas, se llenaron, su cabello se volvió espeso y brillante y ganó fuerza en sus brazos y piernas. Era una niña hermosa, muy hermosa pero con la mirada triste.

Un día, mientras los chicos jugaban en el patio, Amy se escapó por una de las rendijas. Salió corriendo como alma que lleva el diablo. Tan rápido como pudo.

Se escabulló entre calles y callejuelas hasta que se hizo de noche. Asustada, se escondió detrás de un contenedor de basura. En ese instante, una sombra larga se extendió sobre ella. Una voz grave y empalagosa le dijo:

-¿Qué hace una niña tan linda como tú aquí?

Se le hizo imposible hablar. Sus labios estaban sellados. Su garganta seca. Amy se aferró más a sus rodillas y piernas, más hacia la esperanza de que un ángel de la guarda la rescataría. Cerró sus ojos con fuerza y escuchó otra voz, una grave, fuerte y que le dio seguridad.

-HEY, esperpento, alejaos de aquí o te rebano el cuello ahora mismo.

Tras él, unos cuantos hombres más que vestían de cuero y que estaban sobre motocicletas.

La figura delgada desapareció rauda y Amy se quedó en el suelo sollozando por el miedo. De repente, sintió una mano grande sobre su hombro y alzó la mirada. Se encontró con un par de ojos azules que la miraron conmovido.

-Esto es un lugar muy peligroso para una chiquilla como tú.

Ella sólo logró asentir.

-Ven... Vamos a llevarte a casa.

La tomó entre sus brazos, la montó sobre su Harley-Davidson y fueron a una fuente de soda para que comiera algo.

Pidieron un par de gofres con miel, huevos estrellados y una Coca-Cola. Todo lo que no se le debería dar a un niño, especialmente de noche, sin embargo, el hombre alto y fuerte, de aspecto rudo, sintió que era algo que ella necesitaría para sacarle un poco las palabras. Mientras esperó, Amy devoró todo el plato, con una amplia sonrisa y con las mejillas manchadas de comida.

-¿Está bueno?

Asintió.

-Vale. No lo dudo. Este es uno de mis lugares favoritos. Ya ves que nadie nos ve raro y menos con este aspecto que tengo porque me gusta venir aquí.

Ella le ignoró las palabras para tomar un sorbo de la gaseosa.

-A ver, sé que estás muy concentrada pero debes decirme cuál es tu casa. Tus padres deben estar muy preocupados por ti.

Amy no dijo nada. Sintió un enorme desconsuelo dentro de su cuerpo. Apartó el vaso y el plato y hundió la cabeza hasta llegarle la frente a la mesa.

-Eh, eh. ¿Qué pasa?

Tragó fuerte y lo miró a los ojos.

-Murieron.

El hombre se echó para atrás sin dejar de verla.

-Joder, pequeña. Cuánto lo lamento.

Un rato de silencio después, se acercó un poco a ella. Notó que tenía unas cuantas lágrimas asomándose por los ojos.

-No te pongas así... -De repente tuvo el deber de cuidarla, de protegerla. – Ya no tendrás que regresar al lugar de donde vienes. Te irás conmigo.

Ella lo miró con un destello en los ojos, como si las cosas por fin estarían bien.

-Por cierto, me llamo Black. ¿Cuál es tu nombre?

-Amy.

-Bien, Amy. De ahora en adelante, tú y yo seremos compañeros. Tú y yo seremos un equipo, y nos enfrentaremos al mundo y más. ¿Vale?

La sonrisa de Black le dio a Amy la tranquilidad que le daba los abrazos y caricias de su madre. Después de todo, sintió un rayo de luz en medio de esa oscuridad.

### III

Black se percató que estaba con una niña que no contaba identificación y aparte era ilegal. Aunque ella no le respondió más preguntas, se concentró en revisar sus ropas. Tenía una especie de uniforme, un orfanato o internado, quizás.

Esto le pareció extraño pero a la vez no. Quizás tampoco tendrían información sobre ella, así que procuró darle toda la protección que pudiera de su parte.

Se aseguró de educarla y cuidarla. Le proveyó de casa, comida y ropa. Se mudó con él en una casa amplia y bonita en el centro de la ciudad. Un lugar que Amy comenzó llamar hogar... Por otro lado, Black, el líder de un club de motociclistas con actividades que iban más allá de la ley, abrió su corazón y su alma a una chiquilla abandonada con un futuro incierto.

Mientras crecía, Black quiso que aprendiera a defenderse por sí sola. Sobre todo porque cada año que pasaba, Amy se convertía en una joven hermosa, muy hermosa.

Se dedicó a entrenarla para que se hiciera como una chica fuerte e independiente. Entre todas las armas que le dio a escoger, ella optó por la cuchilla. Pequeña, afilada y letal... Como ella.

Todos los días, después de la escuela, Amy dejaba su mochila para ir a entrenar defensa personal con los chicos del club. Ellos le decían qué hacer, le decían cuáles eran los puntos más mortales. Toda la información que necesitaría saber una jovencita como ella.

Paralelamente, Black sabía que aquello no sería suficiente, así que advirtió a todo aquel que se atreviera a tocarla.

-Es mi hija por lo que tendrán que pensarlo dos veces antes de siquiera tocarla.

Amy creció hasta convertirse en una chica alta, rubia, con el cabello corto estilo pixie , fuerte, hábil con la cuchilla y de rostro severo. Siempre seria, siempre callada, salvo cuando estaba con Black.

También desarrolló una habilidad para los números y los negocios. Aprendió a manejar el taller de motos y coches que servía como negocio principal del club. Iba constantemente de un lado para el otro, buscando nuevas maneras de ganar dinero, lícitamente, claro. Quería limpiar el nombre de su padre y del club, así como el de los muchachos.

Gracias a los esfuerzos, pudo alquilar un piso para ella misma no muy

lejos del taller para que pudiera ir y venir sin problemas. A pesar de las insistencias de Black, Amy estaba decidida a tener su propio lugar, a pesar de su muy corta edad. Quizás era un llamado de su independencia.

Aunque era un lugar pequeño, Amy estaba completamente feliz. Incluso hizo una fiesta para celebrar. Los chicos del club estaban flipando ante el piso de un ambiente que se veía bonito y lujoso.

-Eh, Amy, es igual a ti. Está muy majo.

-Gracias, gracias.

El orgullo no le cabía en el pecho. Después de todo el sufrimiento que pasó, el haber logrado alquilar ese lugar le hizo sentir que podía alcanzar cualquier cosa que se propusiera.

Entre las risas y el choque de las botellas de cerveza, había una mirada fría y malévola desde la distancia. Marcus, uno de los hombres de confianza de Black, tenía los ojos puestos sobre Amy. Con el cuerpo cargado de lascivia, bebía una cerveza con el deseo de que fuera la boca de ella. Se relamió los labios con las ganas de acercarse hacia su cuerpo, arrancarle la ropa y destrozarla, hacerla suya.

Amy se movía atendiendo a sus invitados, haciéndolos sentir como si estuviera en casa, mientras estaba ignorante de que alguien en la lejanía la tenía en la mira.

Sin embargo, ella tenía un ángel de la guarda, una persona que siempre estuvo vigilante de su crecimiento como Black. Desde hacía tiempo, Jake estaba consciente de los deseos de Marcus por Amy. Como segundo al mando, siempre se aseguraba de hablar con los muchachos y saber cómo se sentían con el club. Sin embargo, nunca estuvo muy conforme con la llegada de Marcus. Tuvo la sensación de que su presencia serían sólo problemas.

La idea se le confirmó una vez que hicieron un pago para un lote de armas a unos irlandeses. La supuesta entrega debía ser sencilla y sin problemas. Un grupo de cinco, incluyendo Jake y Marcus, se encargarían de recoger las armas.

La cita fue en un puerto de la ciudad, por lo que se congregaron allí por un rato. Marcus comenzó a impacientarse y a decir que todo aquello había sido una emboscada. Los ánimos, a pesar de las palabras de Jake, se caldearon a tal punto que la situación terminó en una balacera justo cuando estaban por recibir la compra.

De los cinco, murió uno y Marcus resultó herido en un brazo. Nada grave, sólo el roce de una bala. Después de un regreso tenso, Jake no pudo evitar

gritarle apenas llegaron al taller.

-ERES UN IMBÉCIL. ARRUINASTE NUESTRA COMPRA POR SER UN GILIPOLLAS.

Marcus se le fue a él con la piel cubierta de sangre. Puños iban y venían para que al final fueran separados sólo por Black. Desde ese día, Marcus se propuso que lo haría pagar por la humillación que le hizo pasar.

La tensión que se vivió en el grupo a raíz de ese impasse fue casi insoportable. Black se vio en la obligación de mantenerlos separados lo más posible para que las cosas marcharan sin problemas. Aun así, era posible que ocurriera una especie de big bang entre los dos.

Pero eso era una parte del problema. Lo cierto es que así como Black y Jake se encargaron de darle la seguridad y protección a Amy, convirtiéndose en un par de ojos vigilantes, Marcus estaba en la sombra, mirándola cómo crecía y cómo se desarrollaba. Incluso llegó a hacer un par de chistes al respecto, una serie de insinuaciones a Black haciéndole entender que él era el mejor prospecto para ella.

Las cosas se dejaron pasar, pero Jake estuvo atento siempre como el centinela que era.

Por otro lado, después de cerciorarse de que no se metería con ella, Jake comenzó a experimentar un increíble sentimiento de protección hacia Amy. Quería cuidarla por sobre todas las cosas.

Lo cierto es que esto también le recordaba a Jake la deuda que sentía por Black. También fue un chaval que rescató de las calles y le dio la oportunidad de pertenecer a una familia.

Él tenía unos 15 años y vivía como indigente. Sus padres lo obligaban a vender drogas para obtener un poco de dinero. Era un chaval alto y flaco, sucio pero con unos ojos verdes brillantes como dos esmeraldas.

Un día, mientras entregaba una pequeña bolsa de cocaína, un hombre se le acercó y le cortó la garganta de un movimiento rápido. El chico, en vez de caer, se quedó ahí parado con el calor de los hilos de sangre que corrían por su cuello y pecho. La suciedad de su rostro quedó ensombrecida por la furia inyectada en los ojos. Tras años de abusos, de dolor y de abandono, Jake se convirtió en una fiera.

Dejó las bolsas e incluso la pequeña paca de dinero caer al suelo, fue contra su atacante que lo recibió con una cruel carcajada que se transformó después en un quejido de dolor. El chico flacucho venció al Goliath del guetto con el filo de una botella rota.

Se levantó de repente al darse cuenta de lo que había hecho. La gente que estaba alrededor, los indigentes y drogómanos de siempre, lo miraron con miedo. Jake se echó para atrás para buscar las cosas y se topó con la alta figura de Black.

-Te vas a meter en muchos problemas, chaval.

Estaba dispuesto a seguir defendiéndose cuando se dio cuenta que el hombre no tenía un ánimo amenazante, a pesar de su ropas de cuero y lentes oscuros. Jake se sorprendió de verlo tan tranquilo y seguro sobre todo en un lugar tan peligroso como ese. Después de un silencio largo e incómodo, los dos terminaron por sentarse en un trozo de acera rota para hablar.

Era la primera vez en mucho tiempo en el que Jake pudo sacar todo lo que tenía dentro de sí. Entre lágrimas le dijo que apenas comía una vez al día y que el único momento del día en que sus padres le demostraban “cariño”, era cuando llegaba a casa después de vender la mercancía.

Black lo escuchó atentamente, escuchó la necesidad de un chico de contar con amor y atención. Lo miraba con la expresión tranquila.

Al principio, sólo quiso calmarlo y que dejara de atacar a la gente, después pensó que no sería tan mala idea reclutarlo por los contactos que pudiera tener. Sus planes de expansión siempre estaban en mente.

Le ofreció un trabajo en el taller como aprendiz, con la condición de que le dijera cómo se movía el mundillo de las drogas. Aunque Jake no estaba muy seguro de aquella oferta, tuvo el presentimiento de que era una oportunidad que no debía dejar pasar. Se levantó de repente, metió sus cosas dentro del bolsillo y miró hacia un callejón oscuro.

-Vivo por ahí. Es el lugar más tenebroso que jamás conocerás. –Dijo a Black con una voz pesada.

-Ya no tendrás que preocuparte por eso, chaval. Ya no.

Se lo llevó en su moto al taller, el cual estaba cerrado. Le encontró una pequeñísima habitación las afueras del mismo que servía de depósito. Al llegar, Black se encargó de limpiar un poco y hasta de sacudir el catre que allí estaba.

-Te quedarás aquí. Es todo lo que te puedo ofrecer. Ahí está un baño, creo que tiene ducha, si no, después lo arreglamos. A ver... Estos son enterizos limpios del taller, sería bueno que te cambiaras porque eso que tienes puesto no te durará mucho.

Jake tenía la mirada encendida, mientras le prestaba atención a las palabras de Black.

-¿Entendiste lo que te dije, muchacho?

-Sí, señor... Muchas gracias, señor. De verdad.

-Veremos si me darás las gracias cuando te ponga a trabajar de verdad. No te pongas muy cómodo, estás aquí para ganarte tu lugar. Tienes que demostrar ahora que lo vales.

-Sí, señor, no se arrepentirá.

-Vale. Mañana párate temprano. Los lunes son los días más ajetreados que tenemos.

-Sí, señor.

Black se dio la vuelta y antes de cerrar la puerta, le dirigió una rápida mirada al chico.

-Descansa.

Jake no pudo hablar, tenía un nudo en la garganta tan grande que apenas pudo tragar. Después de verlo partir, el muchacho exploró el espacio y hasta vio que ciertamente había una ducha. Se quitó la ropa velozmente y se metió en ella. Dio un sobresalto cuando sintió el agua fría pero se sintió más feliz y más vivo que nunca.

Tomó un pequeño trozo de jabón y se lo pasó por el cuerpo. Al hacerlo, se dio cuenta de los huesos de los costados y hasta de las rodillas. Su delgadez era producto de un estado constante de hambre que ansiaba poder aliviar.

Después de un largo rato en el que tuvo que batallar con el sucio y la mugre que tenía adherida al cuerpo, Jake salió para colocar uno de los enterizos limpios. Mientras se vestía, miró su rostro en el espejo.

Allí se percató del fulgor de los ojos verdes, la blancura de su piel, la nariz recta con una parte del puente desviado por algunas peleas en el pasado y esa contextura débil que odiaba tener. Se vio a sí mismo y se prometió a sí mismo que dejaría atrás la debilidad para volverse un hombre más fuerte. Lo haría sin importar el costo.

Se echó en el catre y fijó su mirada hacia el techo. Colocó sus brazos detrás de la cabeza y respiró profundo. No pudo creer el cambio que tuvo su vida en cuestión de horas. Dio un último vistazo a la habitación y se encontró afortunado. A pesar del polvo, estaba en un lugar tranquilo y seguro. Ya no estaba en la presencia de basura, agujas usadas y desorden. Siguió felicitando su suerte hasta que por fin se quedó dormido.

Con el transcurso del tiempo, Jake demostró que era un aprendiz ágil y preparado a pesar de ser tan joven. Apenas le tomaba unos minutos mirando cómo se hacían las cosas para replicarlas sin problemas. Empezó trabajando



como asistente de mecánico y poco a poco se hizo cargo de las reparaciones de motos y coches viejos. Gracias a sus habilidades, era uno de los mecánicos más solicitados del taller.

En los ratos libres, Black apartaba al muchacho para que le dijera toda información sobre la mercancía y cómo venderla. No obstante, aunque ese era su plan, Jake pasó a ser un chaval cualquiera a casi un hijo para él. Incluso, llegó a olvidar el motivo inicial por lo que le mantenía allí. El chico, efectivamente, había demostrado que era muy valioso.

Con la meta entre ceja y ceja, Jake dividió su tiempo entre hacerse tan hábil como pudiera en el taller al mismo tiempo que entrenaba su cuerpo. Levantaba pesas, corría por los alrededores del taller y más lejos. Procuró cuidar su cuerpo y su salud. Nunca más sería como el chico de antes.

Así pues su físico resultó ser imponente tanto por su altura como por su contextura. Lo que un día fue la figura fina y débil, ahora era el extremo opuesto. Brazos musculosos, espalda y hombros anchos, muslos fuertes y un torso largo y tallado por los abdominales.

Además, se rapó la cabeza para ganar un aspecto más intimidante, por lo que la gente no sabía, a primera vista, que realmente era pelirrojo. El misterio quedó develado cuando se dejó crecer la barba la cual era de un rojo intenso, como una manifestación de sus antepasados irlandeses.

Luego de un tiempo, Jake ingresó al club y Black lo consideró como su segundo al mando, gracias a su fuerza e ingenio. Los chicos lo respetaban y lo trataban como un igual. Él supo el valor de ganarse el respeto de los demás a punta del trabajo duro.

Sin embargo, no todo era trabajo ya que después de alcanzar la estabilidad en su vida, comenzó a explorar otras facetas que despertaron su curiosidad incluso estando desde muy joven. Por largos años, el sexo era un misterio que moría por descifrar pero no sabía por dónde comenzar... Hasta uno de sus cumpleaños.

Black le invitó a un club de stripers como regalo. Todo el club, todo ese conjunto hombres altos, rudos y fuertes, llegaron a ese lugar causando conmoción entre quienes estaban allí y, claro, entre las chicas.

La expresión de sorpresa de Jake fue tal que Black le tomó del cuello para hablarle con jocosidad.

-Tío, pide todo lo que quieras y en la cantidad que quieras. Te has partido el culo como un burro y te mereces una buena recompensa. ASÍ QUE A DARLE CAÑA, HOMBRE.

Jake esgrimió una sonrisa pícaro y se acercó a una de las chicas que bailaban en un tubo. Era morena, de cabello negro largo y boca gruesa. Sólo tenía puesto unas bragas negras muy pequeñas mientras que sus senos, grandes y redondos, se bamboleaban de un lado a otro sobre el tubo de metal.

Él se sentó frente a ella, como si estuviera viendo a una diosa. La chica, quien se percató que se trataba de un chaval no muy experimentado, se arrodilló, colocó su cabeza entre sus senos e hizo que su cabeza se agitara entre esos pechos deliciosos. La risa unísona del grupo de moteros, casi reventó el sitio. Jake, sonrojado, trató de tener una actitud natural tanto como pudo lo que conmovió aún más a la chica.

-Lo siento, es que estoy de cumpleaños y me están tomando el pelo tanto como quieren.

-¿Es tu cumpleaños? Cariño, pero hay que celebrar como se debe.

Siguió moviéndose para él mientras los billetes de 100\$ caían a los pies de ella. Sí, era una diosa que merecía toda la adoración del mundo.

Cada vez que se movía, las luces de neón parecían rozar la lustrosa piel como si fueran caricias. El pelo que iba de un lugar para otro, lanzaba un perfume sensual que ya tenía Jake al borde de la desesperación. Ansiaba por poseerla y daría el dinero que quisiera para hacerlo posible. Total, era su cumpleaños.

Le hizo un gesto con los dedos, la llamó para hablar con ella.

-¿A qué hora sales?

-Ahora mismo, nene. ¿Por qué no nos vemos detrás del escenario? Celebremos tu cumpleaños como se debe.

-Vale. En cinco, ¿te parece?

-Perfecto, muñeco.

Le dejó otro billete de 100\$ que dejó en una de las tiras de las bragas. Ella meneó un poco sus nalgas como una especie de agradecimiento.

Él se levantó de la silla y procedió para ir hacia el punto de encuentro. Estaba nervioso pero ese aspecto de chico malo hacía entender a todos que tenía la situación bajo control. No se tardó de demasiado por lo que esperó un poco. Cuando la vio, estaba vistiendo una bata blanca.

-Guapo, déjame que me arregle y vuelvo contigo.

Se acercó a él para darle un beso y regresar a los camerinos. Minutos después, salió ella como si fuera un rayo de sol. Lucía un vestido de flores corto, el cabello suelto y peinado, unas zapatillas y una amplia sonrisa.

-¿Nos vamos?

-Sí.

Atravesaron todo el club ante las miradas cómplices de los muchachos. Al salir, Jake no pudo evitar una sensación de alivio, se encontró más seguro con ella que adentro ante la presión de los demás.

Se montaron en la moto de Jake y dieron unas cuantas vueltas por la ciudad. La chica no paraba de reír.

-TÍO, ESTO ES LA OSTIA.

Él sólo reía ya que internamente se debatía seguir adelante o refrenar sus impulsos carnales. Lo cierto es que continuaron hasta que se detuvieron en un paradero frente al mar. A pesar de ser un lugar popular para turistas y locales, se encontraba vacío, como si estuviera dispuesto para los dos.

Ella avanzó hasta sentarse en la arena y él la siguió tímidamente. Se sorprendió porque estando con ella, sintió una energía viva, fuerte. Se sentaron juntos y comenzaron a ver el mar. Después de un rato, ella se acercó a él de una manera muy suave y dulce.

-Feliz cumpleaños, majo.

Lo besó con lentitud hasta que él la tomó con más fuerza, haciéndola gemir. La boca y la lengua de Jake se aventuró a explorar el interior de los labios de esa mujer que le dieron a entender que también era un experta en besos.

La colocó sobre la fría arena mientras seguían besándose. De repente, la entrepierna de Jake se volvió dura como una roca y el impulso de llevar la situación a un próximo nivel, le hizo tomar la decisión de llevársela consigo.

Jake no tenía demasiada experiencia sexual más allá a la masturbación compulsiva durante los años de adolescencia. Siempre quiso acercarse a las mujeres pero un imperante miedo hacia ellas le hizo retroceder un par de veces.

Sin embargo, esa noche era diferente porque tenía el impulso y la inhibición de la cerveza que corría por sus venas. Recorrieron la ciudad a toda velocidad hasta que Jake se decidió por un motel a las afueras. Aunque pensó tener sexo en su catre en esa habitación anexa al taller, pensó que lo mejor que podía hacer era salvaguardar ese lugar por sí mismo y por Black.

Así pues que dejó la motocicleta en la entrada de la habitación. Ella caminó hacia la puerta y él aprovechó la ocasión para meter sus manos en los bolsillos y contar el dinero que tenía disponible.

-Guapo, no será necesario. Esto va por la casa.

Le tomó de la mano y lo guió hacia el interior. La habitación en sí, no era la gran cosa. Una cama matrimonial, un par de mesas a los lados y un gran

espejo al frente y en el techo. Para un toque especial, dos empaques de condones en cada almohada.

La hermosa mujer lo quitó y en seguida fue hacia los brazos de Jake. Comenzó a besarlo con pasión y él aprovechó para apretarla contra su cuerpo. Sus manos, inquietas y aventureras, descendieron hasta llegarle a las nalgas. Las apretó con fuerza al mismo tiempo que le respiraba por el cuello. Estaba tan duro, tan excitado que no lo podía creer.

Siguió bajando hasta que llegó al ruedo del vestido. Lo subió lentamente hasta que sintió que ella alzó los brazos para que se lo quitara por completo. Pudo ver que no tenía sujetador ni bragas, estaba completamente desnuda. Ella le sonrió y él también aunque estaba más desesperado que nunca por poseerla.

La dejó sobre la cama y él prosiguió con el mismo ritual. Se quitó la chupa de cuero, la camiseta negra, las botas y el vaquero oscuro desgarrado. Se desnudó ante esa mujer que lo miraba ansiosa y deseosa de él. Ella se relamió los labios pensando en ese pene que estaba frente a ella. Se arrastró como una gata sobre la cama hasta llegar a la verga de Jake.

La tomó con una mano y comenzó masturbarlo con suavidad. Él de inmediato cerró los ojos concentrándose en ese tacto seguro y sensual de esa extraña. Ella aumentó el ritmo y después se lo introdujo en la boca. Jake se echó un poco para atrás por la sorpresa del gesto, incluso exclamó un gemido involuntario.

Como si supiera exactamente qué hacer, tomó una de sus manos y la llevó hasta el cabello de ella, sujetándolo con fuerza. Debido a la intensidad de ese agarre, provocó que ella lo mirara a los ojos. Eso excitó aún más a Jake, quien la tomó del cuello y la colocó de nuevo sobre la cama.

Sus dedos fueron hasta el coño húmedo de ella, haciéndola estremecer también. Los introdujo al mismo tiempo que apoyó su cabeza en el cuello de ella, besándola, lamiéndola. Luego de un rato, se incorporó sobre la cama y le abrió las piernas tanto como pudo. Tomó los tobillos con ambas manos e introdujo su pene en su coño.

La verga gruesa y larga, la penetró con fuerza haciéndola gemir... A los dos, realmente. La primera embestida le dio un poco pero siguió con fuerza porque su cuerpo se lo pidió a gritos. Jake estaba poseído, además, por un espíritu que le decía que tenía que tomar el control de la situación. Como si albergara una doble entidad que desconoció pero que salió a flote en ese momento.

Siguió follándola fuerte y duro. Con una de sus manos, llegó a golpear un

poco esos negros, incluso pellizcar los pezones. De vez en cuando apretaba alguno mientras la miraba a los ojos. Ella, con el cabello desparramado por la cama, con las mejillas encendidas, con la boca entreabierta la cual dejaba escapar cualquier cantidad de gritos y gemidos.

Jake recordó el espejo que estaba frente a la cama, así que la tomó por el cuello e hizo que se moviera para verla cómo se la follaba. La colocó en cuatro y aprovechó para apretar, manosear y nalguear ese culo tan delicioso. Después de varios impactos en donde dejó la marca de sus manos sobre la piel.

Apoyó entonces su mano sobre la cadera de ella y con la otra preparó su verga para volverla a meter. Luego de hacerlo, se sostuvo de sus caderas con firmeza y alzó la mirada hacia el espejo. El rostro de ella estaba oculto por el espeso cabello que lograba moverse al mismo tiempo que él la embestía desde atrás.

Las manos de ella se aferraron sobre las sábanas mientras sentía la fuerza de ese hombre su cuerpo. Cerraba los ojos y los volvía abrir para encontrarse con los de él. Sonreía cada vez que podía, sonreía porque esas sensaciones le hicieron sentir una mujer afortunada por sentir a un semental como ese.

Como Jake todavía no aprendía sobre la importancia de no dejarse llevar por la primera sensación de orgasmo, sino aguantarla un poco más, comenzó a gemir con fuerza hasta que sacó su pene para eyacular sobre la espalda de ella. Incluso el semen llegó hasta las nalgas. Las gotas cayeron también sobre esa sábana blanca y simple.

Él se quedó abatido sobre la cama mientras que ella le acariciaba el pecho.

-Feliz cumpleaños, grandote.

Le dio un beso en la mejilla y fue así como terminó la noche. En el orgasmo más delicioso que tuvo y sobre todo por tratarse de ser la primera vez.

Después de ese encuentro, ella retomó su mundo como stripper y él como de mecánico del taller. Se olvidó de ella pero desde esa noche comprendió algo muy importante de su naturaleza. Le gustaba tomar el control y, de paso, ese rasgo de él parecía florecer en un momento inaudito.

Trató de investigar por su cuenta y descubrió que tenía inclinación hacia el BDSM, por lo que quiso saber más al respecto. Al mismo tiempo, se dio la oportunidad de andar con personas que tuviera experticia en el tema.

Conoció Dominantes, fetichistas y sumisas de todo tipo. Asistió a sesiones

abiertas de shibari, amarres y suspensión, a ventas de esclavos y esclavos y hasta exhibiciones de ponys. Conoció cualquier tipo de interacciones y relaciones. Concluyó que el control y la dominación, sin duda, eran lo suyo.

Aunque estaba pleno con descubrir esa fase de sí mismo, se aseguró tenerla oculta para que nadie la usara en su contra. Compartió su vida entre esos dos mundos por muchos, muchos años.

Ahora la realidad de Jake era la de un hombre que había aprendido la importancia de las lealtades y la familia, aunque la suya estuviera conformada por tíos locos y borrachos. Comprendió que tenía que proteger a los suyos a como diera lugar, incluyendo a Amy.

Durante la reunión de bienvenida, quiso levantarse para mantener a Marcus a raya, sin embargo, justo en ese instante sintió la mano de Black sobre su hombro. Estaba levantándose de la silla en donde estaba.

-Muchachos, como sabéis, Amy es mi mundo entero. Llegó a mi vida y le doy gracias al cielo por haberme dado tan hermoso regalo. Hoy, que estamos celebrando un momento muy importante en su vida, me hace sentir que los que estamos aquí, la apoyamos incondicionalmente. Somos una familia, una familia en donde podemos contar los unos a los otros y quiero que eso lo recordemos siempre. –Alzó la lata de cerveza que tenía en sus manos- A tu salud, hija mía. A tu salud hoy y siempre.

Amy, la famosa Muñeca de Metal, con el usual rostro severo, sonrió ante esas palabras. Todos los muchachos silbaron y brindaron en su honor.

Aunque era indiscutible ese momento de felicidad, Jake estaba seguro que Marcus era una amenaza latente y peligrosa.

## IV

Después de que cayera la colilla de cigarro, Marcus la pisó casi con ensañamiento. Alzó la mirada y ahí estaba la luz de la cocina encendida. La sombra que se extendió era la de Amy. Se quitó las gafas de sol que todo el tiempo usaba con el fin de intimidar. Las colocó en el bolsillo interno de la chupa de cuero y siguió mirándola como si ella fuera un animal exótico enjaulado.

Sonrió y sonrió para sus adentros. El hecho de que ella tuviera piso propio hacía que las cosas fueran más fáciles aún. Así tendría tiempo para planificar esa idea que tanto le rondaba en la cabeza. Ansiaba la virginidad de Amy a toda costa.

Se quedó un rato allí hasta caminó hasta la motocicleta, se subió y la encendió. Comenzó el camino hasta el cuartel del club.

-16 años... Deliciosos 16 años.

Amy era muy joven pero su aspecto era de una persona mayor, podía pasar fácilmente por una mujer de más edad... Pero ese no era el hecho, se trataba de una niña.

Al llegar el club, se sentó en la barra, pidió una pinta de cerveza y maquinó su plan. La atacaría al día siguiente en la noche.

Lo que Marcus no sabía era que Jake había detectado un comportamiento extraño en Marcus. Se volvió taciturno y pensativo. El instinto le dijo que sin duda tenía que ver con Amy pero no sabía exactamente cómo. Quizás tendría que acercarse a su casa después para asegurarse que estaba bien.

Mientras lo pensaba, Jake no paraba de pensar que era una locura que Amy estuviera viviendo sola. Estaba mejor bajo la mirada de Black pero así son los adolescentes, rebeldes y dispuestos a llevarle la contraria a quien sea.

Se calmó un poco cuando la vio entrar al bar del club. Tenía un vestido negro, una chupa vaquera y unos botines a los tobillos tipo Converse. Todos se voltearon a saludarla y, a pesar de esa imagen tan segura de sí misma, todavía irradiaba esa aura de inocencia propia de su edad.

Se sentó en una silla y le sirvieron una Coca-Cola.

-Ey, Mikey, esto es para niños.

-Eres nuestra niña, Amy. Nada de alcohol para ti y lo sabes.

Ella por supuesto que lo sabía, sólo lo decía por jugar un rato.

-¿Y mi papá?

-Salió pero ya está pronto por llegar.

-Vale, lo esperaré aquí.

Comenzó a tomar la gaseosa cuando Marcus se acercó a ella. Inmediatamente, su lenguaje corporal cambió por completo. Se echó para atrás, cruzó los brazos y los pies, incluso echó la cabeza para un lado. Le desagradaba hablar con él.

Desde la distancia, Jake no pudo saber con exactitud de qué hablaban. Sólo infirió la incomodidad que ella sintió al verle la expresión seca y que sólo respondía con monosílabos. Entonces se acercó a donde estaban e interrumpió la conversación.

-¿Todo bien por aquí? –Dijo sin dejar de mirar a Marcus.

-Todo bien, tío. ¿No ves que estamos hablando tranquilos?

-¿Qué me dices tú, Amy? ¿Todo bien?

-Eh... Sí, sí, Jake. Todo bien. –Lo miró como si estuviera agradecida de haberla salvado de él.

-¿Qué te parece si esperamos a Black en su oficina? Le gustará verte ahí. Además, hay unos documentos que me gustaría que revisaras.

-Vale, perfecto.

Marcus le dirigió una mirada de odio. Él también. Incluso tuvo ganas de partirle esa cara marcada por las cicatrices de peleas, pero pensó que lo más conveniente era dejarlo hasta ese punto. No darle más cuerda a ese asunto.

Entraron a la pequeña oficina de Black y Jake aprovechó para hablarle a Amy con tranquilidad.

-¿Estás bien?

-Sí, gracias por rescatarme. Estaba muy nerviosa y ya no sabía qué hacer.

-¿Desde hace cuánto que te está molestando?

-No lo sé exactamente, pero ha estado, digamos, fastidioso. Me da hasta un poco de miedo y todo.

-No te preocupes. Estaré para cuidarte tanto como pueda.

Amy le dirigió una mirada de alegría. Se sintió confiada. Por otro lado, sintió cómo la sangre se le subió a la cabeza. Bajó para que él no se diera cuenta del rubor de sus mejillas. Lo cierto era que ella estaba medio enamoradiza de él. Lo veía como un hombre sumamente atractivo y, claro, inalcanzable. Ni un millón de años se fijaría en ella... Aunque tuviera las esperanzas de que las cosas pudieran cambiar.

De repente, se abrió la puerta y se encontraron con Black en el umbral.

-¡Amy!

-¡Papá!



Se dieron un largo abrazo.

-¿Por qué no avisaste antes que estabas aquí? Lamento haberte hecho esperar.

-No te preocupes, papá. No tiene importancia. Estaba en el camino y aproveché para verte.

Los ojos de Black se iluminaban cada vez que la veía. Ese hombre alto, ancho de espaldas, de ojos negros penetrantes, cabello blanco y voz grave, se volvía como un niño cada vez que la veía. Se derretía por ella.

-Bien, los dejo a solas. Amy, por favor, recuerda revisar los libros cuando puedas.

-Sí, sí... Eh, Jake... Gracias.

Le esgrimió una gran sonrisa, como agradecimiento por el gesto de hacía minutos atrás. Por alguna razón, a pesar de haberla visto siempre como una niña, esa percepción cambió un poco al verla con esa cara tan hermosa.

-Vale, no te preocupes.

El asunto quedó olvidado al día siguiente. La rutina de los chicos volvió a hacer la misma de siempre... Menos para Jake y Marcus. Por un lado, Jake echaba un ojo a las actividades de Marcus, mientras este hacía lo posible por despistarlo.

Cuando pensó que se lo había quitado de los hombros, Marcus esperó ansiosamente a la llegada de la noche para ir a visitar a Amy. Estaba harto de que sus planes fueran infructuosos pero en definitiva ya no sería así.

Después de la última reunión del club, Marcus se apresuró para montar su motocicleta. Jake, con la duda entre las sienes, esperó un momento más y salió para buscarlo.

-Tengo que hacer algunas cosas.

Fue lo último que dijo.

Lo perdió cerca de 20 minutos y fue allí cuando le entró la desesperación. Su mente comenzó a andar a mil por hora hasta que se le ocurrió lo obvio: Amy. Estaba en el extremo de la ciudad y dudó seriamente si podía llegar a tiempo, algo le dijo que ella peligraba y que tenía que apresurarse.

Como sospechaba que lo seguían, Marcus dibujó un recorrido complicado para desorientar a Jake. Estaba seguro que se trataba de él así que ya había superado el primer obstáculo. Ahora quedaba hacer lo demás. Quedaba reclamar lo que consideraba suyo.

Dejó la moto lo más cercana posible a la vía hacia la autopista para tener tiempo para escapar en cualquier circunstancia. Revisó en uno de sus bolsillos

si tenía a disposición una pequeña navaja por si las cosas se complicaban demasiado. Se escondió en unos arbustos y esperó a que alguien saliera por la reja principal del pequeño edificio.

Media hora después, escuchó un ligero chirrido que indicó que en efecto alguien había salido. Esperó un momento más y entró sigilosamente. Para su buena suerte, se encontró con que el lugar sólo contaba con cuatro pisos y que además tenía escaleras y elevador. Analizó las vías de escape así que celebró con una sonrisa que dejó ver sus largos colmillos.

Sacó de la chupa una banda negra y se la colocó en la cabeza. Subió los escalones e identificó el piso de Amy. Pegó la oreja sobre la superficie fría de la puerta y escuchó el ruido del televisor. Minutos después notó la voz de ella que hablaba por teléfono.

-... Vale, llamo después.

Amy colgó la llamada cuando escuchó el timbre de la puerta. Se sintió un poco extrañada sobre todo por la hora. Sin embargo pensó que era Black.

-¡Voy!

Marcus sacó la navaja y se colocó en posición de ataque. Segundos después escuchó que ella abrió la puerta y con una mano, empujó esta hacia adentro. La fuerza de la acción, hizo que Amy casi cayera al suelo.

Atontada, comprendió de inmediato las intenciones del tipo y trató de arrastrarse por el suelo rápidamente para alcanzar una de las cuchillas que guardaba cerca de la cocina. Sin embargo, sintió un fuerte golpe en la nuca y unas enormes manos que rodearon su cuello.

-Vas a ser mía, putita. Ya no tienes a nadie que te defienda.

Intentó gritar pero fue inútil, una de las manos apretaba tanto y tan fuerte que pensó que moriría en ese instante. La verdad es que a ese punto era todo lo que deseaba. En ese momento, sintió que cómo el hombre le arrancó la ropa que tenía. Sintió el manoseo, el morbo enfermo y la carcajada que salió de esa boca grotesca. Como pudo lo miró y se dio cuenta por los colmillos, que se trataba de Marcus.

-MARCUS, MARCUS, SUÉLTAME, SUÉLTAME.

Marcus se asustó pero después le dio igual, un poco de presión más y ella caería inconsciente. Mientras se relamió la boca, bajó el cierre de su pantalón y volvió a acercarse a ella.

-Prepárate, putita, te daré con todo.

-NO, NO, NOOOOO.

Amy hizo un esfuerzo por recordar todo lo que aprendió de las lecciones

de defensa personal. Así pues que le dio una patada en los testículos con toda la fuerza que pudo. Un largo alarido y unas cuantas blasfemias, lo hicieron retroceder. Ella trató de escabullirse pero él era mucho más fuerte y alto.

De repente, escuchó unos pasos que se acercaban, Jake se apareció y los ojos verdes brillantes se les inyectaron de sangre. Se volvió loco.

Dio unas largas zancadas y con ambas manos tomó a Marcus por el cuello, haciendo que Amy quedara finalmente libre. Ella se arrastró por el suelo, recogiendo los jirones de tela para cubrirse.

Lo levantó como si no pesara nada y allí comenzaron a pelear como dos perros furiosos.

-ERES UN MALDITO, UN MALDITO DESGRACIADO. ES UNA NIÑA, MARCUS, UNA NIÑA.

Marcus no decía nada, más bien buscó la navaja y la sacó con tanta velocidad que no dudó en atestarla contra su atacante. Lo hirió en los brazos y hasta en el pecho, aun así, a pesar de la sangre, Jake continuó hacia él como un toro que mira rojo.

Se entregaron a los puños, a las patadas hasta que Marcus se abalanzó sobre él para cortarle el cuello. De nuevo sintió esa misma indignación que cuando era un niño y se volvió iracundo. Le echó para atrás con sus pies y, cuando este cayó en el suelo, fue hacia él. Lo inmovilizó con sus piernas y Marcus recibió cualquier serie de golpes en el rostro. Los nudillos de Jake se abrieron en carne viva por el roce de los huesos y por los constantes golpes.

-MALDITO, ES UNA NIÑA.

Los gritos de Amy lo hicieron reaccionar. Ella estaba junto a él, rogándole que se detuviera.

-LO VAS A MATAR, JAKE, YA BASTA, YA BASTA.

Se detuvo jadeante, cansando. Marcus estaba en el suelo como un muñeco desfigurado. Los tres quedaron sumidos en el ruido sordo del silencio.

Cinco minutos después, el sonido de las sirenas irrumpió en la tranquilidad de la urbanización. Los policías llegaron y encontraron el caos en ese pequeño piso en un edificio en el centro de la ciudad.

Una ambulancia se llevó a Marcus y a Amy quien también estaba herida. Jake, en silencio y con la cabeza gacha, escuchaba casi ausente un policía que le hacía preguntas. No pudo ocultar su odio hacia la autoridad.

-Tendrá que acompañarme, señor.

Se levantó sin oponer resistencia y ofreció sus muñecas para que lo esposaran. Ante la mirada acusatoria de los vecinos, salió por las escaleras y

con la mirada vacía. Como si todo aquello hubiera pasado en una pesadilla.  
... Y de alguna manera fue así.

## V

-Él vino a ayudarme, quiso protegerme. Marcus estuvo a punto de violarme.

Las manos de Amy cubrieron su rostro como un ademán para contener las lágrimas. Estaba sentada en el hospital contando todo lo que le había sucedido. Black, desde la distancia, miró las marcas de asfixia que tenía en el cuello. Más que nunca se echó la culpa de haberla dejado vivir sola.

Aunque se comprobó la culpabilidad de Marcus, Jake tuvo que asumir las consecuencias de aquel arranque de ira.

-Señor, aunque tuvo una intención noble de salvar a la joven, estuvo a punto de matar a un hombre a golpes. Si usted no se hubiera detenido, las cosas serían muy diferentes ahora.

Lo cierto era que Jake no sintió la más mínima culpa. Le dio igual ya que lo importante pudo lograrse, pudo salvar la vida de Amy. Lo sentenciaron a cinco años de prisión a una cárcel de mínima seguridad del condado.

Antes de su traslado, varios chicos del club le ofrecieron su incondicional ayuda y admiración.

-Tío, has cuidado a esa chica y hasta nosotros después de haber alejado a esa rata de nosotros. Te esperaremos cuando salgas.

Sólo logró asentir. Sin embargo, se sintió un poco sorprendido cuando vio la figura de Black. Se descompuso un poco porque sintió que de alguna manera lo había defraudado.

-No tengo palabras para agradecerte el que hayas salvado a mi hija, a mi mundo. No tienes idea, tío, no tienes idea. Me acojona que tengas que ir a la cárcel al igual que ese perro desgraciado.

-No importa. Son cinco años, pasarán rápido.

-Es tiempo que perderás. Sólo tienes 25 años.

-Me has entrenado bien para llevar golpes, Black. Recuerda que también vengo de las calles, sé cómo funcionan las cosas.

Black sintió una repentina admiración por el muchacho y se le acercó.

-Cuídate las espaldas y no confíes en nadie.

-Así será, señor.

-Te debo la vida.

Se despidió de él y luego miró cuando se fueron todos. Sólo esperaba que Amy estuviera bien... Dentro de todo.

La culpa pudo más que cualquier cosa. Después de pasar varios días en el

hospital en medio de exámenes y pruebas, Amy salió con el miedo calado en los huesos. Dejó su apartamento y se recluyó en un ala de la casa de Black. Salía poco y sólo lo hacía para trabajar en el taller. Incluso ideó un sistema para hacerlo remotamente. No estaba lo suficientemente fuerte para enfrentar el mundo exterior.

Luego de varias crisis que asumió en soledad, se prepuso la meta de salir con un poco más de frecuencia. Poco a poco, pudo recuperar algo de la normalidad que pensó no recuperar jamás. En ese punto, sintió la obligación de visitar a Jake a la cárcel.

Como todavía era una menor de edad, tenía que contar con un permiso especial o estar con un adulto. No estaba dispuesta a tener niñera así que le instó a Black para que firmara un permiso.

-Tengo que hacerlo por él.

-No es el mejor ambiente para ti.

-Papá, ningún ambiente en el mundo completamente seguro. Créeme, eso ya lo entendí.

Black se sintió derrotado ante el argumentó así que prosiguió en complacer los deseos de ella. Con permiso en mano, Amy se trasladó a la cárcel en donde se encontraba Jake. Por un lado estaba nerviosa y por otro ansiosa por verlo. La idea le producía miedo e ilusión a la vez.

Mientras se acercaba, pensaba en todas las cosas que tenía por decirle, aunque de seguro se quedaría muda.

Llegó al estacionamiento y se acercó a la taquilla, presentó el papel y pidió visitar a Jake. La dejaron esperar por un rato, demasiado. Incluso pensó que no la dejarían entrar, sin embargo, tiempo después, le permitieron la entrada.

-Como es una menor de edad, entrará a una sala especial.

Ella no le quedó más remedio que asentir.

Revisaron si tenía posesiones que podrían en peligro a sí misma o él. Después, un par de guardias se colocaron en una sala repleta de cámaras de video. Amy le dio igual, sólo pensaba en ver a Jake. Escuchó el chirrido de la puerta e instintivamente puso la mano en el cuello para que él no viera que todavía tenía las marcas del ataque. Cuando se abrieron las rejas, él salió con ese gran traje naranja chillón y poco sentador. Aunque, a pesar de todo, se veía más guapo que nunca.

Tenía la barba a medio crecer y la mirada cansada, sin embargo, caminaba con cierto ánimo. Ella se levantó rápidamente y le dirigió una sonrisa. Esperó

a que lo dejaran en la mesa y fue cuando pudo hablar.

-Jake...

-Amy, ¿qué haces aquí? Este no es lugar para ti.

-Eh, venga, ya sueñas como mi papá.

-Lo que te digo es en serio. ¿Por qué no viniste con él?

-Porque no quise. Quería hablar contigo a solas... No tuve tiempo siquiera para agradecerte todo lo que hiciste por mí... Y el sacrificio que tomaste.

Jake le sonrió.

-Te dije que te iba a proteger, costara lo que costara.

-Eres un tonto. Eso es lo que eres.

Se sentaron en la mesa e inmediatamente comenzaron a hablar.

-Lo condenaron a 25 años sin condicional. Al parecer ya había atacado a otras chicas en el pasado y eso sirvió para aumentar la condena.

-No dudo que ya se estén encargando de él en el lugar en donde está. – Respondió él con cierta amargura. Ella sólo le restó bajar la cabeza.

-¿Estás bien?

-Digamos que sí. Al principio me costó salir de casa pero poco a poco estoy retomando el ritmo.

-¿Dejaste el piso?

-Sí. No pude regresar y de paso mi papá ya tenía preparada una habitación para mí en su casa. Es muy privada y no me quejo. No podría quejarme. Estoy viva de milagro.

-Venga, no pongas más esa cara. Lo que importa es que estás bien.

-Gracias... No tengo palabras... No las tengo, Jake.

-No tiene importancia, Amy.

Él le tomó las manos y la miró a los ojos.

-Estás bien. Es todo lo que importa.

Jake experimentó de nuevo esa sensación de sentir algo más por ella. Sin embargo, no tenía sentido, era caer en lo mismo que Marcus.

Después de un rato, le avisaron a Amy que debía irse.

-Prometo venir. Todo el tiempo que pueda.

-No lo hagas. Este lugar no es para ti.

-No me importa lo que digas tú o mi papá. No me importa. ¿Vale?

Ella se levantó y lo abrazó. Ese pequeño cuerpo, débil y frágil, delicado y suave, le estrechó para luego alejarse de él. Antes de cruzar el umbral, Amy se volteó y se despidió con la mano. Ella cumpliría a cumplir con su promesa.

## VI

Amy era una mujer de palabra. Asumió con compromiso y responsabilidad el visitar tanto como pudiera a Jake. En su cumpleaños, en días festivos, los fines de semana. Durante esos cinco años que transcurrieron, ella le informó sobre las cosas que estaban pasando en el club, incluso la decisión de su padre de retirarse.

-Está cansado y dice que quiere tener un rol menos activo en el club. Francamente estoy de acuerdo con él, ha sido un trabajo completo desde un montón de tiempo y creo que merece el retiro.

Siguió hablándole de ella y de sus planes. Le comentó que llevar los libros del club la incentivaron a inscribirse en cursos de Administración. Algo que, según ella, le dio entendimiento sobre el dinero y demás.

Mientras hablaba, Jake se dio cuenta de lo mucho que había cambiado conforme al tiempo. Al principio era una chiquilla larguirucha que eventualmente fue transformándose en una mujer hermosa. Seguía luciendo el cabello corto pero más rapado a los lados y largo arriba.

El cabello rubio como el sol, los ojos cafés que a veces lucían más claros cuando les daba el sol. Además, notó los tatuajes que fueron adornando su piel blanca. Los dos brazos estaban repletos de ellos. Otros detalles que observó fueron su cintura fina y los pechos grandes, asimismo que las piernas largas que destacaba con los jeans ajustados.

Su voz se volvió un poco más grave y cobró un modo de hablar más suelto. Ya no tenía la mirada asustadiza de al principio por lo que se sintió un poco más aliviado al respecto. No podía dejar de repetirse que se veía bella, como si aquello fuera imposible.

Gracias a sus visitas, Jake se percató del entusiasmo que sentía por salir al mundo exterior. Amy procuraba actualizarlo lo más posible para que no se sintiera fuera de lugar, cosa que él agradecía enormemente.

-Estoy por cumplir con la condena. De hecho te quería comentar que cae justo el día de tu cumpleaños.

-¿En serio? Pero esa es una noticia estupenda. Podría organizar una fiesta de bienvenida y así matamos dos pájaros de un solo tiro, ¿qué dices?... Sé que no eres de fiestas pero no estaría mal, no estaría mal porque así verías a todos los chicos que te extrañan.

-Vale, déjame pensarlo.

-Anda, sí que sí, apuesto que nos divertiremos mucho.



A ese punto se le hizo difícil resistirse a esos grandes ojos que lo miraba suplicantes.

-Vale. Por cierto, ¿no te emociona saber que cumplirás 21? Serás legalmente adulta.

-Eh, lo soy desde hace tiempo pero sí, sé a lo que te refieres. La verdad es que me entusiasma un poco. No pensé que me sentiría así al respecto, es tonto, ¿verdad?

-Para nada, tiene todo el sentido del mundo.

-Bien, creo que no podré venir más sino hasta cuando salgas. Te pasaré buscando y ya sé qué será lo primero que harás cuando salgas.

-Pues, sorpréndeme.

Con un poco de rubor en las mejillas, ella respondió:

-Lo intentaré.

Como siempre, se despidieron y él no se movió de allí hasta que la vio partir. Cuando cerraron las rejas. El guardia lo llevó a la celda. Al encontrarse finalmente solo, se echó en el catre y miró al techo, como solía hacer antes de dormir o en momentos como ese cuando necesitaba pensar.

El tiempo ciertamente pasó demasiado rápido, a pesar de encontrarse encerrado cumpliendo una rutina interminable. Sin embargo, Jake demostró ser un hombre ejemplar. Utilizó sus habilidades como mecánico y consiguió pronto un trabajo dentro del taller. Pasaba las horas de la mañana y la tarde, reparando coches y hasta pintándolos. Aprendió a enchularlos y hasta ganaba dinero para ello. Nada mal.

Paralelamente, también aprendió carpintería. Su instructor, otro reo, se quedó impresionado por la rapidez que tenía para aprender las cosas. Tanto así, que hasta se abrió un espacio para vender mobiliario y ofrecer el dinero como donación a las familias de los presos. Cada cierto tiempo, se organizaba el evento debido al éxito de la primera edición.

El trabajo lo mantuvo ocupado en cuerpo y mente. No obstante, no pudo evitar el despertar de los sentimientos que comenzó a experimentar por Amy. Al principio pensó que era un juego de su mente pero después las sensaciones se volvieron más intensas y fuertes, trató de huir de ellas tanto como pudo pero fue inútil. Además, tampoco le ayudaron las visitas de ella, las atenciones y esas largas charlas de temas diversos. Cada día pensaba en ella, pensaba en estar con ella... Incluso en hacerla suya.

Estando en ese catre, pensó que por fin se encontraría con la libertad aunque nunca se arrepintió de lo que hizo por ella. Cualquiera lo hubiera

hecho, ¿no? Como ya no tenía que pensar en cómo pasaría el resto de los días, se dedicó a fantasear con la idea de reencontrarse con los muchachos del club, con saborear una pinta fría de cerveza y comer una hamburguesa tan grasienta que fuera capaz de taparle las arterias.

El conjunto de imágenes le produjo una carcajada. Casi podía saborear la sensación de libertad, casi podía sentirse libre, casi podía sentir de nuevo la piel de ella contra la suya... Como tantas veces imaginó.

Jake aprendió el valor de la paciencia y el tiempo, así que no se desesperó al esperar un par de semanas más para su libertad. Durante ese tiempo, siguió en el taller de mecánica y carpintería para terminar los últimos encargos y también para dejar las cosas en orden cuando se fuera.

-Tío, te vamos a extrañar mucho. Has hecho mucho por nosotros.

-Sé que podrán continuar tan bien o mejor sin mí. Ya no tendrán a un gilipollas diciéndoles que le den marcha, eh.

De cierta manera, le cogió cariño a las pocas cosas que le ayudaron a salir de la fatal rutina. Sin embargo no quería lamentarse demasiado porque tenía a Amy en mente, no paraba de fantasear con la idea de verla justo cuando las puertas se abrieran para dejarlo salir.

El día llegó finalmente. Dieron la orden de libertad para la tarde así que se levantó temprano para recoger sus cosas y limpiar la celda. Después de almorzar, lo llamaron para salir y varios presos con los que se encontró en el pasillo hacia la sala de control de salidas, se despidieron de él con afecto.

-A ver si nos visitas, tío.

-Eh, muchos éxitos, Jake.

Él les saludó con la mano y entró al pequeño cuarto para vestirse con sus ropas de civil. Tuvo dudas al respecto puesto que habían pasado cinco años y el cuerpo de 25 no era el mismo ahora que tenía 30. Sin embargo, el guardia le indicó que una chica le había dejado una muda de ropa.

-Amy. –Se dijo para sus adentros.

Un par de jeans oscuros, una camiseta negra y las botas de cuero. Fue entonces cuando comenzó a vestirse en una pequeña habitación y todo lo que ella le trajo, le quedó perfecto. Se impresionó por la calidad el detalle de Amy, por lo que sintió más emoción al verla.

Por último, se colocó su chupa de cuero que seguía tan fiel a él como siempre, se sintió más listo que nunca.

Se abrieron las puertas y el resplandor del sol le pegó en los ojos. Tomó los lentes de sol y se los colocó. Caminó por los pasillos, hasta pasar por un

corredor abierto hasta llegar las enormes puertas de metal que lo separaban del exterior.

Hizo un gesto con la cabeza al guardia y vio cómo se perfilaba un Camaro del 79 de color negro, sobre él, estaba Amy vestida de jeans negros, una blusa de mangar largas con los hombros al descubiertos, unas Converse blancas gastadas y la sonrisa estampada en el rostro. Apenas lo vio, se separó del coche para correr hacia él.

Jake no pudo evitar mirarla como un tonto. Mientras corría, él dejó caer el paquete en donde se encontraba sus cosas, abrió los brazos y la recibió. El salto de Amy casi le hizo perder el equilibrio pero no importó, los dos se encontraron riéndose como un par de chiquillos.

-Gracias por la ropa, ya estaba preocupado con eso de salir desnudo a la calle.

-¡Jamás!, pensé que algo así pasaría así que quise ser prevenida. Además, las últimas veces te vi que estabas tomando figura, así que supuse que esa camiseta se rompería, como Hulk.

Jake no pudo evitar sonreír ante el chiste. Fue justo allí cuando recordó que le había hecho un regalo mientras estaba en el taller de carpintería.

-Sé que no es la gran cosa, pero bueno, feliz cumpleaños, guapa.

Sacó una pequeña caja de madera de color oscuro. Era rectangular y tenía incrustaciones de madre perla con forma de flores de todas formas, las cuales llenaron por completo la tapa.

-A lo mejor es algo inútil para ti pero...

-Qué dices, Jake. Es hermoso... Muchas gracias... No sabes, no sabes lo mucho que representa para mí... Has hecho tantas cosas que no sé ni qué decir.

-Venga, no te pongas así porque es el día de tu cumpleaños y tienes que estar contenta, ¿vale?

-Vale.

Él le tocó el mentó con suavidad y le dio un beso lento en la mejilla. Amy sintió que sus piernas le flaqueaban.

Lo cierto es que después del incidente con Marcus, ella se privó de pensar en el amor y menos en el sexo. El temor de involucrarse con otros hombres fue más grande que ella, así que se sintió incapaz de afrontar el tema como el resto de las chicas. Aun así, gracias a las visitas que le hacía a Jake, quedó plenamente convencida que ese hombre tenía un fuerte magnetismo del cual no podía escapar.

Él la miraba de una manera que sentía que todo lo que había alrededor

carecía de sentido. Se perdía en sus ojos, en la voz grave y esa figura fuerte, maciza. Amy pasó varias noches imaginándose con él, besándolo, acariciándolo, sintiendo el calor de su cuerpo contra el de ella. Incluso llegó a tener un par de sueños húmedos con él. Estaba asustada al mismo tiempo que emocionada.

Dejó eso de lado pero estando ahí, junto a él, sintió que sus emociones se avivaron de nuevo. Para no ponerse más en evidencia, ella se echó un poco para atrás y se rió con cierto nerviosismo.

-Je, je, je. Bien, sé que te prometí algo más así que voy a cumplirlo también. ¡Venga!

Jake tomó sus cosas y caminó por la gravilla sintiéndose más feliz que nunca. Era un hombre libre y de paso presintió que Amy también estaba sintiendo lo mismo que él. Dos regalos en un solo día.

Subieron entonces en el Camaro y fue allí cuando Jake se sintió casi como estar en casa. El olor a cuero del coche, el sonido del motor cuando ella lo aceleraba, AD/DC sonando en la radio, era la mezcla perfecta, sin duda.

-Sé que eres un fanático de las hamburguesas así que iremos a un lugar en donde preparan unas que son una delicia. Además, debes limpiar tu cuerpo de esa comida terrible de la cárcel. Eso ya forma parte del pasado.

Recorrieron unos cuantos kilómetros más hasta que ella comenzó a desacelerar hasta orillarse en el camino. Se detuvo en una gran fuente de soda al estilo de los 50.

-Es relativamente nuevo pero se ha vuelto muy popular a pesar que está lejos de la ciudad. A la gente le encanta venir para aquí, ya verás por qué.

El rostro iluminado de Amy le hizo sentir más entusiasmado todavía. El brillo de sus ojos y de su sonrisa, era algo que quería llevar por siempre con él.

Se bajaron del coche y entraron al lugar. Apenas entraron, estaba sonando Love Me Tender de Elvis Presley. Las meseras y mozos tenían atuendos de la época y llevaban la comida en amplias bandejas. Sobre de las lisas superficies de las mesas, se encontraban algunos condimentos como salsa de tomate, mostaza y mayonesa, sal y pimienta, todo en perfecto orden.

Jake todavía estaba un poco atontado por lo que estaba sucediendo. Había pasado de un ambiente hermético y cerrado, a uno lleno de vida y color. Incluso se sintió un poco incómodo aunque trató de disimularlo lo más que pudo por ella.

-Voy al baño un momento.

-Vale, por allá está. ¡Ah! Así aprovecho para pedirte la comida. Sé lo que te gustará.

Ella le hizo un guiño y él sonrió, después se dio la media vuelta y buscó el baño para lavarse las manos y refrescarse un poco.

Apenas encendió la luz, se sorprendió de ver su cara. Tenía las ojeras pronunciadas, arrugas en la frente que no reconoció de inmediato y la piel opaca. Aunque tenía 30 años, lucía mayor. La cárcel le absorbió la vida.

Abrió la llave de agua fría y se echó un poco en el rostro. Suspiró de alivio porque volvió a mirarse en un lugar completamente diferente. Tuvo que convencerse que no estaba preso y que por fin era un hombre libre.

Por otro lado, comenzó a pensar en la suerte que tenía de compartir unos momentos a solas con Amy. Ella se tomó el tiempo de visitarlo durante todos los cinco años que estuvo preso, pensó en sus cumpleaños y en las fiestas especiales. La energía que invirtió en él lo hizo sentir halagado.

Se echó un poco más de agua y salió para reunirse con ella. Mientras caminó, la buscó con la mirada hasta que observó que Amy le llamaba de al otro lado del salón. Al llegar a la mesa, se encontró con un par de platos repletos de patatas fritas, una hamburguesa con el queso derritiéndose a uno de los lados y un par de cervezas.

-Para este calor, nada mejor que esto. Espero que te guste.

-Guao, esto tiene muy pinta y huele... Huele riquísimo.

-Esta es la versión más grande. Un tío como tú, necesita todas las energías posibles.

Se sentó y el vaho de la comida caliente le llenó la cara. Primero tomó un largo sorbo de cerveza negra con ese toque dulce que tanto le gustaba. Cerró los ojos, sonriente, por la sensación efervescente en la boca que se pasó a la garganta. Se relajó de inmediato.

-Pensé que se me había olvidado el sabor de algo tan delicioso como esto.

-Está bueno, ¿verdad? Ahora, come, come. No dejes que se te enfríe.

Acercó sus manos hacia la hamburguesa con dos pisos de carne y queso entre ellas. La alzó hasta colocarla sobre sus labios y, antes de morder, volvió a sentir el delicioso aroma. Era como si la sensación le trajera buenos recuerdos.

El primer mordisco le llenó la cara de grasa y queso, apenas se dio cuenta comenzó a reír a carcajadas. Era la primera vez que Amy lo miraba así, tan entusiasmado. Estuvieron en silencio por un rato. Después, comenzaron a hablar sobre la vida de ambos durante los años que no se vieron:

-Te conté mucho sobre mí misma y no me tomé la tarea de saber cómo te sentías.

-No digas eso. El que me hayas visitado todo este tiempo me hizo sentir que te importaba lo que me pasaba.

-Era lo menos que podía hacer.

-No pienses en eso. Ya pasó.

-Lo sé. Simplemente tengo miedo de que él salga de la cárcel para buscarme, para hacerme daño o a papá. Tengo miedo y creo que es algo que se quedará conmigo para siempre.

-Si es así, entonces lo estaremos esperando. No estás sola. Recuérдалo.

-Vale... Tenía miedo de preguntarte al respecto, pero, ¿cómo era la vida en la cárcel?

Jake respiró profundo como queriendo tomar fuerzas para hablar.

-Bien, al principio fue increíblemente fuerte. La rutina te ahoga, te aplasta. Pensé que no podría más hasta que me solicitaron en el taller de mecánica. Supieron que sabía algunas cosas y de inmediato comencé allí. Pasaba mis días manchado de aceite y polvo pero estaba ocupado y haciendo algo que me gustaba.

>>Después de pasar la prueba con el supervisor, pude optar por otro trabajo y fue cuando comencé en carpintería. Después de salir, estaba manchado de grasa y aserrín pero fue interesante porque aprendí muchas cosas aunque quise hacer más. A lo mejor lo retome después de que me establezca.

-Mi papá se encargó de pagar el alquiler de tu piso y de mantenerlo limpio. Quisimos que tuvieras tu lugar sin importar qué.

-Oh, vaya. Es demasiado.

-Para nada. Sé que debes estar ansioso de ir a tu casa y dormir y disfrutar de tu ambiente. Es lo que te mereces después de tanto.

Ella acercó sus manos para tocar los de él. Las acarició suavemente y fijó la mirada en ellas.

-Gracias.

-Déjalo. Ya pasó. Además, es tu cumpleaños, Black no me perdonaría que su hija tenga la cara larga en un día tan especial como este. Así que venga, vamos a tu fiesta y a pasarla bien.

-También es la tuya.

-Bien, finjamos que no.

Ella sonrió. A pesar del tiempo, seguía siendo el mismo, pero más guapo, más maduro.

-Vale.

Pagaron la cuenta, se levantaron y fueron de nuevo hacia el coche. Jake estaba repleto de comida. Aunque deseaba acostarse y dormir, sabía que tenía que mantenerse activo por ella. Tenía que devolverle el favor.

Amy comenzó a andar el coche y se dirigieron al club. El camino le resultó familiar a Jake aunque cambiaron muchas cosas. Le sorprendió los edificios nuevos, los elevados y la cantidad de coches en la calle. Cinco años es un número que se dice muy fácil pero es un tiempo que no se puede recuperar.

Las calles le recordaron la ruta que tomaba para ir al club desde su casa así que supo que estaban por llegar. Cuando la punta del Camaro entró al taller, se desplegaron los miembros del club para darle la bienvenida a Jake.

A él se le abrieron los ojos ampliamente, estaba verdaderamente impresionado. Frente al gran grupo, estaba Black, con esa misma chupa de cuero ya desgastada, los lentes de sol, el cabello blanco y la sonrisa en los labios. Abrió los brazos apenas aparcó Amy.

Jake salió del coche y se encontró con los fuertes brazos de Black.

-Mi hija y el ahora presidente del club, han llegado. ¡Bienvenidos!

Jake se quedó impresionado con aquellas palabras, tanto así que Black lo abrazó y acercó su boca hacia el oído de él.

-Ya hablaremos mejor de esto, pero sí, quiero que te encargues de ahora en adelante del club.

Jake se separó de él porque los demás fueron a saludarnos. Recibió toda serie de abrazos, palmadas en los hombros que lo dejaron medio caído y besos de mujeres desconocidas. Caminó entre ellos, riendo, hasta llegar al bar. Después de un brindis de cerveza, salieron el cual estaba decorado con estilo hawaiano. Palmeras de plástico, mesas de madera falsa revestidas de guirnaldas de flores y palma seca. Incluso unas chicas vestidas con provocativos trajes de coco, recibiendo a los invitados con comida y tragos.

-Es más tu fiesta que la mía.

-Erala idea. –Le dijo ella antes de ir delante de él.

Realmente, Jake no esperaba un recibimiento así. Recordó los viejos tiempos en donde todavía era un chico mecánico y ahora era todo un hombre experimentado. Pasó la tarde y hasta la noche tomando cervezas y comiendo, aunque no tuviera hambre. Igualmente lo hizo porque cinco años de preparaciones extrañas y comida fría, había hecho mella en su piel y en el ánimo, mandó todo por la borda.

Mientras hablaban y la pasaban bien, se quedó solo sentado en una silla,

apartados de todos. Lo hizo intencionalmente ya que no era un hombre muy dado a las interacciones sociales. Dejó la botella medio vacía a un lado de la silla de plástico blanco, ya medio roída por los frecuentes eventos sociales, y miró alrededor.

Le alegró saber que todos estaban contentos y con espíritu festivo, pero más lo estaba porque ella lo había organizado por él. Sacrificó su cumpleaños por él. La miró con más detenimiento. La estudió mejor, miró sus formas... Sí, era toda una mujer ahora.

Aunque trató de espantar los pensamientos que estaban manifestándose en ese momento, no hizo un mínimo esfuerzo por retroceder, más bien estaba aceptándolo.

Miró sus largas piernas, los pechos grandes, el resplandor de su cabello rubio, el fulgor de sus ojos cafés. Estaba riéndose de algo, no sabía de qué. Sostenía una cerveza en una de sus delicadas manos. Detalló la finura de sus dedos y el perfil de su rostro. La nariz recta y los labios moviéndose al hablar. Sonreía, vaya que sí. Se le veía feliz

Saludó a unos cuantos también, recibió abrazos y unas cuantas palabras de felicitación. Pensó por un momento que ese regalo que le dio era más bien poco para ella. Se sintió como un tonto. Mantuvo la cabeza hacia el suelo hasta que se encontró con la de ella. Lo miraba con una amplia sonrisa, le saludó con la mano. Quiso acercarse a él pero la detuvo alguien que quiso darle un regalo. Amy era una especie de rayo de sol que iluminaba todo.

Podría quedarse sentado por más tiempo, sólo mirándola. Incluso podría ser un trabajo para él, sólo estar en esa silla, admirándola como la diosa que le parecía.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por una pesada mano que se apoyó sobre su hombro. Black, con el usual aspecto de hombre malo, con los lentes de sol, se sentó junto a él.

-Iba a ofrecerte una cerveza pero te quiero consciente.

-Lo estoy. La alegría de estar libre no se me quita aunque bebiera 10 barriles seguidos.

-Bien, entonces acepta esta botella que se coló conmigo.

Chocaron las cervezas y bebieron.

-Esto lo organizó Amy en un dos por tres. Sabes que nosotros sólo nos preocupamos por la bebida y un espacio, pero ella pensó que se vería demasiado descuidado así que procuró decorar un poco.

-Pues, tenía razón. Se ve bastante festivo, aunque me siento un poco



culpable por quitarle protagonismo a su cumpleaños.

-Es una chica de buen corazón. La conoces.

Jake miró hacia el frente. -Sí, claro que sí.

-Quería hablarte con respecto a ser el nuevo jefe del club.

-¿Estás seguro de esto? ¿Los muchachos están de acuerdo con esta decisión?

-Claro que sí. Sabes muy bien que no tomo a la ligera situaciones como estas. Ellos confían en ti y más todavía por lo que hiciste por Amy. Ninguno se imaginó que Marcus fuera capaz de ir tan lejos y... Eso es algo que me carcome la consciencia... Así que, bien, ellos confían en ti plenamente. Saben de lo que eres capaz y de tus dotes de liderazgo. ¿Qué dices?

Jake no sabía qué decir. Estaba pensativo porque tenía demasiado por procesar. Apenas tenía un par de horas en libertad y no había descansado lo suficiente para reposar la mente.

-Vale, sé que es demasiado pronto. Mejor disfruta de la fiesta pero me gustaría que lo hiciéramos oficial.

Lo dejó solo con ese desconcierto. Aunque quiso tomarse un poco más de tiempo, tuvo que levantarse porque ya todos estaban preparándose para cantarle el cumpleaños a Amy. Todos se reunieron en torno a una mesa larga y decorada. El pastel lo suficientemente grande para satisfacer el hambre de los presentes. Amy se colocó frente a este y se tomó las manos como si fuera una niña pequeña. Después de un par de bromas, comenzaron a cantar.

Jake prefirió quedarse un poco atrás, se sentía más cómodo desde esa posición como observador. El atardecer cayó ante los cantos y las felicitaciones de la gente que estaba con ella, Amy, sonreía mientras la luz de las velas le iluminaba el rostro. Ella miraba por todas partes como si estuviera buscando algo.

Finalmente lo halló, era Jake que estaba detrás de todos, con las manos metidas en los bolsillos, con los ojos que le dijeron que estaba cansado pero también contento de que por fin se vieran así, felices, después de haber superado los dolores del pasado.

Amy, dejó de escuchar las voces desafinadas para concentrarse en él. Adoraba ver la sombra rojiza de esa barba que comenzaba a crecer. Las venas de sus brazos fuertes, los labios, los ojos verdes que parecían brillar como dos lunas. Despertó de ese sueño cuando su padre le susurró:

-Vamos, muñeca, a soplar esas velas.

Ella le sonrió e inclinó la cabeza, después de unos segundos, el breve

ambiente sereno quedó interrumpido de aplausos y porras. Amy los miró a todos con ese vestigio de inocencia que siempre tenía.

Después de unos cuantos abrazos y más regalos, la fiesta continuó cuando los chicos comenzaron a irse de a grupos. Jake, quien todavía andaba por allí, tomó unas bolsas de plástico con la intención de recoger el desorden del patio.

-No, no, no, ahora tienes que ir a casa.

-Venga, esto no me cuesta nada, además, un poco de ayuda nunca cae mal.

Recogieron los vasos de plástico, los platitos de cartón, cubiertos y tenedores, incluso hasta las palmas secas que quedaron en el suelo por el entusiasmo de la bebida y las conversaciones. Aunque la noche pareció tranquila, todavía sonaba el rock de Alice Cooper en el fondo. El bar albergó a unos cuantos moteros borrachos y sus mujeres durmiendo sobre ellos.

Jake sonrió porque era un ambiente que te tomó cariño desde casi en un primer momento.

-Estos tíos están como muertos.

-Sí, mañana en la mañana amanecerán con una resaca y de padre y señor nuestro. ¡Ah!, olvidé que tu moto está en el taller. Le hicieron unas refracciones y está lista para que la uses. ¿Vamos a verla?

Dejaron las bolsas negras y salieron por una de las puertas laterales. Caminaron unos cuantos metros y Jake se encontró con el taller. No pudo evitar exclamar un suspiro de nostalgia.

-Vaya, está igual a la última vez que lo vi.

-Sí, Black no quiso hacerle demasiados cambios. Sabes cómo es, prefiere las cosas a la vieja escuela.

Las manos de Jake se pasearon por las paredes del taller, incluso miró un poco más allá por la costumbre de fijarse en el pequeño anexo del taller. Recordó en las veces en que se acostó en el catre, soñando con que las cosas mejorarían.

Amy se apresuró un poco más y abrió las puertas principales. Ante los ojos de Jake, se desplegó la belleza de su motocicleta. A primera vista, se veía como siempre pero cuando se acercó, notó los detalles que le encantó encontrar. Los rines cromados, la pintura negra mate, el asiento de cuero, cuyo material también estaba en las empuñaduras. Además, le produjo un poco de gracia la imagen de un par de calaveras, colocadas en ambos lados.

-¿Qué te parece?

-Se ve... Majísimo. Mejor de lo que se verá jamás.

-Black le puso empeño.

-No lo dudo.

Acarició a su moto con un cariño especial.

-Ha estado conmigo en todo momento. Hubiera sido doloroso despegarme de ella. Gracias.

Cuando alzó la vista, Amy sintió como la sangre se le subió rápidamente a la cabeza por lo que trató de ocultarlo difícilmente.

-No tienes por qué agradecer. Para mí ha sido un placer. De verdad.

Las cervezas hicieron su efecto. Jake se sintió más desinhibido por lo cual se acercó a ella, lentamente. Amy lo vio aproximarse con un poco de temor. No por lo que sucedió en el pasado, sino porque estaba intimidada por ese hombre que tanto le gustaba. Porque era sí, le gustaba muchísimo y ya no lo podía ocultar.

Mantuvo la mirada gacha por un tiempo hasta que fue inevitable tenerlo así de cerca. Jake estaba a pocos centímetros por lo que Amy tuvo que enfrentarse a su mirada. Cuando se topó con el brillo de sus ojos verdes, casi pudo sentir que se derrumbaría de un momento a otro.

Jake extendió poco a poco su mano hasta acariciar el mentón suave de Amy. Agradeció tanto el tener ese tiempo a solas con ella, agradeció por fin poder sentir como quería ese contacto que tanto extrañaba sentir.

Ese momento, su cuerpo era un cúmulo de deseo y otras sensaciones. Por un lado, la deseaba y por el otro, tenía que lidiar las ganas acumuladas que tenía por tantos años sin estar con una mujer. Ahora, que estaba así con ella, ansió hacerla suya.

Siguió acariciándola hasta que por fin acercó sus labios a los suyos. Amy, cerró los ojos. Los dos cerraron los ojos y fue allí que de inmediato sintieron como si el resto del mundo hubiera desaparecido.

A pesar del deseo que pareció quemarle el pecho, Jake la besó con suavidad y paciencia. Primero exploraron y sintieron sus labios. A ese punto, Amy sintió que estaba caminando por un sendero de nubes. Después, el lenguaje corporal de los dos evolucionó al punto en que se abrazaron para sentirse más.

Aunque era verano, los dos se entrelazaron juntándose lo suficiente como para embeberse en el fuego del deseo. La lengua de Jake se atrevió a saborear a la de Amy. Se unieron y se lamieron. Jake fue un poco más y se atrevió a morderle los labios mientras que sus manos la acariciaban sin parar.

Tocaban su delicada espalda, su fina cintura y controlaban ese impulso de hacer más. Tenía que preservar un poco el control aunque estaba a punto de

perderlo. Como supo que sería así, se separó un poco de ella y le acarició el rostro con suavidad.

-Debo irme... La verdad es que he estado un poco cansado y aún tengo que pensar en algunas cosas.

-Vale... No te preocupes. –Dijo ella un poco atontada.

-Muchas gracias. Este día ha sido insuperable.

-Traté de hacer mi mejor esfuerzo.

-No lo dudo.

Se miraron de nuevo y él no pudo resistirse a esos labios. Aunque quisieron quedarse un poco más, sabían que lo más prudente era dejar las cosas para después.

Jake se acercó a la motocicleta, acariciándola suavemente. Giró el manubrio y escuchó el ronroneo de los motores. Le dio una última mirada a ella y luego se concentró en el camino. Antes de irse, Amy sintió un impulso repentino que la hizo moverse hacia él. Le tomó por el rostro y lo besó. Luego miró a la cara y le dijo:

-Eres mi mejor regalo de cumpleaños... Nos vemos después.

Ante esas palabras, Jake sintió una enorme necesidad de quedarse y de hacerla suya, pero no. Tenía que irse, era mejor así.

-Nos veremos después.

Volvió a mover el manubrio y se fue a toda velocidad. Amy se quedó en el mismo sitio hasta que lo perdió de vista.

## VII

No había nada mejor que la libertad. La enchulada Harvey-Davidson que compró con sus primeros ahorros, estaba mejor que nunca. No le escuchó el sonido extraño en el tubo de escape y ya no tenía el bote de aceite.

Estaba tan suave que parecía flotar sobre el asfalto, era una delicia estar así. Otra cosa que le pareció definitivamente deliciosa fueron los besos de la Amy. Tan linda, tan tímida a pesar de ese exterior de chica dura. Eso era, en definitiva, algo que le gustaba demasiado.

Siguió manejando por la ciudad, dio vueltas, paseó por varias callejuelas y por calles vacías. Sus únicas acompañantes eran los semáforos titilando las luces porque ya era más de la media noche.

Respiró el aire de ser un hombre libre y fue allí cuando quiso regresar a su casa. Tomó la vía más larga para no ir demasiado pronto y también para recordar los tiempos por lo que paseaba allí cuando tan sólo era un aprendiz. Apresuró un poco la marcha cuando sintió que el cansancio lo traicionaría de un momento a otro.

Se desvió a una urbanización de edificios con estilo retro y no muy altos. Pasó por la calle vacía hasta que desaceleró y aparcó la motocicleta cerca de la entrada. Sacó la llave, la guardó en el bolsillo del vaquero y caminó hacia las puertas de vidrio. Esperó que la cerradura no la hubieran cambiado y luego de meter la llave, pudo entrar sin problemas.

Subió las escaleras por puro gusto. Llegó hasta el quinto piso, abrió la puerta de madera roja y llegó finalmente a su hogar.

Todo estaba como lo dejó, incluso mejor. Los muebles estaban ordenados, el suelo de parqué se veía resplandeciente así como las ventanas. Miró las paredes blancas y observó que sus cuadros con fotografías de Jimi Hendrix y Jim Morrison estaban tal cual como los acomodó la última vez. El televisor, debajo de esas reproducciones, también estaba prístino. Estuvo seguro que Amy tuvo mucho que ver.

Dejó las llaves sobre la mesita cuadrada de café y caminó hasta la cocina abierta. Todo guardado, todo igual. Regresó hacia la sala para pasar al pequeño balcón. Abrió las puertas corredizas y respiró de nuevo el aire. Aunque era una ciudad contaminada por todo y por todos, estaba contento de llenarse los pulmones de esa manera.

Se quedó un momento allí hasta que fue hacia la habitación. Encendió la luz y las sábanas parecían que estaban recién cambiadas. Comenzó a

desnudarse y se metió sin pensarlo a la ducha. Ansiaba un baño de agua tibia.

Abrió las llaves y se quedó allí por un largo rato, a pesar que en sus años mozos la bebida no lo afectaba, cinco años de sobriedad forzada le cayeron un poco mal. Tenía sueño y estaba un poco mareado.

Después de terminar, se miró en el espejo cuadrado sobre el lavabo de color marfil. Notó sus mejillas sonrojadas aunque no estaba muy seguro si era por haber bebido o por el hecho de que todavía no olvidaba los besos de Amy.

Cerró los ojos con el afán de no olvidarse de las sensaciones que le produjo, de lo muy cerca que estuvo de ir más lejos. Estuvo muy cerca. Pero por suerte no fue así, sabía que ella no era como las demás mujeres.

Era la hija de Black, era la llamada Muñeca de Metal, era el deseo de muchos incluyendo él, era simplemente inalcanzable. No obstante, se sintió un poco mejor consigo mismo porque ella también le correspondía.

De nuevo le vinieron esos deliciosos recuerdos y su pecho comenzó a acelerarse violentamente. La sangre de sus mejillas fue hacia su pene, haciéndolo duro, tan duro como una piedra.

La imagen de Amy en su mente, el olor de su piel así como su suavidad, la delicadeza de sus labios, la presión de su cuerpo que le hizo percibir sus grandes pechos. Fue imposible huir de ella.

Caminó lentamente hasta llegar a la cama, se encontraba en una especie de trance. Se acostó y sintió el olor a limpio así como la comodidad que le produjo las sábanas y el grosor de su colchón. Mantuvo los ojos cerrados y siguió en ese viaje que tenía dentro de su mente.

Comenzó a tocarse con una de sus manos, apretó fuerte su verga y de inmediato sintió cómo su glande se volvió sensible a su tacto. Se mordió la boca con sólo recordar el fulgor de los ojos cafés de Amy... Amy... Ese nombre que hacía eco dentro de su mente y cuerpo.

Se presionó con más fuerza y su ritmo aumentó con la fantasía de lo que hubiera pasado. Su imaginación voló al punto el que recreó la escena hasta donde quedaron pero con un giro diferente. Jake no la escuchó simplemente porque estaba decidido a hacerla suya.

La tomó por la cintura y comenzó a besarla con cada vez más y más fuerza. Su lengua estaba resulta dentro de la boca de ella, como un mensaje de que su verga también haría lo mismo. Sus dedos recorrieron el torso de ella para quitarle la ropa.

Después de terminar, la contemplaría un rato desnuda. Sus pechos quedarían frente a él, sus pezones estarían erectos, sólo a la espera de sus

labios. Se preguntó por un momento como serían. ¿Rosados? ¿Marrones? ¿Pálidos? Realmente daba igual, ella era perfecta de por sí.

Al tenerla desnuda, él, ya montado sobre la motocicleta, la colocaría sobre su pelvis para penetrarla. Miró la verga venosa entrando a ese coño cerrado, húmedo y caliente. Ella se aferró a sus brazos, se sostuvo con fuerza porque la presión que sentía la hacía chillar sin parar. El delgado torso de Amy cupo perfectamente en sus manos. Sí, era blanca, suave, etérea. Todo eso y más.

La empujó hasta el final, quiso estar dentro de ella tanto como pudiera. La desesperación no tardó demasiado en manifestarse porque en seguida comenzó ese hermoso movimiento de arriba abajo. Su pene entraba y salía de ella, primero suave y lento, y después más fuerte e intenso.

Ella gemía, gritaba. Exclamaba su nombre sin parar, deseaba que fuera más rápido y así lo hizo. Una de sus manos fue a parar al cuello de ella para sostenerla. De nuevo ese brillo intenso de los ojos de Amy que lo hacía sentir como el tipo más poderoso del mundo.

Siguió follándola hasta que hizo un movimiento para sorprenderla. Terminó por recostarla por los manubrios, luego llevó su mano hasta su coño. Su pulgar se apostó sobre el clítoris, haciéndola chillar de repente. No paraba de gemir hasta que sintió el temblor de sus muslos.

Con el paso del tiempo se hicieron más violentos hasta que sintió un chorro de fluido que empapó su mano. La imagen que le produjo lo excitó tanto que tampoco tardó demasiado en correrse. Y fue allí, que aumentó el ritmo hasta que finalmente el semen salió disparado por los aires. Al mismo tiempo, exclamó una blasfemia que no pronunció bien e inmediatamente sintió el calor de sus fluidos cayendo por el cuerpo.

Jake quedó agotado, con el pecho que parecía una locomotora y con el corazón a punto de reventársele. Abrió los ojos de repente y se miró a sí mismo desnudo, con las piernas aun agitándose y con el recuerdo latente de ella.

... En definitiva debía ser suya. Lo más pronto posible.

Después de verlo partir, Amy se quedó pensativa. Él era el primer hombre que le despertó esos instintos en ella. Aunque hacía tiempo atrás tuvo su primer beso, realmente fue ese intercambio con Jake la que la hizo sentir viva.

Caminó hacia su coche y enseguida sintió cómo su coño comenzó a palpar. Estaba entusiasmada y temerosa. Más que nunca.

Apenas se subió, pisó el acelerador y se encaminó hacia su casa. Después del incidente, Black se aseguró de acondicionarle un espacio sólo para ella con entrada independiente, así los dos saldrían ganando. Ella contaría con su

privacidad al mismo tiempo que él la tenía bajo su protección.

Al llegar a los pocos minutos, aparcó el coche junto al de su padre, bajó con cuidado y se dirigió hacia un camino de gravilla que conducía su pequeña casa. Le resultó gracioso que Black comprara un terreno tan grande para él solo, aunque sabía que esa era su intención, el tenerla a su lado.

Llegó hasta la puerta, metió las llaves y abrió la perilla. Lo cierto es que, a pesar de ser un lugar pequeño, era suyo. Sin embargo, albergaba la esperanza de algún día reunir el valor y dejar el miedo de lado para mudarse sola. Aún faltaba un poco para ello.

Dejó sus cosas en una silla, pasó por la pequeña sala y llegó a la cocina para beber un poco de agua. En el trayecto, incluso desde el taller, no podía dejar de pensar en Jake. A pesar del tiempo que había pasado, estaba más guapo que nunca.

Lo cierto es que siempre pensó así de él, siempre pensó que era el hombre perfecto pero nunca tuvo el valor de decírselo. En parte porque sabía que no le prestaría atención por ser ella una niña. Pero ahora las cosas habían cambiado. Ya era ahora una mujer de 21 años.

Se acostó en la cama con la certeza de que quería estar con él. Pensaba en cómo sería la intimidad, en cómo se sentiría todo aquello, en las emociones que albergaría su corazón y su cuerpo. Aunque buscó información en Internet, aunque escudriñó en blogs, buscando comentarios y opiniones de todo tipo, tener una idea al respecto no era lo mismo que vivirlo. Así que, si bien estaría preparada en una parte, también sería una inexperta en lo demás.

-Él puede tener todas las mujeres que quiera. Yo no... Bueno, yo no tendría oportunidad. No he tenido sexo y de seguro huiría sin pensarlo dos veces. Pero...

Volvió a hundirse en el recuerdo de él. Los besos que se dieron, la forma en cómo la sostuvo entre sus manos. Todo aquello era real, era algo que compartían íntimamente. En ese momento expresaron por completo sus sentimientos al pleno así que no había equivocaciones al respecto. Las cosas eran así, tal cual ella la sintió estando con él.

La intensidad que experimentó en esos instantes, le hizo sentir la confianza suficiente para acercarse a él y darle a entender que quería ser suya. Mental y físicamente estaba preparada, estaba lista para ir al próximo nivel, sobre todo con él.

Durante los años que creció rodeada de hombres, Amy comprendió que una mujer también podía tomar la iniciativa, así que tomó el móvil y comenzó



a teclear.

“No iré al club. Luego revisaré los libros”.

Le avisó a Black que no irían juntos al club. Daría el próximo paso.

## VIII

Después de una noche intensa, Jake durmió como un bebé. La comodidad de un colchón, no tenía comparación. Sin duda, su espalda no extrañaría para nada. Se despertó sin el odioso ruido de la alarma de la prisión. A pesar de haberse acostumbrado a levantarse antes de que sonara, estaba tan cansado que siguió durmiendo por varias horas más.

La luz del sol que entraba desde la ventana vertical que tenía en su habitación, le acarició parte del rostro y del brazo. Permaneció un rato allí hasta que se incorporó para tomar un baño.

Caminó desnudo unos cuantos metros hasta que llegó al baño. Cepilló sus dientes y se lavó la cara. Después abrió las llaves de agua y esperó un rato a que este se pusiera un poco más tibia.

De inmediato pensó en la propuesta de Black. La idea de ser el líder el club era algo que vislumbró desde hacía tiempo pero que descartó por completo por el tiempo que estuvo preso. No pensó que esa posibilidad se le presentara.

De aceptar, tendría la oportunidad de convertirse en el hombre más poderoso de la ciudad. Tendría control sobre otras bandas e impondría su poder sobre los demás. Aquella idea compaginaba, además, perfectamente con ese instinto de él como Dominante, por ese gusto por el control.

Sonrió para sí y con esos ánimos entró a la ducha. Después de unos minutos, salió y buscó un poco de ropa. Como no tenía demasiada prisa, se tomó el tiempo para usar más o menos lo mismo de la vez anterior: una camiseta blanca, jeans oscuros y unos Converse negros. Quizás después tendría que comprar algo de ropa pero por lo pronto aceptaría la propuesta de Black y comenzaría a trabajar en consecuencia.

Luego de estar listo, escuchó el timbre. No estaba de humor para recibir visitar pero algo le dijo que se trataba de algo diferente. Apenas abrió la puerta, le recibió la sonrisa dulce y amable de Amy.

Los dos se miraron con complicidad hasta que ella interrumpió el silencio.

-Sé que estás descansando pero tengo el presentimiento que necesitas uno de estos. El tuyo dejó de funcionar así que creo que esto te resultará de utilidad. –Le dijo mientras le entregó el móvil. –Tienes ahí todo los números de los muchachos, además...

-¿Además?

-Pues, el mío.

-Bien, es el que más me interesa.

De nuevo ese rubor violento en su rostro.

-Pasa, por favor. ¿Quieres un poco de café?

-Sí, sí... Por favor.

Le cerró la puerta tras sí y ella sintió como si estuviera a punto de desmayarse.

-No seas tonta, no seas tonta. —Se cansó de repetirse a sí misma.

Amy entró al piso y se sentó en una de las sillas de la barra de la cocina.

-Había olvidado por completo mi móvil.

-Lo supuse, por eso te traje este. No el último modelo de tecnología pero es nuevo y es una buena marca. Ayer con todo el jaleo olvidé dártelo.

-Haces demasiado por ti.

-Tú lo has hecho por mí...

Se miraron y fue como si recordaran la noche anterior. Amy y Jake supieron tácitamente que eso no pasó en vano. Fue por eso que él se acercó a ella con cuidado, con lentitud. Al estar frente a ella, tomó sus manos, colocándolas sobre su rostro.

-Ha pasado tanto tiempo y tantas cosas entre los dos...

-Así es...

-Hacer esto no está bien... Eres intocable, eres imposible.

-No lo soy, Jake. No lo soy. He pensado en ti desde hace tanto que no pensé que esto se volvería realidad.

-Lo es. Todo lo que pasó, realmente sucedió.

-A veces me cuesta un poco creerlo. Es que todo...

No le dio tiempo para terminar la frase porque en seguida sintió los labios de él sobre los de ella. Vaya que esos besos sí la trasladaban hacia otro lugar, otro mundo.

Mientras sus bocas y lenguas se entrelazaban con la pasión que quedó pendiente de la otra noche, Jake decidió que ya no se resistiría en estar con ella. Debía haber una forma de encontrarse, de verse, de poseerse. Mandó todo al diablo, le dio igual que ella fuera La Muñeca de Metal, le dio igual el riesgo que implicaba estar con Amy... La deseaba a morir.

Ella se levantó para tener una posición más cómoda con él. A pesar de que era una chica alta, era evidente de Jake era casi un rascacielos. Sin embargo, era algo que ella disfrutaba muchísimo.

Sus brazos rodearon sus anchos hombros, haciendo que sus rostros se juntaran aún más. Las manos de Jake se volvieron aventureras esta vez sin

restricciones ni peros. Al principio se colocaron en la cintura y parte de la espalda baja, sin embargo, después comenzó a descender hasta llegar a las nalgas de ella. El apretón que hizo en ellas, produjo que Amy exclamara un gemido involuntario.

Volvió a hacerlo y obtuvo la misma reacción, así que decidió tomarla y apretarla con más fuerza. Ella sintió la dureza de su entrepierna, era su pene que estaba clamando por ella, que ansiaba por hacerla suya.

En ese punto, él se separó un poco para preguntarle:

-¿Estás segura? ¿De verdad quieres esto?

-Sí... No tengo dudas. Ya no tengo dudas. Siempre lo quise. No sabes cuánto. No sabes cuánto, Jake.

-Yo también, Amy...

Ahogó sus palabras para volverla a besar, fue entonces cuando la tomó entre sus brazos y la llevó a la habitación. La dejó en la cama y después fue sobre ella para seguir con los besos y las caricias. Cada tanto se apartaba de ella para admirarla.

Los brazos tatuados, el escote que se le formaba por la camiseta blanca que tenía, el cabello corto que la hacía ver tan hermosa y esos ojos que lo volvían loco. Esos mismos que no podían ocultar que ella seguía siendo una dulzura, una chiquilla que estaba a punto de conocer los verdaderos placeres de la carne y la pasión.

Jake, por otro lado, tenía que lidiar con unas cuantas cosas: el deseo de estar con ella, la falta de sexo por cinco largos años y la ansiedad de dejar libre su ser como Dominante. Sin embargo ese día no era para él, era para ella. Pensó que quizás no fue una decisión sencilla que Amy se entregara a él.

No obstante, es imposible detener la química que nace entre dos personas. Es algo que crece, se expande y hasta se hace fuerte. Es una especie de fuerza que encuentra la urgencia de manifestarse tanto como sea posible. Además, estaba seguro que aquello también era un regalo para él y así lo era. Así que trató de echar para un lado todo lo anterior, todas las urgencias para dedicarse a ella y hacerlo lo mejor posible.

-Por favor, cuando te sientas incómoda, no dudes en avisarme. Me detendré de inmediato.

Ella asintió tímidamente antes de volver a entregarse a los besos de él. A esos que tanto le gustaban.

Amy poco a poco se olvidaba de sí misma, de los extensos párrafos que hablaban de la intimidad entre un hombre y una mujer. Olvidó los

convencionalismos y las formalidades. De los consejos y las recomendaciones que leyó alguna vez en esas revistas para mujeres.

Todo lo mandó al caño porque su cuerpo fue el que tomó el timón de su ser. Sus ojos cerrados, recreaban las sensaciones que experimentaba como si fueran estelas de colores y de sabores. De vez en cuando los abría para darse cuenta de ese cuerpo fuerte que tenía sobre el suyo, de las marcas de sus músculos y de la fuerza que sentía en cada caricia y en cada apretón. Era difícil controlarse, no gemir demasiado. Quería manifestarle que quería ir más lejos.

Los dedos de Jake comenzaron a quitarle la ropa con lentitud. Cada prenda cayó sobre el suelo con una ligereza sorprendente, tanto así, que ella ni siquiera se inmutó que cada minuto que pasaba, él le dejaba vestida sólo con la piel.

Al poco tiempo, Jake logró mirar toda la humanidad de esa mujer. Sus pechos sí, eran grandes, redondos y firmes. Sus pezones eran pequeños y rosados, erectos por la excitación. Su torso parecía la escultura de un fino mármol y sus piernas, largas y torneadas, enmarcaban un coño caliente y húmedo, listo para explorar.

Él se encontró en esa disyuntiva que le hacía dudar por dónde podría comenzar, así que llevó una de sus manos y acarició sus pechos con suavidad. Ella gimió al instante y él se dejó llevar por el instinto y por el hambre, así que llevó su boca para devorar esa piel que tanto lo llamaba.

Llenó sus labios de los pechos de Amy por un rato hasta que su boca descendió por su torso suave y delicado. Se detuvo un momento justo en la vagina. Alzó la mirada y la observó por morbo y también para asegurarse que estaba bien. Ella estaba hermosa, roja, jadeante, así que tuvo el impulso suficiente para seguir más abajo hasta ese lugar que era una promesa de placer infinita.

Separó un poco sus piernas y rozó su lengua por entre los labios. Lo hizo suave. Sus manos se anclaron en sus muslos para evitar que se moviera demasiado y también para que se diera cuenta que él ahora tenía el control de la situación.

Siguió lamiendo con ligereza hasta que se concentró después en el clítoris. Ese pequeño botón rojizo, hinchado por el placer, le supo a gloria. Al momento que lo lamió, sintió como los gemidos de Amy se volvieron intensos, era un sonido glorioso, excitante.

Siguió lamiendo y hasta mordiendo. Después de darse cuenta de lo mojada

que ya estaba, bajó un poco más para introducir su lengua dentro de ella. La sacó por completo y, al hacerlo, sintió cómo Amy se sostuvo con fuerza de las sábanas. Sus párpados estaban cerrados con fuerza al mismo tiempo que mordía sus labios con la misma intensidad.

Siguió follándola con la lengua hasta que sintió la molestia en el cuello, era momento de parar y de ir hacia la segunda parte. Se incorporó con rapidez para quitarse lo que se había puesto. De rodillas sobre la cama, miró cómo ella estaba esperándolo con las mejillas sonrosadas y con la desesperación en los ojos.

Para Amy, le pareció impresionante todo lo que sintió sólo con la lengua de Jake. Era como si el mundo se le hubiera abierto de par en par. Mientras lo esperaba, observó la forma en cómo se desvestía, además, se le presentó ante sus ojos ese cuerpo tallado como por los dioses. Esos pectorales, ese torso, la espalda y los hombros, los muslos que quedaron al descubierto después de quitarse los jeans. Los brazos y las venas que lucían como detalles que destacaban la belleza que poseía.

Estaba asustada, asustada de ese semental que estaba dispuesta a poseerla con todas las ganas posibles. Por otro lado, también estaba desesperada, esperó por mucho tiempo el tenerlo así, el tener la oportunidad de ser de él. Siempre lo quiso.

Cuando se encontró finalmente desnudo, Jake fue hacia Amy con esos movimientos lentos y gráciles. Después de darle un beso y de acariciarle el rostro, le volvió a preguntar.

-¿Estás segura?

Ella se aferró a él para besarlo. Después de hacerlo apasionadamente, lo miró directamente a los ojos. La afirmación la dijo sin dudarle por un segundo.

-Más que nunca.

Él terminó por acomodarse mejor y con la mirada aún fija en ella, su pene pareció ir hacia el lugar a donde debía ir.

Primero introdujo el glande y de inmediato la escuchó gemir de dolor. Empujó un poco más, sólo un poco más. Al mismo tiempo procuraba verla, procuraba rodearla con los brazos con el ánimo de protegerla y cuidarla. La besó, la acarició y continuó adentrándose entre sus carnes hasta que por fin logró meterlo por completo.

Amy gemía entre el dolor y el placer. La fantasía de que Jake fuera su hombre, se cumplió. Ahora él era suyo y ella de él.

Jake se quedó allí por un momento hasta que hizo una ligera embestida, una muy suave, lo suficiente para darse mutuo placer. Jake se tomó todo el tiempo del mundo, fue paciente y dulce con ella. Estaba decidido en querer brindarle la mejor experiencia posible. Así pues que se aseguró de verle el rostro, de estudiar sus facciones y al mismo tiempo que disfrutaba de ella.

Ella comenzó a sentirse más cómoda con las sensaciones, así que abrió más las piernas para recibirlo con tranquilidad y a concentrarse en lo que estaba experimentando. Miraba a Jake, en el fuego que desprendían sus ojos, en la forma en cómo se acomodaba para penetrarla, en la manera en cómo la besaba haciéndola sentir protegida y cuidada.

Después de un rato, la pelvis de él comenzó a moverse con más soltura y confianza. Amy estaba disfrutándolo cada vez más. Llegó un punto que incluso lo miró suplicante, quería que fuera más rápido, que fuera más rudo.

Como buen hombre atento a los detalles, Jake se afincó un poco más sobre la cama y comenzó a moverse según lo que intuyó del lenguaje de ella. Inmediatamente, Amy gimió más intensamente, hasta sus manos se apoyaron con fuerza sobre sus enormes brazos.

El calor que sentía del coño de ella lo hacía experimentar una serie de emociones que nunca había vivido. Sí, tuvo relaciones con otras mujeres, y se encontró en sesiones intensas que le volaron los sesos. Sin embargo, ella tenía algo mucho más allá. La estrechez de su vagina, el calor, la humedad, la mezcla de todo era eso que lo hacía vibrar sin parar.

Siguió moviéndose así por un rato. Tiempo después, la tomó por la cintura para cambiar de posición. La giró casi violentamente y la colocó en cuatro sobre la cama. Extendió una de sus manos hasta llegar a su cuello.

-Eres mía ahora.

Ella, con las palabras arrastrándose sobre los labios, sólo alcanzó a decir:

-Siempre... Desde siempre.

Apretó un poco para sentir el rush de poder y control. Mientras tanto, acomodó su cuerpo para que su pene volviera a entrar a ella. Se sostuvo de la cadera de ella y la penetró poco a poco, después, al tenerlo todo adentro, empujó un poco más fuerte con el fin de que ambos sintieran mucho más. Volvió a moverse y los dos iniciaron una especie de sinfonía de quejidos y gemidos.

El cuerpo y la mente de Amy estaban en una especie de estado en el que ella se sentía cada vez más elevada. Sus manos se sostenían de las sábanas en el afán de aferrarse a algo que le recordara constantemente que todo lo que

estaba viviendo sí era real. Cerraba los ojos y en la oscuridad de los párpados, esas sensaciones volaban dentro de ella dibujando estela de colores.

De nuevo, como cuando él la lamió con dulzura, con lujuria. Pensó en que ya no tenía miedo de entregarse, que Jake, en definitiva era el hombre para ella y que esperar todo ese tiempo tenía el sentido del mundo. El sueño adolescente de pertenecer, de sentir lo que describían las mujeres más experimentadas pero en su carne. Por fin se realizó.

Aunque Jake estaba disfrutando de esa posición, extrañó tener el contacto de sus ojos. Volvió a colocarla como al principio, esta vez con un poco más de cuidado. Tenía que recordarse con más frecuencia que debía controlar los bríos como Dominante. Ya tendría tiempo para eso.

Así pues que quedó de nuevo sobre ella, montado en esa piel suave y divina, con la diferencia de que lo hacía más rápido y más fuerte. Como en la fantasía que tuvo la noche anterior, llevó su mano hasta el final de su torso para acariciar su clítoris. Se veía tal como en su imaginación: rojo, hinchado de placer y húmedo por los fluidos de ella. Su pulgar se apostó allí y comenzó a moverlo suavemente.

Amy se retorció un poco. Esas caricias le provocaron una especie de electricidad que recorrió su cuerpo desde la planta de los pies hasta los brazos y más allá. Volvió a tomar las sábanas con los ojos llorosos por el placer. Jake sólo la miraba con la picardía de la consciencia de lo que estaba haciendo lo hacía bien.

Siguió tocándola al mismo tiempo que la follaba. El pene en ese coño caliente y apretado, su mano apostada en el vientre más hermoso y dulce que había probado. Todo con el tiempo terminaría en lo inevitable, en el orgasmo de los dos.

Amy quedó sumida en una especie de oscuridad pero eso no le dio miedo porque estaba con él, estaba bajo su protección, así que sintió aquello como si estuviera en ese mismo trance. Se arrojó por completo en el descontrol y lo último que recordó fueron los temblores de sus piernas de manera violenta y el lejano grito que exclamó. Incluso pensó que no era ella sino otra persona, otro ente fuera de su cuerpo. Amy, minutos después, se dejó vencer por el orgasmo mientras Jake seguía dentro de ella.

Esa imagen para él fue una de las cosas más hermosas que había visto. Esa tensión del cuerpo de ella que pasó a una dejadez gracias al orgasmo. Podía reproducir aquello tantas veces en su mente sin cansarse. No obstante, él



también estaba muy cerca por lo que se relajó aún más cuando se percató que ella lo había logrado antes que él.

Sacó su verga y comenzó a masturbarse sobre ella, quien apenas tuvo las fuerzas para mirarlo. Era la fantasía, tan vívida, tan cercana. Los segundos pasaron para que después el desplegara un chorro de semen sobre ella. Caliente, espeso, blancuzco, desparramó sobre ella el deseo que sentía por su cuerpo, por las ganas de hacerla suya, por las veces que pensó en tenerla desnuda entre sus brazos. Jake se sintió mejor que nunca.

## IX

Pasaron el resto de la mañana en la cama, tocándose y acariciándose. Amy estaba muy junto a él y Jake la apretaba tanto como pudiera contra su cuerpo. Juguetearon con sus manos, entrelazaban sus dedos, tocaban su piel, sintiendo el calor y esa sensación de ser un par de chiquillos por primera vez.

-¿Cómo te sientes?

-Muy bien. –Respondió ella.

Volvieron a quedarse en silencio, como si fueran un par de cómplices de una travesura. Sin embargo, Jake estaba consciente de que tenía que darle una respuesta a Black así que sería extraño si no iría al club.

-Black me ofreció ser el nuevo presidente... -Miró el reloj de una de las mesitas de noche. –Tengo que ir a darle una respuesta.

-¿Qué le dirás?

-Aceptaré.

Amy no se sintió muy conforme con la decisión. Sabía de primera mano de los riesgos que implicaba asumir una posición como esa. Sin embargo, también aprendió con el paso del tiempo que era un trabajo imposible tratar de convencer de lo contrario a cualquiera de ellos luego de haber tomado la decisión.

-Vale. Pero déjame irme primero. Tenemos que... Bueno, andar con cuidado. –Dijo ella.

Jake se incorporó sobre la cama para luego levantarse. Extendió su brazo para tomarle la mano a ella. Le invitó con la mirada que se duchara con él. Amy, aún con un poco de timidez, aceptó la invitación y se fueron juntos a tomar una ducha.

Mientras el agua caía sobre sus cuerpos, envolviéndolos, estaban abrazados, besándose, tocándose. Amy nunca imaginó que se sentiría así en algún momento, estaba feliz, genuinamente feliz.

Salieron demostrándose afecto como un par de noviecillos. Mientras se vestían, Jake pensó en que quería hacerla suya plenamente, hacerla suya con todo lo que significaba.

Recordó que estando con ella, después de tanto tiempo de espera, hubo una parte de sí que salió por completo. Ese instinto tan arraigado como Dominante. Tenía que encontrar la forma de decírselo aunque temía que se diera la media vuelta para dejarlo. Estaba consciente de que no era algo sencillo de tomar.

-Voy saliendo primera, así podrás arreglarte sin que llegemos al mismo

tiempo al taller. ¿Te parece bien?

-Excelente.

Ella se acercó a él para darle un beso.

-Nos vemos más tarde.

Dio unos cuantos saltos hasta acercarse a la puerta. Se despidió de él con la mano y salió. Tenía esa misma vibra dulce e inocente que le gustaba.

Jake finalmente se quedó solo. Se acercó hacia el clóset y sacó la chupa de cuero con la imagen del club. Estaba emocionado por ponérsela, era como si se reencontrara con un viejo amigo que tenía mucho tiempo sin ver.

Se preparó y se vio en el espejo antes de salir, estaba seguro de seguir adelante, ser presidente del club era una oportunidad que no quería desaprovechar.

Salió del piso y se montó en su Harley-Davidson, giró el manubrio y tomó el camino hacia el taller. Sentir el aire, la libertad, era más de lo que podía pedir. Bajó la velocidad hasta que vislumbró las letras del taller. Sí, estaba en casa.

Casualmente, Black estaba inspeccionando unas motos cuando lo vio llegar. Se saludaron y fueron hacia la oficina que estaba detrás del bar.

-¿Y bien?

-Lo acepto.

Black esgrimió una amplia sonrisa y extendió los brazos.

-Estaba seguro que dirías que sí. Ahora mismo le informo a los muchachos.

Después de contactarlos a todos, se reunieron en una pequeña sala que usaban para hablar de asuntos de negocios relacionados con el club.

-Muchachos, estamos aquí para anunciar que Jake será nuestro nuevo presidente. Como verán yo soy ya un hombre viejo y necesito un poco de diversión después de tanto trabajo. Así que espero que brinden el apoyo que él se merece. Está de más decir que él es una muestra de lealtad y fuerza y son dos valores que nos caracterizan. ¿Alguien tiene algo que decir?

-FELICITACIONES, TÍO.

Todos se levantaron para celebrar la ocasión. Aplaudieron, celebraron, pitaron, silbaron. Ya era oficial. Jake tenía el control del club.

Después de unas cuantas recomendaciones, Black dejó a Jake en su ahora oficina. Miró los libros de contabilidad, los negocios por concretarse y sintió como si ahora sí había regresado al juego. Estaba más emocionado que nunca.

Se paseó por el taller, supervisó el estado de las motos y los coches,

revisó unos cuantos detalles más y comenzó a trabajar de inmediato. Volvió a la oficina y recordó que tenía que concertar una cita con Amy para hablar de algunos asuntos, unos de los que convenía, tratar si el plan era continuar viéndose.

Buscó el móvil y comenzó a teclearle. Se dio cuenta que le estaba ganando el sentido de la urgencia.

-Necesito que nos veamos más tarde. ¿Te paso buscando a casa?

Le escribió y esperó ansiosamente la respuesta. De inmediato ella le contestó.

-Sí. Seguro, a las 9:00.

-Vale.

Dejó el móvil y se concentró en su nuevo puesto como presidente. Tenía en mente tantos planes que tenía que darle tanta caña como pudiera.

Gracias a su mente tan ocupada, se distrajo por completo y se dio cuenta de ello cuando miró el reloj del móvil. Eran pasada las 8:30 p.m. Dejó todo y salió. Notó que el bar estaba desierto salvo por algunos que estaban bebiendo bajo la música de Suck It and See. Saludó a unos cuantos y fue hasta su motocicleta y la encendió para dirigirse hacia la casa de Amy. Recorrió las calles de la ciudad hasta que se detuvo a unas cuantas calles.

Después de avisarle que estaba allí, ella salió y caminó hacia donde se encontraba la moto. En seguida lo recibió con una amplia sonrisa. Verla así, fue como recibir un extra de energía.

-Vaya que sí te has puesto lejos. Hasta pensé que no te encontraría.

-Recuerda que es prudente así.

-Lo sé, lo sé.

Tomó el casco y se montó detrás de él. En seguida le rodeó con los brazos y Jake arrancó la motocicleta, haciéndolos sentir como un par de rebeldes.

Anduvieron por unas cuantas calles, vieron que por fin el tráfico estaba suave y que no tardarían demasiado en llegar a donde quisieran llegar. Jake se decantó por un café que miró desde la distancia. La pareció un lugar agradable y, además, sería un ambiente por completo diferente a lo que estaban acostumbrados.

Se bajaron de la moto y al entrar, sintieron las miradas de los presentes. Aunque no lo demostraba en el exterior, Jake disfrutaba de ese tipo de atención. Se sentía poderoso, imbatible.

Se sentaron en una mesa pequeña cerca de la venta que daba con el exterior. Se acercó un mozo con un tono amable en la voz y le ofreció las

cartas. Pidieron un par de tartas de manzana y agua, más por una excusa de comprar algo que el deseo de probar.

-En seguida le traigo su orden.

-Gracias.

Después de quedarse solos, Amy se acercó a él.

-¿Y bien? ¿Cómo te fue?

-Nada mal. Pensé que alguno ofrecería resistencia pero parece que se tomaron la noticia mejor de lo que pensé.

-Vale, estupendo... ¿Por qué tienes esa cara? Me estás preocupando. –Dijo ella genuinamente.

-Bien, es un asunto importante para mí que quiero que sepas.

Amy le recorrió una gota de sudor en la sien.

-A ver. Dime qué pasa.

-Hay una parte de mí que es fundamental. Es como si... Me complementara. Sí. Es la mejor manera de exponerlo. Con esto quiero decir que soy Dominante, Amy. ¿Sabes de qué se trata?

Ella sabía de lo que estaba hablando. Durante esas horas de búsqueda para llenar su curiosidad sobre el sexo, se topó con el BDSM. Era un término que siempre pensó que se trataba de otra cosa pero apenas lo descubrió, se dio cuenta que era un mundo en sí mismo. Los gustos e inclinaciones de la gente, le maravillaron.

Lo que más le llamó la atención fue esa capacidad de entrega que podía sentir sumisos y sumisas. Ese nivel de confianza tan fuerte y tan pleno que iba más allá de lo comprensible. Ella recordó las palabras de aquellos que hablaban desde su propia experiencia.

Entendió que no era para todo el mundo, sin embargo, estaba dispuesta a explorar ese mundo porque algo dentro de ella le decía que tenía que ir tan lejos como pudiera. Ahora, estaba hablando con el hombre de sus sueños, ese mismo que le confesaba que era Dominante y fue como descubrir el camino hacia un nuevo mundo.

¿Amy?

-Ah, sí, sí. Sé a lo que te refieres. Creo tener una noción al respecto.

-Bien. De hecho, creo que puedo recordar las veces que sentí que estuvo a punto de salir esa identidad de mi cuerpo pero no podía, no era prudente. Sin embargo, ahora que las cosas han cambiado entre los dos, se me hace urgente decirte esto. ¿Qué te parece? Supongo que debes estar horrorizada o algo así.

Amy le dirigió una mirada dulce y tranquila.

-Para mí es imposible sentir eso por ti. Si te soy sincera, experimenté un poco de ese control del que dices cuando estábamos juntos. El apretón en la garganta, la forma en cómo me sostenías para cambiar de posición.

>>Esa especie de fuerza que tenías y tienes dentro de ti. Contigo siento que tengo un mundo entero lleno de posibilidades y quiero que sea así siempre. No tengo miedo, no tengo pena. Quiero que lo probemos, que probemos lo que quieras. Confío completamente en ti.

No había duda de la firmeza ni de la contundencia de sus palabras. Se escuchó tan firme y convencida que Jake creyó en su palabra.

-Entonces así será.

Se fueron del lugar sin siquiera probar bocado. La motocicleta de Jake se deslizaba por el suelo mientras se encaminaron hacia su casa.

Llegaron en cuestión de minutos y subieron al piso entre besos y caricias. Después de cerrar la puerta, ellos se encontraron solos, olvidando el mundo y las reglas.

-Antes quiero que sepas algo muy importante. Nada, pero absolutamente nada se hace por obligación. Todo es producto de un consenso...

-Lo sé.

-Vale, pero no está de más recordarlo. En la sesión o en cualquier momento, tienes el derecho de frenar todo lo que estamos haciendo. Puntualmente, en la sesión, se maneja la palabra de seguridad. En términos generales puede ser cualquier término pero nos basaremos en un código de colores.

>>Verde se sobreentiende que todo va estupendo. Amarillo es una especie de advertencia que me servirá para hacerme entender que aquello no es muy conveniente o cómodo para ti. Si sientes que no puedes más o que es insoportable, di Rojo. De inmediato pararemos la sesión.

-¿Por qué es importante?

-Bien, porque estás en una sesión es como si te encontraras en un estado mental de extrema concentración. Salir de allí no es tan sencillo para todo el mundo. Por eso es importante remarcarlo. ¿Vale?

-Vale.

Se quedaron en silencio después de aquellas palabras. Aunque Jake se escuchó a sí mismo como un hombre muy serio, se sintió más tranquilo en decir las cosas lo más claro posible.

Él se acercó a ella, la tomó entre sus brazos al mismo tiempo que Amy rodeaba su torso con ambas piernas, quedando suspendida en los aires. Él la

abrazó con tanta fuerza que casi sintió que le atravesaría la piel en cualquier momento.

La llevó hasta la habitación y la dejó sobre la cama. Recordó esa buena disposición de hacer lo que él quisiera. El BDSM no era un mundo para tomar a la ligera, sin embargo contaba con la entera confianza de ella que ya de por sí era un importante paso.

Así pues fue a buscar unas cuantas cuerdas en el clóset. Cuando ella miró lo que tenía en sus manos, en su mente se recrearon esas imágenes que había visto en Internet. Respiró profundo y se recordó a sí misma que estaba con el hombre con quien quería estar, no había errores en eso.

Jake se encargó de quitarle unas cuantas prendas de ropa, sobre todo la camiseta y el sujetador. Luego, le tomó ambas muñecas y las amarró suavemente aunque con la firmeza suficiente como para que ella no se deshiciera tan rápido. Además, le ató unas cuerdas de cáñamo sobre la cintura. Las ajustó un poco con el fin de usarlas como apoyo cuando quisiera.

Después de un rato de paciencia y trabajo, Jake procedió a quitarse la ropa y terminar de hacer lo mismo con ella. De nuevo se encontró con esos pechos que parecían llamar a sus manos con desesperación. Al quedar desnudo, al tener la desesperación a flor de piel, avanzó sobre la cama, hasta llevar su pelvis ante la cara de ella.

-Chúpalo.

Le ordenó con esa voz grave y seria. A ese punto, Amy pudo descubrir que ya él no estaba jugando así que podría decirse que ya estaba en la sesión.

Ella inclinó un poco su cabeza hacia adelante. Sacó un poco la lengua para lamer y después juntó sus labios para dar unos cuantos besos suaves sobre el glande. Al principio, hizo unos cuantos movimientos torpes pero después cobró más confianza a medida que lo veía disfrutar del placer que le daba con la boca.

Iba hacia adelante y hacia atrás. Su lengua también lo lamía y su saliva empapaba todo el cuerpo del pene. Jake quien ya se sintió como un Dominante, aprovechó para tomar el cabello de ella firmemente con la mano y la sujetó mientras lo chupaba.

Miró las arcadas que hizo, la saliva que se le salía por la comisura de la boca. Los pechos que rebotaban por el movimiento. Cada tanto, incluso, les daba pequeños golpes a los pezones cuando ella no lo hacía bien.

-Tienes que chupar bien... Venga.

Esa voz tan firme de Jake hizo que Amy se excitara aún más. No pensó que

algo así le provocaría tanta emoción pero así fue, así era. Descubrió que le gustaba esa forma de dirigirse a ella, con esa voz de mando.

Jake pudo haberse quedado allí por más tiempo pero cambió de posición. Se colocó sobre ella y se preparó para masturbarla un poco. Sus dedos fueron rápidamente hasta encontrarse con los labios vaginales. La tocó con fuerza, con salvajismo. Amy comenzó a gritar por lo que él le tapó la boca con una de sus manos. Al hacerlo, también aumentó el ritmo del movimiento de su mano, provocándole fuertes espasmos de placer.

-Mírame. Quiero que me mires.

Le dijo muy cerca del oído. Amy apenas pudo abrir los ojos y verle el rostro. Jake estaba encendido y ella también. Tenía ese rostro de hombre fuerte, controlador y ella, por supuesto, era la mujer que estaba dispuesta de satisfacer sus deseos porque así lo quería.

Mantuvo los ojos abiertos tanto tiempo como pudo, sin embargo, volvió a cerrarlos cuando sintió su pene dentro de ella. Estaba más caliente, más grueso, más intenso. Al tener las manos atadas, se encontró inmovilizada y, por ende, incapacitada de acariciarlo o de sostenerse de la cama. Así que se aferró de las cuerdas tanto como pudo.

Jake la embistió con fuerza y determinación. Se encontró ansioso de hacerla suya en cada movimiento. La tomó por el cabello, por el cuello, le obligó mirarle, e incluso le dijo unas cuantas palabras humillantes con el fin de estudiar su reacción. Ella no pareció incomodarse con ese hecho, así que siguió diciéndole palabra tras palabra:

-Putá.

-Zorra.

-Ramera.

-Perra.

-Eres todo eso y más. Y, ¿sabes qué? Tú me perteneces. Por completo, por entero.

Ella lograba asentir apenas, embebida en el placer de encontrarse con un hombre así y más de recibir ese trato tan rudo pero a la vez delicioso. Después de un momento de encontrarse sobre la cama, Jake quiso probar con algo un poco más fuerte, así que la tomó por las cuerdas que tenía atadas en su cintura, la hizo apartarse de la cama y la llevó del cuello hasta el balcón. Abrió las puertas y la apoyó sobre la baranda fría de metal.

La calle estaba desierta y hacía un poco de brisa fresca. Amy no pudo evitar sentirse un poco nerviosa, sin embargo estaba con él, así que las cosas



no podrían salir mal.

Jake se acomodó detrás de ella, le separó las piernas y le tomó el cuello con una mano. Introdujo su pene hasta el final, haciéndole que ella se retorciera un poco.

-Te voy a follar tan duro, tan rico que tendrás que aguantar los gemidos y los gritos. De lo contrario, tendrás que sufrir las consecuencias. –Segundos después de terminar con esas palabras, la embistió con fuerza, haciéndola aguantar el impulso de gritar- Así, así lo tienes que hacer.

Comenzó a penetrarla con tanta fuerza que Amy pensó que en cualquier momento gritaría. Para ella se le hizo imposible, sobre todo porque sentía esa deliciosa verga dentro de ella como el máximo de los placeres. Siguió dentro de ella, con la intención de ir más y más lejos. Era impresionante lo que hacía sentir. Aunque estaba tentada en dejarse llevar por completo, no podía porque tenía que obedecerlo... Tenía que obedecer a su señor.

Jake sintió las ganas inmensas de correrse por lo que siguió embistiéndola hasta que no pudo más. Sacó su pene del coño de Amy e hizo que esta se colocara de rodillas en el suelo. Se encontró con sus ojos cafés y con la boca abierta. Ella pareció entender inmediatamente lo que tenía que hacer, seguidamente, le introdujo su pene entre los labios, follándola desde ese ángulo.

La lengua de Amy le empapó de saliva hasta que poco después, sintió el calor del semen que invadió su boca. Fue tanto, que incluso cayó un poco en el suelo debido al gran impulso que tenía. La mano de Jake, que sujetaba el cabello de ella, le hizo tener el control de todo mientras se corrió. Cuando abrió los ojos, se encontró con una Amy hambrienta de su semen por lo aprovechó el momento para comer todo.

Esa escena casi le hizo enloquecer, por lo que la llevó hacia el sofá. Jake se acomodó en el suelo y colocó a Amy sobre su boca.

-Pero... Te haré daño.

-No lo harás.

Ella apoyó sus rodillas sobre los cojines y descansó su coño sobre la boca de él. En seguida comenzó a experimentar la lengua de Jake dentro de ella. Él la lamió sin parar. La punta de la lengua daba vueltas en el clítoris sin parar. Esas “corrientes eléctricas” que la hacían estremecerse, también le provocaba esa sensación de que en cualquier momento iba a perder la razón.

-No acabarás cuando quieras. Tendrás que esperar cuando yo lo diga.

Eso la presionó mucho más. Justo cuando pensaba que estaba lista por

entregarse, las palabras de él retumbaron en su cabeza, obligándola a estar consciente de lo que estaba experimentando. Cada segundo fue una tortura placentera y fue allí cuando comprendió el significado de esa entrega que debía sentir cada sumiso. Era incondicional. Entera. Total.

Después de unos minutos, cuando Amy estuvo a punto de recurrir a las súplicas, Jake volvió a hablar:

-Ahora tienes permiso de gemir y de correrte en mi boca. Te has portado bien.

Inmediatamente Amy dejó escapar unos cuantos gemidos. Unos intensos, fuertes y poco después toda su realidad borrosa se volvió oscura al sentir la intensidad del orgasmo que le penetró el cuerpo y el alma.

Los temblores de los muslos de Amy, esos mismos que servían de posaderas para sus manos, indicaron que ella se corrió con intensidad, incluso Jake aprovechó para beberse todos los jugos que expulsó ella de su coño. Bebió todo, hasta la última gota.

Después de quedarse entre sus piernas por un rato, se zafó para verla. Amy se recostó a un lado del sofá, respirando todavía con agitación. Jake se acercó a ella y la tomó en brazos. Amy se acurrucó en su regazo y al dejarla de nuevo sobre la cama, él aprovechó para quitarle las cuerdas de la muñeca. Por otro lado, sólo dejaría aquellas que se encontraban en su cintura puesto que tenía el presentimiento de que volverían tener sexo después.

Al terminar, él fue al baño, buscó algo para limpiarla y se reunió con ella para saber cómo estaba.

-¿Cómo te sientes?

-No pensé que me gustaría tanto.

-¿En serio?

-Sí. Me encantó. Me encanta estar atada.

Jake no pudo evitar sonreír. Así pues que se quedaron en la cama por un rato más. Hablando y compartiendo el silencio. Él también le expresó algunas anécdotas que tuvo en reuniones BDSM:

-Aquí en la ciudad existe de todo un poco. Incluso hay gente del mundo de los negocios y de la política que forman parte del círculo. Sin embargo, tenemos un acuerdo de confidencialidad. La identidad de todos nosotros está protegida por un contrato que firmamos. De lo contrario, se procede a tomar acciones legales. Lo más interesante es que es aplicable para todo el mundo.

-Vaya...

-Sí. Es importante respetar la vida privada de la gente. Muchos tienen

hijos y están casados. Así que viven esa doble vida. Otros, por otro lado, tienen gustos extremos. De hecho conocí a un tío que en apariencia lucía muy rudo pero era sumiso y, en sesiones, le gustaba que lo insultaran, que le dijeran que un bueno para nada y cosas así.

-Eso es un poco extraño.

-Pero tiene cabida en ese mundo. La gente se siente más libre, mejor inhibida. Da alivio que puedas encontrar a alguien como tú y que no te van a juzgar por ello.

Se miraron y comprendieron de inmediato que les pasaba lo mismo. Los dos tuvieron un pasado turbulento, difícil y estaban allí por la solidaridad de una misma persona. Era un lazo invisible que los unía.

Jake se quedó en silencio y tomó el rostro de Amy con ambas manos. Comenzó a besarla con pasión hasta que se colocó de nuevo encima de ella. Tuvo ganas de romperle la piel, de destrozarla así que se detuvo por un momento.

-Quiero azotarte, quiero... Quiero que sientas el placer que se siente al recibir dolor.

-Enséñame, muéstrame, hazme lo que quieras.

La tomó por el cuello, ya ella comenzaba a comprender cuando él lo hacía, era señal de que estaban por comenzar una sesión. Así pues que fueron a la sala y él le ordenó a que tomara la misma posición de cuando le practicó sexo oral.

-Espera aquí.

-Sí.

Se detuvo y se acercó hacia a ella.

-Es "Sí, señor".

Y le dio una fuerte nalgada que le hizo exclamar un fuerte gemido.

-Sí, señor.

Volvió a hundirse en la oscuridad de la noche hasta que se apareció con un látigo de cuero. Las tiras finas quedaban suspendidas por los aires, bamboleándose entre unas y otras.

-Recuerda el código de colores.

-Sí, señor.

Esa advertencia era especial sobre todo para evitar que la situación se volviera fuera de control. Así pues que se colocó tras ella, arrimó un poco la mesita de café que estaba en medio de la sala y alzó el brazo lentamente. En esa posición le hacía ver como si fuera un mismísimo dios nórdico.

El primer impacto le causó un poco de escozor a Amy, y al mismo una fuerte excitación. Jake quiso jugar con las sensaciones así que en vez de azotarla de nuevo, procuró rozar las tiras de cuero sobre su cuerpo, suave, lentamente. Así que de esta manera se aseguraría en hacerla sentir confiada y tomarla desprevenida en cualquier momento.

Cuando menos lo esperó, Amy recibió una oleada de latigazos en su culo y espalda. Sus nalgas, blancas como la luna, se volvieron rojizas y brotadas por las cintas de cuero que cayeron sobre su suave piel. Internamente, se dio cuenta que Jake tenía razón en lo que le dijo, tenía razón porque sintió un inmenso y delicioso placer. Quiso más y él le dio más.

La idea de Jake era azotarla para luego volver a comer de ella y hacerla que se corriera de nuevo en su boca. El sabor de sus fluidos era delicioso. Sin embargo, se percató que ella se encontraba prácticamente en el éxtasis. Su sumisa, su mujer, estaba tan excitada por el dolor y el placer de los latigazos que estaba muy cerca de experimentar el orgasmo. Estaba muy cerca.

Siguió azotándola hasta que por fin un último impacto fue suficiente para que ella exclamara un largo quejido. Se corrió sin ninguna estimulación más allá de los latigazos. Los chorros de sus fluidos rodaron de entre sus piernas y algunas gotas cayeron sobre el sofá de cuero marrón. Debido a esa intensidad, ella perdió el balance y se derrumbó con los ojos cerrados y el cuerpo cansado. Había sido demasiado en poco tiempo.

Jake la miró por un momento. Le quitó los amarres con cuidado y la tomó en brazos hasta llevarla a la cama. Se veía tan hermosa y serena, como si los problemas no existieran.

Después de lavarse la cara, miró de nuevo el estado en que se encontraba ella. Todavía estaba durmiendo así que se juntó con ella en la cama suavemente. Procuró hacer el mínimo de movimiento para no despertarla. Siguió mirándola y no pudo evitar sentirse más feliz que en ese momento. Todo estaba saliendo como quería.

## X

Las responsabilidades como el nuevo presidente del club, mantenían a Jake hundido en los quehaceres. Sin embargo, el lado positivo de toda la situación era que, como Amy era la persona encargada de llevar los libros, podían pasar más tiempo juntos.

Por otro lado, esto también representaba un enorme riesgo puesto que tenían que disimular que tenían la misma relación cordial y amistosa de siempre pero sin exagerar demasiado. No querían llamar la atención de nadie.

Cuando cada quien estaba en lo suyo, aprovechaban para comerse entre sí. De hecho, hubo un día en que el club quedó solo salvo por ellos dos y unos cuantos más que estaban jugando al billar. Amy entró a la oficina con un vestido, cerró la puerta tras sí y se lo quitó dejando al descubierto ese cuerpo bello y perfecto. Jake, se levantó en seguida y se apresuró en tomarla entre sus brazos.

Después de intercambiar un par de besos intensos, él le tomó por el cuello e hizo que se arrodillara para que lo chupara. Así, desnuda como estaba. Esa boca divina, esa lengua prodigiosa que lo lamía ya como toda una experta, esos ojos que estaban ansiosos por verle disfrutar del placer que le daba. La hermosa y letal Amy estaba a sus pies, chupándolo como le gustaba.

Jake estaba desesperado y el miedo de que los descubrieran hacía que la adrenalina corriera por su cuerpo, así que se apresuró en tomarla del pelo, haciendo que su boca se llenara de más y más de carne de él, hasta que sintió que no podía aguantar más y explotaba entre sus labios. Por si fuera poco, ella comía su semen con esa expresión de gusto al mismo tiempo que se pellizcaba los pezones con fuerza, haciéndola gemir.

Después de dejarlo seco, procedió a colocarse el vestido, acercarse a él para que le diera una nalgada y se iba con una amplia sonrisa. Amy sin duda había cambiado muchísimo.

Sin embargo, a pesar que procuraron mantener el romance en secreto, en la vida existen cosas que no se pueden ocultar y una de ellas es cuando dos personas se quieren y desean estar juntas. Todos esos esfuerzos inútiles para ignorarse mutuamente, resultaron ser una obviedad para Black, quien todavía estaba en el club.

Por un tiempo pensó que todo aquello resultó que eran ideas suyas, que eran exageraciones de su mente pero comenzó a ver más y más detalles. Amy casi no estaba en casa, pasaba más horas en el club “revisando los libros” y

casi no le hablaba. Pensó que sería de esas facetas de los jóvenes pero ella no era así.

Se preocupó y hasta se acercó para hablar con ella en búsqueda de respuestas. Amy le insistió que todo estaba bien, que no había necesidad de alarmarse demasiado. Aun así, no quiso dejar el tema en el olvido por lo que se dispuso a detallar su comportamiento.

Era como si fuera la misma pero no al mismo tiempo. Siguió observando hasta que un día interceptó una mirada entre los dos. Parecía que se comunicaban sin decir palabra. Aquello desconcertó a Black sobre manera.

Recordó de inmediato el dolor que tuvo que presenciar cuando su hija fue atacada por Marcus. Por más que hubiera pasado el tiempo, esa remembranza todavía estaba en su mente, como si estuviera marcada a fuego en sus neuronas. Su hija podría verse en peligro otra vez y no quería eso para nada de este mundo.

Esperó un poco más hasta encontrarse seguro y todo arrojó las mismas conclusiones, ahora él tenía que tomar cartas en el asunto.

No podía desestimarle como presidente porque, aunque le costara admitirlo, Jake era un buen presidente. Justo, buen líder y organizado, ecuánime y atento a los demás. Los muchachos le tenían alta estima y era una imagen que no quería sacrificar, era una paz que no quería romper por los celos por su hija.

Así que le dio más vueltas a la cabeza, quería hablar con él, enfrentarlo pero no sabía cómo.

Después de tanto pensarlo, esperó que ella fuera al club. Estaba seguro que los encontraría juntos por lo que sería el momento ideal para confrontarlos. Una hora después, estaba en camino al club para hablar con Jake y alejar a su hija de él. Amy, su Muñeca de Metal, debía estar protegida por sobre todas las cosas.

Entró al bar sin decir palabra y abrió la puerta de la oficina. Efectivamente, estaban los dos, pero parecían hablar de negocios.

-¿Papá?

Black cerró la puerta, se quitó los lentes de sol y los miró con esa expresión de alarma.

-Sé que están juntos.

Amy se sorprendió y Jake se quedó tranquilo, escuchándolo.

-Jake, sé que te dejé como presidente porque consideré que eras el mejor candidato posible, pero no pensé que tomarías esta situación para

aprovecharte de mi hija.

-Papá, no se está aprovechando de mí.

-Silencio, Amy.

-¡No!

Ella se levantó de la silla, con tono de autoridad.

-Papá, sé que tienes miedo de que me pase lo mismo con Marcus. Sí. Sé que crees que es eso. Y no, no es así. Entre Jake y yo las cosas son diferentes. Lo de nosotros se dio sin intervención de nada ni de nadie. Fue algo que surgió y no lo pudimos dejar de lado, tampoco quisimos. Soy una mujer ahora, papá. Tienes que dejar de sobreprotegerme.

-Black... Amy tiene razón. En ningún momento tomé el puesto para aprovecharme de ella y menos de ti. Sería imposible porque has sido la persona que me salvó de una horrible vida. Tienes que confiar en lo que me enseñaste... En lo que nos enseñaste.

Black estaba atónito. Primero por la seguridad que emanaba de Amy y segundo por la ecuanimidad de Jake. Estaba sorprendido de encontrarlos seguro de sus decisiones y de sus posturas. Ciertamente, Amy ya era una mujer consciente de sus acciones y no podía hacer más que respetar eso.

-Me cuesta... Me cuesta un poco admitir esto porque todavía te veo como mi bebé. No lo puedo evitar, hija mía. Sin embargo, como ya sé la situación entre los dos, como sé que en este tipo de cosas no se puede mandar ni se puede convencer de lo contrario, sí les pediré una cosa que creo que es conveniente para el club y para los dos. Quiero que Amy deje de llevar los libros y se dedique a estudiar como se debe.

Los dos se quedaron impresionados. Aunque Amy estuvo a punto de protestar, Jake le tomó por el brazo y sacudió la cabeza.

-Está bien. Creo que tienes razón. Será una forma más saludable de llevar los negocios del club y de la relación.

-Bien... Entonces, no tengo más que decir.

Black dio unos pasos para atrás, se colocó los lentes de sol y salió como si le pasara el alma. Aunque en ese momento se despejó de toda duda y dolor, supo que su hija ya no era una niña y que ahora le tocaba enfrentarse al mundo real.

## XI

Era de esperarse que la petición de Black causara roce entre los dos. Sin embargo, después de una larga conversación, Jake le hizo entender a Amy que lo mejor para los dos era eso. Ella tendría que estudiar Administración y él tendría que encargar a otra persona de llevar los libros.

De vez en cuando ella caía en el discurso de que aquello era injusto para ella porque nadie tenía que tomar decisiones en su lugar, sin embargo, con el tiempo se daría cuenta que fue lo correcto.

Después de dejar todo en orden, Amy se inscribió en la universidad del estado para estudiar. Estaba un poco nerviosa e insegura pero esos sentimientos fueron cediendo poco a poco. Comenzó ir a clases con estricta regularidad, conoció a nuevas personas y tomó cursos extras para alcanzar los créditos. A pesar de tener una vida universitaria agitada Amy y Jake encontraban la manera de verse.

A ella le gustaba, por ejemplo, que él fuera por ella cuando podía. Desde lejos, escuchaba la Harley-Davidson acercarse como una señal de que debía prepararse para irse. Cuando ese hombre alto, blanco, de barba rojiza y ojos verdes penetrantes, aparcaba para esperarla, ella caminaba entre las chicas que no paraban de verlo. Estaba orgullosa de estar con él.

Jake comprendió que la petición de Black tenía sentido, sobre todo porque tenía que permitirse ser una chica con todas las de la ley. Sí, indudablemente extrañaba esos encuentros sorpresa pero tenía claro que era su futuro y el futuro de la relación. Eso de mezclar negocios con placer pudiera haberse convertido en una situación bastante peligrosa de manejar.

Las cosas en el club, prosperaron. El taller se hizo más grande y más conocido y el bar se abrió al público para obtener mayores ganancias. Sin embargo, la condición de cerrar el lugar para eventos del club, se mantuvo en pie.

Los cambios produjeron cierta resistencia pero todos quedaron después convencidos por la gerencia de Jake al darse cuenta de que los negocios se volvieron menos riesgosos y más lucrativos. Además, dejaron el mercado de las drogas y de las armas, por lo que resultó una especie de cambio radical en comparación como eran antes.

No obstante, no era posible quitarles ese espíritu rebelde que tenía el grupo, esa forma de ver la vida como tíos motociclistas. Cada tanto viajaban por carretera, haciendo retumbar los oídos de los pueblerinos con el ruido



incesante de las motos. Se alegraban en saber que todavía tenía esa parte del encanto.

Jake, por otro lado, cuando por fin encontró la paz y tranquilidad que tanto le costó, se convenció que ya era momento de ofrecerle a Amy el collar para oficializar de una vez su relación como Amo y sumisa. En las ocasiones que tenían oportunidad de estar, ella demostró un gran cambio que le siguió convenciendo de que ella era la persona indicada para él.

Así pues que fue una tienda especializada, compró un collar de cuero negro y esperó a su próxima cita.

Después de intercambiar besos intensos y caricias, después de dejarla desnuda en un dos por tres. Jake la dejó sobre la cama, atada y con la ansiedad de estar con él.

-Antes de empezar tengo que darte algo.

Ella asintió y esperó. Jake de repente se apareció con un collar de cuero negro y ella lo miró a la cara.

-Amy, sé que hemos pasado por muchas cosas y que ha pasado poco desde que eres sumisa, pero quiero ofrecerte esto, quiero que seas mía, siempre.

Amy quiso soltarse y besarlo como nunca. Como no pudo, lo miró con sus grandes ojos y le respondió:

-Estaría más que encantada. Por supuesto que sí.

Él sonrió y procedió a colocarle el collar. Ella lo sintió en su cuello y lo miró fijamente a la cara.

-Ahora, ¿ya vamos a comenzar?

# Z\*rra Insaciable

## *Sumisión Doble para la Esclava de Dos* *Amos*

### I

-Por favor... Por favor... Dame más... Quiero más.

Se escuchó el sonido del látigo cayendo sobre la piel. Hizo eco en la habitación. Seguido de este, un largo gemido.

-¿Te gusta?

-Sí... Oh sí.

Otro latigazo.

Y otro.

Y otro más.

Ella estaba jadeante, con el ardor en la espalda, las nalgas y las piernas. Las marcas rectangulares estaban por todas partes. Algunas eran de rojo intenso, otras apenas rosadas. No obstante, era eso lo que ella buscaba. Lo que tanto le gustaba. Era algo de lo que nunca se cansaba.

Él la miró de pie, atada a esa cruz de San Andrés, con las muñecas y los tobillos atados con cuerda de cáñamo. Gracias al roce, pudo darse cuenta de la irritación que tenía. Por un momento pensó en detenerse pero ella no mencionó ni por asomo la palabra de seguridad. Así que era seguro que lo estaba disfrutando.

El cabello negro caía sobre sus hombros sudados, los ojos estaban llorosos, la frente perlada. Esa imagen de excitación y agitación era algo que él adoraba ver en ella, aunque sólo se hubieran encontrado un par de veces.

Sostuvo el látigo de nueve colas por un momento. Las tiras gruesas de cuero quedaron suspendidas por el aire mientras él seguía mirándola en esa perspectiva de macho dominante.

Finalmente, se decidió acercarse a ella. Extendió su mano y le acarició su mentón. Se concentró en esos ojos negros, grandes, de pestañas largas. Miró por un rato sus labios gruesos y no se resistió más. Se acercó para besarla con pasión. Saboreó esa boca dulce, como de azúcar, con ese dejo metálico por la

sangre que le corrió porque, al hacerlo antes, la mordió, haciéndola sangrar un poco.

Ella le sonrió, le sonrió como la puta que disfrutaba del dolor y de ese tipo de placer. En seguida, le propinó una bofetada fuerte. Ella abrió la boca para dejar exclamar un quejido de placer.

Después de que pasara el dolor, él bajó una de sus manos. Suave, lento, se dirigió a su coño. Colocó un par de dedos entre los labios vaginales y comenzó a acariciarlos suavemente. Después lo hizo con más fuerza cada vez. Después de terminar de empaparse con los jugos, apretó un poco el clítoris. Esto, por supuesto, le provocó a esa una serie de gemidos y gritos.

Cuando la encontró lo suficientemente húmeda, le propinó unas cuantas palmadas sobre ese coño exquisito.

Ese hombre vestido de negro, con el cabello corto muy bajo, con los ojos verdes encendidos. Con la musculatura pronunciada incluso con la ropa que tenía. Soltó el de repente el látigo y se bajó el cierre. Ansió demasiado tenerla para sí, follarla con desenfreno, con pasión.

-Rojo.

Él se detuvo en seco.

-¿Qué has dicho?

-Rojo. –Respondió ella.

El hombre salió de su trance y ella también.

-Te dije que sólo quería azotes. Nada más. Para variar, oídos sordos.

Estaba desconcertado, incluso molesto.

-Pensé que...

-Pensaste mal. Desátame.

Ella esperó un rato más hasta que se liberó de las cuerdas de las muñecas y los tobillos. Logró incorporarse y caminó para ir a cambiarse.

-¿Estás segura?

No respondió.

Comenzó a vestirse. Un vestido negro, una chupa vaquera, unas zapatillas Adidas casuales. Se miró en el espejo, acomodó el cabello, lo peinó. Se maquilló un poco los ojos porque los consideraba el mejor rasgo de su cara aunque sabía muy bien que era una mujer hermosa y de belleza exótica.

Fue hacia la puerta como si nada hubiera pasado, con una tranquilidad perturbadora para quien le había roto la piel hacía minutos atrás.

-¿En serio te vas?

-¿Es que acaso no lo ves?

Giró la perilla de la puerta y la cerró tras sí. Caminó por el largo pasillo y bajó por las escaleras. De seguro él la seguiría por el elevador, así que no le quería dar la oportunidad de que eso ocurriera.

Después de bajar los seis pisos, Natalia llegó a la recepción desierta. El portero se quedó dormido viendo un juego repetido de fútbol, así que ni se molestó en despertarlo.

Caminó con sutileza hasta que escuchó el sonido del elevador que estaba por llegar a la planta principal. Empujó la puerta de vidrio y dio unos cuantos saltos rápidos hasta mezclarse entre la gente.

Cuando respiró de alivio, sintió el ardor delicioso de las heridas que le hicieron minutos antes. Al menos tendría el recuerdo por unos días.

Lo cierto es que se lamentó que la sesión terminara allí. Resulta que ella, cuando siente la necesidad de ser humillada y tratada como un trozo de carne, llama a cualquiera de sus amantes casuales para que le regale un poco de castigo.

Este en particular, lo conoció durante una reunión de BDSM. La gente estaba en el club, sonriendo, pasándola bien y los dos se intercambiaron un par de miradas intensas. Natalia no tenía problemas en asumir la iniciativa pero esta vez quiso saber si ese hombre alto, delgado –pero fornido- y blanco realmente se atrevería a hablarle.

Lo cierto es que después de una par de copas, los estaban sentados muy juntos en la barra. Incluso los miembros del club se despidieron de ellos y los dejaron allí, hablando como si los demás no existieran.

Después fueron al piso de él ya que Natalia tenía esa política que le exige ser distantes con desconocidos, sobre todo cuando es sólo para una noche de placer. Así pues que entraron al lugar y él inmediatamente la tomó por la cintura y la besó casi con desesperación. Sus labios le supieron a cerveza negra y lujuria.

-Soy sumisa.

-Yo creo que ya sabes qué soy.

Ella sonrió con picardía y se entregó a sus brazos. Por supuesto, eso significó que se comerían como un par de hambrientos. Él le aseguró a ella una noche intensa, muy intensa, repleta de mordidas, nalgadas y azotes. Natalia estaba más que feliz.

Pasó el tiempo y ambos se consideraron una pareja recurrente. Pasaron de estar solamente en la cama a compartir almuerzos y una que otra salida que terminaba en un poco de sexo oral en el coche.

Para Natalia era sólo tontear, la verdad era que le importaba poco esa relación, de hecho estaba renuente a tener algo serio... No pasaba lo mismo con él.

Eso, por supuesto, fue suficiente para un par de peleas y un fuerte intercambio de palabras. De nuevo, ella estaba como ausente, indiferente de esos reclamos.

-Te dejé en claro lo que quería. Nunca he jugado contigo. Fuiste tú quien se metió ese cuento de hadas en la cabeza.

Él eventualmente tuvo que ceder. Natalia era de esas mujeres modernas que adoraban la libertad de la soltería, la espontaneidad y la sensualidad.

Después de haberse alejado un tiempo, el vicio de él fue más fuerte de lo que pensó. Ella era como esa droga que le provocaba fuertes episodios de abstinencia si no estaba, así que se acercó de nuevo sólo con la condición que se limitarían a tener sexo, algo más, era impensable.

La dinámica pareció funcionar por un tiempo. Natalia tenía un Dominante ocasional que la follaba o la torturaba cuando quería, él estaba con la chica con que quería estar. Era una relación ganar-ganar.

Sin embargo las cosas comenzaron a salir de control. Él le hacía insinuaciones y ella sólo miraba hacia los lados, de nuevo esa canción ya rayada.

A pesar de querer alejarse de él, de dar por terminada la situación, Natalia accedió a tener esa sesión.

-Sólo será lo que tú quieras.

-¿Sin juegos?

-Lo prometo. Dime qué te gustaría.

-Azotes. Nada más. Puede que sexo oral u otra cosa, pero eso ya lo veremos. De resto, si las cosas se salen de esos límites, estaré en la obligación de decir la palabra de seguridad.

-Vale. Estoy de acuerdo.

Natalia, como siempre, se preparó la sesión. Recibir azotes o cualquier tipo de trato de carácter humillante, requería de concentración y entrenamiento. Para ello, solía pagar todo los aparatos de la casa, sentarse en el medio del piso y respirar profundo. Meditaba para sentirse lista para lo que tendría que hacer.

Así pues que concertaron en un bar, tomarían unos tragos y después irían al piso de él como solían hacer. Ella estaba emocionada porque ansiaba sentir el dolor como nada en este mundo. Su amante, por otro lado, estaba desesperado

por estar con ella, a como diera lugar.

-Supongo que las cosas no salen como uno quiere. –Se dijo a sí misma.

Siguió caminando por la calle animadamente. Como no quería llegar tan rápido a su casa, optó por meterse por unas cuantas calles para explorar la ciudad, una aventurilla que se permitió en vista de su buen humor... A pesar de los acontecimientos.

Natalia era una mujer que siempre llamaba la atención. Cabello negro, largo, denso y brillante, como si tuviera luz propia. Morena, de piel lustrosa, ojos grandes negros y de pestañas largas, piernas largas torneadas, tan provocativas que provocaba que los hombres voltearan a verlas. Caderas anchas y cintura pequeña. El caminar de Natalia era tan suave y sensual como una palmera al viento.

Desde que recuerda, siempre fue muy sexual. De hecho tuvo su primera experiencia sexual con el hijo del jardinero. Cuando todos estaban descansando después de la comida, ella se escabulló de su cuarto y fue directo al vivero que estaba en el jardín. Ahí estaba él, trabajando con unas plantas cuando la vio. Se miraron y ahí entendieron lo que querían hacer.

La llevó a un pequeño cuarto en donde guardaban las herramientas y procedió a quitarle la ropa. A pesar de ser una jovencita, ella no demostró en ningún momento ni un gramo de miedo. Más bien tenía una sonrisa pícaro, mezclada con una especie de maldad provocativa. El chico la miró y de inmediato la besó, la tocó, la manoseó tanto como quiso. Por fin estaban solos para hacer lo que quisieran.

Él también se desnudó y optaron por hacerlo sobre el suelo frío de concreto. Mientras él se le fue encima, ella miraba las palas y rastrillos, los sacos de tierra y un montón de cosas que miró alrededor que comenzaron a perder el sentido. Se distrajo por el dolor que le produjo perder la virginidad para que este fuera desplazado por el placer de tener sexo.

Sus frágiles manos se aferraron a él mientras se movía con suavidad y después con fuerza. Ella reprimió los gemidos tanto como pudo y en poco tiempo los dos se habían corrido. Natalia comprendió que la intimidad tendría una fuerte influencia en su vida.

Al terminar, ella lo dejó medio desnudo y agitado, terminó de usarlo para sus propósitos y más nunca se hablaron, aunque él quiso más de ella.

A medida que crecía, se sintió más interesada en comprender las sensaciones que experimentaban las mujeres. Quería saber qué era y qué no era normal. Estudió tantos libros de anatomía que sus padres incluso pensaron

que ella quería ser médico. Nada más lejos de la realidad.

Los estudios no fueron una primera opción aunque era una chica muy lista. Su madre le insistió y su padre le amenazó. No hubo fórmula que garantizara que la rebelde Natalia tomara los estudios con seriedad.

-Es una pérdida de tiempo, a la gente sólo le preocupa un título, a mí eso me resulta tan aburrido.

Después de terminar la secundaria, ella encontró un trabajo como asistente de bibliotecaria. Así pues siguió alimentando una de sus pasiones: los libros. Cada día trataba de leer sus títulos favoritos mientras hacía actividades rutinarias. Allí se topó con algo que le llamó la atención. Mientras navegaba por Internet, se encontró con una página de BDSM.

El acrónimo le resultó familiar y lo copió en el buscador para encontrar un largo texto en Wikipedia. Como era mediodía, varios de sus compañeros estaban almorzando, había poca gente en el lugar, así que aprovechó para leer tanto como pudiera. Quedó impresionada con cada palabra, con la terminología, con los códigos. Era como si algo le hablara a ella directamente.

Entre las cosas que leyó, hubo algo que le llamó la atención. Era el blog de una sumisa, una chica de veintitantos que de día era secretaria de un bufete y de noche era la esclava sexual de uno de los socios de ese despacho. Se dedicó a describir ese proceso de transformación de chica inocente y virginal a sumisa dispuesta a complacer los gustos de su Amo.

Una anécdota le causó que la piel se le pusiera de gallina:

*“Me encontraba sentada en mi escritorio, escribiendo, haciendo lo mismo de siempre y fue allí cuando sentí su mano sobre mi hombro. Supe inmediatamente lo que tenía que hacer. Sin embargo, teníamos un acuerdo de que el ambiente de la oficina tenía que quedar fuera de nuestros encuentros, con ánimo de preservar la seriedad del lugar.*

*Así pues que lo miré fijamente, como esperando que me diera más información al respecto. Minutos después, no hubo respuesta. Tenía que aceptar sus designios. En ese momento, escuché el sonido del cierre del pantalón.*

*Mantuve la mirada fija hasta que arrimé la silla a un lado, tomé su pene con ambas manos y me incliné hacia él. He de confesar que estaba muy asustada porque no sabía lo que sucedería después.*

*Saqué mi lengua para lamer su glande. Mis labios después lo rodearon y finalmente me lo metí todo en la boca. La mano de mi Amo estaba*

*fuertemente puesta sobre mi cabello y pude sentir la forma en cómo me sostenía para chuparlo más y mejor.*

*Comencé a hacer arcadas y pude notar los hilos de saliva que caían sobre mi ropa. Pensé en preocuparme pero como buena sumisa, entendí que tengo que confiar plenamente en él y si él cree que es lo que merezco, entonces es así.*

*Continué por unos minutos o eso creo. De inmediato noté las convulsiones de sus piernas. Mi Amo estaba a punto de correrse. En ese punto, preparé mi boca y mi cuerpo para recibir su regalo. Poco después sentir el calor de su semen, inundando cada espacio en el interior. Incluso sentí cómo salieron unas cuantas gotas por la comisura de los labios.*

*Volví a mirarlo y él me acarició el rostro con suma suavidad. Estaba Sonriéndome y yo, por dentro, me desarmé por completo. Cumplí con la misión principal de nuestra relación: complacerlo a como diera lugar.*

*Finalmente sacó su pene de mí, lo metió y subió el cierre. Yo procuré acomodarme y limpiarme tanto como pude y volví a concentrar la mirada hacia la pantalla. Mi cuerpo, todavía agitado, estaba volviendo a la normalidad de la rutina. Mi mente, por otro lado, era un cúmulo de pensamientos.*

*Apoyé mis dedos sobre las teclas y fue allí cuando miré el reflejo del collar en mi cuello. En ese momento comprendí a plenitud que mi vida era eso, complacerlo, darle placer... Y no lo dudaría nunca. Ni por un segundo”.*

Natalia encontró ese texto como si fuera un tesoro, como una revelación. Esa sensación de querer hacer algo diferente con ella misma se reveló en ese estado, en esas palabras que supieron traducir perfectamente sus sensaciones.

Guardó en enlace, cerró todas las pestañas e incluso borró los datos de navegación para que nadie se encontrara con ese material tan sensible. Cubrió sus huellas tanto como pudo.

Aunque estaba emocionada por probar el mundo BDSM, no sabía por dónde comenzar. Así pues que recordó esos foros en donde leyó al respecto y procuró empaparse del tema.

Encontró uno que le llamó la atención y le pareció un buen lugar para comenzar. Colocó un seudónimo y agregó un correo electrónico que casi no usaba. Cruzó los dedos y se abrió un perfil. A pesar de que quería seguir, se percató que esa inocente biblioteca no era el mejor entorno. Cerró y borró la información, como acababa de hacer. Tendría que suprimir su curiosidad hasta



llegar a casa.

Esperó toda la tarde y salió como una flecha hacia la parada de autobús. Estaba inquieta, ansiosa, como si supiera que algo estuviera a punto de pasar. Presionó el botón de la parada y se bajó a pocos metros del edificio en donde vivía.

Hizo una carrera para entrar rápido, subir a los elevadores y marcar el piso 6. Miró fijamente cómo se marcaron los pisos hasta que por fin se abrieron las puertas. Dio un salto hasta su puerta, introdujo la llave y pasó con apremio.

Dejó sus cosas en el sofá como si le estorbaran y fue hacia la habitación para encender la computadora. Luego de unos minutos, ya estaba allí, sentada, navegando por ese foro y tratando de interactuar con los demás.

Antes de dormir, Natalia miró que en los próximos días se desarrollaría un evento que reuniría a los miembros de la ciudad. Ella miró esto como una gran oportunidad para conocer gente y explorar más sobre el asunto.

El día llegó y ella se preparó lo mejor que pudo.

-Esto será interesante. –Se dijo antes de partir.

La cita era un bar no muy lejos de donde vivía, así que si las cosas no salían bien, tenía la excusa perfecta para irse.

Caminó unas cuantas calles y se encontró con el lugar, al principio estaba un poco nerviosa y estuvo a punto de echarse para atrás pero luego se percató que tenía que hacerle frente a la situación lo mejor que pudiera. Por suerte, encontró un grupo de gente con cara amable y con un símbolo que ayudaría al resto a identificar a quienes fueran llegando. Natalia los reconoció, saludó y la noche oficialmente había comenzado.

Natalia conoció a una cantidad de personas que en su vida hubiera imaginado conocer. Jueces, abogados, deportistas, amas de casa, maestros. Personas con diferentes profesiones y estilo de vida, quienes estaban allí compartiendo secretos, inclinaciones y perversiones.

Escuchó historias de todo tipo, aficionados a los pañales, orines, tacones altos, dolor, sumisión psicológica y hasta la humillación. Cada conversación le permitió entender un poco más el entorno que tanto le atraía y, al salir, estaba un poco más clara al respecto, supo bien qué dirección tomar.

No tardó demasiado tiempo en encontrar un Dominante que la educara y le introdujera de lleno a las sesiones. La primera vez que la amarró, ella sintió una especie de corriente eléctrica que le recorrió en el cuerpo. Le pasó lo mismo cuando sintió el cuero del látigo sobre su piel. Ese dolor y ardor le

hicieron retorcerse con fuerza. Natalia no sólo era sumisa sino también tenía inclinaciones hacia el masoquismo.

Su Dominante hizo lo que quiso con ella. Probó la tortura con fuego, pinzas en los pezones y hasta suspensiones. Natalia tenía muy buena tolerancia hacia el dolor, lo cual, le hacía perfecta para tener sesiones exquisitas.

Los dos desarrollaron un vínculo muy fuerte y estrecho. Tenían buena química y se la llevaban bien. Sin embargo, Natalia se percató que ella se estaba enamorando de él, a pesar de que no podía aspirar a una relación que fuera más allá. Se trataba de un hombre casado, con hijos y que encontraba en el BDSM y forma de escapar de los convencionalismos de la sociedad.

Después de varios meses, Natalia sintió la urgencia de decirle lo que sentía. Estaba en la disyuntiva de hacerlo y no. Pero finalmente lo hizo porque tenía esa necesidad de dejar salir esos sentimientos.

-Te amo.

-Natalia...

-He querido decírtelo por tanto tiempo... No tienes idea.

-Natalia, lo que estás diciendo no tiene ningún sentido. Sabes que soy un hombre casado y que no sacrificaré mi familia por nada del mundo. ¿Entiendes?

-Lo sé. Nunca supuse que lo harías, de verdad. –Ella supo allí que también se mentía-. Sólo... Sólo tenía esa necesidad de decírtelo.

Él se acercó a ella con un gesto dulce y suave. Le tomó por los hombros y la miró a los ojos.

-Hemos pasado cosas increíbles, Nati. Para mí fueron momentos únicos y geniales. No quiero que perdamos eso.

Sin embargo para Natalia fue demasiado tarde. Se sintió como una tonta por decirle lo que sentía y ya no pudo imaginarse más con él. La sola idea le resultó una punzada en el estómago y fue cuando decidió tomar distancia de esa relación que tanto placer le había regalado.

Tuvieron un último encuentro en donde le hizo sentir que más bien le hacía el amor. Se abrazaron, se besaron, follaron entre la suavidad y el dolor de tener que decir adiós. Él por dejar a una sumisa adaptada a sus gustos y ella por lo sentimientos que experimentaba. Al terminar, Natalia se vistió, tomó sus cosas y se fue. Más nunca miró para atrás.

Después de ese episodio se prometió a sí misma que ya no pasaría por lo mismo por lo que procuró no tener relaciones por largos periodos. Cuando se encontraba lo suficientemente aburrida, saltaba a otro Dominante que le

prometiera latigazos y torturas. La dinámica le fue bastante bien.

Aunque no pareció tener más problemas con lo sexual, no era lo mismo con el resto de los otros ámbitos. Como no estaba interesada en estudiar, sus padres se vieron obligados a quitarle el suministro de dinero. Natalia se vio en la obligación de irse y buscar trabajo. Primero fue como bibliotecaria y después saltó de un lugar a otro. Sin embargo, no estaba preocupada, más bien pensaba que las cosas se resolverían paulatinamente. Tenía esa filosofía de que todo tiene solución.

Mientras caminaba por esas calles iluminadas por las luces de neón, ella se topó con un aviso que le llamó la atención.

“Se solicita camareras. Información aquí”.

Se echó para atrás y miró el lugar por fuera. La fachada le resultó conocida, era uno de los clubs más populares de la ciudad y los dueños eran los gemelos más cotizados entre los solteros.

Leyó el nombre en un susurro:

-21.

Así era el nombre del club. En comparación de otros que estaban alrededor, en las puertas principales, había una larga fila de personas que morían por entrar. Aunque Natalia no era muy asidua a este tipo de ambientes, le pareció gracioso que la gente pasara frío o calor, sólo por entrar a bailar y tomar un rato.

Sin embargo, volvió a concentrarse en el anuncio y lo pensó un par de veces. Al acercarse un poco más, miró que era posible enviar el currículum a una dirección de correo. Sacó el móvil, tomó una foto y pensó que quizás se ganaría buen dinero siendo camarera. Además, ya estaba aburriéndose de su trabajo y quería algo diferente y a la vez divertido.

... No tenía la más mínima idea de lo que se encontraría.

## II

-Estoy esperando aquí desde hace dos horas, tía.

-Yo también, tengo las piernas que ya ni las siento por los tacos. Esto es insoportable.

-Venga, quisimos venir para aquí porque es el mejor lugar para irse de marcha. Así que ya estamos a tener paciencia y a esperar.

El grupo de tres chicas, apostadas en esa larga fila para entrar al 21, dijeron algo muy cierto. 21 era el epicentro de la fiesta. No obstante, no fue así siempre, al menos no de la noche a la mañana.

La idea de revolucionar el concepto de lo que significaba irse de marcha, comenzó con una fantasía de los hermanos Ángel y Dante cuando los dos apenas tenían 21 años y apenas estaban estudiando los primeros años de Administración y Negocios.

Al crecer en un ambiente pudiente, se acostumbraron a todo tipo de lujos. Cualquiera cosa que dijeran, se hacía realidad a la velocidad de un chasquido. No obstante, también comprendieron el valor del trabajo duro cuando su padre los hizo comenzar como becarios en el negocio familiar dedicado a la manufactura y venta de aceites de oliva.

Se encontraron de frente con las exigencias de un jefe y con la demanda de hacer un buen trabajo. Aunque aprendieron lo elemental para sobrevivir en el mundo empresarial, los dos estaban decididos a desempeñarse en un área completamente diferente: el entretenimiento.

La idea le vino cuando en la universidad en donde estudiaban, estaba organizado un evento para celebrar las vacaciones de verano. Por lo general, esas fiestas eran insulsas y poco divertidas por lo que ambos soñaron con contar con un lugar en donde pudieran escuchar buena música, beber tragos y en pocas palabras hacer lo que quisieran.

Por supuesto, no tenían capital para comenzar en ese momento, pero les tomó unos seis años en construir la identidad que querían para el club. De una vez decidieron que se llamaría 21, en honor al génesis de la idea a esa edad y también porque eran asiduos a los juegos de azar.

En ese tiempo, trabajaron en la empresa de su padre y lograron reunir una cantidad importante de capital como para comprar un local en el centro de la ciudad. A pesar de los riesgos que podrían implicarles, Ángel y Dante, se pusieron manos a la obra e invirtieron en la decoración y refracciones que le hacían falta al lugar. Ambos arreglaron tuberías, paredes y hasta daños en el

suelo. Los costos comenzaron a subir pero luego pudieron controlar la situación.

El último toque fue invertir publicidad en las redes sociales. Los dos también se vieron en la obligación de estudiar un poco sobre Marketing y la verdad es que no les fue tan mal. Dos semanas intensas fueron suficientes para el nombre de 21 comenzara a darse a conocer entre las redes. Las apuestas eran altas así que los hermanos tenían grandes esperanzas de lograr lo que querían desde hacía tiempo.

Finalmente el día de la inauguración y la fila que estaba en las puertas denotó los resultados del trabajo duro. Incluso estaba la prensa. Las cámaras y reflectores estaban dispuestos ante los hermanos.

Desde ese día, 21 se convirtió en un referente para las fiestas en la ciudad. El local, amplio y moderno, tenía salones VIP, tarimas para DJ's y para bandas de cualquier tipo, una barra con una amplia selección de licores y una pista de baile coronada con un 21 en el techo que servía como detalle kitsch de los hermanos. Era un mensaje poderoso y claro.

10 años fue el tiempo que les tomó el reconocimiento de otros locales y de la propia gente. El éxito fue tan rotundo que ellos se convirtieron en los reyes de la noche. Incluso se encargaron de crear un licor que se vendería exclusivamente en sus locales, porque, claro, abrieron más de un club.

La cadena no sólo se expandió en la ciudad sino también en el país. Sus rostros aparecían en las portadas de los diarios y revistas. Eran invitados a las fiestas más exclusivas y hasta premiaciones de todo tipo. La presencia de los dos era garantía de fama y buena reputación.

Además de hacerse nombre en el mundo del entretenimiento, Ángel y Dante también se hicieron famosos por ser gemelos. Un hecho que ya de por sí era fascinante para mucha gente. Los dos, de piel olivácea, cabello negro, espeso y largo como por las orejas, ojos cafés, nariz con el puente ancho y labios finos. Además, también eran altos, delgados y de buena figura porque, bueno, le gustaba la atención de las mujeres. Sin embargo, a pesar de ser como dos gotas de agua, era posible distinguirlos por un mínimo detalle: Dante tenía un pequeño lunar debajo de su ojo derecho. Sólo unos pocos con verdadera capacidad de observación, pudieron detectar ese detalle.

De resto, a los dos les gustaba jugar con la gente, confundirlas, hacerlas sentir desorientadas por su imposibilidad de distinguirlos.

Ángel era el mayor y, por ende, el más sociable. Por lo general, se encargaba de las relaciones públicas del club. Hacía que la gente se sintiera

cómoda y en confianza con él, con una facilidad impresionante. Encantador, seductor e irresistible. Esas eran sus armas para convencer a quien quisiera.

Por otro lado, Dante tenía la mente centrada en los negocios. Era rápido con los números por lo que solía hacer rápidas proyecciones que le servían para tomar riesgos o decisiones en cuanto a los club. Fue él quien introdujo la idea de vender el vodka 21 para obtener más ganancias. A pesar de la incredulidad de su hermano, él tenía razón. Aunque no tuviera ese mismo encanto que Ángel, Dante era tan seductor como su hermano, por lo que usaba esa ventaja a su favor cuando las cosas no salían como quería. Al final, juntos resultaban un equipo infalible.

Por supuesto, no todo era trabajo en sus vidas. Ambos disfrutaban del buen sexo pero no ese estilo vainilla... No, nada de eso.

Durante la universidad, mientras estaban explorando las posibilidades que podían alcanzar si lograban hacer funcionar la idea de 21, hicieron todo tipo de aventuras sexuales en el campus, fuera juntos o por separado. Poco a poco se dieron cuenta de que eran un par de tíos con gustos particulares y que no encontraban la manera de darle un nombre a eso. Por ejemplo, Ángel descubrió que le gustaba inmovilizar a sus amantes y Dante prefería causarles dolor por medio de nalgadas o correazos. Sus experiencias en la cama se volvían más y más retorcidas por lo que se detuvieron un momento a pensar qué podría ser todo aquello.

Un día una chica de primer año se les acercó. Era una tía normal, común. Los miró fijamente para después hablarles al oído.

-Corren rumores de ustedes, así que me sentí intrigada. Por lo que he escuchado, son un par de Dominantes y sádicos en potencia. ¿Acaso no es una maravilla?

Tiempo después supieron el nombre de esa chica, Tina. Fue ella quien les inició en el mundo del BDSM.

Conocieron a personas como ellos, a gente que también les gustaba dominar, controlar y hasta humillar. Ángel aprendió cómo hacer amarres de todo tipo y Dante comprendió que se sentía sumamente poderoso con un látigo en la mano. Los dos encontraron su nicho, finalmente.

Por un tiempo las cosas marcharon sin problemas. Ambos se dedicaron a explorar sus emociones e inclinaciones sin el temor de que los descubrieran a satanizaran, sus identidades estaban protegidas y, por ende, sabían que nadie se aprovecharía de esa ventaja.

Después de graduarse y después de crear 21, sus relaciones afectivas

también cambiaron drásticamente. Aunque adoraban la atención de las mujeres, tenían cuidado con quien involucrarse. Procuraban hacerlo con personas confiables y serias.

Ángel, el más carismático de los dos, se hizo novio de una heredera de un imperio farmacéutico. La chica era rubia, alta, hermosa, estudiada y fina; además perteneciente a una familia con dinero. Ella era le daba esa imagen de tío serio y enamorado. Sin embargo, también se repartía la vida con una sumisa menor que él pero que le prendía hasta volverlo en llamas.

La chica era un ratón de biblioteca pero era la esclava perfecta. Se dejaba amarrar tanto como él quisiera y le permitía cumplir sus más oscuras fantasías. Así pues, él tenía lo mejor de los dos mundos. No obstante, a pesar de encontrarse en ese equilibrio perfecto, Ángel se aburrió de las dos. Se aburrió de pretender y se aburrió de esconder lo que realmente era, así pues dejó el compromiso que se perfilaba como la relación del año y dejó de verse con esa chica aunque aquello representara una profunda tristeza para él.

Por otro lado, Dante, a pesar de su aspecto silencioso, resultó ser más práctico para las relaciones. Las mujeres para él eran un medio para cumplir con sus fantasías así que procuró tener varias sumisas con cierto grado de variedad, es decir, sólo tenía un par con las cuales se permitía tener sexo y el resto las usaba sólo para satisfacer sus impulsos sádicos. Cuando quería comunicarse con ellas con esas intenciones, sólo escribía un mensaje con una “D” y enviaba la información a quien se le antojara. Esperaba un “Sí, Señor” y de disponía a recogerla para desnudarla y luego azotarla tan fuerte como quisiera. Después de que le dolieran las manos o sintiera las manos cansadas, acomodaba su ropa y se iba, dejando a la chica de turno con esa expresión de urgencia, de necesidad de más.

Lo cierto es que tenía un pensamiento que iba más allá de lo común. A pesar de las presiones de sus padres y familiares, Dante no tenía interés alguno de involucrarse sentimentalmente con alguna mujer.

-Es una pérdida de tiempo.

Aunque su hermano difería al respecto, no le quedaba opción que respetar la opinión de Dante.

Las perspectivas de los dos podían chocar de vez en cuando pero lo importante era que lograban coincidir en el amor que tenía por el negocio y en su relación como hermanos. Gracias al vínculo que los unían, un vínculo que no todo el mundo podía entender, lograban pensar lo mismo casi al mismo tiempo, incluso podían intercambiar unas cuantas miradas y ya sabían la

opinión del otro. Sin duda, tenían un lazo muy poderoso.



### III

Natalia miró la pantalla de su laptop para luego exclamar un suspiro. Su cuenta bancaria era una especie de chiste que parecía no tener fin. Ciertamente había logrado encontrar un trabajo de medio tiempo en una tienda de abarrotes pero estaba segura que en cualquier momento la dueña la despediría porque los clientes hombres comenzaron a tener la costumbre de dejar sus números de móvil en algún papel o servilleta.

Sin embargo, buscó su móvil y encontró el aviso de que se buscaba camarera en el flamante club 21. Agrandó la imagen y pilló el correo electrónico. Así pues que buscó su currículum, agregó la experiencia laboral y exageró un poco unas cuantas cosas. Revisó que la fotografía se viera bien y respiró hondo. Nunca había necesitado tanto esta oportunidad así que estaba cruzando los dedos, invocando todas las energías positivas.

Abrió su cuenta de Gmail y comenzó a escribir un mensaje que se leyera respetuoso pero a la vez con cierta animosidad:

*“Buenas noches,*

*Mi nombre es Natalia Pereira y estoy interesada en la oferta de trabajo que colocaron en las puertas de trabajo. Adjunto mi resumen curricular para más información.*

*Muchas gracias.*

*¡Saludos!”*

Presionó el botón enviar y se quedó sentada en la silla esperando que un milagro se le manifestara. Así pues que se levantó por un momento, fue hacia la habitación para buscar la cajetilla de cigarros y en cuanto estaba inclinada sobre la mesa de noche, escuchó una notificación. Dio un brinco y salió corriendo hacia la laptop. Le respondieron en seguida.

*“Buenas noches, Natalia.*

*Acabamos de revisar tu resumen curricular y nos gustaría hacerte una entrevista. ¿Qué te parece en una hora?*

*Quedamos atentos ante tu respuesta.*

*Saludos cordiales”.*

Natalia no pudo evitar un brinco y después que se le pasara la emoción, respondió que iría a las oficinas principales del club en la hora que acordaron. Después de recibir la confirmación, fue a tomar un baño y comenzar a prepararse.

Se vio en el espejo y se miró con una amplia sonrisa.

-Tía, las cosas saldrán muy bien, ya verás.

Tomó una ducha y salió a los minutos para decidir lo que usaría para la entrevista. Pensó que no podía lucir nada demasiado formal pero tampoco muy fiestero. Optó entonces por lucir un vestido negro que le quedaba a las rodillas, de escote redondo y alto, medias y tacos negros.

Después de vestirse, peinó su largo cabello, maquilló los ojos con delineador negro y pintó sus labios de un color neutro. Un collar brillante pero no demasiado, el bolso para guardar una copia de su resumen curricular y un par de zapatillas de repuesto por si las cosas salían bien y tendría que quedarse a trabajar. Echó un último vistazo así que hizo de tripas corazón y se fue procurando no tener accidentes por andar con semejantes zapatos.

Se tomó el tiempo de llegar al 21 porque no quedaba lejos y, además, tampoco quería llegar agitada. Fue a la parte trasera en donde había visto inicialmente el anuncio y tocó con fuerza. Se echó para atrás cuando sintió que abrían desde adentro.

Salió a su encuentro una chica muy alta con un vestido ajustado de color azul oscuro y un cárdigan rojo. El cabello rubio recogido le daba un aire severo pero esa sensación se disipó cuando ella extendió la mano y habló.

-Natalia, ¿cierto? Pasa, pasa. Bienvenida. Muchas gracias por atender nuestra solicitud tan pronto. Entendemos que la gente tenga planes y pensé que sería un atrevimiento de mi parte pero tenía que probar. ¿Cómo estás?

Parecía que hablara como si recibiera una inyección de energía.

-Bien, bien. Y no te preocupes, me parece estupendo que me hayan llamado. Pensé que se tardarían un poco.

-Oh no, tenemos la política de revisar con prontitud las solicitudes así no hacemos perder el tiempo a los postulantes. Sabemos muy bien lo importante que es eso en nuestras vidas.

-Claro, claro.

-Bien, siéntate aquí. Te llamaré en un rato para que podamos hablar mejor, ¿te parece?

-Sí, por supuesto.

Le esgrimió una sonrisa y caminó hacia un pasillo, entró a una oficina y pareció estar en el mismo plan con una chica. Mientras estuvo allí, se puso a mirar con detenimiento el lugar en donde se encontraba. Paredes blancas y prolijas, unos cuantos cuadros de arte abstracto y sillas cómodas de cuero. A pocos metros había un botellón de agua y unos cuantos vasos de plástico transparentes, incluso había un pequeño plato con ponquesitos. El suelo era de

cerámica oscura lustrada y muy brillante. Era un lugar silencioso salvo por la música que se colaba de la disco. Se escuchaba alguna canción de Mayor Lazer o Diplo, no lo reconoció bien.

Quiso seguir mirando hasta que la rubia dejó salir a una chica y la despidió en la puerta.

-Muchas gracias, Sofía.

Después se giró hacia ella y le hizo una seña para que la siguiera.

Natalia entró a una oficina grande, amplia. Tenía un ventanal que daba hacia la calle por lo que podía ver la fila de personas que estaba esperando por entrar.

-Ah, sí. Todas las noches son así. Es una locura. Trabajo aquí desde hace cinco años y siempre es lo mismo. Ni siquiera disminuye en invierno.

-Vaya...

-Sí, pero eso es bueno, ¿cierto? El trabajo es algo muy bueno. No me puedo quejar, sinceramente. –Le dijo con una sonrisa.- Ahora bien, mejor me callo porque siempre tengo la tendencia de irme por las ramas y sé que la gente se aburre mucho. A ver, Natalia, cuéntame de tu experiencia laboral.

En ese instante, Natalia comenzó a hablar sobre las cosas que hizo a lo largo de los años. En general, todo se resumió a la atención al público en todas sus variantes.

-¿Bibliotecaria? Guao, debe ser un ambiente muy interesante.

-Lo es. Aprovechaba para leer tanto como pudiera.

Siguieron hablando por un largo rato, hasta que la rubia le dijo.

-Te seré sincera, Natalia. Me gustas mucho para el puesto y estoy segura que podrías llegar mucho más lejos. ¿Qué te parece si empiezas mañana por la noche?

-Oh, vaya, me encantaría.

-¡Buenísimo! A ver, el uniforme es algo muy similar a lo que tienes puesto. Por lo general tardamos un poco de tiempo mientras los mandamos hacer pero que ese mismo vestido funcionará perfecto. Por otro lado, la paga es semanal y las propinas te las quedas tú. Afuera hay un casillero en donde podrás dejar tus cosas sin problemas. Nadie toca las cosas de nadie, sobra decirlo. Mmm, creo que nada se me escapa. Ah, lo único son mis jefes, ¿has escuchado de Ángel y Dante?

Por supuesto que Natalia había escuchado de ellos, eran los rostros más deseados entre las solteras. Además eran considerados los reyes de la noche ya que hablar de fiestas, era inmediatamente pensar en ellos.

-Sí, sí, por supuesto. Todos en esta ciudad saben quiénes son.

-Bien, lo comento porque ellos, por lo general, son los que dan el visto bueno pero lo cierto es que me gustas para el puesto y quiero que aceptes. Ya después me arreglaré con ellos. Entonces, ¿qué dices?

-Estaré más que encantada.

-Estupendo. Mañana mismo te doy para que firmes el contrario y después te suelto al ruedo, aunque estoy segura que te irá bastante bien. –Le hizo y guiño y luego se levantó.

Se despidieron y Natalia salió con más optimismo que nunca. Le encantó saber que se trataba de un buen sueldo, que tendría un seguro y que de paso se quedaría con las propinas. Por si fuera poco, estaría a pocos metros de su casa por lo cual era una oportunidad en un millón.

-Helena, ven para aquí, por favor.

La alta rubia tragó fuerte y pensó y sintió un poco de preocupación. Sabía que sus jefes eran exigentes con el personal así que apenas recibió el mensaje, se apresuró a reunir los papeles de los aspirantes a los puestos que estaban disponibles.

Salió de su oficina y se dirigió a la parte posterior del pasillo en donde se encontraba, giró a la derecha y tomó un pequeño elevador. Presionó el botón que la llevaba al último piso, esperó un rato y se abrieron las puertas. Caminó unos cuantos metros más hasta encontrarse con una puerta de madera oscura. Tocó y esperó unos segundos. Le abrió Ángel.

-Hola, H. ¿Cómo estás? Adelante, por favor.

Dante estaba sentado en la silla de cuero, hablando por teléfono así que sólo le hizo un gesto con la mano y una media sonrisa.

-Sé que estabas haciendo algunas entrevistas. Me gustaría que me contaras cómo te fue.

-Bien, hablé con unos cuantos para bartender y dos chicas para camarera. Aunque... A ver, ella me gustó mucho. No sé. Me dio una vibra interesante.

-Bueno, ya has demostrado con anterioridad que tienes buen ojo con las personas.

Sacó sus lentes de ver de pasta negra y se los colocó. Revisó por un momento los nombres y los aspectos hasta que se detuvo en el perfil de Natalia. La foto le llamó poderosamente la atención y la miró por un rato.

-Dices que ella te gustó, ¿no?

-Así es.

-¿Por qué?

-Tiene una buena experiencia en servicio al público ya que ha trabajado en otras áreas, además, también me comentó que sabe inglés y francés así que no está mal tener a alguien así con nosotros.

-Es guapa.

-Sí, mucho.

Helena se quedó callada y él también.

-Supongo que ya la contrataste.

-Ya me conoces. Empieza mañana y firma de una vez.

-Estupendo. Si te parece que le irá bien, pues no lo dudes. Con respecto a los chicos, descártalos. Que la vacante esté abierta hasta que se postule alguien que valga la pena.

-Sí, señor.

-Ah, mejor déjame quedarme con esto. Ya sabes, para estudiar mejor el perfil.

-Vale. No hay problema.

-Estamos hablando.

Helena salió de la oficina dando un respiro de alivio. Después de cerrar la puerta, Ángel siguió mirando ese trozo de papel en donde podía ver la foto de ella, de Natalia. Lo observó un poco más de cerca y se percató de ese cabello negro, de los ojos grandes y de esa sonrisa que denotaba que tenía ciertas cosas que no podía descifrar.

Después de quitarse los lentes, dio la vuelta para que su hermana la viera también.

-Sí, sí... Estoy consciente de eso pero no sé si será atractivo vender nuestra marca de vodka a licorerías, a ver, que no es una cosa cualquiera. Ya sé... Ajá... Ajá.

Bajó la voz cuando su hermano le puso el currículum de Natalia frente a sí. Lo tomó con ambos dedos, mirándolo por un rato. Después le dirigió una mirada a su hermano y compartieron la complicidad del momento, como si supieran exactamente lo que estaban pensando.

-Vale... Mejor hablamos de esto después... Vale.

Colgó el teléfono y miró a Ángel.

-¿Cuándo empieza?

-Mañana.

-Vaya.

-Sí. Así es.

-Interesante.

-Veremos qué tal le va.

-Tiene cara de ser desenvuelta.

-No te dejes llevar por las primeras impresiones. Saben que siempre resultan engañosas.

-Vale... Igual es interesante. Lo sabes.

-Por supuesto.

Dante la miró con más detenimiento.

-Sí, veremos qué tal le va.

## IV

Natalia pasó todo el día hecha un manojo de nervios. Aunque no era la primera vez que se encontraba en una situación así, tenía el presentimiento que ese puesto le haría encontrarse con una situación fuera de serie.

A medida que se acercó la noche, se tomó el tiempo para arreglarse como la vez anterior. Como supuso que estaría dando vueltas por ahí, en vez de dejarse el cabello suelto, optó por hacerse una trenza de lado y sustituyó sus tacos por unas zapatillas, esas mismas que tenía de repuesto. Se miró en el espejo del tocador y se encontró satisfecha con el reflejo. Salió de casa dando tumbos por haber encontrado un trabajo cuando estaba a punto de experimentar un fuerte descenso económico.

Caminó por las calles y se encontró con la puerta trasera entreabierta, así que aprovechó para entrar. Frente a ella estaba Helena quien la vio con una amplia sonrisa.

-Natalia, qué bueno que llegaste temprano porque así podrás firmar el contrato, además de contarte un poco cómo funcionan las cosas.

Después de dejar sus cosas en el casillero, Natalia y Helena bajaron unas escaleras para encontrarse con la pista principal. Ciertamente, ella no era una mujer que disfrutara de ese tipo de ambientes pero se maravilló de inmediato cuando vio la elegancia del local. Era amplio, quizás para albergar unas 300 personas cómodamente. A uno de los lados de la pista, se encontraba unas largas escaleras que llevaban al área VIP. Una hilera de salones privados, también amplios y cómodos con mesas en el medio y con una barra y un espacio para un DJ o banda que quisiera presentarse.

-Trabajarás aquí ya que es una de las zonas en donde más necesitamos personal. Te ocuparás de los últimos seis salones. Si tienes dudas, podrás recurrir a mí o al gerente de piso. Siempre estamos aquí alguno de los dos. No creo que sea necesario que trabajes abajo puesto que las cosas son un poco más informales. Aquí sí hay que ponerle un poco de cuidado porque suelen ser clientes importantes y queremos que tengan la mejor atención posible. Ah, antes de que se me olvide, no te preocupes de la seguridad, hay guardaespaldas que estarán atentos de los clientes como de ti. Nosotros valoramos mucho a nuestros empleados y nos esmeramos en que se sientan bien cuando trabajan.

-Genial, está estupendo.

-Creo que no se me escapa nada. Recuerda, si tienes mil dudas, que nada

te detenga que hacer las preguntas que quieras. Es importante que lo tomes en cuenta porque servirá para que le agarres el hilo rápidamente. Por cierto, antes de que se me olvide, los chicos pasarán por aquí porque creo que recibirán a un cliente importante. Cuando son situaciones así, ellos suelen encargarse personalmente de la situación pero que no te extrañe que ellos soliciten tu ayuda. ¿Vale?

-Perfecto, mucha suerte, Natalia. Sé que te irá bien.

Ella se quedó allí, parada hasta que la vio irse. De alguna manera tenía el presentimiento que las cosas saldrían bien.

Después de hacer los preparativos, la noche comenzó oficialmente cuando abrieron las puertas inferiores y dejaron entrar a los primeros clientes. En seguida, la música comenzó a sonar y ya estaba el ambiente de fiesta ideal. Natalia comenzó a atender a los clientes y a sentirse como pez en el agua. Iba y venía a todo dar y se olvidó por completo del mensaje que le dijo Helena.

Fue allí cuando Ángel y Dante subieron las escaleras para ir a la zona VIP, allí se apostarían para esperar a su cliente quien resultaba ser un importante distribuidor de licores.

Ángel tenía un traje negro y Dante, azul oscuro. Zapatos lustrosos, el cabello negro espeso y negro como la noche, los dos eran los reyes y todos les debían el máximo respeto.

Apenas llegaron al piso superior, sintieron las miradas de quienes ya estaban allí. Sin duda, les gustaba mucho la atención. Optaron por colocarse en uno de los últimos salones y esperaron a que se hiciera la hora.

-¿Cuánto falta? –Dijo Dante con apremio.

-No mucho, debería estar por llegar.

Mientras los pensamientos, los dos captaron por refilón un par de hermosas piernas que se movían rápidamente de un lugar a otro. Siguieron observando y se trató de la chica nueva, Natalia.

-Es ella...

-¿Natalia?

-Sí.

-Joder...

No se dijeron más porque no había nada más que decir. Era una chica bella, hermosa. Aunque el cabello lo tenía dispuesto con una trenza, algunas hebras caían perezosamente hacia los lados, haciéndola vez como si fuera una ninfa. Los labios rojos, los ojos expresivos y esa figura deliciosa. Además, mientras estuvieron mirándola, la vieron sonreír.



Ángel, después de echarle una mirada a su hermano. Quedaron de acuerdo para llamarla y así hablar con ella. De todas maneras, eso era algo que tendría que pasar eventualmente, sobre todo, por tratarse de los jefes del lugar.

La música estaba a todo dar y Natalia trataba de prestar atención a los pedidos de los clientes. No quería perderse de nada. A pesar del trajín en que se encontraba, ella estaba ganando cada vez más confianza. Recordó sus días como camarera en un café así que no tardó mucho tiempo en adaptarse.

Mientras estaba en la barra esperando a que le sirvieran una botella de champaña, sintió una mano sobre su hombro. Se giró inmediatamente pensando que se trataría del gerente de piso pero no. La imagen que la golpeó fue mucho más fuerte, más intensa. Era un hombre alto, delgado pero definido, de cabello oscuro, ojos penetrantes y una sonrisa que dejaba ver esos dientes blancos y rectos. Además, ella pareció quedar envuelta en ese perfume delicioso que no sabía de dónde emanaba. Era algo que le resultó tan único y sensual que prácticamente le hizo sentir que había ido a parar hacia otra dimensión.

-¿Natalia? Hola, me llamo Ángel. Creo que Helena ya te habló de nosotros. ¿Qué tal la noche?

-Hola, mucho gusto –Extendió la mano con seguridad a pesar del nerviosismo que le hizo sentir- Sí, un poco agitado pero ya conozco un poco este tipo de ambientes así que estoy agarrándole el hilo. Ahora mismo estoy esperando una cubeta con una botella de champaña que tengo que llevar.

-Vale, cuando acabes allí, ven a vernos a mi hermano y a mí. Prometo que no será por mucho.

-No estaría mal tampoco.

Ángel le respondió con una sonrisa pícaro y dejó a Natalia lidiando con el trabajo. Al regresar al salón, miró a Dante.

-Vendrá en unos minutos.

-Vale. ¿Qué tal?

-Ya lo verás.

Ambos sonrieron.

Mientras llevaba la cubeta de metal fría, Natalia se regañó internamente por atreverse a decir semejante comentario.

-Me van a despedir por imprudente. –Se dijo para sus adentros.

Después de servir lo que tenía pendiente, miró el reflejo de los zapatos lustrosos provenientes cerca de uno de los salones más lejanos de la zona. Respiró profundo y sintió que el corazón le latió con fuerza. Se asomó y vio a un par de tíos guapísimos. Si ver a Ángel le impactó, no se esperó

sorprenderse tanto al ver a los gemelos.

Dante estaba sentado con las piernas cruzadas fumando un pitillo con toda la paciencia del mundo. Su hermano estaba junto a él, bebiendo un trago de lo que parecía whiskey.

-Hola, ¿puedo pasar?

-Por supuesto, Natalia, adelante. –Dijo Ángel con ese verbo sensual y dulce-, siéntate en donde gustes, sólo queremos hablar contigo. Este es mi hermano Dante.

-Hola, Natalia, ¿cómo estás?

-Hola, mucho gusto.

Ella en seguida notó el lunar debajo del ojo. Apostó que no mucha gente se había tomado la molestia de darse cuenta de aquel detalle, aunque entendió muy bien la razón. No era fácil puesto que los dos eran copias exactas y, además, muy atractivos.

Natalia tomó asiento no muy lejos de ellos pero tampoco muy cerca. Si quería preservar su trabajo, tendría que tomar una postura un poco más comedida aunque representara una tortura para ella porque era una forma de poner freno a sexualidad que tanto emanaba.

Sin embargo, por más intentos que hiciera, era inútil. Los dos habían captado el tipo de persona que era Natalia, así que aprovecharon el momento para inspeccionarla como habían querido desde el primer momento que vieron su foto.

-Bien, Natalia, tenemos que confesar que Helena estaba muy entusiasmada contigo cuando te entrevistó y déjame decirte que eso no es algo que pase todos los días. Helena es mucho más dura de lo que crees pero cuando alguien logra ganársela, es un pan de Dios.

-Sí, así es, por eso confiamos mucho en ella. No se deja impresionar fácilmente y eso es muy interesante cuando toca contratar personal porque lo uno busca es, digamos, gente que sepa hacer las cosas bien. ¿Sabes a qué me refiero?

-Claro, claro. Tengo una idea de lo que quieren decir.

Dante se echó para atrás mientras fumaba. Aprovechó la oscuridad de la pared que tenía detrás en el fondo para observarla como le diera la gana. Era algo que solía hacer, le hacía sentir que era una especie de depredador que se divertía jugando con su presa. Así pues que mientras su hermana hablaba animadamente de cualquier forma, él tomó una actitud taciturna.

Por supuesto eso tenía que ver con una especie de acuerdo tácito que

establecieron los dos. Mientras Ángel extraía la mayor cantidad posible de información, Dante se encargaba de notar todo aquello que formaba parte del lenguaje corporal. Esos mínimos detalles que no eran fáciles de reprimir o pensar. Al final, ambos comparaban resultados y, dependiendo de la situación, definían el próximo paso.

-Así que, ¿cómo te sientes?

-Bastante bien. Es una noche movida pero me gustan esas cosas.

-Estupendo. Nos encanta saber que te sientes a gusto. –Dijo acercándose a ella un poco más- Es por ello que queremos que sepas que, si tienes algún problema o sugerencia, mi hermano y yo estaremos encantados de hablar contigo.

-¿En serio? –Respondió ella con una sonrisa- ¿No sería demasiado abuso de mi parte?

-Para nada, querida. Aquí estamos para apoyarnos 100% en lo que se necesite. ¿Cierto, Dante?

-Así es, hermano.

-Muchas gracias, de verdad. Es agradable que pueda contar con mis jefes.

-Ah, querida. Ese término nos hace sentir... Digamos, un poco incómodos. Puedes tratarnos de tú. A menos que las cosas cambien.

Natalia captó de inmediato las intenciones detrás de esas palabras. Aunque tuvo la tentación de responder. Sólo se limitó a hacerles una sonrisa y a tocarse el pelo. Dante, desde la oscuridad, sonrió ante el resplandor del cigarro que se estaba fumando.

De repente, se escuchó el sonido del móvil de Dante. Era una llamada entrante.

-Hola. ¿Cómo estás, Pedro? Bien, bien... Estamos en el último salón. Sí, aquí te esperamos.

Colgó y se levantó.

-Natalia, me temo que tenemos que dejar esta interesante conversación hasta aquí. En seguida vendrá un cliente importante así que espero... Esperamos que luego tengamos la oportunidad de seguir conversando un poco más.

Ella se levantó con cuidado, mostrándoles esas piernas largas y torneadas, las caderas anchas y la cintura pequeña marcada por el vestido negro.

-Estaría encantada de volver a hablar con ustedes.

-Bien, entonces será para una próxima ocasión.

Natalia salió con paso suave y sensual. A medida que lo hacía, las caderas

se movían de manera hipnótica, como si lo hiciera a propósito... Y así era.

Salió del salón y Dante y Ángel se quedaron embebidos en la imagen que tenía frente a ellos. Ángel tuvo la tentación de seguirla pero Dante lo detuvo.

-Venga, ya tendremos tiempo para divertirnos con ella.

-¿La viste? Nos ha provocado todo el tiempo que quiso.

-Sí. Lo sé... Es toda una zorrita... Me encanta.

-A mí también. No puedo esperar el momento de atarla.

-Y yo de azotarla.

-¿Qué debemos hacer?

-Esperar. Esperar un poco más. Juguemos con ella un poco, ¿sabes a lo que me refiero verdad?

-¿Intercambiarnos? ¿Crees que lo soportará?

-Eso es lo que tenemos que ver, hermano. Algo me dice que es una chica muy lista y que no se dejará manipular tan rápidamente. Pero ya veremos, ya veremos cómo marchan las cosas.

-Esto ya comienza a divertirme.

-Y apenas estamos comenzando.

Apenas terminaron la conversación, el cliente hizo acto de presencia y los dos tuvieron que concentrarse en los negocios. Sin embargo, sus mentes estaban puestas en ella.

La noche volvió a tomar el rumbo acelerado. Natalia no paró ni un momento y hubo un instante en que sintió que los pies se les iban a reventar. Sin embargo, después de terminar la jornada, recibió un total de 100\$ de propina, mucho más de lo que esperaba hacer en una noche.

Helena le felicitó y además le dijo:

-Estar aquí arriba es una gran ventaja. Muchos son personas importantes y el dinero no les importa tanto, por eso es muy probable que hagas buen dinero sólo con las propinas. Así que muchas felicidades.

-Muchas gracias. Esto me servirá de gran ayuda.

-Bien, mañana recuerda llegar a la misma hora. Creo que tendremos el uniforme listo, aunque no estaría de más que trajeras de nuevo el vestido, ¿vale?

-Vale. Gracias, Helena.

Miró el reloj que estaba en la oficina de ella y se percató que eran las 4:00 a.m., aun así, la fiesta parecía que no tenía fin.

Caminó de regreso a casa con una amplia sonrisa en los labios, era como si el cansancio se le hubiera espantado del cuerpo. Introdujo las llaves a su

piso, entró y volvió a echar sus cosas por ahí producto del descuido y el sueño.

Caminó hacia su habitación y se dejó caer sobre la cama. Por fin sus pies se sintieron aliviados y el malestar. Al quedarse tranquila y en paz, recordó el impacto que le produjo encontrarse con los solteros más cotizados de la ciudad.

Pensó en la forma en como estaban vestidos, en la manera en que se desenvolvían y comunicaban entre sí. Los dos tenían una forma de hablarse sin palabras y apostó que no muchos sabían que era aquello era posible.

No se sintió muy segura por quién se sentía más atraída. Por un lado, Ángel era un tío carismático y con un encanto aplastante. La manera que tenía de sonreír y de moverse la hacía sentir ganas de abalanzarse sobre él. Por otro lado, Dante era el más misterioso de los dos y aquello era también algo que le resultaba atractivo. La manera en que quedó absorbido por la oscuridad del pequeño salón, para dedicarse exclusivamente a observarla... Porque claro, ella supo de inmediato cuáles eran sus intenciones. No era tonta.

De repente, comenzó a fantasear con la idea de estar con los dos, de besar esos labios. De perderse en la sonrisa de Ángel y en la mirada profunda y misteriosa de Dante. ¿Qué tal sería que los dos fueran Dominantes? Ella trató de despejarse aquella imagen porque se ilusionaría demasiado. Probablemente se trataban de un par de chicos que sólo les importaba meterlo un par de minutos y listo, sin problemas... ¿Y si no fuera así?

Giró sobre la cama y abrazó la almohada, aferrándose al sueño de tenerlos a los dos en la misma habitación, gozándolos, disfrutándolos. Se podría imaginar siendo sometida por ambos hombres, perderse en ese par de rostros que denotaban sensualidad y poder. No paraba de preguntarse cómo sería estar con los dos, cómo sería dejarse someter por ese par de prospectos. Aunque quiso seguir pensando en cómo sería aquella aventura, cerró los ojos debido al cansancio y poco a poco perdió la conexión con la realidad. Se quedó dormida de inmediato.

## V

Después de la reunión, después de haberse tomado unos tragos y de haber respondido un par de preguntas de un cliente; Ángel revisó las ganancias que habían recibido el club durante esa noche.

Estaba tan cansado que les pidió a todos que se fueran a sus casas y que después seguirían pero con más calma. Se despidió de su hermano y se subió a su Camaro negro del 79. Movi6 la palanca de velocidades y tom6 el volante con ambas manos. Manej6 entre la oscuridad de las calles de la ciudad, escuchando Junior de Royksopp a todo volumen, como si fuera el fondo musical m6s apropiado para el momento.

Sintió que los ojos se le cerraban pero se mantuvo despierto porque ya no estaba muy lejos de su casa. Unos kil6metros m6s y se echaría sobre la cama. Mientras, se le vino a la mente el cuerpo y el rostro de Natalia. Esos grandes, con las pestañas largas y esa boca gruesa que se plegaba a la perfección cada vez que articulaba alguna palabra. Como si las vocales y las consonantes se sintieran halagadas de salir de ese cuerpo tan perfecto.

Ella pareció tener una mezcla explosiva. Lucía inteligente, despierta, sensual e, indudablemente, sexual. Esa trenza larga que constantemente tocaba con sus dedos. Fue obvia la química que sintieron en ese momento, esa chispa que le recorrió por el cuerpo, esa misma que le hizo darse cuenta que inmediatamente la deseaba como nunca.

En seguida pens6 en amarrarla con esas cuerdas de cáñamo que guardaba en la mazmorra de su casa. Pens6 incluso en el gancho de meta que estaba en el techo, objeto muy útil en caso de las suspensiones, ¿acaso no sería genial poder usarlo con ella? Claro que sí. Indudablemente.

Se acerc6 por fin a la entrada de urbanización en donde vivía. Una hilera de casas, mansiones y quintas se mostraron ante él. El sonido de los grillos, la quietud de la calle, le hizo sentir que por fin faltaba poco para llegar. Ahora que vivía en un lugar, aprendió a apreciar aún m6s el silencio y la tranquilidad.

Poco a poco comenz6 a disminuirla velocidad y se detuvo finalmente en una amplia casa de dos pisos, la cual mezclaba el concreto y el vidrio. Detuvo el coche en la gravilla de la entrada y se baj6 con toda la paciencia del mundo. Mir6 el reloj. Eran las 5:00 a.m. El cielo todavía estaba oscuro pero en el horizonte, pudo ver los rayos de sol que ya comenzaban a romper las nubes negras.

Sacó una tarjeta magnética y marcó el código de la seguridad para desactivar la alarma. De nuevo lo embargó esa sensación de paz y tranquilidad que ya le hacía sentir aún más sueño.

Dejó las llaves en la encimera de mármol de la cocina, subió las escaleras y se encontró con su habitación. Apenas entró, se quitó los zapatos y se echó sobre la cama. Respiró hondo y profundo y cerró los ojos.

Volvió a abrirlos para encontrarse con el recuerdo de Natalia que todavía le daba vueltas a su cabeza. Incluso le pareció percibir el olor de su cuerpo. Ese aroma cítrico y fatal de una mujer que sabe que es atractiva.

Otra vez, cerró los ojos y de inmediato comenzó a maquinar la fantasía de encontrarla frente a sí, tal cual como la conoció. Con ese vestido negro ajustado pero con el cabello suelto y ondeando en el viento de la imaginación. La miró y se acercó para apostar sus manos sobre la cintura. Acercó su cabeza hacia la de ella y la besó con una fuerza como nunca había experimentado en ese momento.

La lengua de ella se encontró con la suya al mismo tiempo que sus manos se aferraron a su cuello. Inmediatamente, sintió el calor de su cuerpo sobre el suyo y comenzó a escuchar los gemidos que le producían sus caricias y besos. De repente, como si recibiera una especie de descarga violenta, sintió su ser Dominante tomar control de su cuerpo. Ese instinto de control y poder, ese mismo que le hacía disfrutar de la humillación y el de producir dolor.

Dejó de besarla para luego sostenerla del cuello. Ella no se asustó, todo lo contrario, ella se mostró alegre, entusiasta, dispuesta. Echó un poco la cabeza hacia atrás y soltó sus brazos para dejarlos caer a los lados de su cuerpo. Lo miró fijamente como haciéndole entender que estaba dispuesta a aceptar todo lo que viniera de él.

Ángel se dispuso a quitarle el vestido con fuerza. Se deleitó por encontrarse esa figura hermosa, adornada por una ropa interior delicada pero a la vez sensual. La fuerza del deseo fue tan grande que le quitó todo aquello que le interrumpió ver más allá... Menos las medias.

En su imaginación, los pechos de Natalia eran pequeños y firmes, con los pezones en punta, erectos y de un color oscuro delicioso. El coño, completamente depilado, dejó entrever una forma hermosa de un par de labios que sobresalían un poco. Se mordió la boca al seguir cómo veía todo aquello enmarcado con ese par de piernas con medias de nylon.

La dejó sobre una cama y le abrió las piernas. Le introdujo su lengua con velocidad y en seguida la escuchó gemir su nombre. Ese pelo negro,

desparramado por las sábanas blancas, las manos aferrándose a ellas, el brillo da piel morena que parecía resplandecer más y más. La boca entreabierta que no paraba de hacer sonidos incongruentes pero igualmente exquisitos. Se veía tan bella y sabía tan deliciosa, además.

Siguió comiéndola hasta que se detuvo. Pensó de inmediato en esas cuerdas así que se acercó a ella, tomándola del cuello con fuerza. Le hizo colocarse de pie y al llevarlo hacia su mazmorra. La dejó sobre la cama y se rápidamente procedió a buscar para amarrarla. Era tanta su desesperación que tardó mucho más de lo que esperaba.

Cuando finalmente lo logró, emprendió de inmediato la misión de atarla. Hizo que se colocara boca abajo y llevó sus brazos hacia atrás. Montándose sobre la cama, con absoluta seriedad, amarró sus brazos y muñecas entre sí en un largo y complicado sistema el cual aseguraba que sería casi prácticamente imposible que ella pudiera deshacerse de los amarres.

Después de terminar, se concentró en las piernas. Se quedó un rato mirándolas, como tratando de saber por dónde podría comenzar. Se relamió la boca hasta que se decidió por separarle las piernas y atarle los tobillos a unos pequeños postes de madera que estaban en la esquina de la cama. Buscó más cuerdas y volvió a hacer los amarres con una increíble destreza. Luego de terminar, vio su obra para después enterrar la cabeza entre ese par de nalgas. Las apretó, las besó y las mordió. Paseó su lengua sobre y entre ellas. Ese sabor que tenía esa mujer le volvió loco.

Fue entonces cuando procedió a bajarse el cierre del pantalón. Sacó su verga gruesa y venosa y se percató que estaba más duro de lo que pensaba. Así pues que se apresuró el follarla. Llevó sus manos hacia los amarres de los brazos y se quedó allí para sostenerse, procedió a acomodarse lo mejor que pudo. Comenzó a meter el pene poco a poco. Primero el glande y después lo demás. Hubo un punto en que dejó de ser delicado y lo metió de una, con fuerza, con rudeza. De inmediato escuchó los gritos de desesperación de Natalia. Incluso se divirtió viendo esa incapacidad que tenía de moverse libremente porque estaba todavía atada. Se retorció e incluso la escuchó suplicar pero no le importó, la penetró su coño con la fuerza de un semental.

Apenas lo tuvo adentro, sintió el calor y la humedad de su vagina. Lo apretado que estaba, lo delicioso que se sentía. Así pues que dejó de sostenerse de los amarres y se decidió tomarla desde el cabello, como si fuera una potra. Comenzó a moverse lentamente hasta que después cobró más fuerza e intensidad.



El impacto de su pelvis produjo ese sonido de choque de piel contra piel. Cada embestida se sintió como si el fuego del cuerpo de Natalia lo abrasaba por completo. Siguió moviéndose hasta que empezó a sentir que no podría resistir por mucho tiempo, así que aceleró el paso para que ella también pudiera sentir el orgasmo intenso que él estaba por experimentar.

Como buen Dominante que era, antes de encontrarse con el clímax, se acercó como pudo hacia el oído de ella para susurrarle obscenidades.

-Sabes que eres toda una ramera, ¿verdad?

-Sí...

Le dio una nalgada tan intensa que la hizo chillar del dolor.

-Es "Sí, señor", aprende a hablarle a tu Amo con respeto, zorra.

-Sí, señor.

-Así es. ¿Verdad que eres toda una perra? ¿Una zorra insaciable?

Mientras le hacía las preguntas, más fuerte le penetraba, haciendo que a su vez, ella encontraba difícil poder responderle con coherencia.

-Si no respondes rápido, te tocará otra nalgada como la que te di y ahí de verdad sabrás lo que es dolor.

Natalia reunió todo el esfuerzo posible y apenas pudo responder.

-Sí, señor. Soy una perra, soy una zorra insaciable.

-Por supuesto que lo eres...

Justo allí le hizo una embestida tan fuerte que ella pareció que estuvo a punto de llorar. La sonrisa maquiavélica de Ángel era el regodeo de que era un hombre que sabía cómo calentar una mujer de verdad. Era esa experiencia adquirida a lo largo de su adultez que le hizo confirmar que de verdad era más que un buen amante.

Siguió follándola con desesperación hasta que dejó escapar un par de gemidos. Estaba cerca de correrse. Tomó con más fuerza ese cabello largo y espeso de Natalia para sostenerse de ella. A los pocos segundos, se corrió con una intensidad tal, que apenas le dio oportunidad de sacar su pene de ese coño delicioso. Eyaculó sobre ese culo y sobre esa espalda. La curvatura de la misma, sirvió para albergar los chorros de semen blancuzco. Incluso algunas gotas cayeron en el cabello de ella, luciendo como un par de perlas en ese mar negro.

Respiró profundo para recobrar la respiración de su cuerpo y fue allí cuando despertó de esa fantasía tan vívida y real. Al abrir los ojos, se encontró con su mano repleta de semen, así como parte de la sábana que tenía cerca.

Ángel se sintió como un chiquillo por haberse masturbado con tanta fuerza por una mujer. Sin embargo, Natalia no se trataba de cualquier mujer. Ella tenía en los ojos, esa mirada de alguien que sabía muy bien cómo seducir y cómo jugar con los hombres.

-Bien, vas a ver que nos divertiremos, zorra. Vas a ver.

## VI

-Sí, tengo que irme por unos días. No sé cuántos.

-¿Quieres que vaya contigo?

-No es necesario. Es el asunto del vodka y la distribución. El proveedor nos dice que tenemos potencial de mercaderarlo en otros lugares y ganar más dinero, así que quiero ir para despejar todas las dudas.

Ángel se quedó mirándolo como queriéndole decir algo más. Dante, demostró que era cierto aquello de lo que se decía de los gemelos en la respuesta que se adelantó en dar.

-Sé que te quieres divertir con ella. Yo también tengo ganas pero, como verás, los negocios son los negocios. Yo después tendré mi oportunidad, así que, diviértete.

Cuando Ángel y Dante lograban concentrarse en el deseo de tener a una mujer, hacían lo imposible para lograrlo. Por supuesto, ese primer encuentro quedó en evidencia que los dos la deseaban y ella respondía lo mismo. Sin embargo, Ángel pensó un poco más.

-Quizás juegue con ella un poco.

-Vale, lo que quieras. Pero ten cuidado. Recuerda no irte de cabezota porque, de los dos, eres el más sentimental.

-Bah. No seas gilipollas.

-Sabéis que es así.

Dante arregló todos los documentos y fue hacia la puerta.

-Diviértete. –Le esgrimió una sonrisa a su hermano. –Nos vemos después.

Así pues que Ángel se quedó en la oficina con la oportunidad de dedicar tiempo para saber más de Natalia para así, llevársela a la cama.

En ese momento, Ángel se volvió en una persona un más observadora. Comenzó a analizar los movimientos de Natalia de manera sigilosa. A conocer cómo se movía y cómo hablaba. Mientras trataba de resolver asuntos de negocios, se dedicaba a vigilar su presa tanto como podía.

Aquel ejercicio le resultó gratamente divertido, por una parte porque actuaba como una especie de cazador, actitud que por cierto, también alimentaba su lado Dominante.

Pasaron los días y las noches. Ángel aprovechó todos los acercamientos que pudo. Incluso, la interceptó una vez que estaba descansando en la barra, atenta ante las solicitudes de los clientes.

-¿Estás bien?

-Sí, sí. Sólo estoy aprovechando unos segundos para recuperar el aliento.

-Vale, me parece bien. ¿Noche movida?

-Un poco, sí. Pero está bien. Es algo a lo que estoy acostumbrada... Por suerte todo ha salido bien.

En realidad, era una conversación banal y sin sentido para él. Si quedara de su parte, sólo la tomaría en brazos y se la llevaría. Y, aunque sentía que Natalia no tendría problemas con eso, era un movimiento un poco arriesgado. Así pues que se acercó un poco más a ella, como si fuera una pantera, casi rozándole el rostro con la punta de la nariz.

-¿O sea que no tienes problemas en noches de este estilo?

Natalia se mostró segura de sí misma. En ningún momento se echó para atrás, más bien se colocó frente a él. Y fijó sus ojos sobre sus labios.

-Sí. No tengo problemas con tener que hacer bien las cosas cuando se deben. Es algo que, digamos, me sale natura.

Entre los dos se formó una especie de línea muy delgada que los separaba, como si estuvieran a punto de trasgredir ese límite en cualquier momento.

-Qué bueno que tengas tan especial disposición. Es agradable encontrar a alguien dispuesto a esforzarse cuando se debe.

Ella volvió a peinar esa trenza deliciosa con sus dedos. Volvió a mirarlo con cierto desafío para tentarlo y se mordió la boca para dar la estocada final. Natalia sabía muy bien lo que estaba haciendo porque deseaba más que nunca estar con ese hombre. Él tenía algo que no podía describir y ansiaba ir un poco más allá.

-Quizás tengamos que hablar de esto un poco más después, ¿qué te parece?

-Sería estupendo. Me encantaría saber más opiniones tuyas al respecto.

-Vale. Ya verás que serán interesantes.

No se dijeron nada y a la vez se dijeron todo. Los dos tomaron un pacto que los llevaría al siguiente nivel.

A pesar del entusiasmo que sentía Ángel para encontrarse con Natalia, las obligaciones del trabajo lo arrastraron a un punto en donde casi no pudo despegarse de la computadora o de los clientes. Las conversaciones, las preguntas y las reuniones que tanto le rompieron la cabeza. Lo único que no le hacía desfallecer era la imagen de Natalia que se aparecía al final de sus pensamientos como haciéndolo resistir de todo el caos que estaba viviendo en ese momento.

Después del ajetreo, la desesperación le invadió el cuerpo. Estaba decidido a que ella fuera de él a como diera lugar.

Una de esas noches, en donde el club a estaba a reventar, Ángel hizo la ronda usual por el lugar. Exploró las mesas, observó a la gente bailando, revisó los equipos del DJ que se iba a presentar, habló con el Helena sobre el suministro de licores. Lo mismo de siempre, la rutina que nunca fallaba y que aseguraba el buen funcionamiento del club.

En una de esas tantas rondas, capturó algo por el rabillo del ojo. Era Natalia que seguía andado de aquí para allá como si flotara en el suelo. Tenía una gran sonrisa y se movía con una gracia que le resultaba tan seductora a Ángel. Incluso pensó que ella sabía que la estaba mirando y que, por ende, lo seducía con todo el descaro posible.

En ese instante, en ese momento en que estaba resguardado por la oscuridad y por las repentinas luces de neón, él se decidió que esa noche tomaría el gran paso.

Por otro lado, Natalia tenía la mente embebida por los pedidos de los clientes y por la velocidad que le demandaba el trabajo. A pesar de ello, estaba ansiosa por encontrarse con él porque estaba claro que los dos estaba surgiendo algo poderoso.

Después de sentir que los talones estaban a punto de explotar, miró el reloj y se percató que no faltaba demasiado para terminar su turno. Cuando se dispuso a continuar con el servicio, Helena se acercó a ella y le tocó el hombro.

-Venga, ya terminaste por hoy. Ve a casa. Ah, aquí está el pago de la semana. Si sigues así, serás capaz de llegar a ser gerente de piso. –Le hizo un guiño antes de irse.

Natalia estaba pensando en que ya podía respirar de alivio al contar con el dinero para pagar la renta. Mientras estaba recogiendo sus cosas en el casillero, sintió que alguien la miraba con insistencia. Al principio pensó que se trataban de ideas suyas pero luego la duda quedó despejada cuando cerró la puertecilla de metal. Se encontró con los grandes ojos de color café. Era una intensidad que la envolvió en seguida y le espantó cualquier sensación de cansancio o sueño. Era como si la noche apenas comenzara.

-¿Ya te vas?

-Eh... -Fue la primera que la tomó desprevenida, tanto así, que tardó unos largos segundos para que pudiera pronunciar palabra alguna- Sí... Helena me avisó que terminé el turno y bien, ya me disponía a ello.

-Vale...

-¿Por qué?

-Tenía ganas de hablar contigo, pero entiendo perfectamente que es demasiado para una sola noche. Supongo que debes estar agotada.

-Podemos hablar cuando quieras.

Se adelantó ella con una actitud dispuesta y despierta. A pesar del dolor en los talones, se acercó a él. Era como una especie de fuerza le consumiera por dentro y a la vez le llevara hacia él.

-Entonces, ven conmigo.

Ángel no ofreció demasiada resistencia así que caminaron juntos hacia los elevadores. Subieron con ese aire de tensión y entraron a la amplia oficina de él y de su hermano. Natalia se encontró con un enorme ventanal que daba hacia el piso inferior de la disco. A pesar de que era la madrugada y en que en cualquier momento despuntaría el alba, todavía estaba repleto de gente que bailaba y bebía sin parar, tal y como si no hubiera un mañana.

Mientras él estaba concentrado en la pantalla de su móvil, ella se dedicó a concentrarse en lo que había alrededor. Un par de escritorios que estaban uno frente al otro y ubicados en cada extremo de la oficina. Aparte del ventanal recubierto con una película especial que impedía que la gente que estaba del otro lado, pudiera ver lo que había detrás. Paredes de color rojo oscuro y una alfombra negra. De resto, unos cuantos muebles de líneas sencillas y casi industriales. De resto, ella casi pudo imaginar aquellas reuniones en donde los clientes sentirían que estaban acorralados por los dos. Una escena que le resultó un poco extraña.

Al encontrarse embebida en sus pensamientos, le fue imposible darse cuenta que Ángel no paraba de mirarla. A pesar de ser un hombre, en cierta medida, controlado, esta vez había algo dentro de él que lo superaba, que era mucho más fuerte.

Dejó el móvil en la superficie de escritorio de madera y procedió a acercarse a Natalia con paso firme.

-Ya no perderé más el tiempo en cordialidades ni conversaciones que no nos llevan a ninguna parte.

-¿Qué quieres decir? –Respondió ella sabiendo perfectamente el sentido de esas palabras.

Ángel la tomó con ambas manos, colocándolas sobre sus brazos. La atrajo hacia a sí y la miró fijamente. Con un par de dedos rozó el borde de su mentón y entreabrió la boca. Siguió mirándola, admirándola. Incluso, pudo percibir el suave perfume que emanaba de su piel, como si ella misma proviniera de otro mundo.

-Sabes muy bien a lo que me refiero. Siempre ha sido así. No tienes por qué jugar a la chica inocente.

-¿Crees que estoy jugando a eso?

-Por supuesto que sí.

-¿Te gusta como lo hago?

-Tanto que estamos así, en esta situación. Sin embargo, si te soy sincero, ya estoy cansado de esperar por lo que pondré un poco de acción a todo este asunto.

La tomó del cuello y esperó un poco la forma en cómo reaccionaría. Ella sólo le sonrió y echó su cabeza un poco para atrás. Se acercó más hacia su cuerpo y en cuestión de segundos se besaron con una intensidad que casi les hizo olvidar que estaban en ese lugar.

Los labios de Ángel eran suaves y determinados, con una mezcla de ternura pero también de descontrol y pasión. Su lengua poco a poco se dedicó a buscar a la de ella, como desesperado por saborearla más.

Para él, el gusto de esa boca le supo dulce, deliciosa. Incluso, a medida que se estaban besando, pensó que sería muy probable que terminara obsesionado con esos modos de ella. Con ese sabor que tenía en su piel.

Aún con la mano en el cuello, procedió a apretarle allí un poco más. Esperó ansioso la respuesta de ella. Natalia estaba como sumida en una especie de trance. Así que esperó unos minutos hasta que se atrevió a preguntarle. Si no despejaba la duda, era posible que se toparía con el momento cumbre en que dejaría libre su ser Dominante y allí no habría nada que lo detendría.

Sin embargo, justo cuando movió sus labios, ella le interrumpió de repente:

-Me gusta cuando lo haces.

-¿Hacer qué?

-Cuando me tomas así.

-¿Por qué?

-Porque me haces sentir... Muy bien.

Las sospechas de Ángel se le confirmaron de inmediato. Natalia, sin duda, tenía ciertas inclinaciones que compaginaba con sus gustos. Siguió sosteniéndola del cuello y después de besarla un poco más, quitó sus dedos para morderle en el mismo lugar. Sus dientes apretaron esa piel, marcándola en todas las partes que quiso.

Aunque quiso seguir probándola, seguir rozándole los labios por toda la

piel, decidió que lo más conveniente era llevársela a casa.

-¿Y si nos vamos a otro lugar?

-Sí.

Ella accedió con toda la disposición del mundo, tal y como él lo supuso. Así pues que tomaron sus cosas y fueron hacia la calle. Mientras caminaban por la calle, ella se sintió como la mujer más poderosa del mundo. La gente lo miraba, lo admiraba. Las mujeres suspiraban cerca de él y los hombres se sentían intimidados. El andar de Ángel era de un hombre seguro de sí mismo, era confianza pura.

Se subieron al coche y en poco tiempo, él pisó el acelerador con fuerza. El Camaro se deslizó por el asfalto en medio de la madrugada.

Mientras iban por el camino, Ángel pensó de inmediato en ese pequeño cuarto en donde solía hacer sus juegos. Pensó en el gancho de metal y en los muebles en donde guardaba las cuerdas para los amarres. Caviló un rato más hasta que no lo dudó. Supo de inmediato que se trataba de una apuesta muy grande pero a ese punto ya le daba igual. Lo haría de todos modos.

Poco a poco fueron acercándose hasta que Natalia se encontró con esa hilera de casas, mansiones y edificios lujosos. La zona era un lugar de lujo, por lo que de seguro vivía gente acomodada.

De repente, se pararon en la entrada de una casa de dos pisos la cual era una mezcla perfecta entre el cemento y el vidrio. Era una obra que exaltaba lo mejor del estilo industrial y moderno.

Trató de no impresionarse demasiado por lo que trató de ocultar la sorpresa que le produjo ver aquel lugar, especialmente, porque se trataba de un sitio muy diferente al suyo.

Ángel le abrió la puerta como todo un caballero, la ayudó a bajarse y le haló suavemente hacia él para volverla a besar. Natalia sentía que cada vez que lo hacía, la trasladaba a una nueva dimensión.

Le tomó de la mano mientras se encaminaron hacia la entrada. Ángel repitió el ritual de todos los días con la variante de que el gesto apurado. Estaba ansioso por poseerla.

Cuando por fin escuchó el clic, pasaron. Natalia volvió a realizar la expresión de sorpresa y conmoción cuando se encontró con ese amplio espacio y, además, finamente decorado.

Ángel no quiso tardar demasiado tiempo en palabras que sabía daría largas al asunto, así que le tomó la mano de nuevo y la llevó hacia el piso de arriba. Subieron lentamente, hasta que pasaron por la habitación de él.



Natalia pensó que allí se detendrían pero estuvo equivocada. Así que dieron unos cuantos pasos más hasta que se detuvieron en el umbral de una habitación a oscuras. Ella se quedó a la expectativa y miró cómo él se adelantó un poco.

-Me pareció interesante saber que te gustó la forma en cómo te tomé del cuello. ¿Sabes por qué? Porque me gusta tener el control y porque me gusta el poder.

-Sé lo que quieres decir.

-Expílicate. -Quiso adelantarse un poco pero lo cierto es que le gustaba ese tipo de juegos, le gustaba sentir la tensión que se estaba propiciando por la situación.

-Eres Dominante.

Natalia esgrimió una amplia sonrisa, una sonrisa de mujer malvada, una sonrisa de mujer fatal. Sí, era toda una zorra.

-Bien, entonces ya que entendemos los términos, ya podemos encender la luz para que veas lo que hay adentro. Es una especie de salón de juegos para mí. -Le devolvió la sonrisa con descaro y encendió la luz.

De inmediato, quedó iluminado el lugar. En el techo, cerca de la fuente de luz, estaba un gancho de metal. Ella supuso que era usado para hacer las suspensiones. También se percató de la cama que estaba un poco hacia pared y unos cuantos muebles de madera que más bien lucían como unos cubos macizos.

Natalia quiso seguir mirando pero de repente sintió las manos de Ángel sobre su cintura. La bordeó por completo hasta que poco a poco sintieron el calor del uno y el otro.

Los labios de él comenzaron a rozarle por el cuello, a darle dulces besos hasta que después lo hizo con más fuerza. Natalia cerró los ojos. Olvidó el cansancio, el sueño, el dolor de los tobillos y el pago que recibió. Olvidó la intensidad del trabajo porque estaba concentrada en la fuerza que sintió gracias a él, gracias a esa cercanía. Ella, poco a poco, quedaba hipnotizada por esas caricias de ese hombre, de un hombre que sabía realmente cómo tocar a una mujer.

La agilidad de las manos de Ángel la voltearon rápidamente para que ambos quedaran de frente. Llevó ambas manos al cuello de ella para sostenerla con fuerza. Y fue así que poco después volvieron a besarse pero esta vez con más desenfreno.

Sus lenguas se entrelazaban entre sí con tal intensidad que Natalia pensó

que faltaría poco para que ambos se fundieran en ese gesto. De repente, ella sintió cómo él comenzó a quitarle la ropa con gran velocidad. Se deshizo del vestido, del sujetador y de las bragas negras. Hasta ahora todo lucía prácticamente igual que su fantasía. No obstante, su morbo explotó cuando vio esas largas piernas con las medias negras de nylon. Ese borde de encaje del mismo color, esa forma en cómo se le ajustaba a esas extremidades como si fueran un par de regalos de mismísimo cielo. Una bella plena y hermosa.

Se las dejó puestas, sólo se encargó de quitarle las zapatillas. Así que sólo la dejó sobre la cama. Él, mientras, era una persona que le gustaba de dominar vestido. El que la otra persona estuviera desnuda, le proporcionaba más poder que alimentaba su instinto de control y humillación. Dejó el saco a un lado, desanudó la corbata y la sostuvo un rato en la mano. De repente, se le ocurrió que no era tan mala idea colocársela como una especie de mordaza.

Apoyó su cuerpo sobre la cama y fue directo al rostro de ella. Natalia, quien le sonreía con el descaro de una súcubo, recibió un par de bofetadas.

-Eres una ramera y lo sabes... Y eso me encanta.

Procedió a colocarle la corbata sobre los labios. Le hizo un par de vueltas y hasta que se encontró satisfecho con el resultado final. Luego pasó al siguiente paso, el colocarle los amarres. Para eso, se acercó a uno de esos cubos de madera que tenía a los lados e hizo un rápido movimiento como si se tratase de un rompecabezas, al poco tiempo, se abrió la caja para dejar ver unas pequeñas gavetas en donde se guardaban las cosas para cuando tocara la diversión.

Básicamente eran esposas de metal, había otras con terciopelo en los bordes. Cuerdas de todo tipo y texturas; y hasta un par de pinzas de metal que iban en los pezones. Ella quiso mirar más pero luego sintió que Ángel le arrastró los pies hacia borde de la cama. Extendió cada una de sus extremidades y procedió a atarle las muñecas y los tobillos hacia las patas de la cama.

Se tomó el proceso con calma, con quietud, simplemente porque disfrutaba la idea de inmovilizarla, de convertirla en objeto de diversión, le agradaba la idea de jugar con ella tanto como le placiera.

Después de asegurarse que todo estaba listo, desabotonó un par de botones de esa camisa blanca y prístina para tener un poco de libertad de movimiento. Justo antes de proceder a lamerle el clítoris, sacó de uno de sus bolsillos un pequeño huevecillo de color rosado intenso.

-Sorpresa.

Presionó un botón y se escuchó un leve sonido producto de la vibración. Esgrimíó una sonrisa antes de colocarlo sobre el clítoris. De inmediato, sintió las convulsiones de las piernas de ella producto de la excitación. Sus gemidos y gritos completamente ahogados por la corbata, fue una mezcla que le despertó más las ganas de llevarla hacia la locura.

Dejó un momento aquel aparatito sobre su clítoris hasta que después de vio cómo los labios vaginales se volvieron cada vez más y más húmedos. Un par de sus dedos comenzaron a acariciar el lugar y siguió allí hasta que la boca se le hizo agua. Se inclinó finalmente para comerle el coño tal y como había imaginado.

Primero apartó el vibrador para luego acariciarlo con la punta de la lengua. Hizo un par de vueltas con ella y cada tanto se echaba hacia atrás para mirarlo hinchado y rojo del placer. Así pues que volvió a colocar el huevecillo en su lugar mientras que se acomodó lo suficiente para llevar su lengua dentro de ella.

Enseguida notó el comienzo de una serie de gemidos largos y sensuales. Apoyó sus grandes manos eses muslos deliciosos y sintió la textura de su piel y la de las medias. Ese dulce contraste le dio mucho más impulso para adentrarse en ella. Siguió comiéndosela, lamiéndola, sintiéndola para sí.

Cuando percibió los temblores de sus piernas y las agitaciones de su torso, dejó de chuparla para mirarle a los ojos.

-No puedes correrte a menos que yo te diga. Así que concéntrate en no hacerlo porque te aseguro que será peor el castigo de lo que crees.

Aquellas palabras la excitaron aún más, por lo que respiró hondo al mismo que sintió cómo sus fluidos comenzaron a correrle entre los labios vaginales.

Después de un tiempo, el dolor de cuello le impidió seguir y fue allí cuando se incorporó para terminar de quitarse la ropa. En ese momento, Natalia agradeció tener ese momento para poder relajarse un poco. Estaba llegando al punto en que no sabía exactamente cómo podía soportar más.

Cuando se dispuso a mirar hacia el frente, se quedó impresionada con la apariencia de él. Las prendas de ropa, las cuales caían en el suelo con cierta pereza, dejaban al descubierto ese cuerpo delgado pero muy bien cuidado. Una ligera capa de vello que cubría los pectorales, los abdominales marcados, la fuerza de sus brazos y las venas que daban a entender que era un hombre que se preocupaba por su apariencia. Los muslos y las pantorrillas fuertes, la piel olivácea y, por supuesto, el pene grande y grueso con el glande empapado por sus fluidos.

Así pues que Ángel llevó sus dedos de nuevo a ese coño y comenzó a masajear poco a poco. Volvió a ver cómo los ojos de Natalia se cerraron por el placer y fue allí que aprovechó el momento para introducir su pene.

Tomó su verga con una de sus manos y la ubicó en la entrada de ese coño. Esperó un momento, sólo por el mero disfrute de hacerla desesperar. Así pues que se apostó allí un rato, hasta que apoyó sus manos sobre la cama y empujó su pene tan rápido y tan duro que le provocó un grito intenso a Natalia. Tanto, que casi traspasó la cubierta de tela que tenía en la boca. Después de todo, no fue tan mala idea el habérselo colocado allí.

Comenzó a montarla con una destreza y con una fuerza tan intensa y poderosa que él mismo sintió que su cuerpo y su mente estaban en otro plano. Buscó apoyarse de la cintura y del cuello de ella, con fuerza. Así que sus dedos apretaron ese fino cuello como si fuera a cosa más sensual y exquisita que existiera sobre la tierra.

Siguió follándola pero esta vez cada vez más y más fuerte. La capacidad de su cuerpo de hacerle sentir semejante placer, era porque no tenía duda alguna de que era un hombre experto en lo que hacía. No era como esos niños que se llenaban la boca con logros sexuales y románticos, no era de esos que hablaba de lo que le hacía con sus mujeres. Primero por respeto y segundo porque no le hacía falta, tanto por él como por ellas. Gracias a las destrezas que adquirió a lo largo de los años, le valió que muchas que estuvieron con él le rogaran por una noche más, pero Ángel repetía cuando le placiera, como le daba la gana.

Sin embargo, aunque era una persona que disfrutaba de jugar un poco con la desesperación de los demás, estaba seguro que no faltaba mucho para que ocupara esa posición. Natalia era una mujer especial, no era como las demás y eso le gustaba demasiado.

Siguió follándola, siguió causándole dolor hasta que se le ocurrió una idea. Sacó su pene dentro de ella y procedió a reacomodar su cuerpo para proceder a hacer que le gustaba hacer.

Ángel hizo que Natalia se colocara boca abajo y, con las mismas cuerdas que usó para los amarres, las unió entre sí. Al final, tanto sus muñecas como sus tobillos quedaron unidos por un mismo amarre el cual quedó una larga cuerda. Reforzó la misma para que esta soportara el peso de Natalia y así no sufrir ningún tipo de accidentes.

Así pues que pasó otro largo trozo de cuerda por el gancho de metal y lo unió con los amarres que mantenían sus extremidades unidas. A pesar de que

la cama estaba un poco distante del gancho, Ángel se aseguró que el mecanismo que estaba empleando era seguro, no era para menos, era una persona con la suficiente experiencia al respecto.

El ascenso de Natalia fue lento pero emocionante para ella. Poco a poco, miró cómo su cuerpo se elevaba por los aires. Su amante estaba en el extremo de la habitación, jalando la cuerda con fuerza y con una expresión que iba de la euforia al frenesí. Continuó hasta que consideró que estaba en la altura correcta para sus gustos.

Aún con la boca tapada y con la mirada que denotaba una excitación que iba más allá de su cuerpo, sintió cómo Ángel se acercó a ella con ese movimiento lento de sus piernas y con esa sonrisa que hasta le produjo que se le helara la sangre.

Tenía esa chispa en la mirada, esa misma que le decía que tenía una especie de frenesí que no quería dejar de lado y que no tenía la más mínima intención de controlar. Esa su esencia la que estaba allí.

Ángel la miró suspendida como si estuviera presenciando una obra maestra. Se relamió la boca, se acarició ambas manos. Estaba a gusto, estaba más que conforme. Quería ir a otro nivel ya que ella estaba allí, así que aprovechó de volver a tomar el pequeño vibrador y colocárselo delicadamente sobre el clítoris.

Lo dejó en el máximo nivel de velocidad, así que esperó un poco, sólo un poco para ver los verdaderos efectos. Natalia comenzó a moverse con violencia, con espasmos que le hicieron sentir que estaba a punto de perder el control de sí misma. Ángel la miró tan excitado que comenzó a masturbarse al mismo tiempo que la observaba. Cada tanto se aseguraba que no se cayera esa pequeña pieza. Era el digno espectáculo para cualquier Dominante.

Cuando no pudo más, cuando miró los ojos de ella envueltos en las lágrimas del placer y la desesperación, afincó más el vibrador en ese punto de placer y colocó un par de dedos dentro de ella. Inició un movimiento suave, delicado, pero después cobró más y más fuerza.

Luego introdujo tres y sintió de inmediato cómo los fluidos de ella casi empaparon por completo la palma de su mano. En vista del entusiasmo que demostró sobre esos estímulos que le producía sin parar, siguió hasta que se acercó a uno de sus oídos.

-Creo que has sido una buena chica y te has ganado el derecho de correrte. Vas a complacerme, ¿verdad? Apuesto que sí.

Él aprovechó para darle una nalgada. Y otra. Y otra más.

De nuevo escuchó esos gemidos reprimidos por la corbata. Podía escuchar ese sonido por cualquier cantidad de tiempo sin molestarse en lo absoluto.

Continuó masturbándola, continuó afincándole el vibrador sobre el clítoris y pudo observar cómo ella se movía sin parar, sin embargo, tenía ese dejo de autocontrol puesto que todavía estaba suspendida.

Después de unos escasos minutos más, Natalia cerró los ojos y se entregó por completo. Se hundió en un abismo, en un vórtice que la condujo hacia un lugar desconocido pero sumamente placentero y sensual. De repente, sintió que algo caliente salió de su cuerpo pero que a la vez también recorrió el resto de sus extremidades con el fin de dejarle una agradable sensación de bienestar.

Al dejarse vencer en las cuerdas, cedió su cuerpo y fue allí cuando Ángel se encargó de bajarla poco a poco. Arrimó la cama un poco hacia el centro de la habitación para que ella pudiera caer sobre una superficie cómoda. Después, se dedicó a deshacer los amarres con paciencia.

Mientras Natalia estaba todavía sumida en las profundidades del orgasmo intenso que acababa de tener, Ángel aprovechó para ir al baño y limpiarse un poco. Sucede que también se corrió mientras le provocaba la masturbaba. Al verla tan excitada y tan perdida en sus sensaciones, que ni siquiera tuvo tiempo para masturbarse. Su pene explotó en chorros de semen que cayeron en el suelo mientras las lágrimas de placer salían de los ojos de Natalia.

Después de calmarse un poco más, abrió las llaves de agua, se lavó la cara y se miró en el espejo. Ya estaba ansioso por repetir la experiencia.

## VII

Natalia despertó sobresaltada en una cama desconocida, en una habitación que no recordaba en lo absoluto. Miró el reloj y se percató que eran las 9:00 a.m. Quizás un poco tarde para lo que estaba acostumbrada.

Se bajó de la cama y notó el silencio absoluto. ¿Estaría soñando? ¿Todavía estaba en ese abismo como Alicia justo antes de entrar al País de Las Maravillas? Se frotó los ojos y caminó hasta encontrar su vestido, medias y zapatos sobre una silla perfectamente doblados. Sobre la ropa, miró una pequeña nota en un trozo de papel blanco.

*“Tuve que irme temprano. Este es el número de un chófer de confianza, sabe que estás en mi casa y estará pendiente de que le avises para que te recoja y te lleve hacia donde necesites.*

*Pronto lo repetiremos”.*

La última frase le valió para una sonrisa que denotaba conformidad y la aceptación de la aquella invitación que le supo a que se haría realidad en cualquier momento.

Se vistió y llamó al número que le había indicado él. Salió por una de las puertas de la casa y esperó afuera porque tuvo la sensación de que el encierro en un lugar como ese, le hacía sentir un poco abrumada.

Al llegar el coche, se subió y se recostó un poco en el asiento de atrás. Miró la ciudad que se le presentaba a sus ojos como si fuera una persona ajena a todo eso que observaba. La tranquilidad de ese coche, la suave calefacción, la comodidad del asiento, la arrullaron lo suficiente como para hacerla sentir consentida.

-¿Este es el lugar señorita?

-Sí, señor. Muchas gracias.

Iba a sacar los billetes para pagar pero él hombre la detuvo al instante.

-Oh, no, no. No se preocupe. Esto ya está cancelado por el señor.

-Ah, perfecto, vale.

Natalia se bajó del coche y se sintió como esas chicas que llegaban a su casa en la mañana después de haber tenido una noche de juerga. La gente la miraba con cierto aire de duda y hasta desaprobación, pero Natalia encontraba interesante portarse mal, como si fuera una niña rebelde.

Siguió caminando hasta que subió al piso. Como siempre dejó la las cosas por una esquina olvidada y se echó sobre el sofá. Cerró los ojos y recordó de inmediato la sensación que tuvo cuando experimentó ese orgasmo. La sesión

en sí fue una experiencia increíble. De hecho, fue la primera vez que experimentó su primera suspensión y el toque del vibrador sobre el clítoris fue una estocada directa a la excitación. Sin embargo, lo que más le gustó fue el verlo así, tan bello y excitado, casi como un niño.

Se acomodó un poco más sobre el sofá y pensó en la suerte que tuvo de hacerlo con Ángel... ¿Pasaría lo mismo con Dante? No podía negar que estaba ansiosa por descubrirlo.



## VIII

Dante escuchó sin parar cualquier cantidad de propuestas para comercializar e vodka del club.

-Es una gran oportunidad que tú y tu hermano debería aprovechar. Las cifras no engañan.

-Hicimos un estudio de mercado y el 90% respondió positivamente ante el sabor y el aspecto de la botella. Quieren tener la oportunidad de llevarla consigo sin importar si están no en el club, ¿sabes por qué? Porque la marca es recuerda la fiesta y quieren llevarla a donde sea.

-Incrementaría los ingresos netos y entrarían en un mercado con mucha demanda.

Revisó papeles, gráficos y hasta proyecciones de todo tipo. Todavía no le veía sentido puesto que sólo vislumbraba la cantidad de gastos que tendría la empresa. Los controles sanitarios interminables, sin nombrar otros permisos si llegara a ampliar la venta en otros lugares.

-Hemos hablado con una cadena de licorerías de lujo y estarían dispuestos a negociar el porcentaje de ganancia a favor de tener el licor en sus neveras y despensas. Saben la importancia que tiene vuestro nombre así que no estaría mal considerar la idea.

Escuchó sin parar aunque su mente estuviera en otro lado. Recordó entonces la forma en cómo Natalia se movía y se expresaba cuando hablaba. La manera en cómo cruzaba las piernas y cómo hablaba en ese tono de chica que se hace la inocente pero que por supuesto no lo era.

Cada tanto, miraba el reloj con la impaciencia de tener que escuchar ese tipo de campañas para introducir el licor al mercado.

-Amigos, he venido para escuchar todos sus argumentos y seré sincero, sólo puedo mirar los costos de producción, los servicios y los permisos que podrían ser una piedra en el zapato. Entiendo su punto, sé lo que quieren decir, así que tomaré todo esto para analizarlo con Ángel. Como sabrán, pensé que sería capaz de resolver esta situación pero me parece que necesito la opinión de mi hermano. Lo siento.

Lo cierto es que dijo todo aquello porque estaba ansioso por regresar. Sentía que estaba perdiendo el tiempo allí así que deseó que deshacerse lo más pronto posible de aquellos compromisos que lo ataban.

Se dispuso a regresar con el propósito en mente: seducir a Natalia y acostarse con ella. El deseo que sentía por aquella mujer se caló en los huesos

y no tenía ganas de seguir esperando a por ello.

A los pocos días regresó a la ciudad y fue a trabajar como siempre. Encontró a Ángel firmando unos papeles y hablando por teléfono. Le hizo un gesto con la cabeza a su hermano y se saludaron.

-¿Cómo te fue?

-Bien, insisten con el vodka y francamente me parece una historia sin fin. ¿Qué tal lo tuyo?

-Pues, interesante. –Dijo sonriendo- Creo que podemos hacer lo el intercambio. Es tu turno de jugar.

-Estupendo. ¿Quedaron en verse?

-Sí, justo hoy es su día libre. Quedamos en ir a cenar. Ten... -Le extendió el móvil- Esta es la dirección. Es a las 8.

-Perfecto.

-Ya verás que te divertirás.

Natalia verdaderamente estaba emocionada por esa salida con Ángel aunque en su mente todavía tenía esa idea de cómo sería probar a Dante. Ese aire de hombre misterioso, silencioso, que de seguro resultaba ser toda una sorpresa para cualquiera.

A medida que se acercaba la hora, comenzó a prepararse y a pensar en que saldría con un hombre tan perfecto y tan apuesto como Ángel. Apostaba que sería la envidia de cualquier chica.

Así pues que aprovechó para tomarse una larga ducha, para arreglarse el cabello y dejárselo suelto porque sabía que así causaba un mayor impacto. Se pasó el cepillo unas cuantas veces hasta que vio ese característico brillo que indicaba sedosidad.

Fue hacia el clóset y lo abrió para escoger algo para usar. No estaba muy segura pero se decantó por un vestido azul intenso, corto -como por las rodillas-, de pequeñas manchas y cuello redondo. Aquella tonalidad le resaltaba aún más gracias a su color de piel y aquello le hizo sentir más sensual que nunca.

Para dar los toques finales, delineó sus grandes ojos y pintó la boca de rojo intenso. Se veía bella y exuberante. Luego tomar un pequeño bolso, escuchó el móvil. Era un mensaje:

-Estoy a cinco minutos.

Se apresuró para salir y se aseguró de que no le faltaba nada. Así pues, salió del piso a toda marcha y salió justo cuando un elegante Lamborghini de color rojo estacionó a pocos metros de ella.

Natalia se sorprendió porque ya no era el Camaro negro, pero después pareció que tuvo sentido. Un hombre como ese podría tener todos los coches que quisiera en cuanto quisiera.

Al salir, lo vio vestido de traje y camisa negra. Se había desabotonado un par de botones para cobrar un aspecto más bien informal pero igualmente se veía increíble. Le sonrió ligeramente y le saludó con la mano.

-¿Cómo estás?

-Vaya, estás guapísima.

-Puedo decir lo mismo de ti. Aunque debes estar acostumbrado a que te digan ese tipo de cosas.

-Sólo quiero escucharlas de ti.

Ella no pudo evitar sonreír ante la respuesta. Así pues se subieron al coche y de inmediato se encaminaron hacia la un restaurante en donde Ángel ya había hecho la reserva.

Dante estaba riéndose a carcajadas por dentro. Mientras ella parecía estar embelesada por el paisaje, por las calles y por el lujo que le hacía sentir estar en un coche como ese. Estaba divertido porque por fin le dieron la oportunidad de disfrutar de jugar un poco también.

Él aparcó cerca de la entrada a un restaurante elegante y de moda en la ciudad.

-Me parece que será un poco difícil encontrar una mesa aquí.

-No lo diría tan rápido si fuera tú. –Le hizo un guiño y la tomó de la mano.

Entraron y en seguida la gente se percató de quién se trataba. Natalia sintió que el pecho se le infló por estar con alguien tan reconocido en ese tipo de ambientes.

-Hola, vengo por una reservación.

-Buenas noches, señor. Nombre, por favor.

Dante le enseñó una pequeña tarjeta y el anfitrión se encargó de llevarlos hacia una de las mesas que ya estaba preparada para los dos. Esta se encontraba en un lugar un poco apartado de la gente así que tendrían la privacidad suficiente para hablar.

Por fin se sentaron y Natalia miró el rostro serio de él. Justo cuando iba a hacerle un comentario sobre la sesión que tuvieron, ella captó el pequeño lunar en el ojo derecho. Efectivamente se trataba de Dante.

Por dentro sintió una enorme sorpresa, no obstante, no fue una sensación desagradable, más bien era como si se le abrieran las puertas hacia una oportunidad que no podía desperdiciar.

-¿CÓmoda? ¿Estás bien?

-Sí, perfecto, gracias.

Como quiso seguir con el juego, insistió en hacer el comentario que deseaba hacer.

-Me gustó la sesión que tuvimos. Nunca experimenté algo así.

-¿En serio? Pues a mí también me gustó mucho.

-Ya me habían atado antes pero nunca experimenté la suspensión. Fue increíble.

La intención de Natalia era provocar a Dante tanto como pudiera. Si se molestaba, quedaría en evidencia, sin embargo, algo le decía que aquello no sería tan sencillo como pensaba.

-Lo sé, aunque si te soy sincero, estuve un poco preocupado al respecto porque tenía algo de tiempo sin usar ese gancho. Sin embargo las cosas salieron bien, ¿no crees?

-Sin duda, la mejor parte fue el vibrador. Ahora que lo pienso, ¿de qué color era?

La inocencia en aquellas palabras disfrazaba realmente la intención de ponerlo al descubierto. Sin embargo, lo que ella no sabía era que Dante, como buen observador que era, supo que ella ya había notado su lunar. Por ende, logró diferenciar a él de su hermano.

-Hasta ahora el juego ha sido muy interesante, Natalia. No obstante, debo decirte que ya me di cuenta que sabes quién soy yo. Así que, ¿Qué tal si comenzamos a hablar realmente sin pelos en la lengua? Porque si te soy sincero, estoy un poco cansado de presumir.

Natalia se sorprendió ante esta respuesta.

-Eso sí, debo darte el crédito de que supiste de inmediato quién era yo. La verdad es que no mucha gente logra dar con ello de manera rápida así que eso me da a entender que eres buena para captar los detalles.

-Sí, digamos que pongo atención en ciertas cosas.

El juego terminó. Natalia fue descubierta en su propio terreno aunque se encontró impresionada por la habilidad de él.

-Eres una chica lista... Muy lista.

-Lo tomaré como un cumplido.

-Es un cumplido.

Natalia se percató de otra diferencia, Ángel era un poco más dulce y encantador. Dante, por otro lado, era más cortante y franco. A pesar de verse como un par de gotas de agua, aquellas diferencias era lo que hacía más

divertido el asunto.

Pidieron el menú y comenzaron a brindar con un poco de vino blanco. Fue así como poco a poco, Natalia empezó a sentirse un poco más desinhibida. Así pues que no tardó demasiado tiempo en seducirlo, en mirarse en sus ojos cafés y alimentar esa química intensa que ya había nacido entre los dos.

Después de un poco de langosta y ensalada de rúcula, le siguió el postre de chocolate. Siguieron conversando pero ya en ese punto, Dante estaba más que listo para romperle la piel... Porque vaya sí que estaba listo.

-¿Qué te parece si nos vamos?

-¿Tienes prisa?

-Siempre hay prisa cuando un Dominante le quiere romper la piel a una sumisa.

Ella de inmediato supo que Dante ya no estaba para rodeos así que también le correspondió asumir la actitud como tal.

Inmediatamente después, Dante pidió la cuenta y se preparó para pagar. Al colocarse de pie, caminó hacia Natalia hasta colocarle la mano sobre el cuello.

-Regreso pronto.

El roce de esas manos grandes y fuertes, más la voz grave y determinada, hizo que ella de inmediato comenzara a mojarse. No pudo creer la suerte que tuvo de pasar la noche con uno de los hombres más poderosos de la ciudad. Por si fuera poco, también pensó en ese poder mental de ella porque hacía días que pensaba en estar con él. Increíble.

-Ven, ya estamos listo.

Le ayudó con la silla y fueron de nuevo al coche. Mientras caminaban, Dante era objeto de miradas de las chicas y Natalia volvió a sentirse importante.

Al subir, se atrevió a preguntarle:

-¿Te gusta llamar la atención?

-¿La verdad? Sí y no. Es decir, no te negaré que me gusta que me vean pero llega un punto en que es un poco incómodo. Aunque mi hermano sí le gusta, a veces le digo que en vez de ser dueño de club, hubiese probado con ser actor. Quizás le hubiera ido mejor.

Natalia no paraba de mirarlo.

-No hablemos de tu hermano.

-¿No? ¿No te molestó saber que yo tomé su lugar para estar contigo?

-No, para nada, ¿por qué tendría que haberme molestado?

-No lo sé, no es algo que todo el mundo se lo tome muy a ligera que digamos.

-Tienes razón, aun así, siendo sincera contigo, quería saber qué sería estar con una persona como tú.

-¿Por qué?

Dante se fue acercando hacia ella lentamente, poco a poco. Le gustaba saber a soltura que tenía en la lengua, esa misma que le permitió saber esos pequeños detalles.

-Porque sí, porque me pareces interesante y porque quiero saber qué tipo de Dominante eres... Porque apuesto que lo eres.

Fue allí cuando él le tomó por el cuello y se lo apretó un poco.

-Sí, soy Dominante. Veo que le pones atención a las cosas pues yo soy igual.

Poco a poco miraron sus labios y comenzaron a besarse en el Lamborghini rojo. La boca de Dante se entremezcló con la ella para percibir ese reacio del licor y una dulzura en particular. No supo de qué se trataba así que siguió besándola hasta que poco a poco pudo escuchar los gemidos y quejidos de ella.

Sintió la respiración agitada, las manos apoyándose en su rostro así como el olor de su piel. Una especie de aroma sensual, fresco, frutal, como si emanara de ella. Una esencia que no percibió en ninguna otra mujer.

Quiso quedarse allí pero se percató que era absurdo seguir besándose en el medio de la calle. Los dos no eran ningunos adolescentes y ya estaban bastante crecidos para la gracia... Aunque podía permitirse algo un poco más aventurero.

Después de sostenerla del cuello, hizo lo mismo pero el cabello. Entrelazó su mano en el pelo como si estuviera sosteniendo una rienda y le acercó el rostro hacia el suyo.

-No dejes de mirarme hasta que diga. Ahora bien, baja el cierre del pantalón... Así, suavemente... Muy bien. Buena chica... Ahora procura tocarme bien el pene, sin dejar de mirarme.

Natalia obedeció cada uno de los pasos que le dijo Dante.

-Creo que ya sabes qué es lo que tienes que hacer. Es decir, una buena sumisa lo sabría de inmediato.

-Sí, señor.

En seguida, Dante sintió una especie de calor que invadió su cuerpo. Le gustaba sentir que tenía el control y más que se lo hicieran saber. Así pues, que

se hizo que ella se inclinara y que probara de su verga.

Para mantener también el control sobre el volante, soltó el cabello de Natalia, encendió el coche, movió la palanca de velocidades y pisó el acelerador hasta el fondo. Estaba desesperado por poseerla y ya no quería perder más el tiempo.

Mientras, ella estaba concentrada en proporcionarle el placer que quería a través de su boca. Al principio, sus labios se quedaron besando su glande con suavidad hasta que sintió cómo el flojo pre-seminal comenzó a salir. Empapó su boca con aquello, incluso también su lengua. Cuando se encontró satisfecha y cuando sintió que la verga venosa de Dante estaba tan dura como una roca, procedió a abrir la boca por completo para meterlo todo en su boca.

Sus labios gruesos abarcaron el cuerpo de ese delicioso pene. Mientras bajaba cada vez más, comenzó a experimentar una serie de arcadas. Sí, era largo, grueso, ligeramente un poco más grueso que el de Ángel pero indudablemente igual de delicioso. Mientras lo tenía en la boca, quiso ir un poco más adentro con la intención de que él sintiera el calor y la humedad que emanaban sus labios y lenguas.

Fue allí cuando comenzó a moverse con más rapidez y con más intensidad. Las arcadas disminuyeron drásticamente por lo que quería decir que ya no tenía dificultades para mantenerlo en su boca.

Paralelamente, Dante tuvo que hacer un gran esfuerzo para no enloquecer. Tuvo que mantener la cabeza ocupada en la vía para que así no fuera a perder el control. Por suerte y gracias a la velocidad con la que iba, entró en la urbanización en donde vivía.

Poco a poco, disminuyó la velocidad hasta que aparcó en un estacionamiento subterráneo.

Se quedaron un rato en el silencio que les brindó el coche, disfrutando de esas sensaciones y del placer que disfrutaban mutuamente. Por un lado, Natalia se lo chupaba con ahínco, con placer extremo; mientras que Dante le tomó por el cabello y la hizo moverse con más rapidez.

Al final, después de un rato, terminó por halarla con fuerza y la miró a la cara. Ella tenía los ojos llorosos a tal punto que se incluso se le corrió el maquillaje de los ojos. La boca y las comisuras estaban repletas de hilos de saliva. Se veía tan bella, tan provocativa que no tuvo más remedio que besarla con salvajismo.

-Sí. En definitiva eres una buena chica.

Por suerte para los dos, el estacionamiento estaba completamente vacío a

pesar de que era un viernes en la noche. Por lo general, había mucho movimiento porque la gente aprovechaba el día para salir a disfrutar de los tragos o incluso de organizar fiestas en un salón que estaba a pocos metros. Sin embargo, como no había nadie, aprovecharon ese instante.

Después de arreglarse, Natalia se bajó del coche tratando de mantener la calma. La fijación oral que tenía, la prendió lo suficiente como para sentirse que estaba a punto de entregarse de nuevo si él se lo pedía.

Así pues que fueron hacia los elevadores y subieron manteniendo esa calma aparente. Después que se cerraron las puertas, las manos de Dante fueron directamente hacia su cintura, tocándola y manoseándola como le dio la gana.

Mientras estaban allí, él también aprovechó para tocarle ese culo que tanto le provocaba. Redondo, firme, perfecto. Era eso y mucho más. Como no pudo aguantarse, comenzó a darle nalgadas. Al principio fue una suave, pero después fue como si sintiera que estaba a punto de enloquecer ya que le daba cada vez con más fuerza.

En seguida sonó el elevador el cual se abrió justo en la sala del enorme loft en donde vivía. Era un espacio con un enorme ventanal en el cual permitía la entrada de luz. Un poco más alejado, estaba la cocina abierta, una pared de ladrillos rojos en donde colgaban cuadros y fotografías de músicos de jazz y pudo ver unas escaleras de concreto que llevaban hacia la habitación superior.

Lo que ella no sabía era que detrás de esa cocina abierta, se encontraba una puerta de madera que escondía una habitación en donde él se permitía hacer toda clase de perversiones posibles.

De nuevo, a pesar de las diferencias, los hermanos tenían varios puntos en común ya que ambos contaban con lugares aparte para ser y darse libertad de hacer sesiones cuando les diera la gana.

Aunque quiso explorar más la belleza de ese lugar tan moderno y a la vez misterioso, Natalia se enfrentó con un Dante determinado a darle todo el placer posible. Así pues que comenzó a besarla con determinación, con desesperación. Sus labios se movían con los de ella casi con violencia por el deseo que estaban experimentando en ese momento.

Poco a poco, él la llevó hacia la cocina, hacia esa dirección en donde sabía que se encontraría con una especie de portal que la llevaría al mundo de los placeres. Le tomó de la mano con cierta complicidad y caminaron hasta llegar al refrigerador. Al detenerse, ella observó una pared de apariencia sólida. No sospechaba que más bien era una pared falsa. Dante empujó hacia



adentro y se encontraron frente a una habitación oscura.

-Este es como mi parque de diversiones.

Justo cuando Natalia dio un paso al frente, Dante aprovechó para encender la luz. Cuando lo hizo, se mostró ante ella un verdadero espectáculo. La habitación de por sí era oscura a pesar de las paredes blancas. Quizás la intención era hacer un ambiente lo más iluminado posible. En las paredes se encontraban unas cuantas luces empotradas para dar mayor sensación de luminosidad. Más allá de este detalle, Natalia se percató de una amplia colección de látigos y fuetes exhibidos en una de las paredes. Verdaderamente estaba impresionada.

De todos los tamaños y colores. Se detuvo en un látigo de nueve colas y en un fuede de color negro ya bastante desgastado en una de las puntas. Siguió explorando y observó un par de varas de bambú, raquetas de ping pong y hasta unas cuantas tiras de cuero similar a cintos para el pantalón. Una variedad que de seguro serviría para satisfacer cualquier tipo de estado de ánimo en que se encontrara.

Natalia estaba tan embebida por los objetos que estaba mirando que no se percató que frente a ella se encontraba una gran cruz de San Andrés. Las tablas anchas de madera oscura, dispuestas en forma de "X", con cintas de cuero en los extremos, tenía un aspecto verdaderamente intimidante. Cuando se percató de que se encontraba tan cerca de ella, la admiró por un largo rato, incluso extendió una de sus manos para tocar suavemente la superficie de la madera.

La verdad es que estaba impresionada y ansiosa de poder experimentar todo lo que había allí, o al menos una parte. Dante pareció entender las intenciones de ella, por lo que aprovechó la ocasión y la tomó por la cintura.

-No sé por dónde empezar... No sé por dónde empezar...

-Por donde más te guste, señor...

Esa respuesta lo prendió en seguida, así pues que se dispuso a quitarle la ropa. Le bajó el cierre del vestido con suma delicadeza y al dejarlo hacer en el suelo, notó que su cuerpo había quedado al descubierto sólo para él. Sus manos ansiosas se dedicaron entonces a quitarle el sujetador y las bragas negras. Natalia quedó desnuda y el morbo que sintió Dante en aquel momento casi le hizo flaquear las piernas.

Así pues que trató de recuperar el aliento de la tentación de tirarla sobre la cama y hacerla suya, si habían llegado hasta allí, tenía que prometerse continuar tanto como pudiera. Sin decirle una palabra, la llevó hacia la cruz de San Andrés con cuidado.

En los extremos inferiores de la estructura, se encontraban un par de tablones de madera gruesa para que sirvieran para sostener los pies de la sumisa, en este caso, los de Natalia.

Para ella, esto representó toda una aventura porque era la primera vez que se enfrentaba a algo así. Entonces respiró hondo y permaneció calma. Con el paso del tiempo, aprendió a diferenciar el mal presentimiento de una sesión riesgosa y el miedo que podría sentir al experimentar una primera vez. Así que hizo un corto ejercicio de relajación para entregar lo mejor de sí misma en ese momento.

-Veo que estás un poco nerviosa. Si crees que no puedes, recuerda la palabra de seguridad.

-Vale.

Dante aseguró los tobillos y las muñecas con las cintas de cuero que estaban en los extremos de los tablones. Al percatarse que todo estaba bajo control y en las condiciones que quería. Procuró prepararse para lo siguiente. Los azotes.

Mientras fue a una de las paredes para escoger el arma de placer, procedió a quitarse el saco. Lo hizo lento, lo hizo suave. Al dejarlo sobre la cama, desabotonó los puños para poder arremangarse las mangas con cuidado. Cuando se encontró satisfecho, pareció que toda su concentración quedó exclusivamente dedicada a escoger qué utilizaría para marcarla.

La sola idea de hacerlo, lo entusiasmaba enormemente. Así que procuró no dejarse llevar por las emociones y tratar de pensar en frío como el Dominante que era. Así pues que se echó un poco el pelo hacia atrás y respiró profundo a la vez. Sus dedos comenzaron a recorrer las piezas que mantenía en exhibición hasta que se detuvo en un mini látigo de nueve colas.

Lo tomó entre sus manos y ponderó el peso y las condiciones de las tiras de cuero. Inspeccionó un poco más hasta que se volvió a reunir con ella. La mirada de Natalia era de pura concentración. Al estar allí, atada, inmovilizada, despertó sus más bajos instintos. Estaba lista para recibir el castigo y el placer que tanto deseaba.

La mano de Dante se paseó por el mentón de Natalia con suavidad. Tocó la textura de la piel de ella y se percató de lo increíble que era al tacto. Continuó tocándola hasta que se acercó para darle un beso. Al principio lo hizo casi con ternura, pero después se volvió un poco más agresivo con ella. Le tomó por el cuello e introdujo su lengua dentro de su boca, después le mordió los labios y el cuello. Todo con el fin de acelerarle las pulsaciones.

Al final, después de haberla encontrado como quería, colocó su mano sobre su coño que ya estaba húmedo y muy caliente. Dio unas cuantas palmaditas y se echó para atrás mientras sonreía con malicia.

Sostuvo con fuerza el látigo en una de sus manos y comenzó jugar con él hasta que alzó un poco su brazo. Reprimió el impulso de un fuerte latigazo sólo por el hecho de querer jugar con ella. Así que sólo procuró rozarle las tiras de cuero por todo su cuerpo. Primero por los muslos, después el torso hasta terminar en los pechos. Tan firmes, con los pezones duros, erectos.

Antes de azotarla, llevó su boca sobre ellos para morderlos y chuparlos. También los acarició con sus manos, los manoseó tanto como quiso hasta que volvió a concentrarse en lo pertinente, en los latigazos que ya estaba calculando en su mente.

La expresión de placer infinito de Natalia se volvió más intenso cuando sintió el primer impacto de ese cuero desgastado en su piel. Primero lo sintió en sus muslos un par de veces y después ese ardor se trasladó hacia sus piernas.

Dante siguió azotándola con una concentración extraordinaria. Ella, con la boca semiabierta debido a la excitación y al dolor, exclamaba de vez en cuando unos cuantos gemidos para poder liberar toda esa carga de energía que recibía su cuerpo a través de la fuerza de él.

Internamente, Natalia contempló el poder y control que ejercía Dante sobre ella. Su rostro estaba calmo, sereno, como si nada lo molestase. Al mismo tiempo denotaba tranquilidad y algo de crueldad. A diferencia de Ángel, quien apenas tuvo la oportunidad de colgarla, estaba con una expresión casi de frenesí, Dante permaneció frío y calculador. En ambas ocasiones, Natalia se sintió afortunada por conocer a dos hombres que a pesar de su parecido, eran tan diferentes en tantas cosas. Era algo que le hacía disfrutar inmensamente.

Posteriormente, él dejó de concentrarse en los muslos y piernas. Quiso hacerla sentir con más desenfreno pero subiendo un poco el nivel, así que llevó el pequeño látigo consigo y lo dejó de nuevo en esa especie de aparador. Volvió al ejercicio de tener que escoger cuál sería el próximo a usar. Se decantó por un látigo de asa larga y fina, con la punta parecida a un fuste pero con pequeñas tiras de cuero separadas entre sí.

Dante pensó si sería buena idea usarlo hasta que pensó en las marcas que le haría en sus pechos. Sonrió ampliamente.

Volvió a reunirse con ella quien estaba ya babeando por el placer que le producía encontrarse con él.

Dante hizo lo mismo que al principio. Paseó el fuste pero esta vez sólo en el torso y en los pechos. Permaneció un rato entre los pezones hasta que de un momento a otro, la azotó con rapidez. Ese movimiento le produjo una marca en forma de ramillete que le provocó a ella una reacción de dolor y también de placer.

Retomó las caricias hasta que Dante se echó para atrás tomando más distancia de ella. Eso también significaba que los impactos le producirían más dolor.

Los latigazos siguientes se distribuyeron por el torso y los brazos. Poco a poco aparecieron las marcas en la piel. Unas rojas, otras rosáceas pero sí algunos puntos con la piel abierta en donde salían algunas gotas de sangre.

Siguió azotándola pero sin distinguir lugar. Muslos, piernas, brazos, pechos. Cada tanto incluso intercambiaba los impactos con mordidas y manoseos. A ese punto, Natalia ya no estaba en ese plano terrenal, su cuerpo estaba allí pero su mente y espíritu se habían convertido en un solo ente que caminaba hasta el borde de un abismo. Ese mismo que conoció por primera vez con Ángel.

Entrecerraba los ojos y hubo un momento en que pensó que estaba en una especie de trance. Que todo lo que estaba viviendo estaba entre la realidad y la fantasía. Era tan fuerte, tan intenso; que casi sintió que esas emociones estaban a punto de deshacerse en un par de segundos, en el instante de un chasquido.

Cuando se encontraba en ese estado, sentía de repente la mano de él sobre su cabello y sus labios en su boca, como si él supiera que ella estaba muy cerca de dejarse llevar por la intensidad de la excitación.

-Aguanta un poco más que apenas estamos comenzando.

-Sí, señor.

Las palabras salieron casi a rastras de su boca, así que estuvo allí, sosteniéndose en ese pequeño fragmento de realidad.

Cuando pensó que las cosas no podían volverse más impresionantes, sintió que las manos de Dante comenzaban a deshacer los amarres que sostenían sus muñecas y tobillos. Así pues que respiró un poco hondo y aprovechó el momento para tranquilizarse aún más. Él la ayudó a bajar y le tomó por la cintura para sentir el relieve de las marcas producidas por los azotes. La acarició y la besó un rato, se sintió como un dulce gesto su parte, uno que disfrutó inmensamente.

Después de un rato, Dante la ayudó a colocarse sobre la cama pero esta

vez en cuatro. Natalia, quien estaba un poco cansada por las emociones que había experimentado, pensó que se trataría de comenzar a tener sexo. Nada más lejano de la realidad.

La mente de Dante iba a mil por hora, por lo tanto, quiso aprovechar cada instante que tenía con ella. La ansiedad de pensar en su cuerpo y poseerlo, le hizo construir la fantasía en donde podía azotarla y castigarla como le diera la gana. Fue entonces cuando la dejó allí y se detuvo en su aparador para tomar una raqueta de ping pong. La superficie rasposa de la misma, aseguraba que daría unas cuantas buenas marcas en las nalgas de ella.

Natalia miró la jugada que estaba por hacer y se mostró igualmente emocionada al respecto. Cerró los ojos y arqueó la espalda para mostrar aún más las nalgas a él. Estas quedaron tan grandes y deliciosas que Dante no pudo evitar acercarse a ellas para darles un par de mordiscos como quería. Luego, tomó la raqueta y la usó para acariciar la piel de Natalia con suavidad. Seguidamente, le hizo unos cuantos golpecitos con ella. Aumentó poco a poco la velocidad a medida que alejaba su mano de la superficie de esa divina piel.

Dante alejó la mano y atestó un golpe seco. Las piernas de Natalia se retorcieron ante esa sensación de calor y dolor agudo. Sin embargo, ante las súplicas y ese enrojecimiento de la piel tan violento, Dante no tuvo intención alguna de detenerse, por lo tanto, continuó golpeando ambas nalgas con esa intensidad y rapidez que le produjo la excitación del momento.

Se detuvo sólo sintió el malestar en la muñeca. Dejó entonces la raqueta en la superficie de madera de uno de los cubos que tenía cerca de la cama y dejó la intensidad de los impactos para proseguir con caricias y suaves besos. Poco a poco, la calma volvió para los dos. Natalia pudo relajarse así como Dante... Pero claro, no por mucho tiempo.

Dante se levantó para terminar de quitarse la ropa. Después de los azotes, de la diversión que le hizo sentir el dejarla sudada, adolorida y pidiendo más, ahora él podía permitirse algo que llevaba en mente hacer desde hacía tiempo. Quería llevar su pene dentro de ella y montarla como un semental.

Al quedar desnudo, al tener el cuerpo listo, tomó su mano para masturbarse un poco. Después de ver como su glande se humedeció debido a aquella serie de movimientos, se preparó para colocar la verga en el coño de Natalia.

Antes de hacerlo, toqueteó un poco su vagina y volvió a sentirla caliente y húmeda. Tocó un poco más hasta llegar incluso al clítoris. Masajeó un poco, suave, lento. A él le gustaba darse tiempo para ese tipo de cosas.

Fue entonces cuando no se resistió más y le introdujo su pene dentro de ella. Terminó por colocar sus manos en las caderas de ella, las apretó con fuerza con la intención de tomar impulso y así meterlo con mucha más fuerza y contundencia.

Los gritos y gemidos de Natalia no se hicieron esperar ante aquellas fuertes embestidas que recibía de ese hombre tan sensual y divino. Se sorprendió de que él fuera así, sobre todo por tratarse de una persona con una tendencia más bien a ser callada y poco comunicativa. Sin embargo, le agradó saber que fuera de esa manera, porque le daba un aspecto llamativo a su personalidad. Era atractivo, poderoso, con ese aspecto de hombre fatal que es capaz de destrozarte sin importarle más. Y así era.

Siguió follándola y penetrándola como le dio gana. Al mismo tiempo, como el buen observador que era, Dante miró cómo el cabello de ella se agitaba aún más. Se movía sin parar, iba de un lado al otro y caía como una cascada negra sobre los hombros. Otro detalle que le gustó observar, fue la forma en que ella curvaba su cuerpo para recibir la delicia de ese pene. Acomodaba su cuerpo conforme a lo que a él le podría gustar así que estaba seguro que ella era una sumisa que estaba dispuesta a ir más allá de los límites sólo con el fin de brindar placer a como diera lugar.

Siguió penetrándola hasta que llevó su mano a su vientre con el fin de masturbar su clítoris. Sabía que al estimular ambos puntos al mismo tiempo, haría que sus reacciones fueran más fuertes.

Al apostar su mano allí, los resultados fueron como los esperados. De inmediato, Natalia comenzó a retorcerse y a agitarse poco a poco. Incluso se quejaba y gemía como una gata en celo. A él le gustaba tanto esos sonidos que podía escucharlos sin cansarse en ningún momento.

Después de colocar su mano allí, apretó la intensidad de las embestidas con el fin de provocarla aún más. Observó que iba por el buen camino cuando se dio cuenta de la manera en la que ella se sostenía de las sábanas con ambas manos.

De repente, Natalia cerró los ojos y se mordió los labios con mayor intensidad. Fue allí cuando sintió que estaba muy cerca de entregarse al orgasmo. Sentía que no podía más y que tenía que decirle a él.

-No puedo... No puedo... Por favor, por favor... Déjame que me corra... Por favor.

-¿Ah sí? ¿Cuánto lo quieres? Dímelo, zorra... Dímelo.

-Lo quiero demasiado... Por favor... Por favor, te lo ruego.

Aquellas palabras venían desde el fondo de las entrañas, provenían desde ese deseo desesperado que no podía reprimido por más tiempo, así pues que se aseguró de follarla con más fuerza hasta que le tomó del cabello como si fueran un par de riendas e hizo que se colocara cerca de su boca.

-Entonces prepárate...

No hubo tiempo para ella respondiera simplemente porque él no se lo permitió. Natalia sintió que sus ojos se nublaron de repente y que había quedado en la completa oscuridad. Segundos después, todo quedó en completa oscuridad, como si ella quedara consumida en una espesa niebla. Pero era algo que no la hizo sentir miedo, más bien todo lo contrario, era más bien como si algo la arrastrara y la llevara hacia un lugar mágico y placentero, cálido y agradable. Siguió con los ojos cerrados hasta que por fin se dejó vencer sobre la cama, ante el cansancio y la excitación. Cedió ante el dolor y placer que había pasado durante esa noche.

Dante, por su lado, siguió un poco más dentro de ella hasta que sintió el temblor de sus piernas y esa urgencia producto de la excitación que buscaba la manera de expresarse lo más pronto posible. Así fue cuando explotó justo cuando lo sacó. No hubo necesidad ni siquiera de tocarse. Su verga pareció impulsarse por una especie de fuerza desconocida o más bien por el deseo que tenía acumulado en el cuerpo. Así pues que eyaculó sobre la espalda morena y brillante de ella, le dejó las marcas de semen y del cuero que usó para azotarla como quiso. Le dejó en claro que también era su Amo y que por la tanto podía usarla las veces que le diera la gana.

Cuando por fin depositó toda la energía de su cuerpo en ese instante tan fuerte, se dejó caer en el cuerpo de Natalia quien todavía parecía estar en ese trance que la había llevado al punto de la inconsciencia. Así pues que se sintió tranquilo y con el pecho inflado por haber logrado tan hazaña.

-No estoy tan fuera de forma después de todo. –Se dijo a sus adentros.

Después logró colocarse de pie y fue al pequeño cuarto de baño que no estaba muy lejos de allí para lavarse un poco la cara. Al encender la luz y al ver su reflejo en el espejo, miró el cuerpo de ella dormitando en la cama y con la respiración suave y tranquila. Volvió a concentrarse en su rostro y a felicitarse a sí mismo por lo que había logrado con ella. Ahora, en la soledad de ese momento, pensó que la idea que estaba desarrollándose en su mente, no era tan descabellada después de todo. Quizás sería una buena idea para él y su hermano.

Natalia regresó a casa con esa misma actitud de chica rebelde que regresa

después de haberse divertido de lo lindo después de una noche de farra. Lo cierto es que apenas podía concentrarse en caminar puesto que su piel todavía estaba marcada por los latigazos y los impactos que le dio Dante la noche anterior. Por la forma en cómo la gente la miraba, se percató que sus marcas eran todavía notables, sin embargo, ese detalle no le molestaba en lo más mínimo, más bien la hacía sentirse más orgullosa de sí misma. De hecho pensó que si tenía oportunidad, las luciría con el mayor descaro posible.

Abrió las puertas de su piso y se adentró para encontrarse con el placer de la soledad después de una noche tan intensa y tan fuerte. Aunque era de mañana, mandó todo al demonio y abrió las puertas del refrigerador para buscar una cerveza y tomarla. Cuando tocó la botella, la encontró particularmente fría, lo cual iba perfecto al clima cálido que estaba haciendo en ese momento.

Aún con la sonrisa en la cara, se echó sobre el sofá y procuró poner los pies sobre la mesita de café. Quiso disfrutar al máximo ese momento. Era lo que más ansiaba.

Después de destapar la botella y de sentir las burbujas en la garganta, Natalia miró hacia la ventana en donde podía ver y escuchar el caos de la ciudad. Los cornetazos, las calles rompiéndose, los taladros y hasta los gritos aislados por cualquier razón.

Cerró los ojos y saboreó un poco más de esa cerveza que estaba bebiendo. De verdad que era un sabor delicioso y quería disfrutarlo más. Sólo un poco más. Permaneció allí un rato hasta que pensó en un hecho importante: Su vida había dado un giro de 180° y que no podía pedir más. Estaba en éxtasis.

Su existencia se volvió un poco más relevante cuando conoció a los hermanos, cuando se dio cuenta que no tenía la más mínima idea de lo que realmente era el placer hasta que tuvo las sesiones con los dos. No tenía idea de lo que era la mezcla perfecta de dolor y placer hasta que los conoció a los dos. Estuvo al borde del llanto, del sufrimiento pero también del éxtasis, del frenesí. Entendió perfectamente la que era posible conjugar estas dos sensaciones sin problemas y que podían vivir dentro de ella en perfecta armonía. Pensó en sus relaciones pasadas y en el tiempo que perdió en ellas. Pensó en los hombres que le prometieron explorar los rincones más inexplorados del placer cuando sólo fueron acompañantes que se preocupaban por si propio placer. Natalia se dio la oportunidad de estar con un par de hombres de verdad, no con simulaciones, no con unos que sólo se llenan la boca con expresiones y experiencias pasadas y –de paso- exageradas. Sonrió



porque supo que alcanzó una victoria personal, sonrió porque fue un poco más allá de sus propios límites, porque se dio la oportunidad de ello.

Ahora que se encontraba en ese sofá, contemplando la nada, pensó:

-¿Qué será lo próximo? ¿Qué vendrá?

No estaba muy segura pero esperaba que las cosas fueran tan increíbles como los últimos acontecimientos.

## IX

-Vaya, ¿estás segura? Oh, de verdad lamento mucho escuchar eso, Natalia. De verdad. Vale, entiendo. Pues, para mí ha sido un gustazo aunque no te negaré que estaba encantada contigo. Si algún día piensas cambiar de opinión, no dudes en venir.

-Muchas gracias, Helena. Más bien estoy agradecida contigo por haberme brindado la oportunidad, una en el momento en que más lo necesitaba. Nunca lo olvidaré.

Helena se levantó de la silla y se dispuso a abrazar a Natalia. Aunque no era una persona de aceptar gestos de ese estilo, no pudo evitar sentirse halagada por lo que estaba haciendo Helena en ese momento.

-Espero que tomes en serio lo que te comenté. Siempre hace falta gente seria que se tome el trabajo como debe ser.

Natalia no pudo evitar pensar en los azotes y en la suspensión que experimentó gracias a los hermanos.

-Entiendo perfectamente. Y gracias. Puede que lo tome en cuenta.

-Por favor.

Helena se despidió de Natalia en la puerta trasera del club. Para ella, dejó de ser el lugar de trabajo para convertirse en un local más en la ciudad.

Lo cierto era que Natalia, en vista de las circunstancias que había vivido, se dio cuenta que era momento de tomar las riendas de su vida y hacer las cosas como debía hacerlas. Así pues que buscó una escuela matutina mientras seguía trabajando en 21 con el fin de encausar su vida de alguna manera. Fue allí que aprendió que era buena con los idiomas por lo que pensó que un mejor plan era ser traductora.

Al principio tomó varios cursos formales de redacción y después tomó un diplomado de inglés para tener un certificado y comenzar a trabajar de lleno. Al poco tiempo y gracias a su dedicación, recibió una oferta más que increíble: Trabajar en una seccional para las Naciones Unidas.

Como era sólo por medio tiempo, Natalia siguió trabajando en las noches como camarera en el club. Las cosas no le iban mal ya que incluso tenía clientes que sólo la buscaban a ella. Sin embargo, todo volvió a cambiar cuando extendieron la oferta de la seccional a tiempo completo.

Cuando recibió la llamada de su jefe, sintió que no lo podía creer. Tendría la posibilidad de mudarse a un mejor lugar y de paso hacer carrera en una institución de prestigio como esa. No podía pensarlo dos veces.

Así pues que aprovechó para notificarle la noticia a Helena, quien, por supuesto, le manifestó su tristeza de inmediato. Natalia se había convertido en una de las piezas clave en el club. Aunque trató de entender la situación lo mejor que pudo, no hizo esfuerzo en ocultar la decepción que le provocó.

Por otro lado, los hermanos volvieron a tener éxito en el mundo de las fiestas. Después de tanto insistir, de tantas charlas y gráficos, ambos accedieron a aceptar la propuesta para comercializar el vodka a licorerías de lujo.

-Será por un tiempo mientras medimos los resultados.

-Es una gran decisión que tomaron. No se arrepentirán.

Aunque era cierto los costos y la lista sin fin de permisos que tenían que tramitar, al final resultó que valía la pena hacer la apuesta ya que se esperaba recibir ganancias que justificarían sin lugar a dudas aquella enorme apuesta.

Por los meses siguientes, las predicciones se volvieron realidad y la marca 21 llegó más lejos todavía. Ninguno de los dos podía darle crédito a todo aquello que estaban viviendo. Era como si sueño se hubiera hecho realidad.

Por otro lado, a pesar del éxito que estaban experimentando en el mundo de los negocios, estaba el asunto pendiente que era Natalia. Después de la sesión de Dante, los dos hablaron seriamente del asunto y decidieron convertirla en su próxima sumisa. Sin embargo, cuando se mostraron entusiasmados en decirle la noticia, se encontraron con el hecho de que ella había renunciado y que estaba a punto de hacer que su vida profesional fuera hacia otro rumbo.

-¿Crees que valdrá la pena decirle?

-Por supuesto que sí. Es lo que los dos decidimos, ¿o no?

-Sí, lo sé.

-Entonces, hagamos una sorpresa.

Quedaron de acuerdo en que cada uno le compraría un collar para ella. Cada quien, según sus gustos y personalidad, le demostrarían a Natalia el mismo deseo: Los dos querían ser su Dominante.

Después de hablar un par de veces y de recordar las situaciones que vivieron los tres, quedaron en verse. Sin embargo, había un pequeño juego en toda la situación. La citaron en un complejo de lofts fuera de la ciudad.

Natalia bajó del coche del chófer que habían contratado los dos y ella quedó frente a una enorme puerta de metal. Con la mirada asustada pero también divertida, ella se sobresaltó cuando se dio cuenta que aquella misma

era corrediza. De repente los dos rostros exactos de Ángel y Dante emergieron de entre las sombras. Ella sonrió con malicia al verlos. Se veían tan guapos, tan sensuales.

Ángel estaba vestido de traje gris y Dante, como siempre, de negro. Los dos no dijeron palabra y más bien la dejaron pasar. El lugar era inmenso y despejado. En el medio del salón estaba una cruz de San Andrés y el techo colgaba un sistema de poleas. De inmediato, Natalia se percató que cada quien hizo los arreglos pertinentes para que cada uno pudiera disfrutar de ella como le diera la gana. Así pues que se volteó y ambos la miraron con esa fuerza en los ojos que tanto les caracterizaba.

En ese momento, Dante tomó sus cosas para colocarlas a un lado mientras que Ángel sacó una pequeña caja de su saco.

-Como bien lo sabes, mi hermano y yo estamos unidos por un vínculo que muy poca gente entiende y entenderá. Es algo que incluso va más allá de nosotros y, para nosotros, es una especie de relación que siempre estará presente y que es importante por sobre todas las cosas. –Al poco tiempo, se unió Dante y se colocó junto a él. Como Ángel, también sacó una pequeña caja de su saco. –Tú ahora formas parte de ese conjunto de cosas que nos unen más como hermanos. No queremos darle explicación, no queremos darle razones, simplemente decidimos disfrutar de esto y llevarlo a un siguiente nivel.

El rostro de Natalia denotaba que no entendía nada de lo que estaba sucediendo pero fue allí cuando comprendió todo lo que estaba pasando, los dos tenían preparados un par de collares.

En que le ofreció Ángel era fino y de oro; mientras que el de Dante era de cuero igualmente delgado pero tan elegante y fino como el de su hermano.

-Queremos que seas nuestra sumisa y que uses esto siempre.

-¿Los dos collares?

-Sí. Porque queremos que recuerdes que ahora no sólo le perteneces a uno sino a los dos. Pero, al final, será lo mismo para ti, será un collar para que comprendas que ahora serás nuestra esclava.

Aunque había cierto suspenso en el aire, presentían que ella se negaría.

Natalia tenía el rostro marcado por la sorpresa pero también por el placer. Al final, se trataba de alguien que estaba dispuesta a seguir explorando sus más oscuros deseos y placeres así que se quitó la ropa frente a ellos con lentitud. Cuando finalmente quedó desnuda, se giró para que ambos le colaran los respectivos collares. En ese momento todo quedó sellado, todo quedó más claro que nunca.

Tanto Ángel como Dante, procedieron a quitarse los sacos y a ponerse más cómodos. Encendieron la luz del inmenso loft y cada uno llevó en sus manos lo que más les gustaba. Ángel un rollo de cuerda de cáñamo y Dante un látigo de nueve colas. Natalia caminó hacia el medio del lugar bañada con la luz del techo, la cual, además, también detallaba la perfección de su piel.

-Ahora tendrás que enfrentarte a los dos. ¿Estás lista?

-Más que lista... Mis señores.

## **“Bonus Track”**

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

### **Capítulo 1**

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. *“Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén”*, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crié. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. *“¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?”*, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente

generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni

los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.



—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonríe y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

## **Javier**

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el

gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

## **La Mujer Trofeo**

*Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario*

*— Comedia Erótica y Humor —*

*Ah, y...*

*¿Has dejado ya una Review de esta colección?*

*Gracias.*

## ***NOTA DE LA AUTORA***

Espero que hayas disfrutado de la colección. MUCHÍSIMAS GRACIAS por leerla, de verdad. Significa mucho para nosotros como editorial. Con sinceridad, me gustaría pedirte que, si has disfrutado de la lectura y llegado hasta aquí, le dediques 15 segundos a dejar una **review en Amazon**.

¿Porqué te lo pido? Si te ha gustado el libro, ayudarás a que otros también lo lean y disfruten. Los comentarios en Amazon son la mejor y casi única publicidad que tenemos, y ayuda a que sigamos publicando libros. Por supuesto, una review honesta: El tiempo decidirá si esta colección merece la pena o no. Nosotros simplemente seguiremos haciendo todo lo posible por hacer disfrutar a nuestras lectoras y seguir escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o **[haciendo click en este enlace](#)**, podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obras — mías o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de nuestras obras. Eres lo mejor.

*Ah, y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíanos un email ([editorial.extasis@gmail.com](mailto:editorial.extasis@gmail.com)) con la captura de pantalla de la review (o el enlace) y te haremos otro regalo ;)*

### **[Haz click aquí](#)**

*para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis recibirás gratis “La Bestia Cazada” para empezar a leer :)*

[www.extasiseditorial.com/unete](http://www.extasiseditorial.com/unete)

[www.extasiseditorial.com/audiolibros](http://www.extasiseditorial.com/audiolibros)

[www.extasiseditorial.com/reviewers](http://www.extasiseditorial.com/reviewers)

### ***¿Quieres seguir leyendo?***

Otras Obras:

#### **[La Mujer Trofeo – Laura Lago](#)**

[Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)

[\(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible\)](#)

#### **[Esclava Marcada – Alba Duro](#)**

[Sumisión, Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y Mafioso](#)

[\(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible\)](#)

#### **[Sumisión Total – Alba Duro](#)**

[10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo](#)

*(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!)*